

HN

39

.C9

A48

1990



HN

39

.C9

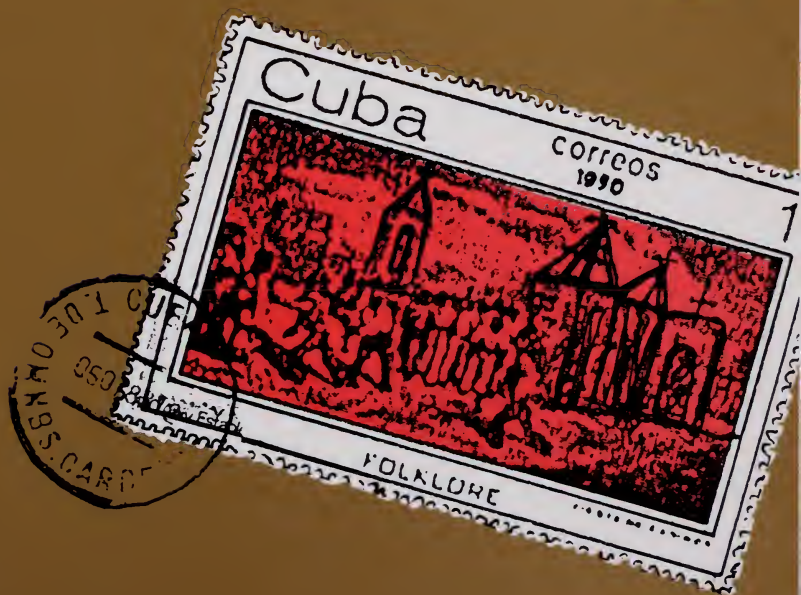
A48

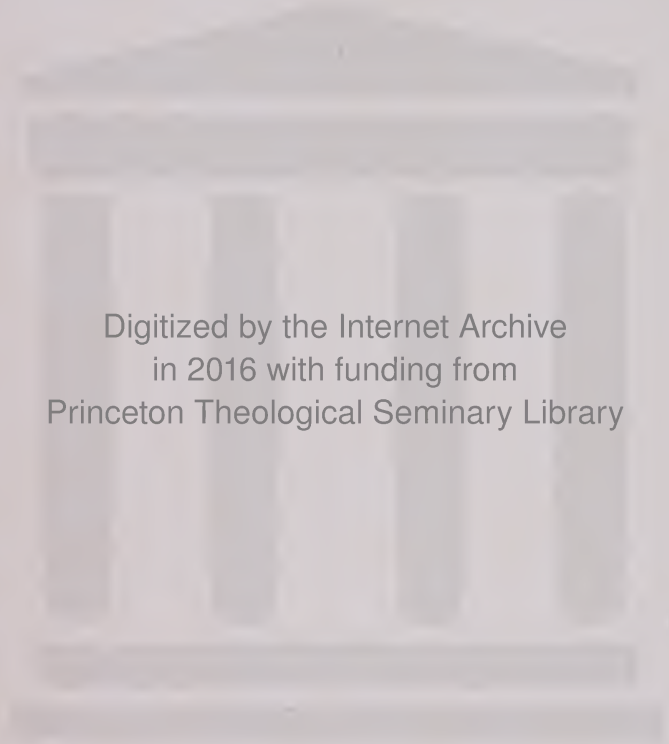
1990

CUBA

TESTIMONIO CRISTIANO,
VIVENCIA REVOLUCIONARIA

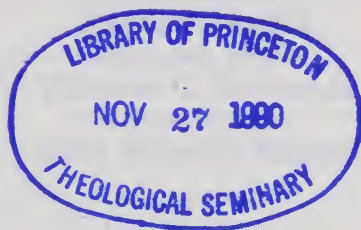
Entrevistas Carmelo Alvarez





Digitized by the Internet Archive
in 2016 with funding from
Princeton Theological Seminary Library

CUBA
TESTIMONIO CRISTIANO,
VIVENCIA REVOLUCIONARIA



D.E.I.

Departamento Ecuménico de Investigaciones

CONSEJO EDITORIAL

Franz J. Hinkelammert
Pablo Richard
Carmelo Alvarez
Jorge David Aruj

EQUIPO DE INVESTIGADORES

Ingemar Hedström
María Teresa Ruiz
Victorio Araya
Arnoldo Mora
Raquel Rodríguez
Helio Gallardo



CUBA

TESTIMONIO CRISTIANO, VIVENCIA REVOLUCIONARIA

Entrevistas Carmelo Alvarez
Prólogo Carlos Rafael Rodríguez

José Felipe Carneado
Raúl Suárez
Avelino González
Rafael Cepeda
Odén Marichal
Myriam Ortega
Rhode González
José Miller
Orestes González
Héctor Méndez
Dinorah Mata
Thomas C. Edmonds
David Vargas
José Antonio Ramos



EDICION GRAFICA: Jorge David Aruj
CORRECCION: Guillermo Meléndez
PORTADA: Carlos Aguilar Quirós

261.7

A445c

Alvarez, Carmelo

Cuba testimonio cristiano, vivencia revolucionaria

Carmelo Alvarez.

-1. ed.- San José. DEI, 1990.

200 p. , 21 cm. -(Colección historia de la iglesia y de la teología)

ISBN 9977-83-016-9

1. Cristianismo y política.

2. Iglesia y problemas sociales -Cuba - Historia.

I. Título. II. Serie

Hecho el depósito de ley

Reservados todos los derechos

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de este libro

ISBN 9977-83-016-9

© Editorial Departamento Ecuménico de Investigaciones (DEI), San José, Costa Rica, 1990

© Carmelo Alvarez

Impreso en Costa Rica • Printed in Costa Rica

PARA PEDIDOS O INFORMACION ESCRIBIR A:

EDITORIAL DEI

Departamento Ecuménico de Investigaciones

Apartado 390-2070

SABANILLA

SAN JOSE — COSTA RICA

Teléfonos 53-02-29 y 53-91-24

Télex 3472 ADEI CR

Fax 53-15-41

Contenido

PRESENTACION	9
<i>Carmelo E. Alvarez</i>	
PROLOGO	13
<i>Carlos Rafael Rodríguez</i>	
PARTE I: UNA LABOR FECUNDA	17
Entrevista con José Felipe Carneado	19
Mensaje del Reverendo Raúl Suárez, 17 de diciembre de 1988	49
PARTE II: TESTIMONIOS Y VIVENCIAS DESDE CUBA	53
Avelino González	55
Rafael Cepeda	65
Odén Marichal	79
Myriam Ortega	99
José Miller	115
Orestes González	129
Raúl Suárez	141
Rhode González	149
Héctor Méndez	159
Dinorah Mata	167

PARTE III: TESTIMONIOS Y VIVENCIAS
DESDE NORTEAMERICA 173

Thomas C. Edmonds 175

David Vargas 181

José Antonio Ramos 189

Presentación

Carmelo E. Alvarez

Hace algunos años tenía la inquietud de escribir un libro sobre las iglesias y la revolución en Cuba. El interés primordial era relatar algunas de mis experiencias como secretario regional del Consejo Latinoamericano de Iglesias (CLAI) en el Caribe. Ese interés se fue convirtiendo en un gran desafío. Hasta que surgió la idea de entrevistar al Doctor José Felipe Carneado, director de la Oficina de Asuntos Religiosos del Partido Comunista Cubano, persona afable y carismática que rápidamente me permitió entrar en una relación cordial de amistad y aprecio mutuos. La entrevista desembocó en un libro testimonial sobre los creyentes, la relación con aquélla oficina y la labor del Doctor Carneado. Fue el propio Doctor Carneado el que más insistió en un trabajo colectivo de entrevistas con líderes religiosos y en clara vertiente testimonial.

Luego de muchos desvelos, y no menos tropiezos, el libro llega a su feliz realización.

Me siento profundamente satisfecho por lo que hemos logrado. La entrevista al Doctor Carneado constituye un legado de apreciación y gratitud por estos años de trabajo incesante, difícil y complejo, pero llevado a cabo con dedicación y cariño. Ello se constata por el aprecio y valoración que las entrevistas reflejan sobre esta figura egregia y cimera del horizonte cubano. Carneado pertenece a la revolución y a las iglesias. Eso significa que su vida ha transitado por un camino de diálogo, comprensión, respeto y entrega total. El hecho que sus colegas del Partido lo llamen "monseñor", no es una mera broma. Es la manera más clara y justa de poner en perspectiva correcta su ministerio en aras de la concordia, sin ceder en los principios, en servicio y apoyo a las distintas expresiones religiosas que se dan en Cuba, como él mismo lo expresa.

Nos prestigia el prólogo certero y ponderado del Doctor Carlos Rafael Rodríguez, vice-presidente de Cuba. Un intelectual y político a carta cabal que conoce al Doctor Carneado, y expresa palabras atinadas y llenas de sinceridad sobre la fecunda labor desplegada por José Felipe Carneado. Esas palabras están cargadas de emoción y respeto, porque ambas figuras se definen esencialmente como humanistas completos,

intelectuales comprometidos con la revolución cubana, como expresión de dos vidas enteramente dedicadas a luchar por la liberación del pueblo cubano. Hoy cosechan, dentro del marco del proceso revolucionario, los frutos de aquéllo que fue desvelo y sueño. ¡Y es mercedísimo el aprecio y respeto que el pueblo cubano les tiene!

Este trabajo contiene, como uno de sus ejes principales, una serie de entrevistas con el propio Doctor Carneado y con líderes religiosos cubanos*. Cada una de esas entrevistas encierra un cúmulo de experiencias, inquietudes y alegrías. Para mí ha sido un gozo profundo el haberlas realizado. Es tanto lo que he aprendido y mucho más lo que he acumulado en experiencia vital. No soy el mismo después de este proceso trabajoso.

Aquí están estos testimonios y vivencias.

Hemos querido conservar, dentro de lo posible, el contexto original y la dinámica propia de cada entrevista. El lector se percatará del profundo valor humano y cristiano que se respira en cada página. Ello refleja lo que se vive en Cuba y lo que sigue aconteciendo entre cristianos comprometidos y revolucionarios comprometidos.

Deseo concluir esta presentación agradeciendo al DEI todo el apoyo que ha dado a este proyecto. Sin la colaboración del personal administrativo y el esmero de los compañeros y compañeras de la editorial, jamás se hubiera concluido este trabajo.

Una palabra final. La feliz conclusión y publicación de este libro se debe al Doctor José Felipe Carneado. Su resistencia inicial a ser reconocido, por ser un hombre humilde, se convirtió en un excelente aporte al devenir histórico de las relaciones iglesia-revolución en Cuba. Este libro es un hito importante en ese proceso. Sólo puedo agradecerle al Doctor Carneado reiterando mi amistad y cariño. La Iglesia Unida del Canadá, La Iglesia Cristiana (Discípulos de Cristo) en los Estados Unidos y Canadá y la Iglesia Unida de Cristo en los Estados Unidos, apoyan este proyecto mucho más allá de lo financiero. Han demostrado que es posible mantener una comunión fraternal con el proceso cubano, en vínculo de amor con las iglesias hermanas de Cuba y en solidaridad con un pueblo y revolución que caminan hacia expresiones aún más desafiantes de ese proceso revolucionario.

A mis iglesias cubanas: mi profundo respeto. Gracias por enseñarnos tanto, por querernos tanto. Estamos en decidido apoyo y aprecio por lo que son. Deseamos continuar en tan excelente compañía de hermanas y hermanos. Que el Señor les ilumine en el quehacer cristiano hacia la plenitud del Reino. A la comunidad hebrea y al Doctor José Miller, mi aprecio y estima.

Que el pueblo cubano vea en los creyentes el fermento transformador que se compromete en la construcción de una sociedad cada vez más justa y fraterna.

* Estas fueron realizadas entre diciembre de 1986 y febrero de 1989.



El Doctor José Felipe Carneado en su época de estudiante (23 de abril de 1935).

Prólogo

Carlos Rafael Rodríguez

¿Quién podría haber convencido a aquel joven con menos de 21 años que acababa de escuchar la petición fiscal de pena de muerte por fusilamiento y que después fue sentenciado a cadena perpetua por los Tribunales de Urgencia de Fulgencio Batista, como castigo a su "terrorismo comunista", que cincuenta años más tarde, y a consecuencia de una Revolución socialista victoriosa, estaría ocupando el cargo de Jefe del Departamento de Atención a los Asuntos Religiosos del Comité Central del Partido Comunista de Cuba? En aquel momento Fidel Castro era apenas un niño y las perspectivas de que en Cuba triunfara una Revolución comunista parecían, para decirlo sinceramente, hartamente remotas.

José Felipe Carneado no fue fusilado, como lo pretendía la representación judicial del régimen tiránico. Lo salvó la protesta popular, que en medio de la represión batistiana se hizo sentir, como síntoma de que el pueblo cubano, derrotado, no estaba vencido. Salvó también al viejo comunista, Arturo Iser, que escuchó en Cienfuegos el claveteo de las tablas del patíbulo donde se le pensaba arrancar de la vida. Durante los 24 años que separaban esa fecha, lejana ya en nuestra memoria, del primero de enero de 1959, Carneado fue un militante leal y un abogado distinguido. Supo vencer la agonía del clandestinaje y las solicitudes de la legalidad. Nunca falló, y por eso, en enero de 1959, pudo saludar como suya la Revolución de Fidel Castro y entregarse con más fervor todavía a su defensa en Playa Girón, cuando Fidel la había proclamado ya como Revolución Socialista.

Desde estos días de Playa Girón, José Felipe Carneado recibió la nueva encomienda que el proceso revolucionario todavía incipiente le confiaba: lograr la comprensión, aplicación y observancia de la política del Partido y del Gobierno acerca de la religión, la Iglesia y los creyentes.

No era fácil tener la aquiescencia de los católicos al nuevo Estado revolucionario, ni lograr que las masas revolucionarias, y aún su vanguardia comunista, comprendieran cabalmente el papel que las relaciones con la Iglesia había de jugar.

El catolicismo carecía en nuestro país de profundas raíces populares. Independientemente de que entre las primeras figuras y fundadores de la nacionalidad figuraba un sacerdote modesto y firme, el Padre Félix Varela. La mayoría del clero que actuaba en Cuba había sido y era, antes de la salida de España del dominio colonial de Cuba y después en la falsa República, extranjera, española, en su buena parte.

La religión la utilizaban los burgueses vinculados a organizaciones reaccionarias como instrumento para dominar mejor. Una amplia pequeña burguesía se consideraba a sí misma como católica, pero de la cual sólo una pequeña parte era realmente devota y practicante. Entre los obreros y campesinos, pocos eran católicos practicantes, aunque muchos compartían la creencia en el más allá. Los que se reconocían católicos, lo eran, en general "a su manera". Para la enorme mayoría de los hombres de nuestro país, acudir a la iglesia era más bien "cosa de mujeres".

Por su parte, la izquierda cubana era bastante sectaria. Pese a que los comunistas admitían a los católicos como militantes, eran pocos los que ingresaban a un partido que tenía como divisa el materialismo histórico y como expresión el ateísmo militante.

No fue difícil para los contrarrevolucionarios de los primeros años confundir a militantes católicos honestos e incorporarlos a la protesta contra el naciente socialismo que jefes-burgueses, disfrazados con una religiosidad que nunca habían sentido, presentaban como enemigo irreconciliable. No ayudaba tampoco a la conciliación el entusiasmo irreflexivo con el que los nuevos comunistas se unían a los avezados, para considerar a "los curas" no como aliados potenciales, sino como adversarios a los que había que derrotar y expulsar.

Difícil era la tarea de Fidel y la dirección revolucionaria, y compleja la responsabilidad que empezó a ejercitar José Felipe Carneado en aquellos años tempranos. Surgieron incidentes que más vale olvidar, desafíos, irresponsables atentados desde la sombra por un enemigo que incitaba incluso a practicantes religiosos honestos al choque con el nuevo poder revolucionario. La paciencia y la firmeza, asistida de tolerancia, triunfó sobre las intransigencias, y en ello estuvo presente, desde su lugar todavía modesto, Carneado.

La querrela entre católicos y comunistas no se dirimió nunca en nuestro país por la vía de la violencia, y cuando un Nuncio inteligente y devoto, Monseñor Zacchi, llegó a nuestro país, supo ver todas las posibilidades de entendimiento y utilizarlas con paciencia y maestría.

La Cuba revolucionaria había conservado la cordura y la serenidad, y un católico convencido de la Revolución, Luis Amado Blanco, mostraba como embajador ante el Vaticano, a su vez, la verdadera disposición de Cuba. En todo esto estuvo la labor sistemática, silenciosa, de Carneado.

La Revolución Cubana ha tenido una política sobre la religión —la definió magistralmente Fidel Castro en sus conversaciones con Frei Beto—, pero para aplicarla se necesitaba no sólo la decisión revolu-

cionaria sino la comprensión de los católicos honestos. Zacchi, con un grupo de sacerdotes capaces de entender, realizó esa tarea.

Carneado empezó a moverse, desde entonces, tanto entre los grupos católicos como entre las confesiones protestantes y las religiones sincréticas. Su figura se hizo conocida, y de esa tarea le viene el apelativo de "monseñor" con que muchos lo hemos denominado.

El I Congreso del Partido Comunista iba a precisar en términos de teoría y de práctica la actitud de los comunistas cubanos hacia la religión. Fue una definición que mostró la convicción marxista-leninista y, por ello, la flexibilidad y entendimiento simultáneos hacia el fenómeno religioso como tal. Desde entonces se hizo menos difícil la tarea de José Felipe Carneado. Lo respeta la alta jerarquía católica, lo respeta también el Consejo Ecuménico de Cuba. Lo quieren, como amigo cercano, monjitas de distintas denominaciones, que saben sus desvelos por resolver problemas y encontrar soluciones.

En 1985, como resultado de una labor larga y tenaz, en la cual supo dominar más de una vez iras justas y contener excesos, no por nobles menos lamentables, el trabajo de Carneado encontró una institucionalización adecuada. Llevaba 24 años ejerciéndolo sin saberse muy bien cuál era su responsabilidad, pero hablando lo mismo con la dirección del Partido que con los obispos o, en su caso, con los santeros.

Desde 1985 se le designó Jefe del Departamento de Atención a los Asuntos Religiosos del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. Más que un cambio en las actividades de Carneado, esto entrañó un avance en las concepciones revolucionarias de Cuba, donde el libro de Fidel y Frei Beto conmovió a la opinión pública, esclareciendo confusiones y sembrando nuevas ideas.

Sólo un claro talento y una comprensión verdaderamente leninista del entorno social, han hecho posible que José Felipe Carneado cumpliera tan ejemplarmente la tarea que le fue encomendada. El hecho de que haya quien, tan convencidamente materialista como él, sea capaz de comprender y amparar los sentimientos y las ideas religiosas de católicos, protestantes y sincretistas, sin perder jamás el rumbo, sin hacer concesiones de principios, sin usar tampoco indebidamente el poder de la Revolución, claro y llano, sencillo y afable, es un mérito que no sólo el Partido reconoce, sino también los religiosos con los cuales ha compartido durante estas décadas problemas y momentos de común alegría. Porque él no ha engañado nunca a aquéllos con quienes tenía el deber de encontrarle salidas a situaciones complicadas.

Cuando los contrarrevolucionarios se disfrazaron de religiosos, él supo distinguir el trigo de la paja, luchar contra unos y respetar a otros. Frente a determinadas actividades ilícitas encubiertas con ropaje religioso, no se le ocurrió proponer, en nombre del respeto a los religiosos, el olvido de las transgresiones. Pero ningún dignatario religioso le vio, tampoco, defender lo mal hecho en nombre de la Revolución, proteger errores que también tenían lugar en nuestro propio campo. Así fue

naciendo ese respeto, esa amistad, esa mutua comprensión, que han convertido a aquel joven revolucionario de hace 54 años, que esperaba con dignidad que lo llevaran al patíbulo sin abdicar de sus creencias, en el hombre encargado por el Partido para conducir por buena senda, bajo la dirección de Fidel y del Comité Central, las relaciones cada vez más claras y activas entre ese Partido y las diversas instituciones religiosas y grupos de creyentes que desarrollan sus actividades en nuestro país.



El Doctor José Felipe Carneado, detenido por subversivo, en manos de la tiranía en su época de estudiante.

Entrevista con José Felipe Carneado

CARMELO: A mí me gustaría, doctor, que usted me relate un poco sobre algo que me ha impactado siempre. Usted me comentó que venía de Sagua la Grande.

CARNEADO: Exacto.

CARMELO: Yo quisiera saber un poco, para iniciar la entrevista, el trasfondo de José Felipe Carneado, su familia, su origen. Es algo que siempre me ha interesado.

CARNEADO: Bueno, efectivamente, yo nací en Sagua la Grande, un pueblo allá en el norte de la antigua provincia de Las Villas. Mi padre fue periodista, mi mamá, ama de casa. Una mujer sencilla de su casa. Cursé la enseñanza primaria en una escuela pública, parte de la primaria superior y pre-universitaria en una escuela privada, laica, gracias a una beca que me fue concedida por la labor periodística de mi papá que era director de un diario local.

Ya en el año 32 era yo miembro de la Juventud Comunista.

CARMELO: En el año 32.

CARNEADO: Entonces, por las luchas contra la tiranía machadista, fui sancionado al destierro. Fui desterrado de Sagua la Grande y me trasladé a Santa Clara. Derrotada la tiranía de Gerardo Machado continué mis estudios y mis luchas —simultáneamente— en el Instituto de Segunda Enseñanza de Santa Clara, al tiempo que me incorporaba a las actividades del Ala Izquierda Estudiantil y continuaba en la Juventud Comunista. Posteriormente, a mediados del año 34, matriculé en la Universidad de La Habana la carrera de medicina.

CARMELO: ¡Ah, en medicina se inició usted!

CARNEADO: Sí, iba a ser médico, era mi aspiración.

Debo decir que mis padres murieron en el año 33, los dos. Mi madre en marzo y mi padre en abril. Es decir, quedamos huérfanos

cuatro hermanos. No obstante, yo seguí estudiando con el apoyo y la colaboración, especialmente de las organizaciones sindicales de Sagua la Grande.

Aquí en La Habana, cuando me trasladé a mediados del año 34, que matriculé medicina, fui alumno interno en la enfermería del Castillo del Príncipe. Hasta principios del año 35, en que recomenzaron las luchas estudiantiles. En esta oportunidad en combate contra la tiranía batistiana. Entonces, trasladado a Sagua, me incorporé —repito— a estas luchas y participé en la huelga general política de 1935. Por mi participación en ese movimiento fui sancionado por los tribunales de excepción, que funcionaban en el país, a cadena perpetua.

CARMELO: ¿A cadena perpetua?

CARNEADO: Entonces, fui trasladado a la hoy Isla de la Juventud, que era entonces Isla de Pinos, y cumplí en el presidio modelo 34 meses de prisión, casi tres años. Eso fue entre los 19 y 22 años. Al salir, en enero de 1938, ya habían pasado unos meses del inicio del curso en medicina y no me era posible matricular esa carrera. Debía optar por perder el año o matricularme en otra carrera. Entonces, a instancias del Partido —del cual yo era militante— y dada la necesidad de profesionales del derecho para las luchas que se avecinaban y las que se estaban llevando a cabo, me matriculé en la universidad y terminé mi carrera de abogado, en el mes de abril del año 42. Hace exactamente 45 años.

Como abogado me desempeñé en la ciudad de Santa Clara, como asesor legal de la Asociación Campesina de Las Villas y de la Federación de Trabajadores de Las Villas. Además de que era el abogado del Partido, para las actividades legales que derivaban de la acción de éste. En el Partido fui miembro del comité provincial, formé parte de la comisión de trabajo contra la discriminación racial. En esa labor llegué a ser elegido como secretario de la Federación Provincial de Sociedades de Las Villas. Como se sabe, en esa época existían sociedades para personas blancas, para personas negras y hasta sociedades para mestizos. Era una manifestación muy ostensible de la discriminación racial que existía en el país. Y fui, además, en esa misma dirección, miembro de la Federación Nacional de sociedades que libraban las luchas contra el racismo, por la igualdad verdadera de todos los cubanos.

Ahí en Santa Clara me pude desempeñar como abogado gratuito de la Federación de Trabajadores y de la Asociación Campesina, hasta el año 56. Alrededor de 15 años ejerciendo como abogado de los pobres. Y hasta el año 56, en que las nuevas luchas, después del golpe de Estado de marzo del 52, determinaron una serie de persecuciones. Yo ya era conocido en la provincia y la dirección del Partido estaba preocupada por mi vida e interesada en el trabajo que yo pudiera realizar, sobre todo en lo que respecta a la actividad propagandista de publicidad, de periodismo. Porque debo decir que en todas estas etapas me desem-

peñé siempre como periodista, quizás como continuación de la tradición familiar.

Fui director del periódico partidista en Santa Clara. Fui corresponsal del periódico *Hoy*. Esta era una actividad que me interesaba mucho y ya aquí en La Habana, en el período de clandestinidad en la lucha contra la tiranía batistiana, trabajé en el centro de redacción de la publicación *Carta Semanal*, órgano en realidad de todo el pueblo, aunque se expresaba que era del Partido. *Carta Semanal* reflejaba las luchas de todas las organizaciones revolucionarias que se enfrentaban a la tiranía batistiana.

En el transcurso de este trabajo fui detenido, estuve dos meses en el Castillo del Príncipe, pero la publicación no dejó de salir. E incluso, en alguna oportunidad no solo trabajé como redactor, sino que realicé algunos trabajos gráficos, alguna caricatura. Porque tengo también la inclinación al dibujo.

Ahí salí en libertad en el mes de agosto del 58. Me reincorporé, por supuesto, a la lucha. Fui brevemente director de Unión Radio. Colaboré con Salvador García Agüero en una hora de radio que titulaba *Problemas de ayer, hoy y mañana*. Una hora muy escuchada que dirigía García Agüero, quien fue, sin duda, uno de los oradores más populares que tuvo este país en esa década de los cincuenta. Es una cosa muy notable. Y, por supuesto, fui electo en el octavo Congreso del Partido Socialista Popular, miembro del Comité Nacional de ese Partido. Posteriormente, en los tres congresos celebrados por el Partido Comunista de Cuba, he sido electo miembro del Comité Central, condición que actualmente estoy ostentando.

No sé si te interesa saber que soy casado.

CARMELO: Sí.

CARNEADO: Que tengo dos hijos y cuatro nietos y que mi fecha de nacimiento se remonta (risas) al 30 de junio de 1915. Lo que quiere decir que ya dejé de tener 71 años, para entrar en la venerable categoría de la tercera edad.

CARMELO: Ese José Felipe Carneado, abogado, periodista, con intereses en lo que obviamente es la lucha del pueblo cubano, o sea con una trayectoria en esa lucha, ha desempeñado el cargo de director o encargado de asuntos religiosos por 27 años, entiendo.

CARNEADO: Sí, desde el 61, 26 años.

CARMELO: ¿Por qué esa encomienda?

CARNEADO: Debo decirte antes, porque pasamos un poco rápidamente y omití algunos detalles, que yo creo son de algún interés. Por ejemplo,

fui director general de la Agencia de Noticias *Prensa Latina*, entre el 62 y el 67. Fui, además, profesor de la Escuela Nacional del Partido, la que me ha otorgado la categoría de fundador.

Fui profesor de la Universidad de La Habana, que en ocasión de mi 70 aniversario, me otorgó la distinción, que puedes ver en ese diploma, de Profesor de Mérito de la Universidad de La Habana. Simultáneamente con estas actividades, me desempeñaba como jefe del Departamento de Educación, Ciencia y Cultura del Comité Central del Partido. Esa actividad la he desempeñado desde el año 73 —durante casi 10 años— y en el curso de estas actividades, parece que se reflejó mi flexibilidad, mi relación; la bondad de mi contacto —sobre todo con intelectuales, escritores, etc—. Yo mismo he tenido mis “flirteos” literarios. He escrito poesía y cuentos.

CARMELO: Me gustaría verlos.

CARNEADO: Bueno, esos los escribí en prisión, los escribí en la calle, y la política me absorbió totalmente, al punto que ya esa es una historia muy larga, muy pasada. A veces algunos recitadores sacan algo y me lo envían de la provincia. Hubo una recitadora muy famosa, Eusebia Cosme, que recitaba mis versos. Pero yo no quiero acordarme de eso, porque no eran versos muy buenos (risas), eran muy malos. Los escribí bajo la influencia de Rubén Martínez Villena y Nicolás Guillén. Entonces, ocupaba ese cargo de jefe del Departamento de Educación, Ciencia y Cultura del Comité Central del Partido, cuando se produce la invasión mercenaria de Playa Girón. Es decir, este encargo surge casi de manera imprevista, coyuntural.

En esa invasión vinieron tres sacerdotes. Y se produce ese hecho en las circunstancias de una confrontación —yo diría violenta— desde el punto de vista político, entre la jerarquía católica de entonces— que no es la de hoy —y con elementos de algunas instituciones paraeclesiales: caballeros católicos, damas católicas, Juventud Obrera Católica, etc. Fue una confrontación muy aguda, muy seria.

Entonces, cuando se produce esta invasión mercenaria, hay una explosión popular espontánea, sobre todo en la zona aledaña al desembarco de los mercenarios. Las masas, en una reacción muy espontánea y elemental, procedieron a pintar las puertas de las iglesias, a colocar banderas en lo alto de las torres e incluso se ocuparon algunos conventos, algunas propiedades de la Iglesia. Acciones que no correspondían con la política del gobierno y del Partido.

La política no ha estado nunca dirigida contra la Iglesia, y menos aún contra el sentimiento religioso. Esas acciones de las masas eran contradictorias con la política que se estaba proyectando desde entonces. Yo fui encargado, por la dirección del Partido, para que me trasladara a aquella zona y pusiera las cosas en orden: borrar esos letreros, quitar esas banderas, devolver esos conventos ocupados, etc. Y hacer entender

a las organizaciones y a las masas de los pueblos aledaños, cuál era el sentido de la política nuestra, que no podía ser de ninguna manera enajenarnos la simpatía y la buena voluntad de los creyentes honestos. Creyentes que estaban identificados con el proceso de la revolución y que no podían entender que se hicieran esas cosas. Parece que tuvimos éxito en esa gestión. De hecho surgió un canal de comunicación, no sólo entre los representantes de la Iglesia Católica y el gobierno, sino entre todas las iglesias. Comenzaron, un poco en broma, a llamarme “obispo rojo” y algunos hasta me llegaron a preguntar si yo había sido pastor o ministro protestante (risas), por la forma tan cordial y normal en que se presentaban y daba respuesta a las dificultades y problemas de estos años difícilísimos.

CARMELO: Deduzco, entonces, que José Felipe Carneado viene a ser el encargado de todas estas relaciones con las iglesias no por un hecho fortuito, sino por un reconocimiento a su capacidad de diálogo, a su capacidad de mantener ese canal de comunicación. Porque es evidente, hasta el día de hoy, esa capacidad suya, mezclada, además, con ese valor humano que usted le imprime a las cosas. Yo mismo he sido testigo de esa calidad suya. Creo que lo comprueba el hecho de que fuera, como usted lo dice, históricamente hablando, a resolver una situación en las que destaca que había que tener capacidad de diálogo, capacidad para comunicar este sentir. Además, sus propios colegas del Partido —como yo he escuchado en muchas ocasiones— lo catalogan hasta como “monseñor”, cosa muy simpática, pero que denota esa capacidad.

Ahí yo quisiera anotar un asunto. Fidel es el gran artífice de la política que el Partido establece en cuanto a las relaciones con los sectores religiosos. Pero José Felipe Carneado ha sido el conductor cotidiano —como yo le llamo— de esa política. Esto es importante porque usted ha podido mantener, yo diría, un balance. Ha podido ser un sabio y sagaz ejercitador de esa política. ¿Cómo evaluaría su gestión en ese sentido?

CARNEADO: Mira, Carmelo, lo siguiente: hay esas consideraciones que generosamente tú caracterizas en mi actuación personal. Porque —no por exagerado— voy a renunciar a eso. Efectivamente, yo considero que esa es una cualidad mía. Soy muy respetuoso. Muy cubano, y los cubanos somos muy cordiales y fraternales. Pero hay, además, otra cosa de fondo: es mi vieja convicción de que no hay una incompatibilidad esencial entre el criterio religioso bien entendido y la disposición a trabajar conjuntamente en un proyecto social útil para todos.

Por otra parte, soy muy respetuoso de los criterios religiosos. No creo que el creyente sea un enfermo mental, ni sea un loco. Tengo el mayor respeto por las creencias religiosas. Les atribuyo que surgen de un origen que está en la bondad esencial del ser humano, en el afán del bien y la justicia. Entonces, un creyente me inspira respeto, no me ins-

pira rechazo. En consecuencia, lo trato y me relaciono con él de lo más cordial, que pudiera ser, lo mismo mi hermano que un familiar. Fijate, que cuando digo mi hermano... mi padre era creyente. Un creyente muy original, muy cubano también. Porque era masón y *oddfellow* y tenía sus estampas de Jesucristo en la casa. Y mi mamá, era creyente también. Una creyente menos evolucionada. Es decir, más identificada con...

CARMELO: ...la religiosidad popular.

CARNEADO: Con la religiosidad popular. Entonces, yo no siento, nunca he sentido, un rechazo al creyente. Por otra parte, mis estudios políticos, sociológicos y filosóficos, no me llevaron nunca al rechazo de la creencia por la creencia misma. Es más, ya desde muy joven, quedó establecido para mí y para mi conciencia que el problema no era de creencia, sino de clase. Que el creyente, por creer solamente, no está obligado a adoptar una posición en contra de los intereses del pueblo, de los trabajadores. Y efectivamente, la vida me ha confirmado eso y me lo confirmó desde joven. Porque en época, digamos, de la lucha contra la dictadura machadista —en la década de los treinta— militaban en el Partido, creyentes; militaban en el Partido, espiritistas. Es decir, no había una exclusión. Era un movimiento unánime, general, del pueblo, contra la tiranía. El Partido —siguiendo incluso indicaciones de Lenin— no excluyó al creyente ni al cristiano. La tesis era atraerlos a las posiciones nuestras y a través de una labor paciente, llevarlos a la toma de la conciencia científica que nosotros —desde el punto de vista filosófico— sostenemos. En consecuencia, yo me he llevado bien, no puedo dejar de llevarme bien, con los creyentes, indiferentemente de sus concepciones de la vida y del mundo. Soy de los que cree que tenemos un objetivo común, algo como una utopía común. Que podemos trabajar juntos. Pero, además eso no es sólo un problema conceptual, es un problema de participación.

La participación del creyente, desde el nivel más modesto hasta el teólogo más evolucionado, es una evidencia de que nosotros podemos trabajar juntos. Y que estas cuestiones eminentemente ideológicas tienen tal distanciamiento de la realidad concreta, que no vale la pena perder demasiado tiempo discutiendo sobre esas cosas del otro mundo cuando en éste hay tantos problemas que resolver. Lo que no excluye el diálogo elevado que permita descubrir, al menos, las coincidencias en otro orden.

Yo comparto el criterio de Camilo Torres de que se puede discutir todo el tiempo si el hombre es inmortal o mortal, pero de lo que no hay duda es que el hambre es mortal. Y que más importante que la discusión sobre las diferencias de la existencia o no del paraíso en el cielo, es la acción para edificar el paraíso en la tierra.

CARMELO: Usted cita a Camilo Torres, que ha sido una figura admirada y respetada por la revolución cubana. Yo quisiera que me comentara,

¿cómo ve la participación de los cristianos cubanos en el proceso de la revolución? ¿Cómo la evaluaría? ¿Cuál ha sido el aporte específico de los cristianos a la revolución?

CARNEADO: Sobre eso tengo entendido que estuvo hablando Fidel en Jamaica.

CARMELO: Sí, en 1977 hizo esas expresiones.

CARNEADO: Hay lo siguiente. El pueblo nuestro en una parte muy considerable es creyente y es cristiano, aunque no necesariamente desde el punto de vista institucional. La participación cristiana ha sido de una importancia extraordinaria para la consolidación y el desarrollo del proceso.

Hay una expresión muy simpática de una anciana que es devota de San Lázaro, que está en una de las peregrinaciones y le preguntan: “Bueno, ¿pero usted es devota de San Lázaro?”. Dice ella: “Yo soy devota de San Lázaro y voy a la concentración con Fidel. Porque yo estoy con Fidel y con San Lázaro”.

En el caso concreto de nuestro país, donde estas creencias de religiosidad popular están tan extendidas; en que, por otra parte, las iglesias evangélicas están muy vinculadas al pueblo —en el sentido de que por lo general su feligresía son trabajadores, empleados, gente que vive y sufre la realidad de nuestra situación—; en las condiciones de este pueblo, que sufrió lo que sufrió en las condiciones del capitalismo: desocupación, prostitución, drogadicción y analfabetismo, la revolución no podía sino atraer la simpatía entusiasta de todos. Pero, además, los crímenes de la tiranía batistiana eran tan brutales, tan repugnantes, que no podía sino promover la lucha conjunta de todos, sin mirar las cuestiones religiosas.

Yo diría que este apoyo al proceso revolucionario, al margen de los criterios religiosos, es muy importante. Es más, yo creo que gracias a esta adhesión —entre otros factores—, de los cristianos al proceso revolucionario, es que se ha dado una contribución efectiva para la creación de un nuevo clima en las relaciones entre las iglesias y el Estado. Creo que son esos creyentes y esas iglesias, que han adoptado esas posiciones, las que han contribuido más eficazmente a crear un nuevo clima. Es decir, se ha impuesto el sentimiento y la voluntad de esa mayoría.

CARMELO: Estamos diciendo, doctor, que le adjudica no meramente una participación individual —como sería el caso del padre Guillermo Sardiñas o de un Frank País, que venía de extracción bautista—, sino que usted señala como un elemento fundamental la experiencia del pueblo cubano, creyente, que tiene ese ingrediente de la religiosidad popular. Además, usted le adjudica a las iglesias protestantes —y a eso

vamos un poquito más adelante— un elemento positivo que identifica, vamos a decirlo de esta manera, dentro de esta cubanía; de esta vida nacional, la patria en su expresión más profunda. Usted ve ese componente como algo fundamental. Como, diríamos, sería la revolución con el ingrediente martiano, el ingrediente de Félix Varela; con el ingrediente de los grandes forjadores de la nacionalidad cubana. Usted también le concede este elemento de la vivencia de la creencia de la fe auténtica, como un factor fundamental de la vida cubana.

CARNEADO: Y muy importante. Pero, es más, el simple conocimiento del contenido de las intervenciones de Fidel, durante el período de confrontación, pone en evidencia el impulso que él le dio a una interpretación honesta del mensaje bíblico. Fidel nunca hizo una manifestación anti-religiosa, contraria a las iglesias por las iglesias mismas, sino que siempre invocó el Evangelio, las verdades de Cristo, las aspiraciones del cristianismo temprano. Incluso, exaltó siempre las extraordinarias virtudes de ese cristianismo de los primeros tiempos, que aparecen recogidas en algunas de las formulaciones del Evangelio. Nunca se negó eso, y por obvias razones políticas. Este es un pueblo donde hay una creencia muy extendida. Nuestra cultura tiene elementos de este orden y nuestro pueblo ha asumido del cristianismo lo que éste tiene de bondad, de aspiración a la justicia. Ha sido un factor que ha contribuido, de manera importante, a la consolidación de nuestro proceso.

Tú mencionaste a Varela. Ahora estamos celebrando un año jubilar por el bicentenario de su nacimiento.

Varela tiene tres etapas. Una etapa que lo destaca como el maestro, el profesor, el promotor de la cultura cubana. De él dijo su discípulo don Pepe de la Luz y Caballero —uno de los forjadores de la conciencia nacional y el educador de los más importantes jefes de la lucha por la independencia, iniciada en 1868—, que había sido quien nos enseñó a pensar a los cubanos. Y, efectivamente, Varela, desde su cátedra en el Seminario de San Carlos y San Ambrosio, barrió el escolasticismo y abrió para la pedagogía cubana un nuevo período. Varela barrió el escolasticismo —el término lo utiliza él mismo: "me encargaron barrer el escolasticismo". Eso fue totalmente liquidado en el Seminario de San Carlos y San Ambrosio. Abría un nuevo período en la educación en Cuba, que justifica el que uno de nuestros institutos pedagógicos lleve el nombre de Félix Varela. Por lo que significó para la cultura nacional, lleva el nombre de Félix Varela la más alta distinción en Cuba por la cultura.

Tiene otra etapa, que es la del revolucionario. Tras un período muy breve de adhesión al autonomismo, Varela pasó a las posiciones de independentista y revolucionario.

Fue diputado a las Cortes en España. Votó por la destitución de Fernando VII. Fue condenado a muerte y, salido de España, vino a recalcar a San Agustín, en la Florida, desde donde sus restos fueron



El Doctor José Felipe Carneado acompañado de la Madre Teresa de Calcuta (Premio Nobel de la Paz) y del Arzobispo de La Habana, Jaime Ortega.



El Doctor José Felipe Carneado acompañado de la Madre Teresa de Calcuta (Premio Nobel de la Paz).

trasladados a Cuba. Se encuentran en el Aula Magna de la Universidad de La Habana.

Varela fue anti-esclavista, independentista, solidario con las luchas de los pueblos de América por su libertad de España. Es para nosotros un prócer de la independencia, un exponente, el más alto, del impulso cultural nuestro y de la formación de la conciencia nacional. Hoy se está haciendo, por parte de la Iglesia, los trámites correspondientes para reconocerle la canonización. Pero ya está “canonizado” por el proceso histórico cubano.

Varela justifica, por su significación, la creación que se acaba de hacer por parte del Ministerio de Cultura, de una comisión nacional que se encargue de celebrar entre el 20 de noviembre de este año (1987) y del año entrante, lo que llamamos “el jubileo de Varela”. Es decir, dedicar todo este tiempo a exaltar la figura, la trascendencia de la vida y la obra de Varela, a quien José Martí llamó “patriota entero”. Martí agrega: “Que supo ver y vio la incompatibilidad de España con Cuba. Que halló injustificable la pretensión de unir a Cuba a cualquier otro pueblo”. Es decir, a esas cualidades de Varela que hemos mencionado, hay que agregar la de anti-anexionista.

Varela dice: “Quiero a Cuba tan isla geográficamente, como en el orden político”. Dando a entender que rechazaba la idea del anexionismo. Un patriota. Es una figura que contribuye con su recuerdo al fomento de un clima de unidad patriótica nacional, en defensa de los valores tradicionales, históricos, nuestros. Y en favor del desarrollo social del país. Porque Varela dijo, además: “Que la opresión de un pueblo es sinónimo de injusticia y que la injusticia no puede ser obra de Dios”.

CARMELO: Y él era un religioso.

CARNEADO: Profundamente religioso y profundamente cubano. Incluso, en su tercera etapa el énfasis de sus actividades es religioso. A tal punto que llega a ganar la simpatía del medio y hay la posibilidad episcopal para Félix Varela. Pero la representación de España en Estados Unidos, hizo saber al encargado de Relaciones Exteriores en España de esta posibilidad de que un “tan mal español”, como “peor eclesiástico”, fuera a ser obispo. Este Ministerio del Exterior se lo comunicó al representante de España en Roma, para que le hiciera saber al Vaticano que se trataba de “un intrigante, un enemigo de la tranquilidad pública”, para que le cerraran el paso a la posibilidad de que se presentara la propuesta de Varela como obispo. Parece que esta propuesta no llegó, aunque la respuesta de la Secretaría de Estado del Vaticano fue que se daba por informada de las preocupaciones, del interés del gobierno español. Incluso, se pagó en Cuba —por los elementos más recalcitrantes— a un sicario para que fuera a asesinar a Varela en Estados Unidos. Varela pudo defenderse de esa posibilidad. En ese caso, como en el de las calumnias de que era objeto —le decían “intrigante”, “am-

bicioso”— se defendió con una valentía extraordinaria. Decía que la calumnia era “el arma de los débiles” y que no le temía a esas calumnias. En cuanto a las amenazas de muerte, decía que “hacía tiempo que estaba curado de espanto”.

Varela se inició muy joven. Nació en 1788 y en 1811, apenas tenía 24 años de edad, fue profesor de filosofía en el Seminario de San Carlos. Después fue profesor de derecho político. Esto es muy importante porque explicó la Constitución española de aquel período, en una forma muy positiva. A tal punto, que el aula donde enseñaba Varela era abarrotada por dentro y por fuera, de gente que iba a oírlo en unas posiciones muy progresistas, destacando la importancia del pueblo y de la voluntad del pueblo en la decisión de los gobiernos. Era un demócrata en esa época. Es verdaderamente un acontecimiento. La vida de Varela nos entusiasma. Y vemos que es un vínculo que permite desarrollar conjunta y conscientemente, un trabajo común en favor de la nación, de la patria. En este caso concreto, para los cubanos.

CARMELO: Yo quisiera pasar a otro orden de cosas. Podríamos extendernos más sobre el pensamiento de Varela, que a mí también me apasiona mucho. Usted me ha regalado algunos libros sobre él, y me ha llamado la atención acerca de su pensamiento y cómo ha sido tan importante en fraguar el pensamiento cubano.

Quisiera preguntarle, doctor. Usted ha sido el funcionario que quizás ha ejercido el cargo con mayor continuidad, porque 26 años en un cargo es tarea que dice mucho de su consistencia, o más que todo de su persistencia, en este trabajo y de la calidad del mismo. Yo quisiera que me dijera, brevemente: ¿usted sería capaz de fijar etapas en esos 26 años de trabajo como conductor cotidiano de los asuntos religiosos? ¿Me podría subrayar algunas dificultades, tropiezos?

Le voy a comentar un poquito. Usted ha sido muy respetuoso de las iglesias. Usted como que se coloca —yo lo veo cuando converso aquí— como ese “monseñor” del cual se hace broma entre los colegas del Partido. Por otro lado, las iglesias le tienen un profundo respeto, un respeto auténtico, que yo lo siento cada vez que he predicado, he hablado, cuando he estado con jóvenes y grupos de damas y caballeros.

¿Usted me pudiera fijar algunas etapas? ¿Cuáles son las fases importantes de su gestión como conductor cotidiano de los asuntos religiosos? Y un comentario: hoy se habla mucho de rectificación, ¿habría algo que rectificar en los asuntos religiosos, en la conducción de esa política?

CARNEADO: Te diría, respondiéndote en sentido inverso a las preguntas: la rectificación no tiene nada que ver en relación con la política religiosa. La rectificación de los errores y de las tendencias negativas, está más bien relacionada con la economía del país; con los errores cometidos en relación con la normación del trabajo. Incluso con el criterio de que con el dinero se resuelve todo, haciendo caso omiso, o no

poniendo todo el énfasis, en el aspecto moral. Sin que esto quiera decir que se renuncie a los estímulos materiales, que son normales. Ese es el centro de la cosa. En cuanto a las tendencias negativas, algunas manifestaciones de corrupción y soborno. Algunas desviaciones en el afán de lucro, de tener más, que no corresponden con el espíritu, ni con la letra, de la ideología socialista.

Esa rectificación no tiene que ver absolutamente nada con la cuestión religiosa. Pero quiero decirte, de otra parte, que la rectificación, en tanto que ajuste, que acercarnos más a la verdad, que ser más consecuentes en las relaciones, hay que tenerla en cuenta en todas las esferas de la vida. Quizás, en el orden de las relaciones religiosas nosotros hayamos cometido errores, que entiendo se han rectificado. Y quizás, persiste alguno que haya que rectificar.

La propia Iglesia Católica en su documento final...

CARMELO: ...¡ah!, del ENEC (Encuentro Nacional Eclesial Cubano)...

CARNEADO: Del ENEC, hace una cierta autocrítica de algún período de su actividad. Y este mismo Encuentro Nacional Eclesial es una rectificación. De hecho, un ajuste de las posiciones. En este orden, y en lo que respecta a otras iglesias, hay una serie de instituciones religiosas que han rectificado, en la práctica, sus posiciones. A veces a mí se me dice: "ha habido un cambio de la política". Yo creo que no. La política se ha mantenido en lo fundamental la misma, en un medio que cambia. Porque las situaciones van variando y no sería inteligente —pienso yo— mantener una actitud igual para una situación y para otra. Hay que coger la esencia de esta posición y, entonces, aplicarla a las circunstancias.

Refiriéndome a las fases. Claro, hemos tenido —como decía al principio— un período de confrontación. Ese período de confrontación exigió la paciencia extrema. Y afirmar en el curso de todo ese período cuál es la política.

Hay un fenómeno interesante. A un alto dignatario católico aquí, le preguntaron, no hace mucho, si había presos por cuestiones de conciencia. El contestó, "no". Los presos son por actividades contrarrevolucionarias concretas. Una actividad contrarrevolucionaria concreta es la destrucción de una escuela, la destrucción de un almacén de víveres, el intento de envenenar el agua de una escuela o un círculo infantil. Son cosas terribles. Pero decía este dignatario eclesiástico: "Lo malo es que algunos de los que realizan actividades como éstas, creen hacerlo en virtud de su convicción religiosa". Ese es un problema. Hay algún creyente que entiende que su fe lo obliga a tomar actitudes contrarrevolucionarias, que no tienen que ver absolutamente nada ni con la Biblia, ni con el Evangelio. Esas son actitudes políticas concretas. Se creen obligados a eso. Y es consecuencia de toda una propaganda que se hizo anteriormente. Esa fase fue la más complicada. Se venció.

En la superación de esta fase desempeñó su papel la jerarquía, en lo que respecta a la Iglesia Católica. Y señaló a la Iglesia Católica porque tiene cierta influencia en sus posiciones sobre las demás, a pesar de las diferencias. Es la iglesia tradicional y pueden tomar —las demás iglesias— una agresión a la Iglesia Católica, como una agresión a la religión misma.

Los factores que han actuado son: primero, ha habido un cambio en las concepciones del Vaticano; yo diría que el Concilio Ecuménico del Vaticano II ha operado eso. El actual proceso revolucionario nuestro se inició en el 59. El Concilio Vaticano simplemente se había convocado, pero se celebró entre 1962 y 1965. Es decir, que entre 1959 y 1965 está presente todavía una concepción hostil al socialismo, hay anti-comunismo. La dirección eclesiástica y el clero estaban influidos por una doctrina que se había hecho obsoleta.

El otro factor es que la mayoría del clero español —y español no progresista, sino franquista— influye en las posiciones de la Iglesia.

Entonces, después del año 65 y con las reuniones de Medellín y Puebla...

CARMELO: ...sí, le iba a mencionar eso. Inician un nuevo proceso.

CARNEADO: Incluso, la Iglesia aquí llama a este encuentro (señala al libro del ENEC) “el pequeño Puebla cubano”.

CARMELO: Interesante.

CARNEADO: Es decir, el ajuste de su actividad pastoral a una realidad.

CARMELO: Latinoamericana.

CARNEADO: Latinoamericana nueva. Que no se puede dejar de tener en cuenta, que existe. Ese fenómeno, junto al cambio natural de la composición personal de la jerarquía. Hoy, ninguno de los obispos que están, estaban en el 59. Todos son nuevos. Incluso, más rejuvenecida la jerarquía. Más dentro de la realidad, y coincidiendo con esto, una consolidación del proceso revolucionario, que ya es obviamente irreversible. Esto está...

CARMELO: ...consolidado.

CARNEADO: Ahora, junto a este proceso que se registra aquí (señala al documento del ENEC), está el proceso en el Continente: el agravamiento de la situación continental. El aumento del desempleo, el analfabetismo, la mortalidad infantil, la deuda externa, etc. Esto crea una situación a la cual se responde a través de las iglesias, del clero o de las comunidades de base.

Eso tiene una expresión teológica. Una expresión teológica a la que no es indiferente, desde luego —no puede serlo—, el Vaticano. Pero, además, una teología nueva que resulta de una realidad, dramática, trágica, y que comprende no sólo a la feligresía de la Iglesia Católica. Esto es importante. Son teólogos protestantes, evangélicos y católicos los que originaron —a mi juicio— un ecumenismo de tipo nuevo. Que resulta de la convicción común de que hay que trabajar para superar una situación dramática, insoportable, que tiene el Continente.

De esta manera nos vamos pasando a la segunda fase.

Debo decirte que tuvimos problemas también con algunas iglesias evangélicas.

CARMELO: ¿Sí?

CARNEADO: Particularmente, con ciertas iglesias bautistas, sobre todo algunos pastores de la Convención Bautista de Cuba Occidental. En realidad continuaron con una mentalidad subordinada a los Estados Unidos, a la administración norteamericana. Y que llegaron a cometer —un número de estos pastores— delitos en relación con el tráfico de dólares.

Estos juicios se celebraron públicamente. Se hizo evidente ahí que no había ningún problema de criterio religioso ni nada de eso, sino una violación directa de la ley. ¿Yo no sé si tú llegaste a conocer cuál era el problema?

CARMELO: En parte.

CARNEADO: El problema está en que ellos recibían sus asignaciones de Estados Unidos, y entonces, ¿que hacían algunos de estos pastores? Tomaban aquí pesos cubanos y disponían que a determinadas personas se les depositaran los dólares que les correspondían en Estados Unidos. Entonces, recibían cinco pesos cubanos por cada dólar. El residente en Estados Unidos cogía los dólares y el pariente aquí le daba los pesos cubanos. Era un tráfico.

Se celebraron los juicios correspondientes. Debo decirte que algunos de los que fueron sancionados entonces, resultan ser hoy de los más comprensivos de la situación y los que tienen posiciones más respetables. Llegaron a comprender y son muy amigos del proceso revolucionario, a través de la vida misma, de la comprensión.

Esta fue la fase más delicada, más difícil. No obstante, aún en esa etapa mis relaciones siempre fueron muy cordiales. Tuve muy buenas relaciones con Monseñor Pérez Serante, con Monseñor Evelio Díaz. Las relaciones personales fueron muy buenas. Porque, por otra parte —y esto yo quiero acentuarlo—, en estas posiciones de cordialidad, de respeto a la dirección religiosa, tanto católica como protestante, estaba el respaldo de Fidel. Si yo he permanecido tanto tiempo en el cargo,



El Doctor José Felipe Carneado acompañado de Monseñor Sergio Méndez Arceo, antiguo Obispo de Cuernavaca, México.



El Doctor José Felipe Carneado y el Cardenal Eduardo Pironio (20-11-86).

creo que se debe, sobre todo, a la consecuencia de mi actuación con las posiciones de la dirección. Es lo que se desea. Yo me he sentido siempre muy apoyado, muy respaldado en mis gestiones, en mis relaciones, por el criterio y el pensamiento de Fidel.

CARMELO: Una confianza en su gestión y una conexión total y coincidencia con él.

CARNEADO: Coincidencia total. El lo manifiesta aquí (señala el libro de Gianni Miná, *Un encuentro con Fidel*, que salió al público esta semana aquí en La Habana. Allí, Fidel expresa palabras de aprecio para "el compañero José Felipe Carneado en su gestión a cargo de los asuntos religiosos").

Siempre que he actuado, me he sentido respaldado por la dirección del Partido. Me he afanado en descubrir lo fundamental del pensamiento de la dirección revolucionaria, particularmente de Fidel. Por eso, sería una pedantería de mi parte, atribuirme personalmente aquello de lo cual yo soy, en realidad, un representante. Porque yo lo que reflejo es esa política.

CARMELO: Por eso es que yo insisto: la conducción revolucionaria —léase Fidel— como máximo dirigente, es el artífice. Pero yo le adjudico a usted la conducción cotidiana. Porque yo reconozco que jamás podrá ser una persona pedante. Usted es —todo lo contrario— una persona humilde y servicial.

Yo entiendo que es en esa calidad de servicio que usted ejerce. Por esa cualidad que usted tiene. Yo creo que ha sido un reconocimiento a esta capacidad de diálogo que todo el mundo le reconoce. La consistencia de su trabajo en esa conducción cotidiana, es un reconocimiento a su capacidad dialógica, la cual yo he vivido personalmente.

CARNEADO: Sí, Carmelo. Yo he procurado siempre —no sé si es una característica del temperamento mío, pero me satisface muy íntimamente— la realización de un diálogo en que se reconozcan las verdades de uno y otro.

Para mí fue una satisfacción especial que la jerarquía católica, con la que ocurrió la confrontación más dura, me haya felicitado en mi cumpleaños y me haya ofrecido una comida de reconocimiento en la que me expresaron sus mejores deseos. A pesar de la situación que vivimos, que fue —repito— dramática y muy seria.

Que las iglesias evangélicas me hayan ofrecido la recepción —homenaje— que me ofrecieron, con representaciones, incluso, del Continente. Son casi ya los certificados que me permiten ir a casa (lo dice con una gran ternura) y pasar los años que me quedan en satisfacción íntima, tranquilo. Yo no sé si tú viste la plaquita (se trata de la placa que le ofreció el Consejo Ecuménico de Cuba, en el cumpleaños setenta

del Doctor Carneado, y que yo copio textualmente: “Al Doctor José Felipe Carneado. Por su dedicación a la igualdad, justicia y valiosa contribución en crear una relación de respeto y comprensión entre la iglesia y el gobierno revolucionario. Consejo Ecuménico de Cuba. Ciudad de La Habana 29-6-85”).

(Hay un silencio que irradia emoción íntima).

CARMELO: Doctor, al resumir esto, que inclusive transmite una gran emoción cuando hablamos de estas cosas; porque usted es un hombre de profunda emoción, de un sentimiento —no algo sentimentaloidé— sino un profundo sentimiento humano: ¿cuál ha sido su relación con las iglesias protestantes? ¿Cuáles han sido las experiencias con el Consejo Ecuménico de Cuba, como organismo representativo de las iglesias protestantes, y ahora con la comunidad judía, como observadora también del Consejo Ecuménico?

CARNEADO: Fue en el 85 que Fidel se encontró con los obispos católicos. Dos días después se reunió con el Consejo Ecuménico de Cuba. Entonces estaba presidido por el Reverendo Adolfo Ham. A ese encuentro con Fidel asistieron, además, representaciones de iglesias que no están incluidas en el Consejo Ecuménico de Cuba. Fue un encuentro que yo calificaría de cordial y de fraterno. Muy bueno. Un encuentro muy satisfactorio, muy refrescante. Que partió del hecho de que desde el inicio mismo del proceso revolucionario, las iglesias protestantes, las más importantes, las de mayor raíz, adoptaron siempre una posición de respeto al proceso revolucionario. Sin extremismos opositoristas, ni nada de eso. Muy serenas. Incluso, desempeñaron papeles muy importantes en actividades masivas, como las de la alfabetización. Desempeñaron, también, un papel en la lucha rebelde. Ahí había metodistas, bautistas, adventistas del séptimo día.

Durante el proceso revolucionario, declarado el carácter socialista de éste, a partir de las iglesias protestantes, en general, no salió nunca una manifestación hostil. Incluso, en lo que otra iglesia se mantenía reservada y de simple observador, las iglesias evangélicas —y particularmente el Consejo Ecuménico de Cuba— han adoptado posiciones patrióticas, defensoras de la soberanía nacional, muy cubanas y muy cristianas.

Nosotros estamos muy contentos con estas relaciones. Hay, sobre todo, confianza. No hay reservas. Hablamos con lealtad abierta de una y otra parte. Esto es muy satisfactorio, Carmelo. Hablamos como amigos, sin intención oculta, sin reservas. Y quieres que lo diga. Yo lo resumiría así: no hay fingimientos.

CARMELO: No hay fingimientos, es directo.

CARNEADO: Muy cordial.

CARMELO: Como en familia.

CARNEADO: Por ejemplo, la conversación que yo tuve ayer con estos Discípulos de Dios en Cristo. Hubo un momento en que no me pareció que estábamos reunidos religiosos y no creyentes. Era una cosa familiar, muy cordial. Desde luego hay también sus razones de tipo personal. La misma composición del grupo estaba muy vinculada a una realidad "nuestra" desde el punto de vista étnico. Nos consideramos como en familia. No nos dimos cuenta que estábamos tratando temas religiosos, eran casi problemas personales.

Con el problema que surgió en relación con la militancia en el Partido, resultó una decisión en que particularmente la Iglesia Católica, su jerarquía, su dirección, había adoptado la posición de confrontación abierta. Se consideró por la dirección que ese creyente practicante, dependiente de la Iglesia Católica, potencialmente no era el mejor amigo de la revolución. Dice Fidel: "Y en este caso, como se extendió a los protestantes, pagaron justos por pecadores". Entraron también ahí los protestantes, que no adoptaron nunca una posición hostil al proceso revolucionario en su conjunto.

Estas relaciones han sido muy buenas. Con el Reverendo Ham, fueron buenas. El es hoy presidente del Comité Cubano contra el Apartheid. Con el Reverendo Raúl Suárez (actual presidente del Consejo Ecuménico de Cuba), las relaciones son muy cordiales. Nos lo decimos todo.

Tú hablaste en un momento de rectificación. Sí, no como el proceso que se ha iniciado en el país, como situaciones particulares de las iglesias. Se cometen errores por parte de algunos niveles nuestros. Nosotros tenemos la fortuna de que estos errores se nos presentan directamente. No es la reserva y aguantar las cosas. Es decir: "Mire, Carneado, aquí se ha cometido una injusticia". Ha sido una contribución a mi trabajo, el señalamiento de los errores y equivocaciones en el tratamiento de la cuestión.

CARMELO: Siempre que he venido en mis funciones, cuando trabajaba con el Consejo Latinoamericano de Iglesias (CLAI), he encontrado esa receptividad. Yo he encontrado una transparencia en su persona.

CARNEADO: Emilio Castro lo llama candor (Carneado no puede evitar esa risa única).

CARMELO: Siendo yo caribeño igual que usted, creo que es cierto, una actitud candorosa (risas).

CARNEADO: Emilio me dice que, eso quiere decir transparencia. No hay cambio en eso.



El Doctor José Felipe Carneado en Sagorsk, URSS (2 de octubre de 1966).



El Doctor José Felipe Carneado con el Obispo Federico Pagura, Presidente, y Felipe Adolf, Secretario General del CLAI (19 de febrero de 1988).

Mira, Carmelo, quisiera decirte en este orden de la receptividad. Las iglesias y algunos de sus dirigentes no están al tanto, no pueden estarlo, de una serie de fenómenos, de acontecimientos, de actitudes en relación con el país en su conjunto y a partir del exterior. Ni del grado de pretendida utilización de las iglesias en determinadas direcciones, por parte del adversario a nuestro proceso revolucionario. Esto me obliga a mí, que soy conocedor de eso, a hablar honestamente: "Mire, vamos a sentarnos, aquí lo que hay es esto". Y cuando surge esto que puede entenderse como una dificultad o como una reserva, tiene este fondo. Es decir, somos plenos. Y de parte de las iglesias evangélicas —particularmente— no advertimos de ninguna manera reservas oscuras, o dudas, o tratar de descubrir en la política nuestra una intención oculta. No. Nos tratamos abierta y francamente.

Podemos hacerlo. Yo lo puedo hacer, entre otras cosas, por mi convicción de que no hay incompatibilidad esencial entre la fe cristiana bien entendida y el proceso nuestro. Yo estoy perfectamente convencido de eso. Entonces, no tengo por qué ocultarme: "Oyeme, como si los dos fuéramos cristianos. Vamos a hablar". Y hablamos sin reserva. Y esto es para nosotros, en lo que respecta a las iglesias evangélicas, muy importante, por las relaciones, los vínculos que tienen con el exterior, particularmente con los Estados Unidos. Las satisfacciones más frecuentes que yo he recibido han sido de las iglesias norteamericanas, eso parece raro. He sido invitado a los Estados Unidos; han venido aquí. Han reflejado la realidad nuestra en el exterior. Han sido un factor de colaboración, incluso en la lucha contra el bloque.

CARMELO: Han sido solidarios en el proceso.

CARNEADO: Muy solidarios en el proceso. Eso, desde luego, es un mosaico lo que hay allí. Pero las manifestaciones que hemos recibido desde allá son positivas, muy buenas.

Yo calificaría de óptimas las relaciones con el Consejo Ecuménico de Cuba. Y nuestro deseo es que esta institución se fortalezca y se extienda.

CARMELO: Como un servicio a las iglesias y un apoyo al proceso.

CARNEADO: Porque, además, esta colaboración no se da desde otro punto que el de la práctica. No hay la pretensión nuestra de transformar esos criterios, ni de parte de la iglesia se hace evidente el propósito de modificar criterios ni nada de eso, sino trabajar en el proyecto concreto. Chico, si estamos construyendo círculos infantiles es para ayudar a las madres creyentes y no creyentes. Si estamos construyendo hospitales es para todos y nuestra producción no es para enriquecer a determinadas personas, sino que es para el beneficio general.

Es muy significativo que las iglesias, el Consejo Ecuménico y que las iglesias evangélicas, se dispongan —en su generalidad— a apoyar este proceso, con la práctica, no simplemente con declaraciones. Incorporadas ya sea en la microbrigada o en el trabajo agrícola, en manifestaciones concretas de esa disposición.

Te repito, Carmelo. Las relaciones son óptimas. Deseamos mantenerlas y desarrollarlas, no sólo en beneficio del proceso revolucionario nuestro, sino como antecedente que sirva —sobre todo en nuestro continente— en la posibilidad real de trabajar juntos en un cambio favorable al pueblo.

Aquí en el documento (señala al documento del encuentro eclesial cubano, ENEC), yo no sé si tú lo conoces.

CARMELO: He oído sobre el documento, debo examinarlo.

CARNEADO: Yo te voy a regalar un ejemplar. Hay algunas afirmaciones aquí que yo creo de interés, que ilustran estos cambios. Es en este documento del ENEC —en el capítulo donde se alude a los aportes de la sociedad socialista a la vivencia de la fe cristiana. Se dice, por ejemplo, que la sociedad socialista “nos ha ayudado a adquirir una mayor conciencia de la dimensión social del pecado, en especial frente a las distintas formas de injusticia y desigualdad, racial, económica, etc. Nos ha ayudado a tener una mayor valoración de la persona humana. Nos ha enseñado a dar por justicia lo que antes se daba por caridad. A apreciar mejor el trabajo, no sólo como factor de producción, sino también como el elemento de desarrollo de la persona y ha ayudado a comprender la necesidad de cambios estructurales para la mejor distribución de los bienes y de los servicios, educación, asistencia médica, etc”.

Es decir, es un reconocimiento de los aportes de la nueva sociedad a la Iglesia. Hay también los aportes que la Iglesia —tanto la Iglesia Católica como las iglesias evangélicas— puede hacer al proceso revolucionario en relación con la familia, con su estabilidad, con la orientación de los jóvenes; contra las manifestaciones anti-sociales, la drogadicción, etc. Una serie de aspectos que las iglesias —tanto de un signo como de otro— realizan y que son favorables. Se va creando y se va afirmando un terreno de trabajo y de actividad común, que nos ayuda a mantener a éste como ejemplo de colaboración conjunta.

Hay otro detalle muy importante y muy actual, que es el problema de la lucha o los esfuerzos por la paz y el desarme. Las posiciones de las iglesias, en este sentido, son muy plausibles, muy dignas de tener en cuenta. Ya no es un problema de fe, exclusivamente. Es un problema que trasciende a la supervivencia misma del género humano. Y las iglesias siempre fueron partidarias de una situación de paz, pero ya lo de ahora no es una paz cualquiera; es una paz que significa la supervivencia del planeta, de la sociedad humana.

CARMELO: Y somos responsables también de eso.

CARNEADO: Entonces, allí se abre un terreno amplísimo de colaboración que vamos desarrollando.

Aquí, por ejemplo, esta última reunión que se celebró en Cuba —creo que fue en mayo de este año— de la Conferencia Cristiana por la Paz para la América Latina y el Caribe, que originalmente tenía un predominio protestante. Hoy se equilibran católicos y protestantes en esta lucha por la paz y por el desarme. Yo creo que la fuerza material y espiritual que surge de las iglesias, constituye un factor de primerísima importancia para el logro de una paz duradera y de un desarme efectivo.

CARMELO: Y ahí hay que notar lo que usted mencionaba sobre las iglesias de los Estados Unidos con este esfuerzo solidario. Yo diría que tanto el Consejo Nacional de Iglesias —las iglesias que lo componen— como el Consejo Mundial de Iglesias, han hecho un énfasis en esta última década sobre el tema de la paz con justicia y todo este esfuerzo de convocar a las iglesias para un proceso de verdadera reconciliación. Inclusive, ahora el Consejo Mundial de Iglesias ha enfatizado mucho el tema de la justicia, paz e integridad de la creación, que va en esa línea que usted ha subrayado tan elocuentemente.

Yo creo que este es un esfuerzo sumamente importante, que las iglesias deben asumir y que me parece que es un desafío de una gran trascendencia en este momento histórico que se está viviendo. En este momento en que Ronald Reagan y Mijail Gorbachev están firmando nuevos acuerdos sobre el desarme y el control de armamentos, nada más atinado para las iglesias que coincidir en ese esfuerzo que usted menciona.

Doctor, yo quisiera relacionar este tema con el nuevo ecumenismo del que hablábamos anteriormente. Ese nuevo ecumenismo está dado en la apertura y *aggiornamento*, del cual hablara Juan XXIII, y con un proceso de renovación en las iglesias protestantes. Fue, además, el impacto de la teología de la liberación. Yo reconozco en usted a un conocedor de la teología de la liberación, porque me ha impresionado su dominio, no sólo del tema, sino la pasión con que se ha referido a esos aspectos. ¿Podría usted comentar cómo ve este movimiento? Porque la teología de la liberación es un movimiento, tanto en su incidencia en Cuba como en su incidencia ecuménica.

CARNEADO: Mira, cuando hice referencia a un ecumenismo de nuevo tipo, lo relacioné de alguna forma con este fenómeno de la teología de la liberación. Es decir, con esta nueva corriente del pensamiento teológico, acentuada en el Continente, aunque sus raíces están dondequiera que hubo una preocupación por el hombre, por su bienestar, por su desarrollo. La expresión teológica se acerca a las condiciones de nuestro Continente, es más clamorosa. Por la necesidad de adoptar una posición



El Doctor José Felipe Carneado durante la despedida del Rey Yoruba Sijuwade Olubure II.

a partir del criterio teológico de los propios evangelios, en relación con la realidad que se está viviendo.

Yo digo un ecumenismo nuevo porque ahí coinciden los hombres de buena voluntad, preocupados por el hombre, cualquiera que sea su filiación particular o religiosa. Por ejemplo, es Leonardo Boff, y es Hugo Assmann, Raúl Vidales y Pablo Richard. Entonces, lo que se reúne ahí son personalidades de la teología, más esclarecidas, indiferentemente de las filiaciones aisladas religiosas, coincidiendo en una realidad, y esto para mí tiene un valor extraordinario.

Yo no soy un teólogo de la liberación, lo que soy es un admirador entusiasta de los teólogos, particularmente de Leonardo y Clodovis (Boff), Hugo (Assmann) y otros. Sí, muy audaces, muy realistas y muy valientes, en el planteamiento de una realidad, que es la realidad del Continente y de las fórmulas de solución.

Fidel ya en Nicaragua, en Chile, habló de la unión estratégica.

CARMELO: Sí, la alianza estratégica.

CARNEADO: El precisó el carácter estratégico de esta alianza en Nicaragua. Allí amplió más: unidad. Calificó esta posibilidad de explosiva. Si esto se produce, él quizás recordando la expresión del Che, en el sentido de que cuando los cristianos se decidieran a dar un testimonio de fe aquí...

CARMELO: Esto era invencible.

CARNEADO: Sí, sí, esto era invencible. El carácter estratégico de esta alianza lo da el objetivo estratégico del Continente. Aquí no está a la orden del día el ser socialista o no. El problema está, como decía Martí, en la "segunda independencia". Y éste no es un objetivo comunista, ni socialista. La segunda independencia se da efectivamente cuando se logra la soberanía, la independencia. El país se hace dueño de sus propias riquezas, tiene en cuenta fundamental o esencialmente los intereses de su pueblo. Rechaza la explotación ajena y promueve el desarrollo. Esto es estratégico en estas condiciones. Después lo del socialismo no debe ser un problema, sino opciones que resultan del propio desarrollo. Pero lo estratégico en el Continente es la segunda independencia. Por eso a mí me entusiasma el asunto.

Yo pienso que Cuba es un santuario, "entre comillas", para la teología de la liberación. Fidel la ha defendido tanto en el libro (se refiere a *Fidel y la Religión*, con las entrevistas que le hiciera Frei Betto), como en el informe que él rindió al tercer congreso del Partido. No se puede subestimar, no se puede ser un revolucionario consecuente, ignorando esa realidad y sustrayendo o negando apoyo y respaldo. Nosotros apoyamos eso porque nosotros no somos dogmáticos. Como dice Fidel: "Cuando los teólogos y los creyentes se hacen dialécticos,

¿cómo vamos a ser nosotros dogmáticos?” Es decir, ¿por qué estos criterios filosóficos nuestros van a impedir la colaboración en un objetivo concreto, social, de beneficio para todos?

Eso es así. Déjame agregarte. El antidogmatismo mío no es nuevo; yo lo he sentido siempre así, determinado por mis propias condiciones de vida y por mi interpretación de la doctrina o de la concepción filosófica con la que estoy identificado hace más de cincuenta años. Es decir, esta cuestión es vital.

CARMELO: Es vital. Para usted es vital.

CARNEADO: A veces yo grafico esto diciendo: No es Dios, es Reagan el que nos molesta a nosotros. Es Reagan el del bloqueo. Así es la cosa. Fidel ha hecho afirmaciones tan interesantes como la de que el Sermón de la Montaña puede ser suscrito por Carlos Marx. Eso es lo que pensamos nosotros. Así lo queremos nosotros. Es repartir el pan para todos. Chico, que haya peces para todos es nuestro objetivo. Lo otro es secundario; lo otro queda subordinado ante este objetivo. Con ese criterio no es tan difícil, Carmelo, mantener buenas relaciones.

CARMELO: Este diálogo.

CARNEADO: El diálogo. ¿Por qué? Porque si eres un hombre honesto; si eres un hombre patriota; si eres un hombre sensible; si eres un hombre humano, y nada de eso es incompatible sino que es coincidente con la fe cristiana...

CARMELO: Hay más coincidencias...

CARNEADO: Con el socialismo que con el capitalismo.

CARMELO: Exacto.

CARNEADO: El (Fidel) usó una expresión muy aguda, cuando dijo que la diferencia que hay entre el capitalismo y el socialismo es la diferencia que hay entre un prostíbulo y un círculo infantil. Nosotros queremos una sociedad sin drogadicción, sin prostitución, sin desocupados. Queremos una sociedad donde los niños puedan educarse y vivir. Eso nosotros podremos no sólo quererlo, sino trabajar juntos por ello. Lograr ese objetivo y mantener cada uno su criterio o su fe.

CARMELO: Tener una libertad para la expresión religiosa y, además, una cosa que yo le iba a recalcar, yo creo que también hay un efecto, un elemento central en el movimiento de la teología de la liberación. Nosotros creemos que la teología de la liberación es profundamente pastoral. Como es profundamente pastoral, acompaña al pueblo en su

proceso. Es este movimiento de las comunidades eclesiales de base con su espiritualidad. Hay una manera de entender la fe en ese nuevo ecumenismo, en ese nuevo contexto, que yo creo que a usted lo ha impactado. Yo creo que usted ha sido transformado, porque ese sentimiento humano lo hace proclive a simpatizar con todo aquello que enaltezca las relaciones humanas, la calidad de vida. Eso me parece que lo ha tocado a usted. Por eso es que ha tomado esta veta de espiritualidad de la teología de la liberación.

CARNEADO: Así es, Carmelo, justamente. Yo no sé, hay una frontera entre el sentimentalismo y la conformidad con lo que es profundamente humano. A mí me emocionan los niños, chico. Y me preocupa el porvenir de cada niño como si fueran mis hijos. La idea de que en este Continente mueren cada día mil niños, como consecuencia de la desnutrición o de la inviabilidad, por la desnutrición de la madre. Eso es una cosa impactante. Fidel dice que es el equivalente a más de 350.000 al año. Que es más o menos lo que murió en Hiroshima y Nagasaki. Es decir, cada año explota en este Continente una bomba atómica como la de Hiroshima. Y eso es, cuando uno profundiza y se siente ser humano, conmovedor. ¿Qué consideración puede impedir que trabajemos juntos para conjurar eso? Esto sería una vergüenza, el pretexto de la diferencia de fe o de criterio filosófico, para estorbar la colaboración, para superar una situación como esa.

CARMELO: Exacto.

CARNEADO: Y en ese orden, nosotros lo subordinamos todo al trabajo conjunto para liquidar esa situación insoportable, deshumanizada —diría yo— bárbara.

CARMELO: Usted ha tenido una experiencia ecuménica que me la ha ido mencionando a través de toda la entrevista. Yo considero que tiene una gran experiencia ecuménica. Quisiera que resaltara una de las más recientes: la visita de Jesse Jackson. Además, su visita al Consejo Mundial de Iglesias, que produjo un impacto muy positivo. Hace poco se tuvo la visita aquí del Reverendo Emilio Castro, Secretario General del Consejo Mundial de Iglesias. A mí me gustaría que usted me comentara esas experiencias, porque creo que resumen esa trayectoria ecuménica suya.

CARNEADO: Mira, nosotros tuvimos la visita de Jesse Jackson acá a Cuba. Es un hombre de un valor moral y político extraordinario; de una honestidad en la actuación muy visible. Es un hombre muy carismático, porque se ve, se advierte. Habla con la más profunda sinceridad. Casi estoy por decir que Jackson, con su presencia aquí en Cuba y el impacto de su personalidad, certificó el inicio de este cambio que se ha dado.

Logró atraer la simpatía y el afecto personal de Fidel. Y lo llevó al púlpito de la iglesia (se trata de la Iglesia Metodista en el Vedado, donde el Reverendo Jesse Jackson pronunció un vibrante discurso en honor a Martin Luther King, con la presencia del comandante Fidel Castro).

Ahora recientemente estuvo por acá la esposa de Jackson, en ocasión de la inauguración del memorial a Martin Luther King, aquí en la Iglesia de Marianao.

CARMELO: ¡Ah!, la Iglesia Bautista donde Raúl Suárez es pastor.

CARNEADO: Fidel se encontró y saludó a la esposa de Jackson.

Yo estuve invitado por el Consejo Mundial de Iglesias en Ginebra. De la misma manera que mis encuentros aquí son casi familiares, con los dirigentes evangélicos, mi visita allí fue inolvidable. Tuve un encuentro con el *staff* latinoamericano, sin discursos leídos, sin guía de intervención; abierto en una conversación; abierto a las preguntas y las cuestiones que se suscitaron allí. Y me llevé la impresión más agradable de la coincidencia que teníamos en una serie de puntos fundamentales, particularmente los relativos al Tercer Mundo. Ya desde antes, desde la época de Phillip Potter, que estuvo acá en Cuba y se entrevistó con Fidel, teníamos ese acercamiento. Con posiciones muy dentro de la realidad y muy valiente. Recientemente estuvo la esposa de Phillip Potter por acá.

Esa visita mía a Ginebra fue inolvidable. Inolvidable, repito, por esa coincidencia, y porque me dio la oportunidad de entrar en conocimiento con dirigentes mundiales del protestantismo y con dirigentes continentales muy importantes. Que es el contacto que se reprodujo después acá en Cuba. Sí, tengo el más alto aprecio y la más alta consideración por la actividad que desarrolla el Consejo Mundial de Iglesias.

Y la visita de Emilio...

El Consejo Ecuménico de Cuba, con nuestra especial satisfacción, lo invitó a venir a Cuba y que estuviera algunos días con nosotros acá. A Emilio se le dispensó el tratamiento merecido. De tal forma que pudo —en el breve tiempo que estuvo con nosotros— recorrer casi todo el país. Tuvo las facilidades personales de transporte. Es decir, se le puso un avión ejecutivo a su disposición. Estuvo en la Isla de la Juventud; contactó allí con los estudiantes namibios y tuvo palabras hermosísimas en relación con los problemas de Africa del Sur y de Namibia. Visitó la escuela de los estudiantes nicaragüenses; para ellos tuvo palabras muy bellas. Porque, además, Emilio es un hombre carismático, un orador muy elocuente, muy dentro de las realidades sociales y un verdadero promotor de la incorporación del creyente a la solución de los más graves problemas que afronta la sociedad humana de hoy. A nosotros nos encantó Emilio.

Como sabes, él tuvo la posibilidad de encontrarse con Fidel. Esto es muy interesante, porque Fidel fue a visitar a Emilio en la casa donde estaba. Y sostuvieron una extensa y muy cordial conversación. Bueno, eso lo podrás apreciar en el video (el Doctor Carneado me ha obsequiado el video-cassette que se editó sobre la visita de Emilio, incluyendo los cultos e iglesias que visitó).

Esta es la situación. Y nosotros deseamos muy ardientemente continuar esta relación, estos vínculos con el Consejo Mundial de Iglesias, y por supuesto, con su dirección encabezada por Emilio.

En relación con Jackson...

CARMELO: ¿Sí?

CARNEADO: Ahora, uno de los obispos que entrevisté ayer estaba muy vinculado a Jackson y aprovechamos la ocasión para enviarle un saludo muy cordial y la esperanza de que podamos verlo en alguna otra oportunidad por Cuba. Para él no es fácil. Ahora están en plena campaña electoral y no será seguramente posible. Pero él aquí dejó un recuerdo imborrable, como lo dejó Emilio.

CARMELO: Un impacto.

CARNEADO: Un gran impacto. Por la consecuencia que reflejaba, entre los principios evangélicos, repito, y una actuación correcta, sobre todo en favor del desarrollo y del bienestar humano; de la defensa de los intereses fundamentales de la sociedad y de los pobres. Fue una visita por muchos motivos inolvidable, que esperamos que se repita.

En cuanto a Emilio, vamos a ver si logramos que vuelva por acá, él y su equipo. Por cierto, él salió de aquí para Ginebra y después para los Estados Unidos. Nosotros quisimos que descansara unos días, y lo hizo acá.

CARMELO: ¿Cuál ha sido su impresión del Consejo Latinoamericano de Iglesias (CLAI)?

CARNEADO: En Cuba tengo entendido que hay once iglesias miembros del CLAI. Para nosotros eso tiene un gran significado. La presencia de iglesias cubanas allí, le da una gran oportunidad de interpretar la propia vida de esas iglesias aquí. Como tú sabes, hay expresiones confusas y tergiversadas, fuera de Cuba, sobre estas iglesias. Además, en esa relación del CLAI se enriquece la vida de las iglesias cubanas.

Cuando tú mismo eras Secretario Regional para el Caribe del CLAI, visitabas extensamente en todo el territorio cubano a esas iglesias. Felipe Adolf y el obispo Federico Pagura han predicado y visitado las iglesias. Yo mismo he conversado extensamente con ustedes sobre la vida, problemas y dificultades de las iglesias. El hecho de que próximamente

la Junta Directiva del CLAI se reúna aquí, va a ser un aliciente para las iglesias.

No sé si sabes que el Secretario General del Consejo Nacional de Iglesias de Estados Unidos, estuvo por acá. Esas conversaciones con Arie Brouwer fueron muy positivas. Con esas iglesias norteamericanas, ya te dije, hemos tenido encuentros muy refrescantes y solidarios.

Así es, Carmelo. Nos sentimos satisfechos con estas relaciones. Ustedes son gente amiga, fraternal.

CARMELO: Yo quisiera agradecer este tiempo, personalmente. Ha sido un momento muy refrescante.

Si usted fuera a resumir, a sus 72 años, cuáles han sido los logros, cuáles han sido los sueños; esa utopía de la cual me habló antes, y lo no logrado: ¿cómo pondría usted eso? ¿Cómo lo caracterizaría? (Carneado ha hecho un círculo con el número 72 en el medio y me mira fijamente).

CARNEADO: Mira, Carmelo. Yo diría que soy un hombre feliz, indiferentemente de las dificultades que se puedan presentar en el orden de la salud personal. Soy un hombre feliz, porque estoy viendo realizados mis sueños de adolescencia y juventud. Lo que me pareció en algún momento de mi vida imposible, lo estoy viendo ahora. Tengo la satisfacción de vivir en un país verdaderamente soberano e independiente; tengo la satisfacción de que efectivamente, como quería Martí, la ley primera de la República es el culto a la dignidad plena del hombre. Digno, sin discriminaciones, con perspectiva de progreso y desarrollo. Yo me siento feliz. Como si estuviera en...

CARMELO: ...una nueva juventud.

CARNEADO: En gran parte realizado en mis sueños de juventud. Pero, además, me siento particularmente feliz, porque creo que, interpretando el sentido de la política y de los principios que guían al proceso revolucionario nuestro, he ganado el aprecio, la consideración, el afecto y el cariño de los creyentes de este país, ubicados en la distintas vertientes religiosas. Eso para mí es casi la realización de un sueño, también.

CARMELO: Yo quisiera concluir con unas palabras de José Martí que dijo: "Hacer es la mejor manera de decir". (Carneado ha repetido las palabras conmigo).

CARNEADO: ¡Ajá! Muchas gracias, Carmelo.

CARMELO: Muchas gracias, doctor.

Hemos concluido la entrevista. Ambos estamos emocionados. Yo siento una enorme alegría. Nos hemos confundido en un fuerte abrazo.

Hay una alegría pascual. La conversación se ha dado en el ámbito más íntimo de dos personas que han llegado a profesarse amistad, respeto y devoción por sus mutuas convicciones.

José Felipe Carneado ha impactado mi espíritu y mi vida como lo hizo mi padre. Por eso yo también soy un hombre feliz, al concluir este diálogo fecundo. Doy gracias a Dios por haber conocido a este extraordinario ser humano.

Mensaje del Reverendo Raúl Suárez, 17 de diciembre de 1988

Compañeras, hermanas, compañeros y hermanos todos:

En esta mañana tan significativa en la vida de nuestro Consejo Ecuménico, de nuestras iglesias y de nuestro país, tengo esta responsabilidad de traer unas palabras que intentan reflejar de alguna manera nuestras posiciones y vivencias de este caminar de treinta años.

Decir treinta años, en cualquier sentido que hablemos, significa treinta años, y muy especialmente, hablar de treinta años de la vida y la obra de la iglesia y el movimiento ecuménico de Cuba, y de todo nuestro pueblo. En el caso nuestro —como es el movimiento ecuménico— como iglesias, decir treinta años es hacer referencia a un período de vida personal, familiar, eclesiástica y social, que se ha vivido en un proceso que le da características muy distintas a nuestro caminar histórico.

Al llegar al año 1959 —como hemos revalorado durante estos días en sentido general, bíblica y teológicamente—, nos caracterizábamos por una fuerte dependencia del pensamiento de nuestras homólogas de Estados Unidos de Norte América. Nuestras estructuras eclesiásticas eran las mismas que se habían transplantado hacia nuestros suelos, con algunas diferencias mínimas —no todos fueron así; sería injusto, no sería cristiano el no afirmar que también hubo muchos factores, muchas experiencias, mucha de nuestra fe, que fue positiva para nuestro pueblo y para nuestras iglesias. Pero no llegamos al año 59 con un pensamiento autóctono que respondiera estructural, hermenéutica y teológicamente a una genuina cubanía.

Hubo profetas —como se ha señalado durante los otros días—, pero fueron las excepciones. Desde el punto de vista de los moldes, socio-económico y político, las iglesias y los cristianos generalmente rechazaban la corrupción administrativa, las fuentes de desigualdades sociales y económicas que se daban en nuestro país. Nuestros pensamientos radicales, en aquel entonces serían una aproximación a algo así como a una social democracia en los más radicales —y esto sigue en

algunos profetas aislados—, a una revolución democrática, popular y anti-imperialista. Por eso, una mayoría significativa de nosotros acompañó gozosamente a la revolución cubana en sus primeras etapas, hasta los días de abril del año 1961. Y durante el año 1962, en que la revolución y su líder máximo se definen públicamente por la ideología marxista-leninista, por el modelo socialista para nuestra economía. Entonces comenzamos, como iglesias y como creyentes en Jesucristo, este caminar histórico al ritmo de la revolución.

No es el momento de un recuento detallado, solamente de algunas reflexiones con relación a estos años. Diría, en primer lugar, que en estos años nos ha acompañado Jesús de Nazaret a quien muchos de nosotros conocíamos de oídas, y a quien a lo largo de estos años hemos redescubierto. Su presencia real ha sido una de nuestras más profundas experiencias.

Durante estos años, que van para treinta, nos ha acompañado también lo mejor de nuestro pueblo, tanto su rica historia como su heroísmo; su capacidad de sacrificio y su extraordinaria creatividad e iniciativa. Esto de sentirnos hoy pueblo es otra de las grandes y significativas experiencias de estos años.

Traicionaría mis convicciones cristianas y cubanas si no dijéramos, también, que debemos de afirmar como iglesia el agradecimiento a Dios por el líder que ha dirigido a esta revolución durante estos treinta años, y en especial su actitud hacia la fe cristiana y hacia las iglesias. Fidel —en mi apreciación— tiene características que no siempre hemos apreciado y hemos analizado para realizar la vida y la obra de la iglesia, sin sacralización ni idealización.

Su formación en las escuelas católicas que lo puso, pese a las limitaciones de la época, de la propia iglesia, en contacto con la fe cristiana, la Biblia y los cristianos. Esto es innegable. Forma parte de su carisma y de su personalidad.

Su pasión por la vida y obra de los héroes de la patria —y muy especialmente por la obra de José Martí—, es lo que hizo decir a un ilustre obispo católico latinoamericano presente hoy aquí: “Fidel es más martiano que marciano”. Discutible la idea, al fin. Pero no es discutible que su pensamiento, su sentimiento y su pasión, tienen un arraigo profundo en la obra de nuestro héroe nacional. El marxismo de Fidel corre por esas fuentes, por lo que su pensamiento marxista no ha sido dogmático, cerrado y encasillado en moldes sin llave.

Hoy hace treinta años. Nos gustaría —como iglesias— que los textos formativos de nuestra juventud, y de nuestros cuadros dirigentes, tengan más de esta riqueza. Y que los textos nos puedan dar a entender nuestra situación propia como cristianos y cubanos.

Se hace necesario que también digamos —y otros lo dirán también— que el Doctor José Felipe Carneado Rodríguez ha sido nuestro compañero durante estos años; ya que van para los 28 años. Decir Carneado en nuestras iglesias, es decir algo que tenemos, para muchos de nosotros,

con aprecio y con cariño. Es decir, 28 años tratando con las iglesias y tratando también con los cuadros del Partido para buscar la comprensión y la cooperación entre nosotros, lo que no es fácil. Y es decir que en los momentos difíciles, tensos y de incomprensión —en la década de los sesenta— estaba el Doctor Carneado.

En estos momentos felices, de compañerismo genuino, de amistad y de comprensión, está presente el Doctor Carneado. Hoy, cuando vamos dejando atrás aquella rancia idea de que el comunismo y un comunista son intrínsecamente perversos; hoy, cuando vamos dejando atrás que un cristiano, por ser cristiano, es un reaccionario y un contra-revolucionario por definición. En su lugar pensamos que un marxista es un compañero cubano, que por lealtad a sus pensamientos y experiencias no tiene el mismo punto de partida en la fe de un creyente, y que esto no lo limita para ver en él a un genuino revolucionario.

No hay dudas que mucha de esta comprensión lograda hasta estos momentos, se deba al trabajo paciente del Doctor José Felipe Carneado. Nosotros deseamos expresarle, empezando por el sentir de muchos hermanos y del movimiento ecuménico de Cuba, que haga llegar a los líderes de nuestra revolución —y muy especialmente a nuestro comandante Fidel—, que nosotros, la familia ecuménica de Cuba, experimentamos la alegría de nuestro pueblo en el advenimiento del treinta aniversario de la revolución; que compartimos las preocupaciones que surgen cuando las cosas no salen como se anhela y espera. Sin embargo, dígame, también, que estamos confiando en el futuro de la patria, porque tenemos fe, confianza y esperanza. En el caso nuestro, esa fe, confianza y esperanza, se nutren en la fe en nuestro Dios y en su hijo Jesucristo, pero también se nutren en la riqueza viva de la historia de nuestro pueblo.

Como iglesia siento en mi corazón decirle que, sea cual sea el fenómeno inesperado del futuro por el que tenga que pasar nuestra patria, alegre o difícil, este pueblo tendrá iglesias, tendrá creyentes; tendrá pastores y sacerdotes que estarán en lo que el Ché dijera, en México, al partir el *Granma*: “a Fidel lo tendrás”. Quisiéramos completar todo esto como predicador y así, dejar este texto bíblico al Doctor Carneado, a nuestra revolución, a nuestro Fidel y a todos ustedes. Mirando hacia el futuro, tenemos la firme convicción que un día —trabajamos para eso—, y cito las Palabras del Salmo 85:

*El amor y la verdad se han encontrado,
que la Justicia y la Paz se han abrazado,
que el amor brotará desde nuestra tierra
y desde el cielo gozosamente mirará la justicia,
el Señor nos hará felices y nuestra tierra nos dará
sus frutos, porque la Justicia andará delante de él
y detrás de la Justicia irá la Paz.*



El Doctor José Felipe Carneado con el Secretario General del Consejo Mundial de Iglesias, Emilio Castro, y líderes de Iglesias del Consejo Mundial de Iglesias en Cuba.

Parte II

Testimonios y vivencias desde Cuba

CARMELO: Avelino, para estas entrevistas que estamos haciendo, yo quisiera que pudieras explicar, ¿cuál ha sido la experiencia más importante para ti, como pastor pentecostal, dentro de la revolución cubana, a partir de 1959? ¿Cuál es la diferencia, para ti, entre la era anterior y este período revolucionario?

AVELINO: En realidad, al triunfo de la revolución yo estaba recién llegado de los Estados Unidos, donde había ido a buscar alguna plata porque la situación aquí, durante el régimen dictatorial, era muy difícil. Con mi familia no encontraba donde trabajar; había muchas razones, las cuales yo te pudiera hacer resaltar. Yo ya había salido de la universidad y eso me impedía —por así decirlo—, pues ya cuando uno tiene un título lógicamente no va a buscar empleos inferiores, sino de acuerdo al título que tiene para ejercer la profesión. Pero en este país en ese tiempo existía discriminación racial solapada; no te lo hacían al descubierto, por cuanto la constitución aquella decía que todos los cubanos son iguales ante la ley. Sin embargo era papel mojado porque cuando tú ibas a solicitar trabajo, te decían, lástima, ya la plaza está ocupada. Si ibas a alquilar una casa, por ser negro, te decían: ya está alquilada. De manera, pues, que yo no podía conseguir empleo también por esa misma razón. Y no podía volver a la albañilería de donde salí para estudiar, para costear mis estudios. ¿Qué tuve que hacer? Emigrar. Salir fuera del país, irme a Nueva York.

Allí empecé a trabajar y a buscar, hasta que triunfa la revolución. Vengo y entonces aquí ya me pongo a trabajar. Fui al Ministerio de Comercio del Interior, porque en ese ministerio estaba como ministro el amigo y compañero de aulas —ya fallecido— el Doctor Raúl Cepero Bonilla. Entonces, enseguida el me dio trabajo. Ahí empecé siendo jefe de la Oficina de Comerciantes Particulares y enseguida que se crean las milicias —pues lógicamente ya en mí había aquella procedencia obrera y en los años mozos yo había militado en defensa obrera internacional, esos organismos revolucionarios— yo me integro a las milicias. Comienzo a servir activo con la revolución, movilizado cada vez que había una movilización en trabajos productivos.

Para mí se abre una nueva era al ver que la revolución había terminado con la discriminación racial, el asunto de los alquileres y todas estas cosas. Toda esa lacra fue eliminada.

Esto no me impedía continuar con mi vida ministerial. Yo estaba pastoreando la iglesia de Zanja 153, entre Manrique y San Nicolás, en el corazón del barrio chino. Esa iglesia fue abierta como una misión de rescate. Había un misionero americano que predicaba en chino y yo predicaba en español. De esto que te estoy hablando, ya hace 43 años.

CARMELO: O sea, tú empezaste como pastor hace 43 años.

AVELINO: Hace 43 años comencé como pastor. ¿ Pero, entonces, que hago? Muchos se disgustaron porque un pastor perteneciera a la milicia. No obstante, yo me acordaba de que en la segunda guerra mundial, la la organización con la que estábamos trabajando en el Evangelio nos pasó una circular a todos los jóvenes para que nos inscribiéramos en el servicio militar, por cuanto ya los Estados Unidos había declarado la guerra y demás. Yo estuve cinco meses en el servicio militar, listo ya para salir para el Pacífico; eso me lo tuvieron en cuenta como un veterano de guerra. Entonces, yo dije: bueno, pero si en aquella ocasión nadie se molestó porque uno se pusiera un uniforme, si tengo que defender esta revolución que me ha dado todo los derechos que yo debía tener —como dice Nicolás Guillén: “tengo lo que tenía que tener”—, pues no entiendo por qué yo tengo que aislar una cosa de la otra. Bueno, pues, continué ahí en la milicia y predicando. Como en otra ocasión lo he dicho, nunca fui interferido en los cultos. Continué allí, hasta el presente. En cuanto a la última parte de tu pregunta, si mal no recuerdo, era, ¿qué diferencia hay entre esta época y la anterior?

CARMELO: Sí, en la época anterior y en ésta.

AVELINO: Pues en la época anterior, mi padre fue veterano; mi abuelo, veterano a la orden del General Antonio “El congo” Maceo. Al regresar de la guerra de independencia se encontraron que habían ido a la manigua a luchar por una Cuba libre e independiente, sin embargo, cuando llegaron a la paz el negro no tenía derecho. Ya eso fue formándose en mí.

CARMELO: Ahora mencionas una cosa muy importante: que el negro no tenía derecho. Y ahí yo quiero insistir contigo en algo que siempre ha sido para mí muy positivo, en la relación de amistad y en la relación ministerial que hemos tenido. Tú hablas siempre con orgullo de tu raíz negra. ¿Cómo podrías evaluar o ubicar este problema, que inclusive te llevó a visitar Angola para buscar las raíces de esta cultura y de esta raza africana, de la cual te sientes tan orgulloso? ¿Cómo tú valorizas esto?

AVELINO: Bueno, para mí es algo tan grande porque desde niño yo oía a mi padre y abuelos decir que ellos provenían del Congo, pero que habían salido por el embalsadero de San Pablo de Luanda de Angola. Entonces, de esa zona de Balsa Congo, del antiguo-reino del Congo. Eso siempre mi padre con orgullo me lo decía. Y formó en mí esta ansia por conocer el lugar de donde procedieron mis abuelos. La revolución me dio la oportunidad y me trasladé a Angola.

Desde que llegué a Angola, empecé a investigar. Fui al embalsadero de esclavos de Luanda, hablé con unos hermanos, sobre todo con el hermano Tony, presidente del Consejo Ecuménico de Angola. El me dijo que posiblemente aquéllas raíces están entre las tribu quinongo, del norte. Y me fui hasta allá, hasta Bata-Congo. Y allá me encontré pues que precisamente allí —esto es largo de contar, pero si encontré, con toda certeza— que de aquel lugar, procedían mis abuelos. Hablando con aquellos ribeños, me dijeron que yo debía volver a allí con mi familia, con mi esposa sobre todo, para ayudarlos a ellos a salir de ese estado en que vivían. Y siguió siendo mi anhelo ir allí. Ya los años han pasado, pero no me pesan; si yo pudiera ir de nuevo, regresar de nuevo a ayudar en cuanto pueda. Por eso te digo que tengo en alta estima esa procedencia y siempre la mantuve en alto. Mi padre siempre decía: aquí en Cuba usted no es un negro, usted es un hijo de veterano y reclame su derecho siempre; siempre lo reclamamos, pero era como si nada.

CARMELO: Ese reclamo, eso de reclamar el derecho significa en este momento, por ejemplo, que tu propia familia, tus dos hijos y tus dos hijas —yo quisiera que me hablaras un poquito de eso—, han logrado educarse en la revolución y que, incluso, habiendo tú vivido en tu vida más madura el proceso revolucionario, ahora en tus hijos y en tus hijas, ¿podrías decir que ves colmado el deseo y la aspiración, el derecho a tener una educación completa, que se sientan dignificados como negros en esta revolución?

AVELINO: Sí, mira, Carmelo, yo estudié mi bachillerato con mucho trabajo, trabajando como albañil. Mi padre fue albañil. Después, cuando me gradué de bachiller, sigo trabajando como albañil; luego a la universidad y me encuentro allí las barreras raciales, solapadas, pero existían. Porque a veces nosotros teníamos como negros que sabernos dormidos, lo que los blancos no se sabían despiertos. Entonces, había dificultades, pero al fin y al cabo vencimos esa barrera. Fui uno de los pocos negros, como dijo el comandante Fidel Castro, que pudimos ir a la universidad.

Pero ahora, al tener hijos, al tener cuatro hijos en esta revolución, cuando comienzan los estudios ya está la revolución en el poder. Entonces, encuentro que había escuelas para todos, que había oportunidad para llegar a la universidad, que había carreras. Y fueron a la universidad. Las dos hembras, que son las mayores, son químicas, licenciadas en química; una trabaja en el ICINAZ, y la otra trabaja en normalización.

El tercero, varón, se ha hecho técnico medio en salarios, en organización de trabajos de salarios, y el más chiquito es secretario docente de un pre-universitario, licenciado en biología. Todo esto se lo agradezco a la revolución, porque no me costó un centavo la carrera de ellos. Y yo te digo que el gran paso de avance que hemos tenido con la revolución, es incomparable. No hay comparación, en todas las áreas: en la educación, en el trabajo, donde se quiera.

Enseguida, nosotros nos dedicamos a trabajar intensivamente con aquellos confundidos, y hacerles ver la gran diferencia entre una etapa y otra. Porque viví varias etapas anteriores: la dictadura de Machado, la dictadura de Batista, la falsa democracia, la demagogia de Grau San Martín, el desgobierno de Prío Socarrás, en fin, tengo razones más que suficientes para estimar esta revolución, después de haber pasado por toda esa secuela de desgobierno que hubo en Cuba.

CARMELO: Un último elemento, no menos importante, en este recorrido breve sobre tu autobiografía. Yo quisiera que me comentaras un poco sobre, para pasar a otro tema después, ¿cuál ha sido el papel de tu esposa Ofelia, no solamente en cuanto a la compañera idónea, en tu ministerio, sino en la vida familiar? Me parece que también esta revolución le ha dado una estatura a ella, ha dignificado el papel de la mujer en la familia y en la sociedad. En tu caso, también en la iglesia. Yo quisiera que me contarás un poquito de esto.

AVELINO: Pues yo quisiera también hablar de mi esposa. Ella siempre anheló tener un título y superarse. Ella ejerció como maestra habilitada allá en los campos, adentro. Pero nunca pudo llegar a la Normal, porque también los puestos en las asignaciones de matrículas para la Escuela Normal siempre los bloqueaban unos cuantos politicastro, y ella nunca tuvo chance de poder ser una maestra normalista. Entonces, al triunfar la revolución, ella también se supera académicamente; obtiene su título de bachiller, todo lo que ella anhelaba ser. Con el transcurso del tiempo mis hijos comienzan a trabajar y ella se dedica entonces a la iglesia y a la casa.

No puedo dejar de decir que para mí fue la gran ayuda en mi ministerio —y lo sigue siendo—, por cuanto ella comenzó conmigo en un programa radial como pianista. Después me ayudaba en la iglesia, cuando salieron los misioneros. Hasta que al fin dijimos: vamos a contraer matrimonio. Entonces continuó ayudándome en la iglesia, y ya para mí es mi brazo derecho. Ahora la veo en disposición de ir donde quiera; está asumiendo una parte en nuestro seminario teológico, y no tan solamente aquí, sino también en Nicaragua. Me ha ayudado en ese centro de estudios teológicos en Nicaragua, que hemos abierto allí. Estamos ayudando a la iglesia Misión Cristiana en Nicaragua, en la mejor disposición. Tenemos ya algunos años, pero nos sentimos jóvenes y fuertes.

CARMELO: Podríamos decir, entonces, que no solamente Ofelia, tu esposa y tú, como pastor de la iglesia, sino que la familia ha sido una familia entregada al trabajo de la iglesia. Tus dos hijas han sido muy activas, tanto en el movimiento ecuménico como en la vida de la Iglesia Cristiana Pentecostal, aquí en Cuba. Podríamos resumir que tu familia es una familia que ha crecido al calor de la vida de la iglesia; es orgullosa de su raza, de su cultura afro-antillana, pero además es una familia que tiene un gran agradecimiento por la revolución, por ese elemento formativo, ese crecimiento en el área de la educación y la dignidad con que ustedes han sido tratados durante este período. Esa sería una manera de resumir esta parte.

AVELINO: Dices bien. Mis hijas... esas hacen vida de iglesia; los varones no, pero ellas sí. Y han sabido compartirse entre la iglesia y la revolución. Ahí están en plena integración. La mayor tiene un encargo en su trabajo; no sé el cargo que tiene, sin embargo con ella consultan todas las cosas. Allí ella está muy íntimamente ligada con el Partido, con las organizaciones revolucionarias. Y los dos varones ni decirte. Es una familia revolucionaria. A mí me sorprende mucho cuando en algunos planteamientos de sobremesa que hacemos, ellas me salen al paso y van aclarándome diariamente hacia dónde va la revolución. Quiero decirte que yo me quedo a veces apabullado con ellas, tienen una experiencia revolucionaria muy grande.

CARMELO: Pasando a otros temas. ¿Cuál es la relación entre cristianismo y revolución, según lo concibes desde tu tradición protestante y pentecostal?

AVELINO: Mira, Carmelo, el asunto de cristianismo y revolución está claro, muy claro; solamente lo tergiversan aquéllos que en realidad en su mente ya tienen formado un moldecito y ahí no piensan. Nosotros vemos que el gran amor de Dios ha sido el hombre, "porque de tal manera amó Dios al mundo" y ha dado a su hijo para el hombre. Dios siempre ha hecho todo para el hombre y el cristianismo está basado en el amor al hombre, el servicio al hombre, a la humanidad y a su interés en el hombre. Yo lo veo así, todo lo que hace Dios luchando por mejorar la humanidad, por un mundo mejor, luchando por la paz, luchando porque cada hombre tenga que comer, tenga con que vestirse, tenga un lugar donde reclinar su cabeza. En fin, la revolución, para mí, tiene muchas producciones similares al cristianismo.

CARMELO: ¿Y cuál sería, dentro de esa concepción, el aporte cristiano a la revolución?

AVELINO: Bueno, como dije en Indianapolis, lo repito aquí. Vamos a hablar de nuestra iglesia. La Iglesia Cristiana Pentecostal está integrada

por obreros y campesinos, no es de la pequeña burguesía; son obreros y campesinos, desde su inicio, gente de las montañas de Baracoa, de todas esas zonas de oriente.

Todos se han integrado al proceso revolucionario. Van a los trabajos productivos, están en la NAP, están dándose al servicio de la sociedad socialista. Porque eso es lo que nos señala el Evangelio, que tenemos que ir al pueblo, tenemos que ascender al pueblo, entramos, integramos, porque somos parte de ese pueblo. Entonces, nuestra iglesia no ha tenido esa gran lucha porque se comprenda eso. Ha visto la justeza de la revolución, como que el Evangelio propugna justicia. Esa ha sido nuestra proyección, ese ha sido nuestro objetivo y ahí la Iglesia Cristiana Pentecostal se mantiene y avanza.

CARMELO: Mi experiencia particular, que tú la conoces, con la Iglesia Cristiana Pentecostal, ha sido, por ejemplo, cursillos que hemos dado en el Oriente cubano, Provincia de Holguín, Santiago de Cuba. Yo he captado que hay una gran experiencia en el culto, una gran espontaneidad y un énfasis bastante marcado en todo lo que es la perspectiva pentecostal de la vida en el Espíritu. ¿Cómo podrías subrayar esa experiencia de la vida en el Espíritu, como un aporte positivo de la experiencia pentecostal a un proceso revolucionario como éste?

AVELINO: Yo te diría, hablando de pentecostalismo, que estamos haciendo algo, estamos viviendo algo sobre el verdadero pentecostés y hemos hecho este énfasis: no es algo puramente emocional el ser verdadero pentecostal, no es solamente alabar a Dios y las manifestaciones que acompañan a la búsqueda del Espíritu Santo —todas esas manifestaciones que se conocen entre los pentecostales—, que llevan a muchos a creer que eso, solamente eso, es pentecostés, y no miran allá, al libro de *Los Hechos*, digamos, que después que los discípulos recibieron el poder de lo alto, salieron a hacer obra. Y dice que repartieron todos los bienes y todo lo que tenían en común, y allí se creó una socialización, por así decirlo. Allí nace, allí están las verdaderas raíces del pentecostés, no solamente amarrados en las cuatro paredes de la iglesia a cantar coros, a palmear, a ser sacudidos por el poder del Espíritu Santo y luego irnos a nuestros hogares y decir: ¡qué bueno estuvo el culto! No, sino que desde allí, después de esa experiencia pentecostal, ese mismo Espíritu que nos ha llegado, nos impulsa a hacer la labor que tenemos que hacer fuera de la iglesia con nuestro prójimo, con toda la humanidad que nos rodea.

De manera que el pentecostalismo real, el pentecostalismo puro, es aquél que después de haber recibido el poder del Espíritu Santo, los carismas del Espíritu Santo, va, se integra, se encarna en la sociedad necesitada. Va a ayudar a aquéllos que en realidad están luchando por tener una vida mejor. Este es el verdadero pentecostés, en eso estamos batallando para que se comprenda bien. Porque, ¿qué pasaba antes?

Todo era puro emocionalismo, pietismo, ascetismo y el mundo a un lado, pero es que vivimos en el mundo. El verdadero pentecostal tiene que estar, como dijo el Señor Jesús: "No te ruego que los saques del mundo, sino que los guardes del maligno". Tenemos que estar en el mundo, trabajando por un mundo mejor y así es como realizaremos una verdadera misión profética pentecostal.

CARMELO: Tú estás afirmando, entonces, que no hay una contradicción entre la experiencia de la vida en el Espíritu, como la entienden los pentecostales, y una participación activa en un proceso revolucionario como el cubano y que, además, tú entenderías que ese aporte pentecostal significa asumir responsablemente ese papel militante del que hablas, superando todo dualismo, todo ese dualismo que nos han enseñado, para integrarse plenamente en la revolución. ¿Esa es tu visión de la experiencia pentecostal?

AVELINO: Tú dices, los pentecostales, pero desgraciadamente no es así: *no* podemos decir que todos los pentecostales. Yo te hablo de la Iglesia Cristiana Pentecostal puesto que, como ya te dije, su procedencia es meramente proletaria. Entonces, ha comprendido bien el papel de la revolución; otros que no lo hacen, no han llegado a ese punto, no han llegado a esa concepción y todavía están viviendo ese alienamiento.

CARMELO: ¿Y qué tendríamos que hacer para lograr que esa gente comprenda cuál es ese papel positivo y esa participación en la revolución?

AVELINO: Hay mucho por hacer, Carmelo. Esto es algo que debemos hacer, acercarnos a esas iglesias hermanas, en este caso a esas iglesias pentecostales que todavía tienen un cierto grado de confusión, y hacerles ver que en realidad están ellas mismas haciéndose daño, porque se enquistan, el Espíritu se "apaga", por cuanto no lo ponen al servicio, y pentecostés es acción. No nos olvidemos de eso: que pentecostés es acción.

Cuando los discípulos quisieron formar un grupito por allí en Jerusalén, vino una persecución y los esparció para que pudieran llevar el Evangelio. Entonces, quiere decir que no podemos ser una iglesia de *ghetto*, sino una iglesia que se vuelque hacia el exterior. Hay que trabajar sobre eso. Nuestro objetivo es que un día no muy lejano las iglesias pentecostales tengan una confraternidad, no sé cómo decirlo, una asamblea, una gran asamblea donde se viertan estos conceptos y se vea que no vamos por el camino equivocado como lo estamos haciendo.

CARMELO: ¿Cuál ha sido tu perspectiva en cuanto a la relación Iglesia-Estado, y particularmente con el Doctor José Felipe Carneado, como encargado de Asuntos Religiosos del Partido en Cuba?

AVELINO: Nosotros desde el principio comenzamos a tratar ya de mantener las relaciones Iglesia-Estado, cumpliendo con todos aquellos requisitos que el Registro de Asociaciones nos demandaba y siempre dentro de la Ley. Después de eso han surgido algunos cambios, un acercamiento entre unos y otros que culmina con la visita de nuestro Presidente, comandante Fidel Castro, a la iglesia de K y 25 en ocasión de visitar a Cuba, Jesse Jackson, el aspirante presidencial de Estados Unidos. Allí pudimos confraternizar con nuestro Presidente. Más tarde tuvimos otras entrevistas. Y en todo esto, vimos al Doctor Carneado siempre ayudándonos y asesorándonos en toda actividad. Siempre que hemos tenido alguna necesidad hemos acudido a la Oficina de Asuntos Religiosos, con toda libertad. Hemos sido recibidos por el Doctor Carneado sin dilación y lo que ha sido acordado se ha resuelto. No todas las cosas que a veces demandamos son correctas. Entonces nos explica, hasta dónde podemos llegar, cómo es la cuestión, y, te diría yo, que tenemos en alta estima esa relación con el Doctor Carneado. El ha sido para nosotros un eficiente colaborador y esperamos que Dios le dé mucha vida para que pueda seguir acompañándonos.

CARMELO: ¿Cuáles han sido, si ha habido, algunas dificultades, algunos desencuentros en esa relación Iglesia-Estado?

AVELINO: Mira, yo te diría que no podríamos decir específicamente Estado, sino un individuo que en algunas regiones del interior no ha comprendido la política estatal hacia la iglesia y entonces se ha excedido, ha frenado a veces gestiones, por ejemplo, para la reconstrucción de templos, etc. No comprendiendo que el gobierno central estaba siguiendo otra política, ellos habían tenido la suya en su mente y ese ha sido uno de los puntos donde en algunos lugares hemos tropezado con esa dificultad, pero al llegar a la Oficina de Asuntos Religiosos, se ha resuelto.

CARMELO: ¿Siempre ha habido oportunidad de diálogo?

AVELINO: Diálogo, siempre ha habido oportunidad de diálogo.

CARMELO: ¿Y se han resuelto los problemas?

AVELINO: El último era la reedificación del templo de Moa. Se dilató un largo tiempo porque en Holguín no llegó a comprenderse muy bien lo que se enviaba de aquí de La Habana, hasta que ahora ya llegó a clarificarse. Todo el templo está en reconstrucción, pensamos inaugurarlo muy pronto.

Por aquí en La Habana yo tengo el templo todavía por reedificar, pero no es que no tenga el permiso de la Oficina de Asuntos Religiosos y del registro, sino que en los altos donde está esa misión rescate de que te hable al principio, hay vecinos que todavía no se ha podido sacar de

ahí. Está en estado ruinoso. Hay que sacar los vecinos; esto no es fácil ahora con el asunto del problema de la vivienda, pero yo sé que tan pronto salgan esos vecinos, podremos acometer la reconstrucción del templo sin trabas ni cortapisas.

CARMELO: Muy bien, yo quisiera pedirte un comentario: ¿cómo ves las relaciones futuras y el papel de los pentecostales en la sociedad cubana, en términos del desarrollo, en término de las mismas proyecciones que ustedes hacen para la participación activa en Cuba? Yo menciono esto porque fuera de la Isla, se comenta mucho, incluso algunas iglesias, de la no posibilidad en Cuba de que las iglesias tengan un proceso de crecimiento, que las iglesias están en una especie de estancamiento, que las iglesias, en algunos casos extremos, hasta se dice que no existen, prácticamente. Quisiera que comentaras esas proyecciones.

AVELINO: Mira, Carmelo, donde quiera que nosotros hemos llegado se nos ha hecho esa pregunta por parte de otros pentecostales. Que la iglesia en Cuba no existe, que la iglesia pentecostal en Cuba no existe. Y esa no es la realidad, no es la realidad.

Nosotros sabemos que no es la realidad, pero lo hemos pregonado allá también. Las iglesias pentecostales, ahí sí puedo decirte, todas están creciendo. La Iglesia Cristiana Pentecostal es una iglesia vigorosa porque tiene una gran juventud, una juventud que se está preparando tanto académicamente, como eclesialmente. Tenemos los cursillos ahora para la formación de líderes y en ellos vemos que los muchachos que van, ya tienen un nivel de pre-universitario. Se trata de una nueva generación que se ha criado en la iglesia, que no abandona el camino de la iglesia, que ama la iglesia; muchachos que están dispuestos a servir a la iglesia y también servir a la sociedad en que viven. La Iglesia Cristiana Pentecostal está creciendo y cada día crecerá más, por cuanto ya se ha hecho una revisión de todas aquellas cosas que impedían el crecimiento de la iglesia pentecostal: imposiciones, dictámenes de hombres que la regían... para ahora dejarnos regir única y exclusivamente por el Espíritu Santo. Esto nos lleva a ese fin, a integrarnos en el mundo de la sociedad en que vivimos y eso nos ha dado un crecimiento.

CARMELO: Agradezco profundamente, Avelino, esta conversación porque estoy convencido que no solamente tu entusiasmo, sino tu entrega de estos 43 años, han sido un testimonio durante el proceso revolucionario; han sido un testimonio fehaciente de tu profunda convicción cristiana, de tu raíz pentecostal, de tu orgullo de ser negro cubano, y a la vez sentirte plenamente realizado en este proceso revolucionario.

CARMELO: Rafael, como estudioso de la historia cubana, ¿podrías esbozarme la interpretación de las relaciones Iglesia-Estado, hasta hoy? Te estoy pidiendo un gran esfuerzo, pero sé que puedes.

RAFAEL: Permíteme, Carmelo, esbozarte algunos elementos que ubiquen el tema.

El siglo XIX cubano, desde sus primeros vagidos, anunció el parir de una nacionalidad. Hasta entonces sólo habían ocurrido falsos embarazos, y algunos abortos. Patricios nacidos en la Isla habían fundado, o fundaron al alborear el siglo —o devinieron sus más fervientes sostenedores—, dos instituciones que llegaron a ser cátedra y forja de cubanía: la Sociedad Económica de Amigos del País y el Colegio-Seminario de San Carlos y San Ambrosio, y dos vehículos de comunicación popular, rápidos y al alcance de todos: el Papel Periódico de La Habana y la Revista Bimestre Cubana. Cuatro nombres han quedado desde entonces en nuestra historia, como cuatro pedestales que sirven de cimiento a los pilares de la nación cubana: los presbíteros José Agustín Caballero y Félix Varela, ambos sacerdotes católicos; el cuasi-presbítero José de la Luz (sólo le faltó tonsura), los tres de La Habana, y el bayamés José Antonio Saco. Todos profesores, escritores y dinámicos actuantes en la vida pública, tomaron conciencia de su “tierra”, de su “Isla”, del “país”, de su nacimiento y sus amores, de su “criollidad”, de todo lo que era raíz de “nación” y “patria”. Partiendo desde la autoctonía de su pensamiento, descabezaron el criterio escolástico de autoridad, eliminaron el latín como exclusivo idioma eclesiástico, dieron paso a las ciencias físicas, químicas y naturales para que se movieran dentro de la filosofía, ofrecieron normas agrícolas y económicas, y demandaron de España la autonomía para los cubanos. Claro es que cada uno de ellos mantuvo su propio sendero, pero todos coincidían en la persistencia de lo cubano en la vida económica, política y social del país.

Así los vio José Martí: “siempre será honra de aquellos criollos la pasión que, desde el abrir los ojos, mostraban por el derecho y la sabiduría, y el instinto que, como dote de la tierra, los llevó a quebrantar

su propia autoridad, antes que a perpetuarla". Cada uno de estos egregios tiene, para Martí, un carisma singular: Caballero, maestro de los otros tres, es "el padre de los pobres, y de nuestra filosofía"; Varela, "descubre"; Saco, "tunde"; Luz, "arrebata", y por la incidencia de estos verbos emerge cada hombre en su integralidad.

CARMELO: ¿Cuál es la síntesis de la cubanía en su expresión nacional, y qué papel juega lo religioso? Ya en lo que dices veo que hay elementos importantes para el desarrollo de la nacionalidad, pero...

RAFAEL: Es indispensable detenernos en Félix Varela, porque su nombre aureola la Orden más alta que concede el Estado revolucionario cubano a los trabajadores de la cultura. Pequeño de cuerpo, enjuto, enfermizo, piadoso y caritativo sacerdote, deviene —sin proponérselo y sin desearlo— el primer cubano independentista, el primer ideólogo revolucionario de nuestra historia.

Su "dote de la tierra" —su don telúrico— lo empuja hacia un misterio insospechado y sorprendente. Después de sobrepasar distintos estadios cívicos —profesor de Constitución (la libertad de 1812) en el Seminario de San Carlos, diputado electo de las Cortes Españolas, proponente del reconocimiento oficial a las tierras liberadas de la América Hispana, clamante por la abolición de la esclavitud en Cuba y por una autonomía política para la Isla colonizada, opositor al odioso Fernando VII, perseguido, condenado a muerte, refugiado en Gibraltar y exiliado en los Estados Unidos—, Varela se centra en Filadelfia y en New York y desde allí lanza a Cuba, en forma clandestina, su periódico *El Habanero*, donde asienta principios incambiables: un americanismo de solidaridad continental (germen de "Nuestra América", la de José Martí) y una táctica de lucha frontal, con las armas en las manos, contra el dominio español, sin que esta lucha dependa de revoluciones importadas, sino del esfuerzo propio y del sacrificio insular.

Es infortunado que nuestras iglesias cubanas no se percaten que estamos celebrando en Cuba el bicentenario del nacimiento de Félix Valera, un hombre que supo —desde la raíz de su fe— aventar la semilla de un pensamiento revolucionario que continúa vigente.

CARMELO: Es muy impactante el valor que tanto tú como el doctor Carneado, le dan a Varela. Hemos tenido largas charlas con el doctor Carneado sobre Varela, a tal punto que estoy descubriendo su valía como cristiano y revolucionario. A mí me impresiona mucho esto como caribeño y cristiano. ¿Hay otros sacerdotes en esa misma tesitura de Varela?

RAFAEL: Por su parte, José de la Luz —con su afamado Colegio del Salvador (obsérvese lo que implica este nombre)— llamó a otra acción revolucionaria: la de las conciencias, la de la virtud. Es el precursor de

una eticidad evangélica que debe permear toda la población cubana. Sus pláticas sabatinas a los estudiantes, con la Biblia en la mano, constituyen un hito moral en la historia de Cuba, sobre todo su pensamiento rector: “antes quisiera, no digo yo que se desplomaran las instituciones de los hombres —reyes y emperadores—, los astros mismos del firmamento, que ver caer en el pecho humano el sentimiento de la justicia, ese sol del mundo moral”. El sentimiento de la justicia, clavado en el corazón de los jóvenes que absorbieron sus enseñanzas, llevó a muchos de ellos, pocos años después, al campo de batalla contra la tiranía colonial. Y uno del grupo, Joaquín de Palma, fundó la primera iglesia protestante (de la rama episcopal) entre los emigrados cubanos de New York. Sus sermones eran discursos encendidos por la liberación de la patria subyugada.

CARMELO: Muy feliz esa frase de “precursor de una eticidad evangélica”.

RAFAEL: Precisamente la acción liberadora de la llamada “guerra de los diez años” (1868-1878), fue la excusa para que la Iglesia Católica (la de España, y por consiguiente, la de Cuba), desde su cúpula jerárquica torciera el Evangelio y negara “el sentimiento de la justicia”, por su alianza con la opresión y al crimen. La Iglesia se opuso a la revolución y la revolución dejó a la Iglesia fuera de su órbita. Digo la Iglesia, no la fe cristiana, pero aún ésta sufrió descrédito. Porque lo que al cabo define la fe es la conducta justiciera, “ese sol del mundo moral”. Desde mucho antes de la guerra del sesenta y ocho, ya lo había advertido el poeta cristiano José María Heredia:

Cuba, Cuba en tu seno se juntan,
el grado más alto y profundo,
las bellezas del físico mundo,
los horrores del mundo moral.

La Iglesia no fue capaz de ver “los horrores del mundo moral”, ni practicó una ética justiciera, y perdió su gran oportunidad histórica. En consecuencia, los maestros y pensadores de la segunda mitad del siglo XIX cubano y los profesionales hacendados que habían suscrito la insurrección, buscaron fuera de la Iglesia y de los cánones bíblico-cristianos, la senda que podría conducir a un final feliz de la entablada pugna entre España y Cuba. Por mucho tiempo se habló de evolución, no de revolución; de liberalismo, no de liberación; de autonomismo, no de soberanía; de reformismo, no de justicia; y aún de anexionismo, puestos los ojos en el gran coloso del Norte. A la par, una infecunda corriente positivista, un escepticismo corrosivo; un rechazo a la fe comprometida de Caballero, Varela y Luz, sustituida por una religiosidad de conveniencia y un deísmo convencional.

CARMELO: Has escrito sobre Martí y la religión. Entiendo que además has hecho algo sobre Martí y la teología de la liberación. ¿Me puedes comentar esto?

RAFAEL: Cierto, estoy escribiendo un libro sobre el pensamiento religioso de Martí.

Bueno, después de una activa participación en varios intentos fracasados, de los que deriva una nueva táctica de lucha revolucionaria, emerge José Martí desde 1887, y más prominentemente desde 1892, como la gran figura de la revolución cubana en su continuidad histórica: un antidogmático y anticlerical, aunque no irreligioso, comprensivo admirador de la persona de Jesucristo y de su obra redentora, lector acucioso de la Biblia, elogiador ferviente del Padre Las Casas, de Miguel Hidalgo y de Francisco de Paula Vigil, y a la vez un denunciador tronante de la Iglesia que explota y degrada, la que se alía a los ricos poderosos y frena los impulsos populares de liberación. Para muchos, Martí era un cristiano que no se percató de lo que era. Por lo menos actuó como un cristiano, hasta el sacrificio final: la entrega de su vida por su patria, en el campo de batalla, no fue más que una resurrección, porque —según él mismo escribiera: “Morir no es nada, morir es vivir, morir es sembrar. El que muere, si muere donde debe sirve...Vale, y vivirás. Sirve y vivirás. Ama, y vivirás. Despidete de ti mismo, y vivirás. Cae bien, y te levantarás”.

Infortunadamente, la muerte de Martí —revolucionario antimperialista— abrió la espita a los desalmados que propiciaron la participación de las tropas norteamericanas en la guerra contra España, iniciada en 1895, porque no fue una mano tendida cordialmente, sino una intervención militar, una ocupación de un territorio ya prácticamente liberado, un impulso expansionista, una voraz aventura comercial.

Pero es de justicia reconocer que —por lo menos desde 1884— se produjo el caso singularísimo (porque quizás sólo en las luchas por la liberación de Cuba se observa este hecho en nuestra América) de los que hemos llamado “misioneros patriotas”: emigrados cubanos por razones políticas o económicas que conocieron en los Estados Unidos el Evangelio, al estilo protestante, y hasta fundaron iglesias que mantuvieran allá la identidad nacional y apoyaran los esfuerzos patrióticos en Cuba; aún más: financiaron el envío de misioneros a la Isla, en quienes confluía la fe cristiana y el compromiso revolucionario. De esta forma vinieron a Cuba, predicaron las verdades cristianas y fundaron iglesias, hombres como el médico baustista Alberto J. Díaz, amigo de confianza y proveedor de armas del general Antonio Maceo; Pedro Duarte, de la Iglesia Episcopal, uno de los fundadores en Matanzas del Partido Revolucionario, que conducía Martí; los metodistas Enrique Someillán y Manuel Deulofeu, también colaboradores de Martí en Tampa y Cayo Hueso. Actuación muy especial fue la del presbiteriano Evaristo Collazo, que abandonó temporalmente sus deberes pastorales y se unió a la

Revolución en 1895, donde alcanzó el grado de teniente del Ejército Libertador. La Iglesia Protestante, representada por estos hombres, se alió a la Revolución.

Es también de justicia señalar que en la guerra del 95, un buen número de sacerdotes católicos apoyaron el esfuerzo revolucionario con sus servicios en el clandestinaje, convirtiendo sus parroquias en centros de información y en almacenes de armas y medicinas para los insurrectos. Ellos —y no las jerarquías— representan la verdadera Iglesia Católica cubana.

No obstante, tenemos que reconocer la sagacidad del oportunismo en los jerarcas, porque durante la intervención norteamericana en Cuba, iniciada en enero de 1899 —ya desde sus primeros actos—, comenzaron a recibir privilegios especiales, atenciones prioritarias, prebendas y canonjías.

CARMELO: ¿Qué sucedió con la llegada del protestantismo misionero de los Estados Unidos?

RAFAEL: Todo lo contrario sucedió con los misioneros norteamericanos —desembarcados prácticamente junto a los soldados invasores— enviados por las juntas protestantes: vivieron siempre desprovistos de apoyo oficial, en la mayor modestia. No es necesario ahora relatar la historia de estos misioneros, porque está recogida en libros.

CARMELO: Bueno, ahí está el libro que editaste, publicado por el DEI, sobre *La herencia misionera en Cuba*, donde está aquella ponencia tuya sobre exactamente ese tema.

RAFAEL: Los que los conocimos, fuimos sus alumnos y hasta sus colegas en el trabajo de las escuelas y las iglesias, podemos atestiguar que jamás estos hombres y mujeres frenaron nuestra pasión de cubanía auténtica, jamás se comportaron como capataces de una plantación, jamás intentaron acomodarnos a su modo americano de vida y costumbres. Pero ahora nos percatamos de que sin ellos pretenderlo, eran sutiles representantes de otra cultura que se presentaba atrayente, envidiable, admirable. Ya veremos cómo esta condición humana nos afectó en una crisis posterior.

Al fin, el 20 de mayo de 1902 abandonaron la Isla los militares norteamericanos y se inauguró la sedicente “República de Cuba”, una república dependiente, neocolonizada, anclada en lo político y en lo económico al vecino poderoso: lo que entonces se denominaba “destino manifiesto”. La Enmienda Platt, apéndice impuesto a la Constitución de Cuba, y el Tratado de Reciprocidad, escrito por norteamericanos y aprobado por el Congreso de Estados Unidos, además de la permanencia de tropas en la base naval de Guantánamo, constituyeron afrontas a la dignidad de este pueblo. Ni las iglesias ni los cristianos, ensimismados

en un pietismo ineficaz, dieron muestras de preocupación. Si hubo algunas manifestaciones de dudas, algún análisis, alguna protesta, fueron casos atípicos.

Las dos ramas del cristianismo en Cuba, continuaron durante cincuenta años atacándose mutuamente, provocándose malquerencias, negándose las virtudes respectivas. Mientras tanto, la población proseguía dividida en clases, siendo la mayoritaria la de los desheredados y desempleados, la de los analfabetos y los hambrientos crónicos, la de los niños sin zapatos y sin escuela, la de los campesinos sin tierra, la de los enfermos sin esperanza, en tanto que unos pocos se alimentaban tres veces por día, estudiaban una carrera universitaria y compraban unas hectáreas de tierra, y muchísimos menos acumulaban fortunas y se iban de paseo a Europa todos los años, a la vez que decidían sobre cientos o miles de vidas (¡ y de votos!). Los gobernantes de turno (sólo eran electos los aprobados previamente por la embajada norteamericana) acogotaban a todos los que lanzaban una palabra radical o participaban en un movimiento de rescate y liberación.

Un año histórico fue 1923, por las muchas señales de dignificación que asomaban en el horizonte, pero el joven Rubén Martínez Villena, temeroso de una solución tibia y un programa trunco, lanzó un Mensaje Lírigo Civil:

Mas, ¿a dónde marchamos, olvidándolo todo:
Historia, Honor y Pueblo, por caminos de lodo,
si ya no reconoce la obcecación funesta
ni aún el sagrado y triste derecho a la protesta?
¿A dónde vamos todos en brutal extravío,
si no a la Enmienda Platt y a la bota del Tío?
Hace falta una carga para matar bribones,
para acabar la obra de las revoluciones
para vengar los muertos, que padecen ultraje,
para limpiar la costra tenaz del coloniaje;
para poder un día, con prestigio y razón,
extirpar el Apéndice a la Constitución;
para no hacer inútil, en humillante suerte,
el esfuerzo, y el hambre, y la herida, y la
muerte, para que la república se mantenga de sí
para cumplir el sueño de mármol de Martí;
para guardar la tierra, gloriosa de despojos,
para salvar el templo del Amor y la Fe,
para que nuestros hijos no mendiguen de hinojos
la patria que los padres no ganaron de pie.

Carmelo, debo confesarte algo con toda honestidad. Esa Revolución soñada y ansiada, unas veces explícita en volcán, otras latente en río subterráneo, fue totalmente desconocida por las iglesias cubanas. A los protestantes sólo se nos enseñaba a ser anti-católicos y anti-comunistas. Nos sorprendió la crisis económica de la década de los treinta, sin un

programa de acción social que nos hiciera comprender que nuestras tierras y nuestras industrias estaban en manos extranjeras, y que las soluciones económicas dependían de un gran vuelco estructural. Las dictaduras políticas iban y venían, y nosotros en nuestros templos escuchando palabras de resignación, cantando himnos de pobre música y peor teología, y haciendo largas oraciones. Por influencia de la Segunda Guerra Mundial, de la fundación del Concilio Cubano de las Iglesias Evangélicas y del Consejo Mundial de Iglesias, del Seminario de Matanzas con estudiantes de casi toda Latinoamérica, de ULAJE (Unión Latinoamericana de Juventudes Ecuménicas), de la Asociación de Estudiantes Evangélicos Universitarios, la década de los cuarenta nos abrió los ojos históricos y comenzamos a vislumbrar otras avenidas de compromiso, tanto en el campo ecuménico como en el político, económico y social.

CARMELO: Hay que decir que hubo un sector juvenil muy presente en el proceso de formación de ULAJE, desde Cuba, a nivel continental.

RAFAEL: La década de los cincuenta, que se inició con un aflorar de esperanzas pues confiábamos en el advenimiento al poder del Partido del Pueblo Cubano, pronto nos sumió en amarga decepción, por cuanto la militarada de Fulgencio Batista truncó nuestras ilusiones. Sin embargo, esta vez cientos de cristianos, católicos y protestantes, más concientizados, participaron activamente en la lucha clandestina y en las guerrillas serranas que comandaba Fidel Castro, aunque las instituciones eclesíásticas como tales, no tomaron partido.

CARMELO: Esto es importante porque mucha gente en América Latina y el resto del Caribe, no sabe, sencillamente no se conoce, de esa participación activa de cristianos en la revolución. Algo se sabe de Frank País y Guillermo Sardiñas, pero nada más.

RAFAEL: Carmelo, en todo sí hubo participación desde un inicio de los cristianos en el proceso.

El 1º de enero de 1959, la Revolución ascendió al poder, y entre los vencedores se encontraba el Comandante Guillermo Sardiñas, sacerdote católico que oficiaba con sotana verde olivo y estrellas en los hombros. Para decir en el menor número posible de palabras lo que esto significó para los cristianos cubanos, permítame reproducir lo que escribí para la revista *Heraldo Cristiano*, en mayo de 1959.

La impresión —y la expresión— unánime en ésta: “parece un sueño”. Parece un sueño la fangosa vicisitud padecida durante siete años, parece un sueño la venturosa vigilia recobrada en un minuto, al abordar un año nuevo. Ahora estamos tratando de penetrar, con ojos renovados, en las esencias íntimas de una revolución verdadera. Ya somos libres.

Quizás por vez primera en la historia de Cuba, somos política y económicamente libres. La libertad ha traído una restitución de la verdad. Hemos necesitado de la libertad para saber que somos capaces de superar la medida habitual, de desmentirnos. Querámoslo o no, ahora queda trazado y sellado nuestro destino.

Este reconocer a la Revolución tan pronto como la vimos en el poder, nos mantuvo en una cúspide emocional durante dos años de euforia. Las primeras actuaciones y leyes de la Revolución obtuvieron mayoritario respaldo de los protestantes, aunque eran una parte pequeña del eco favorable de todo el pueblo. Dimos nuestro apoyo al enjuiciamiento y fusilamiento de los criminales de guerra, a la ley de Reforma Agraria, a la de Reforma Urbana, a la de Recuperación de Bienes Malversados, al cese de los juegos de azar en todas sus formas, a la reforestación de áreas taladas, a los programas de salud preventiva, al mejoramiento de la asistencia hospitalaria, a la erradicación total de la prostitución, al castigo de los ladrones del erario público, a las nuevas perspectivas de educación y cultura popular, a la apasionante campaña de alfabetización y a muchas otras formas de asistencia social. No fue tan unánime el respaldo entre los católicos ricos, que se veían afectados por algunas de estas leyes. Ellos influyeron en crear un ambiente de descontento en algunos estratos de su Iglesia, principalmente entre los sacerdotes. Pero durante los años de 1959 y 1969, continuaron funcionando normalmente las escuelas religiosas y las iglesias desarrollaron sus programas habituales, sin interferencias, aunque en algunos casos no sin molestias.

CARMELO: Es cierto, la Iglesia Católica asumió, por razones históricas de su posición privilegiada desde la colonia, una postura contrarrevolucionaria. ¿Y las iglesias protestantes?

RAFAEL: Quizás, tú, Carmelo, desconoces una realidad de las iglesias protestantes cubanas, que las diferencia del resto de América Latina. Teniendo en cuenta que el protestantismo sajón se instaló en Cuba y Puerto Rico, inmediatamente después de la guerra con España en 1898, cuando ambas islas habían sido ocupadas por tropas norteamericanas, se dio por sentado que éramos parte de "home missions" y las iglesias aquí fundadas (nueve denominaciones "históricas") debíamos continuar un nexo oficial con las iglesias "madre" de los Estados Unidos. Al advenir la Revolución, éramos una sección extraterritorial de aquéllas. Por tanto, al romper la administración de David Eisenhower sus relaciones diplomáticas con Cuba el 3 de enero de 1961, hubo entre los protestantes cubanos alguna ansiedad por el futuro. Afortunadamente se actuó por ambas partes con sabiduría y plena comprensión de la coyuntura histórica, y una a una las iglesias cubanas se fueron independizando sin desgarramientos y sin malquerencias.

CARMELO: Hoy se nota que incluso iglesias como la mía, Los Discípulos de Cristo, que cedió sus iglesias a los presbiterianos muy al principio de la obra misionera, tiene nexos firmes de colaboración con la Iglesia Cristiana Pentecostal de Cuba. Eso es alentador.

RAFAEL: El 15 de abril de 1961, aviones procedentes de los Estados Unidos bombardearon aeropuertos en La Habana, y como resultado del salvaje acto, prelude de una invasión, murieron varios trabajadores cubanos. Durante el enterramiento, en una multitudinaria manifestación de repudio, el comandante Fidel Castro definió y proclamó el carácter socialista de la Revolución. Dos días después ocurrió el desembarco de más de mil mercenarios por la Ciénaga de Zapata, los que fueron batidos en 72 horas y finalmente vencidos en Playa Girón. Miles de hombres en cada ciudad de la Isla se alistaron para tomar las armas, y a la vez cientos —quizás miles— fueron apresados provisionalmente, pues se les consideraba desafectos. Estos hechos conmovieron al mundo y la Revolución radicalizó sus medidas, con la consiguiente cuota de errores e injusticias, absolutamente inevitables.

Pocas semanas después de la declaración oficial se hizo evidente que la opción socialista acarrea también definidos tintes marxistas, pues comenzaron a difundirse declaraciones sobre materialismo y ateísmo. A los cristianos cubanos, totalmente impreparados para un vuelco de tal naturaleza, este reverso los llevó a la angustia y el desasosiego. El anti-comunismo había sido permanente tema de estudio en el currículo de educación cristiana en las iglesias. Para muchos, el reto se convirtió en terror y comenzó el éxodo de pastores y feligreses, aún los más fuertes; los que decidieron permanecer y encarar el desafío, albergaban profundas dudas y zigzagueaban en pensamientos y actitudes. ¿Qué decir? ¿Qué hacer? ¿Cómo decirlo y hacerlo responsablemente, frente a un pueblo exaltado y esperanzado?

CARMELO: ¿Cómo asimilaron un período tan difícil y angustiante?

RAFAEL: No puedes imaginarte, Carmelo, lo que significa en profunda agonía el haber anhelado una Revolución, haber luchado por ella, haber decidido permanecer dentro de ella, y después sentirse despreciado y cuestionado por razones de fe. Sólo nos aquietaba la profunda convicción de que se puede ser cristiano honesto y un honesto revolucionario, sin desdoblamientos ni traumas.

CARMELO: Me sacuden tus afirmaciones.

RAFAEL: Otro golpe de inmediato más duro, porque no era cuestión primaria de ideología ni teologías, sino de personal calificado, de trabajo diario y de propiedades, ocurrió dos semanas después de la declaración oficial que ubicaba a Cuba como un Estado Socialista. Se anunció la

nacionalización de las escuelas privadas del país, que desde esa fecha (1 de mayo de 1961) quedaban incorporadas al sistema educativo del Estado, incluyendo las escuelas religiosas. En las iglesias protestantes era costumbre erigir una escuela a la vera de cada templo, y los católicos poseían inmensos y afamados planteles educativos. El sistema de evangelización, de educación religiosa y de sostenimiento propio, tenía su más firme aliado en la escuela diaria parroquial. La medida significaba la absorción de maestros, equipos y edificios. Era una herida profunda en la sensibilidad de los creyentes, y es natural que condujera a la alarma, el desencanto y la angustia. Los maestros de las escuelas parroquiales eran líderes en las actividades de las iglesias y contribuían a una buena parte de su sostén económico. La mayoría de ellos abandonó el país, y los que quedaron como trabajadores en las escuelas estatales, prefirieron —en un altísimo porcentaje— separarse definitivamente de las iglesias. Esta crisis en relación con las escuelas también propició la salida masiva de pastores hacia los Estados Unidos, buscando el regazo de la Iglesia “madre”.

De esta forma, el período de euforia finaliza, o se refrena, cuando el marxismo deviene ideología del Estado, y más tarde ley escrita, con todas sus consecuencias. Los cristianos hubieran podido convivir fácilmente y, hasta integrarse decididamente, con una Revolución Socialista, sin otro epíteto. Porque los grandes avances de la Revolución, los grandes beneficios que reportaba el país, especialmente entre los más pobres y victimizados por la sociedad capitalista, eran más que comprobables y eran parte de la esperanza cristiana por una patria mejor. No era difícil vivir con la Revolución, trabajar en la Revolución, y hasta guerrear y morir por la Revolución. Los problemas se crearon en las relaciones con los funcionarios estatales, porque algunos de ellos, entendiéndolo a su manera que la “religión es el opio de los pueblos” y los creyentes todos un grupo despreciable de retrógrados y contrarrevolucionarios, creyeron correcto desplegar una política de orillamiento, entorpecimiento, descrédito, acusaciones banales y hostigamiento subterráneo.

CARMELO: ¿Hubo persecuciones a las iglesias?

RAFAEL: Honestamente no se puede hablar de persecuciones, sino de limitaciones con la intención de detener, o por lo menos neutralizar, la posible influencia de la fe cristiana en la nueva sociedad.

Por otra parte, la actitud asumida por un buen número de creyentes, tanto católicos como protestantes, provocó innecesarios malentendidos, generalizaciones erróneas y situaciones de enfrentamiento. Algunos sacerdotes y pastores, sin haberse ganado el derecho a ser oídos —puesto que jamás se interesaron en la solución de los graves problemas sociales del país, ni habían levantado un dedo en condenación de la tiranía batistiana—, pretendieron cuestionar los cambios estructurales de la nueva sociedad y enmendarle la plana al gobierno revolucionario. Otros

se convirtieron en especuladores y en ilegales transaccionistas durante los períodos de escasez. Hasta hubo una denominación protestante cuyo máximo funcionario, y un buen número de pastores, cometieron fraudes en el intercambio de divisas y fueron encarcelados por ello. Muchos curas convirtieron sus templos en verdaderos centros de conspiración, por lo que fueron expulsados del país.

La contrapartida de estos últimos, dentro de los grupos de creyentes, fueron los extremistas —por muchos llamados oportunistas— que tomaron la ocasión por los pelos y pretendieron forzar sin convencer, tratando de imponer —en el seno de las feligresías— un pensamiento revolucionario marxista, y presentándose ellos mismos como los únicos y verdaderos intérpretes de la Revolución para el pueblo cristiano de Cuba, clamando por la consigna de “Patria o Muerte” en sermones y publicaciones. Eran pujos pseudo-revolucionarios que —desde luego— no partían desde la fe y, por consiguiente, dañaban la imagen de la Revolución dentro de la Iglesia.

CARMELO: ¿Cómo se resolvió la situación?

RAFAEL: Por fortuna, muy temprano en el proceso revolucionario se creó un departamento u Oficina de Asuntos Religiosos que durante más de veinticinco años ha analizado todo el proceso de relaciones entre la Revolución y la Iglesia, ha estudiado las situaciones críticas y ha insistido en un respeto mutuo y en una comprensión fructífera. Esta oficina ha tenido un solo director durante el tiempo transcurrido, el Doctor José Felipe Carneado, abogado de oficio, quien, con un carisma especialísimo para tan difícil tarea, ha mantenido para con las iglesias y los cristianos un espíritu justiciero y una amable convivencia.

CARMELO: Te iba a preguntar por la figura de Carneado y me alegra que hayas expresado criterios tan positivos sobre su persona y gestión.

RAFAEL: Pienso también que es oportuno señalar que existe un grupo pequeño de creyentes que siempre han visto la Revolución, como una respuesta a sus oraciones y a sus sueños patrióticos, y al marxismo que la sostiene ideológicamente, como un magnífico instrumento de análisis y de cohesión; a la vez, entienden que nada supera a la fe cristiana como instancia superior de vida y conducta, y sin ostentaciones ni vociferaciones tratan de ser leales, tanto a sus convicciones cristianas como a la patria que aman y sirven. En este ejercicio de fidelidad, no sólo ensalzan a la Revolución y militan activamente en la iglesia, sino que también las censuran, con la honesta intención de ayudarlas a abandonar sus lastres y ataduras, lo que ha provocado, por incompreensión, estigmas y membretes infamantes desde ambos lados. Todo hace suponer que al cabo de muchos años, la Revolución y la Iglesia les han reconocido la legitimidad de sus criterios y de su quehacer.

CARMELO: Se habla mucho de rectificación en el contexto de la Revolución cubana hoy. ¿Qué ha significado esto para el proceso mismo y para las iglesias?

RAFAEL: El proceso público de rectificación de errores cometidos en las relaciones entre la Iglesia y la Revolución, se inició en la década de los setenta cuando el propio comandante Fidel Castro se refirió a este tema. En diciembre de 1971, en una visita fraternal a Salvador Allende, señaló la necesidad de una "alianza estratégica" entre marxistas y cristianos en Cuba, y en 1977 declaró en Jamaica que "no hay contradicciones entre la religión y el socialismo". Ese mismo año, la Iglesia Presbiteriana-Reformada lanzó su nueva Confesión de Fe, donde se señala la interacción entre la fe y la acción social mediante el compromiso político. La Iglesia Católica condenó los actos de terrorismo auspiciados por la CIA y el bloqueo económico a Cuba.

La Revolución nicaragüense, tomó el poder en 1979 y ofreció una ejemplar postura de reconocimiento a los cristianos revolucionarios, de quienes obtuvo colaboración mediante el ofrecimiento de altas posiciones de servicio, lo cual indudablemente ha influido en el pensamiento y las actitudes de muchos funcionarios cubanos. Después de su visita a Nicaragua, en julio de 1980, Fidel Castro se refirió con admiración a la unidad de fuerzas revolucionarias con militantes cristianos en América Central.

En julio de 1980 visitó Cuba el pastor bautista Jesse Jackson, a quien acompañó el comandante a un acto en memoria de Martín Lutero King, que se efectuó en este edificio donde ahora nos encontramos. En enero de 1985 estuvieron en Cuba varios obispos delegados de la Conferencia Episcopal de los Estados Unidos, con una clara posición progresista. En ese año también se publicó el libro *Fidel y la religión*, donde se hace evidente el interés de Fidel Castro por los postulados de la Teología de la Liberación. En febrero de 1986 se celebró en La Habana el Encuentro Nacional Eclesial Cubano (ENEC), con mayoritaria asistencia de seglares, y en el mismo se reconocieron los errores del pasado, se llamó a una transformación de las estructuras obsoletas, y se incitó a la renovación de la fe y la conducta entre los católicos cubanos. También en 1986, el Doctor Carneado se reunió en Ginebra con los directivos del Consejo Mundial de Iglesias, y en 1987 el Doctor Emilio Castro, Secretario General de dicho organismo, visitó nuestra patria e intercambió pareceres con el comandante Fidel Castro.

CARMELO: Entonces, estos pasos de acercamiento y entendimiento son positivos. ¿No?

RAFAEL: Estos recientes acontecimientos son indudablemente un paso de avance, lo cual nos alegra sobremanera. No podemos asegurar que estemos absolutamente satisfechos. Entendemos que es posible lograr

una más estrecha convivencia creadora, un mejor aprovechamiento de dones y perspectivas, una más amplia responsabilidad común, una mirada conjunta hacia el futuro. Cuando alcancemos tal plenitud, Cuba comenzará a ser lo que anhelaba José Martí: “una levadura espiritual en el pan americano”.

CARMELO: Gracias, Rafael por el contenido tan rico e importante de esta entrevista. Esto ayuda mucho a poner en perspectiva histórica elementos indispensables para entender el proceso cubano y el papel de las iglesias.

RAFAEL: Gracias a ti por la oportunidad de ofrecer mi interpretación de una historia que hemos construido, en gran parte, nosotros los cristianos cubanos.

Odén Marichal

CARMELO: Estamos con el compañero Odén Marichal, sacerdote episcopal y actual rector del Seminario Evangélico de Matanzas. Yo quisiera hacerte una pregunta, Odén, ¿de qué parte de Cuba vienes tú, cuál es tu trasfondo familiar?

ODEN: Yo nací en la provincia de Camagüey, en el campo, en una colonia cercana a un poblado que está en el norte de esa provincia que se llama Esmeralda, en enero de 1940. Mi origen es campesino en cuanto a mi nacimiento. Respecto a mi familia, mi papá es isleño de las Islas Canarias, llegado a Cuba en los años veinte, y mi mamá es hija de isleños, también. Sus padres vinieron a Cuba; aquí se casaron y ella nació. Mi sangre es completamente isleña, sangre africana y de origen campesino. Yo soy el último hijo de cinco hermanos y vivimos en el campo. Alrededor del año 48 nos mudamos a este pequeño poblado de Camagüey. Mi experiencia en el campo, como toda familia de aquella época, es que no teníamos escuela. Recuerdo que mi mamá nos mandó a mí y a los otros dos hermanos que me anteceden, a que fuéramos a la casa de una señora casada con el hijo del dueño de la colonia donde vivíamos; ella no era de donde yo nací.

Nos habíamos mudado de una parte a otra. Mi padre estaba buscando trabajo en el campo y a aquella mujer, Isolina se llamaba, siempre la recuerdo con mucho cariño porque las primeras palabras las aprendí allí en el campo. Posteriormente mis padres decidieron mudarse al pueblo para que tuviéramos, nosotros los hijos, mejores oportunidades. Mi padre continuó como trabajador campesino. Recuerdo que él trabajaba jornadas de días, se quedaba en el campo, trabajando y luego se venía, cierta época del mes. Eramos una familia pobre. Mi mamá se dedicó a coser e incluso a lavar ropa a familias ricas, para ayudar al sostenimiento de la casa. Fuimos a la escuela y casi todos concluimos alrededor del sexto grado; por lo menos, hasta sexto. Después me ligué a la Iglesia Episcopal; dentro del círculo de jóvenes de la Iglesia nos alentaban mucho a la superación, educacionalmente hablando.

CARMELO: La Iglesia para ti significó un elemento de apoyo para tu desarrollo académico, no sólo para tu desarrollo espiritual.

ODEN: Exacto, en el desarrollo académico. Entonces, ya viviendo en el pueblo, yo recuerdo que repartí y vendí periódicos; trabajé en una zapatería; uno de mis hermanos, un amigo de él y yo, tuvimos un pequeñito taller de fabricación de guantes para cortar caña, un tanto clandestino pues no pagaba impuestos, no estaba declarado para la fabricación y la producción nuestra era para la propia zapatería donde trabajábamos. En esa época yo combinaba el trabajo en la zapatería, en el pequeño taller-cito, las actividades de la Iglesia y estudiaba. Me preparaba para hacer el ingreso al Instituto. Y aquí fue, incluso, donde la Iglesia me apoyó, dándome trabajo y cierta beca en otro poblado cercano a Esmeralda.

Dejé todo el trabajo y fui a Morón, a unos 60 kilómetros al noreste de Esmeralda. Entonces allí comencé a hacer el bachillerato. Trabajaba en las mañanas tempranito, de 5 a 7 de la mañana, en alguna ocupación como jardinero y después de las 7 de la noche, trabajaba también en jardines. Los fines de semana ayudaba en la limpieza de la escuela, limpiando los pisos, las paredes, los pupitres y todas esas cosas. La Iglesia me proporcionaba albergue— y los estudios—y en ese trabajo que yo hacía me ganaba el dinero que necesitaba para vivir: lavaba, planchaba, cosía la ropa y hacía de todo. Porque yo pasé a hacer el preuniversitario, que en aquel momento se llamaba bachillerato.

CARMELO: ¿Lograste ir a la universidad?

ODEN: No, nunca me hice el propósito de ir a la universidad, sino al Seminario de Matanzas. En aquella época, en los años 56-57, ya yo había hecho el propósito de prepararme para ser un sacerdote de la Iglesia.

CARMELO: Y estudiaste en el Seminario Evangélico de Matanzas.

ODEN: Aquí en este mismo Seminario.

CARMELO: ¿Te graduaste en qué año?

ODEN: En el año de 1965.

CARMELO: O sea, que tú estudiaste en la época inicial de la revolución aquí en el Seminario de Matanzas.

ODEN: De 1961 a 1965.

CARMELO: ¿Cómo era en esa época la situación en el Seminario de Matanzas?

ODEN: Había tensiones —por la situación política del país— entre alumnos que apoyaban la revolución y otros que eran críticos de la

revolución; profesores que apoyaban la revolución y otros que eran críticos de la revolución. Se vivía en esa tensión. Esta se hizo más evidente en octubre del 62, cuando la crisis de octubre.

CARMELO: Y en esa época, ¿tú tenías una posición más o menos progresista?

ODEN: Crítica de la revolución.

CARMELO: ¿Crítica de la revolución? ¿Tú podrías explicar eso?

ODEN: Mira, al comienzo de la revolución —como la mayoría de casi todos los cubanos— estábamos entusiasmados con la revolución e incluso te puedo decir que yo no tenía una participación significativa en la época revolucionaria, porque yo estuve en ese colegio episcopal de Morón, desde el año 56 hasta el 61, cuando vine para el Seminario, precisamente. Este colegio no era un colegio económico, era un colegio que había que ser por lo menos de clase media o alta para poder estudiar allí. Porque los estudios no eran económicos: no eran los más caros, pero tampoco era un lugar de gente pobre. Yo estaba en el internado. Para estar en el internado había que tener dinero, cierta posición, porque, por ejemplo, el costo de los estudios por mes era de 80 a 120 pesos. En aquella época, ese era el salario con que vivía una familia. El que podía pagar eso era porque tenía una posición económica y social muy buena. Entonces, la gente que estaba ahí en el período insurreccional de la revolución, pues no participaba de la revolución, y en el período inicial de ésta, menos. En el período insurreccional de la lucha no participaron, y en el período inicial de la construcción de la revolución se veían afectados. Ese era el ambiente donde yo vivía. De todas maneras, en la relación con el pueblo, en ese sentido, no ayudaba nada a una posición revolucionaria en medio de la lucha cubana contra Batista.

Sin embargo, en la congregación episcopal había un grupo bueno de jóvenes y alguna otra persona mayor que sí trabajaban activamente por la revolución. Por ejemplo, uno de mis amigos más cercanos de aquella época, Reynel Morel —el trabaja en la Universidad de La Habana, en la Escuela de Psicología, y no está vinculado actualmente a ninguna iglesia—, pienso que conspiraba contra Batista y tenía ciertas actividades. Otro señor, que era el tesorero de la iglesia, Orlando Méndez Lobo, vino a ser desafecto de la revolución, abandonó el país y murió ya. Trabajaba en una farmacia de la que sustruía productos, medicinas, y las llevaba al templo. Yo limpiaba el templo; a veces me cogía tarde y lo hacía entonces el sábado por la noche o el domingo bien temprano en la madrugada, cuando descubro que detrás de una escalerita para subir al púlpito había un paquete, y era de medicinas. Después descubro que ese señor, temprano en la mañana venía y metía ese paquete de medicinas ahí y que dos muchachos más, que no estaban relacionados

con la iglesia pero su hermana sí era muy activa en la juventud episcopal —hoy es diácona de la iglesia episcopal, la esposa del deán de la catedral, Marta López—, eran los que junto con este Reynel sacaban aquellas medicinas. También descubro que el mimeógrafo del colegio, ellos lo usaban para tirar alguna propaganda. La directora se da cuenta y esconde el rodillo. Entonces, yo ubicaba el rodillo, se lo suministraba para hacer trabajos y tenía mucho cuidado de limpiar el aparato, quitar el esténcil y volver a poner el esténcil viejo que era del colegio o de las mujeres episcopales, y darles esa cobertura. Cositas así, que yo pienso que no eran de mucha importancia. Había una identificación, un compromiso, porque si tú hacías eso nada más y te descubrían, era una cosa grave en aquella época. Entonces, vino el período del triunfo de la revolución y mantuve esa simpatía, pero el pastor que estaba allí, que después salió de Cuba y vino a ser Obispo en Guatemala y ahora está en Texas...

CARMELO: ...Anselmo Carral.

ODEN: Sí, Anselmo Carral, yo diría que influenció en mí. Era anti-comunista. Antes del triunfo de la revolución tuvo un curso en los Estados Unidos; todo el material que trajo yo lo recuerdo, especialmente dos libros de la agencia de información americana. Con aquello aprendí inglés. Todo el inglés que puedo hablar hoy es de aquella época. Recuerdo que él me entregó los libros: *What is democracy* y *What is communism* (*Qué es la democracia* y *Qué es el comunismo*), que eran parte del entrenamiento que él tuvo en el año 1958. El año 1960 hasta el 61, que yo estuve en Morón, por mucho tiempo pensé que alguna gente me había llamado para interrogarme, pensé que era agente del gobierno. Nunca averigüé nada más y después fui atando cabos y me di cuenta de que él no había sido agente del gobierno, sino contrarrevolucionario. Carral había salido de Morón y estaba en La Habana. El, que es actualmente obispo de la Iglesia Episcopal, había estado en un poblado cercano a Morón. Había pasado a Santiago de Cuba y lo reclutan, después esto se sabe, para trabajar con una organización contrarrevolucionaria e incluso lo encuentran culpable y lo condenan a diez años. En aquel momento eso me golpeó mucho, y salí de Morón. Me fui para mi pueblo. Carral, que estaba en La Habana, se entera que yo me voy de Morón, me manda a buscar y me dice: "Bueno, cuál es tu situación". No, mira, yo no quiero estar más en Morón. (No quise verme involucrado, no simpatizaba. En aquel momento era crítico por no haberme involucrado en ninguna otra cosa de mayor envergadura). El me dijo: "Bueno, tú no has terminado el bachillerato. Yo te voy a conseguir el ingreso en Matanzas y ahí terminas el bachillerato por curso libre".

Vine para acá y así llego aquí al Seminario, crítico de la revolución. En aquel momento uno que me ayudó mucho, al inicio, fue Hugo Pina, que después renegó de la revolución y se marchó; fue obispo episcopal

en Honduras y ahora creo que ha aceptado un trabajo hispano en Oklahoma. Hugo me ayudó mucho. Un tipo muy revolucionario, pero muy emocionalmente. Recuerdo que cuando la crisis de octubre, los aviones pasaban sobre la bahía de Matanzas, él salía aquí a los jardines del Seminario y se ponía colérico, le subía la presión y le gritaba horrores a los aviones. Y el "Chino" Juárez, Rodolfo Juárez, me ayudó mucho también, especialmente cuando el caso de la invasión americana en el 1965 a República Dominicana. Recuerdo que una vez dije: "bueno, es que si el gobierno dominicano pide que los marines vayan... Entonces, él me dijo: "chico, si a esos no les piden que vayan; además, el gobierno dice que vayan y son los propios americanos". Entonces, lo conversé mucho conmigo, aquí en este Seminario. El fue muy paciente; conversaba conmigo, con esa pasta que tiene.

Después que yo terminé, estoy dos años en La Habana y veo aquella gente que se iba de Cuba. Carral me propuso irme de Cuba. Hasta me consiguió una visa por ahí; no recuerdo si era de Panamá o algún lugar de esos. Pero me golpeó en el año 66, cuando el famoso puerto internacional de Camarego, que la gente se iba en botes. Fue distinto a lo de Mariel, pero algo parecido. Entonces, yo era ministro de la Catedral de La Habana. El obispo de aquella época me llamó a trabajar allí. Estuve cerca de dos años trabajando y la gente se iba: una congregación de 300 personas, llegó a ser de 60 u 80.

CARMELO: Querías hablar de alguien que había sido una influencia en tu vida.

ODEN: Voy a eso. Fue en una época posterior a la Catedral. En este período anterior a los años 65 y 66 me golpeó que la gente no abandonaba solamente el país, abandonaba la iglesia. Yo lo veía desde aquella perspectiva. Entonces, hice un rechazo y no me identificaba con ellos, me identificaba con los que se quedaban.

El obispo muere y hay otra historia en La Habana en relación con esa muerte. El que le sucedió en el cargo, siendo Secretario Ejecutivo me pidió ir a Cárdenas a trabajar. Allí pasó más o menos lo mismo: mucha gente se fue. Pero no era en la misma proporción, pues había gente mucho más humilde que no estaba pensando en irse. Recuerdo que me identifiqué mucho con dos familias muy humildes que están todavía en Cárdenas. Ya estaba de pastor presbiteriano, Francisco Normiella, que había sido profesor mío aquí en el Seminario y siempre me demostró mucho aprecio. En todas estas cosas él, que hablaba poco, a veces me invitaba a salir, ir a La Habana, a Cárdenas, Unión de Reyes... Me hablaba, me fue rescatando, rescatando. Pienso que el golpe final me lo dio la muerte del Che. Esto me impresionó mucho. Yo era pastor ahí en Cárdenas. Recuerdo que una personalidad como él, que fue a dar su vida en uno de los pueblos más pobres y necesitados de América, me hizo identificarme con la causa, decimos revolucionaria, de los pobres.

CARMELO: En esa época del Seminario, que llegas a esta convicción, se transformó tu pensamiento y tu acción. ¿Has entrado en contacto con algunas corrientes teológicas, algunos pensadores contemporáneos que te ayudaron en ese proceso, o fue simplemente el proceso cubano?

ODEN: Yo pienso que mayormente la experiencia de compartir la fe en una comunidad de creyentes que vivía en tensión. Por otra parte, yo pienso que influyó mi propia extracción campesina. Mi pueblo, Esmeralda, y mi familia en general. Por parte de padre, tengo un tío que vivió y murió aquí en Cuba y que tiene cuatro hijos; tengo cuatro primos por esa parte. Mi familia por parte de mi mamá es muy extensa. Ellos eran muchos hermanos. Mi mamá tuvo cinco hijos. No hace mucho yo hablaba con mi mamá, y le preguntaba quién de la familia nuestra ha salido de Cuba, quiénes se habían ido del país en este período revolucionario. Entonces, ella y yo comenzamos a sacar la cuenta, y una cosa que es rara en una familia cubana: yo no tengo ni un pariente que se haya ido del país. Tengo familiares en Venezuela, pero como te decía al principio, mi papá no es cubano y todavía conserva su ciudadanía española, siempre la ha querido mantener. Sus hermanos emigraron a Venezuela y han tenido familia allá. Entonces, tengo familia venezolana, pero no es porque se hayan ido de Cuba, sino porque emigraron allá. Yo pienso que estos factores de la comunidad cristiana, donde ha habido gente que rechaza el proceso y gente que sí lo ha aceptado; el hecho de mi extracción campesina y de la influencia familiar, mantenerse unido todo el mundo, no salir en estampida. Todo esto ha cooperado.

Desde antes de la revolución yo estaba involucrado en el movimiento ecuménico cubano, pero también llegó el momento en que quedó descabezado. En la dirección del Consejo Ecuménico el único que quedó fue Fernández Ceballos; el resto de la directiva se había ido del país. Desde muy temprano yo me identifiqué con el MEC (Movimiento Estudiantil Cristiano). Tuve ciertas amistades ahí dentro del movimiento y contactos con algunos extranjeros. Desde el año 61 me escribía de vez en cuando y me alentaba en todo ese proceso Mauricio López, el argentino que trabajaba en la FUMEC (Federación Universal del Movimiento Estudiantil Cristiano). En una ocasión nos reunió a Héctor Méndez, a mí y a otro que se fue del país, metodista, Mariano Rodríguez, y nos pidió a los tres que reactiváramos el movimiento juvenil de cristianos en Cuba, que se organizó primero en la Federación de Juventudes Cubanas, a la que se le denominaba FEJECU. En Morón, antes de venir al Seminario, trabajaba con la Federación de Juventudes Cristianas.

CARMELO: A mí me parece que esta es una conexión muy importante porque en esa época Mauricio forma los primeros líderes ecuménicos, quienes toman una conciencia clara de lo que estaba pasando aquí en

Cuba. Además, él tenía un cierto interés en dinamizar el trabajo juvenil en el Caribe. Por lo tanto, me parece que allí hay una influencia importante en ese proceso. Tu contacto con Raúl Fernández Ceballos, también puede haber tenido una influencia muy importante...

ODEN: Dentro del movimiento ecuménico, sí. Nos hemos tenido mucha amistad siempre; yo pienso eso, por lo menos me lo ha demostrado y yo la siento hacia él. Hemos conversado mucho de estas cuestiones. Como te decía, este trabajo que empezó a organizar Mauricio, en el 61, en una visita suya y de Waldo Galland, quedó mejor estructurado y organizado el MEC. Me preguntabas si algunos de los teólogos que estudiábamos, me había influenciado. Pienso que en la época del movimiento juvenil cristiano, Dietrich Bonhoeffer. En la época del Seminario, había un grupo de teólogos. Entre ellos, Sergio Arce también me influyó mucho. Arce trabajaba mucho a Barth, Brunner, pero gustaba también de los Niebuhr (Reinhold y H. Richard) en cuanto al pensamiento social. Pienso que eran mucho más adelantados que Barth y Brunner. Estudiamos, asimismo, algunas obras de dos obispos episcopales norteamericanos, James Pike y Carpenter, que eran elementos buenos. Recuerdo que Arce me dijo una vez: este Pike no debía ser obispo sino arzobispo, porque era un tipo muy...

CARMELO: ...avanzado en el pensamiento ético...

ODEN: Un pensamiento ético social que no estaba amarrado, y circunscrito a formas doctrinales de una jerarquía como tal. Pienso que estos teólogos presentaron una visión más abierta. La teología neo-ortodoxa de los años cuarenta y cincuenta fue lo más avanzado para su época. Y el Seminario siempre se identificó con dos cosas, desde su fundación: la crítica formal, en cuanto a la interpretación bíblica, y con la teología neortodoxa. Si usted es influenciado por esas dos corrientes, no tiene por qué salir un reaccionario.

CARMELO: Una teología dialéctica... Mira, ¿has estudiado el marxismo de alguna manera?

ODEN: Mira, algo, aparte de lo poco que recibimos en la época que terminé el bachillerato, que fue a principios de la revolución. Hay algunas asignaturas del año 63, que las saqué haciendo mi licenciatura en teología. Por mi cuenta leía algo. Una vez me percaté que no tenía una información clara acerca del marxismo e hice amistad, por aquella época, con un compañero, Fidel Cartín, en Matanzas. A veces salíamos a conversar y almorzar. Todas estas relaciones, iglesia, cristianismo, marxismo, revolución, le interesaban. Un día le expresé mi preocupación de que yo no tenía ninguna formación marxista. Le pedí que me recomendara un libro. El me dijo: no te leas nunca un manual. Ve a los clásicos...

sicos, tu nivel es para interpretar a los clásicos. Y no te pongas a leer *El Capital* de principio a fin, de todas maneras vas a perder el tiempo. Mira, prosiguió, hay un pequeñito libro que se llama *Introducción al marxismo*, de Duncan, que recientemente se reeditó aquí en Cuba. Me lo regaló porque no se conseguía en aquel momento en las librerías. Esto es una orientación a la lectura del marxismo, a los clásicos, en un ciclo de tres etapas, me dijo. Te va a ayudar a leer los clásicos y lo que es esencial. De ahí vamos a discutir.

Aquello fue para mí, una especie de curso dirigido. Yo siempre decía: pienso que un cristiano no puede ser marxista; revolucionario sí, hasta comunista, pero no integralmente marxista. Me ayudó mucho eso y se me aclararon una serie de cuestiones de las relaciones entre fe cristiana y marxismo. Esa es la única etapa en que yo leí sistemáticamente el marxismo, con la ayuda de Cartín.

CARMELO: Y pudiste leer algunos escritos de pensadores y teólogos latinoamericanos, pienso, Camilo Torres; posteriormente, teología de la liberación.

ODEN: Camilo Torres. Recuerdo el pequeño grupo que inició la primera jornada de Camilo Torres, con Arce, Fernández Ceballos y en el que estuvimos dos episcopales, el Reverendo Pedro Triana y yo. Después se sumaron otros episcopales, pero en todas las jornadas Camilo Torres que se dieron, siempre participé activamente. En algunas de ellas presenté trabajos estudiando su pensamiento e indiscutiblemente fue otro elemento, a nivel teórico, estudiar la relación fe-revolución a través de la vida y la obra de Camilo Torres. Porque él no fue tan teórico. Su vida era la que respaldaba su posición.

CARMELO: ¿Cómo colocarías, desde el punto de vista teológico, la relación cristianismo-revolución, como hombre de iglesia?

ODEN: Mira, éste es uno de los puntos que más hemos analizado en todo este proceso cubano. Hay una riqueza, una variedad de opiniones, y dentro de esa riqueza a lo mejor te encuentras polos diferentes. Yo pienso que la relación cristianismo revolución se debe dar naturalmente. Habría que entrar a la distinción, ¿qué entendemos por revolución? Evidentemente, tiene que ser un proceso que intenta cambiar, o cambia, estructuras sociales de opresión, porque no es más posible esas grandes diferencias sociales de ricos cada vez más ricos y pobres cada vez más pobres. Entonces, si nosotros respondemos al imperativo evangélico del amor entre los hombres, al prójimo, evidentemente hay que apoyar, desde el punto de vista evangélico, todo el proceso que trate de hacer justicia.

Nosotros hemos oído la frase que dicen los nicas de que entre cristianismo y revolución no hay contradicción. Es cierto, no hay con-

tradicción. Pero también podríamos decir que no hay opción, es decir, que puedas optar por una cosa o por la otra, porque son la misma cosa. Cuando de justicia se trata, hay que hacerla objetiva y concretamente; nunca la justicia puede ser una cuestión única y exclusivamente teórica y subjetiva. Por eso yo te decía que esta relación entre cristianismo y revolución es algo que debe darse naturalmente, si vamos a responder fielmente al imperativo evangélico.

CARMELO: ¿Cuál ha sido la experiencia de la relación de las iglesias con el Estado y cuál ha sido esa praxis ecuménica dentro de ese contexto: ¿puedes comentar un poco eso?

ODEN: Te diré algo, no a nivel de iglesia o a nivel de la práctica ecuménica como tal, sino que te pondré el ejemplo de un vecino mío, comunista. Sale el libro *Fidel y la religión*, viene a verme y me dice: hace rato que quería conversar contigo, porque yo no entiendo esto que plantea Fidel de que los cristianos puedan algún día llegar a ser miembros del Partido. Pues, entonces, yo te podría decir otra cosa: yo podría ser miembro de la iglesia. Le digo: no, yo pienso que eso no es lo que está planteando Fidel en su libro. Tú eres comunista, tú eres ateo. Si tú vienes a que yo te haga miembro de mi iglesia, yo te digo, no. Es decir, no te bautizo, porque nosotros bautizamos a los que dicen que creen en Jesucristo y lo aceptan como su Salvador. Y tú no crees en Jesucristo, ni lo aceptas como tu Salvador. Entonces, dice: eso es lo que yo no entiendo, porque no está pareja la cosa. Le digo: sí, sí está pareja, y te voy a explicar. Tú estás hablando desde un punto de vista sectario, tú estás hablando de un partido de ateístas, y Fidel está hablando en un sentido más amplio. Fidel está hablando de un partido de revolucionarios. Entonces, mira, el problema está en que si yo por ser cristiano me siento revolucionario y voy al partido de los revolucionarios, y tú siendo ateo, tienes todas tus motivaciones para sentirte revolucionario y también vas al partido de los revolucionarios, pues allí coincidimos los cristianos revolucionarios y los revolucionarios marxistas.

Yo pienso que Fidel lo que está planteando es un partido más amplio, que aglutine a todas las fuerzas revolucionarias que hay en el país con el único propósito de desarrollar más las obras revolucionarias, que no es otra cosa que buscar más justicia y más bienestar para todo el pueblo cubano. Yo no pienso que por el hecho de que yo sea cristiano y revolucionario, tenga que estar excluido y que no pueda tener la posibilidad de trabajar también políticamente por el futuro de mi pueblo.

CARMELO: Se trata tal vez, sintetizando esto, de que sea una experiencia en que la falsa ortodoxia y la apologética de ambos lados tengan que ser quebradas para crear una cosa un tanto distinta a lo que ha sido el tratamiento hasta el día de hoy.

ODEN: Porque ese es un paso que se da inicialmente, que sería el planteamiento de Fidel. No es un proyecto, una propuesta para hacer en equis tiempo. Yo pienso que Fidel lo plantea como una posibilidad y como una necesidad, sobre todo como una necesidad. Que todos los revolucionarios cubanos puedan tener una participación política en la vida del país. En ese sentido, que responde a una necesidad, yo pienso que hay que dejar de lado estas cuestiones, la ortodoxia pura. Que, además, no es un problema única y exclusivamente para los marxistas. Pienso que ellos han estado generalmente más abiertos. Ellos, en el Partido, a través de Fidel, han planteado la cosa.

CARMELO: Obviamente.

ODEN: Pienso que la iglesia no está al mismo nivel. No hemos hecho el planteamiento porque hay que convencer a la gente. Pero pienso que es más fácil el análisis a nivel del Partido que al nivel de la iglesia. Tenemos esta cosa de que mucha gente ve la cuestión del cristianismo de manera un poco sentimental. Lo que no aceptan sentimentalmente, lo rechazan en bloque.

CARMELO: ¿Crees que de alguna manera se podría también decir que este retraso, si se puede hablar de retraso, en la fundamentación teológica de la iglesia, se deba a que no se le ha prestado suficiente atención a una formulación teológica de la iglesia en un contexto revolucionario? ¿Te atreverías a afirmar eso?

ODEN: No lo pienso.

CARMELO: ¿No?

ODEN: No, porque la iglesia cubana, en ese sentido, tiene muchos elementos muy buenos que sí han aceptado el proceso. Para mí, el movimiento ecuménico cubano es formidable en ese sentido. Ha tenido una claridad tremenda en todo momento. Y todos hemos tenido la misma experiencia: los que estamos comprometidos en el movimiento ecuménico y aquellos que no se han comprometido, que lo rechazan, hemos vivido la misma experiencia cubana. Por ejemplo, aquí se ha dicho, desde el principio de la revolución, que el problema de la iglesia cubana en relación con la revolución, y con el socialismo después, es que no estaba preparada para el socialismo. Yo pienso que es falso. Si la iglesia no estaba preparada, los campesinos tampoco estaban preparados, los obreros no estaban preparados. Porque aquí no se planteó desde el inicio de la lucha construir una revolución socialista, sino que lo que se planteó como una necesidad fue terminar con todos los vicios e injusticias sociales: la prostitución, los juegos, el desempleo, la malversación, la tortura y el crimen. Por eso fue que se luchó. Ese fue

el detonante. El país ya no resistía más todos estos vicios e injusticias.

Te mencionaba que había trabajado en una zapatería. El sindicato de zapateros, en la época de Batista, yo pienso que era uno de los buenos sindicatos en Cuba. La mayoría de sus dirigentes y delegados visitaban constantemente las fábricas a nivel de municipios; iban de la capital a las provincias a entrevistarse con los obreros para ver qué sucedía. Eran comunistas, eran miembros del Partido Socialista Popular. En el centro donde yo trabajaba había dos compañeros miembros de ese partido, un talabartero y un zapatero. Pienso que esa gente estaba preparada. En la época de mi juventud, casi toda la juventud episcopal era miembro del Partido Ortodoxo Revolucionario, del que era miembro Fidel. Yo fui miembro, hasta hace poco tuve mi carnecito por ahí. Allí había un muchacho, Rodrigo Rodríguez, siempre recuerdo su nombre y su cara, que tenía una formación marxista. Se reunía con nosotros, conversábamos acerca de cuál era la función social de cada persona: el zapatero que era necesario, el que limpia la calle, el médico y demás, y que eso no debe ser motivo de diferencias sociales. Nos ponía el ejemplo de la casa donde se divide el trabajo; así también era socialmente.

Pero el problema no fue, con el advenimiento de la revolución y la declaración de su carácter socialista, que la iglesia no estuviera preparada. Pienso que el problema fue otro. El problema fue que la iglesia hizo una opción de clase con aquellas clases no comprometidas con la revolución. No hizo la opción de clase con el pobre, con el obrero, el que no tenía futuro, quienes hicieron la opción por su gente. No fue un problema de preparación ideológica, sino de opción de clase. Esto fue el origen de la tensión dentro de la iglesia; no con el Estado ni con el Partido. Eso siempre lo hemos resuelto, porque tú me preguntabas por la relación iglesia-Estado. Todas estas cosas hicieron que nos mostráramos al pueblo con la peor cara y nuestro alejamiento, nuestras contradicciones y nuestro divorcio, fueron con el pueblo. El pueblo hizo una opción y la iglesia otra. No todo el que optó por la revolución en el pueblo, obreros y campesinos, lo hizo porque tuviéramos una preparación ideológicamente marxista.

CARMELO: No es cuestión de un convencimiento previo.

ODEN: No. Era una necesidad.

CARMELO: Salieron al proceso.

Odén, Tú has tenido una experiencia ecuménica en la Conferencia de Iglesias del Caribe, que ha sido relacionada con tu propio trabajo en la Iglesia Episcopal. ¿Cuál es tu evaluación de esa experiencia en la Conferencia de Iglesias del Caribe?

ODEN: Con la Conferencia de Iglesias del Caribe (CCC) trabajé de 1979 al 85, casi seis años. Comencé trabajando en la subregión norte, la oficina estaba en Jamaica. Me pidieron hacer un trabajo de coordinación para Cuba y tuve una oficina en La Habana varios años. Trabajé mayormente en la unidad de educación para el desarrollo. A través de esta coordinación, la CCC realizó algún trabajo con distintos grupos: la Iglesia Cristiana Pentecostal, algo con el Movimiento Estudiantil Cristiano y también con la Coordinación Obrero-Estudiantil Bautista de Cuba. Pienso que se hizo algo. La CCC tuvo presencia en Cuba. Hubo la oportunidad de contactos de las iglesias cubanas con iglesias caribeñas. Pienso que eso fue importante. Se apoyaron proyectos dentro de la filosofía de trabajo de la Conferencia, en dos vertientes: una, la ayuda para el desarrollo, como se la llama en la CCC, la acción cristiana para el desarrollo en el Caribe; la otra vertiente, la acción cristiana para la renovación de la iglesia. En estos dos aspectos fue el trabajo de educación para el desarrollo que se tuvo en Cuba. Lo más importante fue la relación de las iglesias cubanas con las iglesias caribeñas, con la propia CCC. La filosofía del trabajo tuvo una identificación plena con el hombre caribeño que nos ayudó un poco a sentirnos más pertenecientes al Caribe.

Nosotros casi toda la vida hemos hablado en términos de Latinoamérica. Desde el punto de vista histórico y cultural, realmente el término Caribe —que para nosotros significa otra cosa— es un fenómeno histórico-cultural donde se puede ver una unidad tremenda de todas las islas inglesas del Caribe, francesas, holandesas y las de habla hispana. Pero también Venezuela, Colombia, Panamá y toda la costa centro-americana, evidentemente tienen una unidad formidable en la música, la historia, las costumbres, las comidas, la forma de hablar entre nosotros. La CCC nos ayudó a nivel de iglesias a redefinir nuestra ubicación regional, porque desde el punto de vista cultural no tenemos nada con los ecuatorianos, peruanos, los chilenos, quizás algo con los brasileños, por el elemento negro tan amplio en Brasil. Nos puso en contacto, también, con la teología negra caribeña y algunos pensadores caribeños, que tienen algo que decir para la región. Cuando digo esto estoy pensando en Leslie Ledd, Ashley Smith, Watty, el que fue rector del Seminario Unido de Jamaica, Roy Neehall. A través de la CCC se ha hecho posible una expresión de la iglesia cubana, regionalmente.

La CCC, cuando tuvo la oportunidad de tener una coordinación en Cuba, trabajó, como te mencionaba antes, con otros grupos. Precisamente en 1984, el MEC, la COEBAC y el CEC trabajamos para hacer posible la visita de Jesse Jackson a Cuba. Yo pienso que aunque la visita no varió el sentido de las relaciones iglesia-Estado en Cuba, sí las profundizó. Fue un aporte positivo de la CCC en este proceso.

CARMELO: Te agradezco este esfuerzo por sintetizar lo que ha sido la relación con la CCC.

Odén: ¿cuál es tu percepción y juicio sobre la figura de José Felipe Carneado, como encargado de la Oficina de Asuntos Religiosos del Partido Comunista Cubano?

ODEN: Mira, no es fácil hablar del Doctor Carneado. Hace unos cuantos años que lo conozco. En muchas oportunidades he estado presente en reuniones de grupos con él; en algunas otras reuniones más pequeñas; a veces, personalmente. Para mí es un hombre que tiene un entendimiento profundo de lo que son y deben ser las relaciones respetuosas entre iglesia y Estado, en el caso de Cuba. Con la particularidad de que su Oficina no está en el gobierno, sino que está en el Partido, en un Partido de profesión ateísta. Es más significativa todavía esta comprensión amplia de lo que deben ser las relaciones, no solamente iglesia-Estado, sino también iglesia-Partido. Con esto se demuestran dos cosas, independientemente de su apertura personal: sinceridad y franqueza. Que también reflejan esa política de apertura, sinceridad y franqueza del Partido hacia las iglesias. No se qué cosa, específicamente, te gustaría oír. Yo nunca me he puesto a pensar en esos términos de lo que significa Carneado. Sencillamente es una gente que nosotros hemos aceptado, se ha dado una relación natural.

CARMELO: Sí, Odén, si te hice la pregunta es porque hablar de Carneado es hablar de una persona que tiene afecto y sentido de la amistad. Tal vez poner en la lejanía su figura resulta un tanto difícil. El se siente así, muy identificado con su trabajo. Es correcto lo que tú tratas de comunicar sobre la franqueza, la apertura. Yo quisiera saber cómo ves la figura de Carneado y su relación con las iglesias. Ha sido, por ejemplo, un período largo de tratamiento con su trabajo, como encargado de estas relaciones. Ha habido momentos de dificultad, inclusive de estancamiento, que a lo mejor no se deban siquiera a la figura de Carneado, sino a otros elementos.

ODEN: El a veces dice que empezó su trabajo en el año 1961 a petición del movimiento revolucionario, como bombero, apagando fuego. Finalmente, su trabajo no ha sido de bombero. El tiene una gran capacidad política y diplomática, aunque no es diplomático. Esta relación la ha sabido llevar con un tacto, una delicadeza, de nunca crear una fricción con las iglesias, sino eliminarlas. A él se le debe en su trabajo personal, independientemente que sea una tarea del Partido, en la forma que lo ha hecho, ese buen entendimiento entre Estado e iglesia. Como te decía anteriormente, el problema de la iglesia fue su distanciamiento y su incapacidad de comunicarse con el pueblo, por un descompromiso con el pueblo, un divorcio. Yo pienso que en este momento nosotros hemos recuperado mucho de nuestro diálogo con el pueblo. En parte, ha sido producto de ese trabajo político, profiláctico, de ir saneando estas relaciones y esta visión de la iglesia. Después de Fidel, la otra

persona que ha trabajado más en el bien de estas relaciones ha sido Carneado. No sólo para beneficio del Partido y la revolución, sino para beneficio de la sociedad cubana. Porque ese trabajo tiende a unificar al pueblo cubano. En efecto, no porque tú eres cristiano te tengo que tener aparte y porque yo no lo soy, o soy buen marxista, estoy en otra categoría. Esa unidad, que es necesaria para todo pueblo y sociedad, hay que verla a través del trabajo de Carneado.

CARMELO: Odén, tú sabes que mi vocación hacia la educación teológica lleva años. Estás ahora de rector del Seminario Evangélico de Matanzas, ¿cómo te sientes en esta responsabilidad y que ves hacia el futuro inmediato, en tu tarea como educador teológico en Cuba?

ODEN: Mira, el Seminario en Matanzas, como yo veo la educación teológica en Cuba, es un seminario ecuménico. La teología, y más con el auge de la teología de la liberación, cada día es menos confesional y, en cambio, es más ecuménica, más universal. Este seminario, desde su fundación, fue un seminario ecuménico y la tarea de educación teológica aquí en Cuba ha sido ecuménica. Eso me hace sentir cómodo en todos los sentidos. No es una tarea fácil. El propósito nuestro no es hacer una super iglesia ecuménica. El propio seminario, a través de su filosofía de la educación teológica, capacita teológicamente a los estudiantes no solamente para la vida sacerdotal o pastoral, sino también a aquéllos que no pretenden ser pastores o sacerdotes, para la vida de fe en comunidad. Dentro de esa filosofía nosotros entendemos que debemos tomar muy seriamente el contexto inmediato, que es la sociedad cubana, y de una manera comprometida también un contexto más mediato y regional, como es el caribeño y latinoamericano. Porque tampoco podemos concebir la educación teológica como un fenómeno nacional aislado; ella se entronca con todo el esfuerzo que continentalmente se hace. Pienso que la tradición en la educación teológica de este seminario, como te mencionaba al principio, está unida a lo mejor de la teología europea de la post-guerra. Se desarrolla más en los estudios bíblicos, la crítica formal y la teología neo-ortodoxa. Toda esta posición ecuménica, progresista, le ha valido al Seminario en dos sentidos: en su desarrollo y el estar a la altura de la teología latinoamericana actual, aunque también ha sido receptor de críticas precisamente por esto. Nos hemos liberado a través de nuestra historia de la formulación de cuerpos doctrinales o dogmas. Siempre se ha dado la educación teológica en una tensión dialéctica que le ha hecho posible tener en cuenta el interés del entrenamiento teológico a nivel de iglesia, sin olvidar nunca lo que está ocurriendo en nuestro mundo. Eso por una parte. Por otra parte, estamos en la línea de la teología de la liberación. A veces hemos discutido esto. Viene gente que pregunta: si Cuba es un país liberado, ¿cómo es que ustedes hacen una teología de la liberación? La teología de la liberación no es una asignatura, ni una disciplina. Es un método de análisis, desde

el punto de vista teológico, y de confrontación de la fe de la comunidad y el creyente con lo que sucede en el mundo y con los planes de Dios en el mundo. En ese sentido, no podemos paralizar el quehacer teológico en Cuba. Decir: aquí tiene que ser una teología, como se ha dicho del Reino, de la "post-liberación", en un sentido muy cronológico. Pudiera ser post-liberación precisamente no en un sentido muy cronológico, esto es, que la liberación culmina en el Reino y todavía no llegamos allá. Ahora bien, la teología de la liberación primordialmente es el método y tiene que ver con el contexto. Y nuestra teología responde a nuestro contexto. Podríamos decir que hay distintos énfasis. Por ejemplo, en Chile, la teología de la revolución puede plantear la lucha por la liberación política, que significa que el pueblo tome el poder para comenzar a resolver sus problemas. El poder en Cuba está en manos de los pobres; por tanto, no es necesario plantearse ese tipo de liberación. Sin embargo, tenemos dificultades de las cuales hay que liberarse. Económicamente no somos libres; no en un sentido de dependencia, porque el mundo es cada día más interdependiente y todos nos necesitamos en algún sentido, sino que tenemos problemas económicos en Cuba. La vivienda es uno de los problemas sociales más grandes que tenemos. La vivienda se resuelve con la voluntad política de acometer tareas tendientes a resolver ese problema. Pero, además de la voluntad política, hacen falta recursos materiales y eso tenemos que resolverlo nosotros, con nuestros propios recursos. Aquí se da una lucha; más que lucha, un intercambio de opiniones. Por ejemplo, ¿cuál es el elemento creador en Cuba de la riqueza necesaria para resolver los problemas sociales? El trabajo. Nosotros tenemos algo que decir en relación con el trabajo. Tenemos que hacer una teología del trabajo; enfocar el trabajo desde una nueva perspectiva. El país dentro de la comunidad latinoamericana se ha encontrado en momentos de aislamiento, como el pueblo de Dios en el desierto. Un peregrinaje, un éxodo, que sale de las estructuras antiguas y opresoras. A pesar de que por esa razón el pueblo queda solo y abandonado, adquiere una nueva dimensión, en ciertos términos teológicos, y constantemente hay una reformulación. Esta reformulación está dentro del método teológico de la teología de la liberación; nosotros tenemos que estar replanteando las cuestiones teológicas. Por ello, en Cuba se da una teología de la liberación que responde y que debe responder, para que sea genuina, a los problemas que nosotros tenemos.

CARMELO: Yo pienso, Odén, la teología cubana, desde su vertiente pastoral ecuménica, nos puede ayudar mucho en el continente a ver esa frase que tanto se ha utilizado aquí: "Que la iglesia sea la iglesia", y que en un contexto como éste se van dando elementos para esa ecle-siología. Yo creo que eso lo puede compartir Cuba con otros países que tienen situaciones en las cuales hay confusiones en esta línea de comprender cuál es el papel de la iglesia en un contexto dado. Como tú bien

lo mencionas, hay siempre elementos creativos, porque si la teología de la liberación es contextual, entonces hay una creatividad que esa teología aporta. Pues la teología de la liberación no es una cosa hecha, fabricada ya, sino que es un proceso. Con ese método, yo me imagino que hay muchos aportes que le sirven a ustedes en el contexto cubano, pero creo que también ustedes tienen la responsabilidad de darnos su experiencia para el contexto latinoamericano al cual pertenecen.

ODEN: En ese sentido, yo pienso que desde Cuba ha habido un aporte como pueblo, independientemente de la iglesia, hacia América Latina. Hay un trabajito muy bueno del teólogo de Antigua, Leslie Lett, que es muy interesante porque mucha gente piensa que la teología de la liberación es producto de la reunión en Medellín de la Conferencia Episcopal Latinoamericana, CELAM. También se ha dicho que la teología de la liberación es producto de la revolución cubana que ha influenciado en eso. Se ha dicho que es producto del Concilio Vaticano II, y no hay quien deje de decir que el creador de la teología de la liberación fue Gustavo Gutiérrez. Yo pienso que esas son unas concepciones muy dogmáticas acerca de lo que significa un movimiento del pensamiento, es decir, un desarrollo histórico de cualquier filosofía. Sería muy estrecho ese marco de referencia y no sería un desarrollo histórico. Yo pienso que Gustavo Gutiérrez no pudo, ni nadie puede, crear algo así. Leslie Lett nos llama la atención al respecto; no lo dice en estos mismos términos, pero yo así lo interpreto.

Surge una teología del llamado Tercer Mundo, pero para que haya esa teología, primero hubo Tercer Mundo. Tiene que haber conciencia de que no sólo hay en una sociedad divisiones de clases, que éstos son pobres y aquéllos son ricos. Que dentro de la comunidad internacional hay pueblos que son oprimidos por otros y naciones que son oprimidas por otras. Efectivamente, en el año 55 en Jartún, cuando se tiene aquella conferencia que auspicia el gobierno indio, se toma conciencia de la comunidad de países explotados y surge posteriormente el movimiento de los países no alineados. Pienso entonces que en teología es al revés: que tanto el Vaticano II como Medellín son respuestas, diez años después, a una necesidad. Hay un grupo de naciones que toman conciencia de que son diferentes. El quehacer teológico para dar respuesta a esa necesidad, no puede ser el mismo anterior. Así pues, comienza y se desarrolla un nuevo tipo en el quehacer teológico que no está muy lejos de la teología neo-ortodoxa, porque en términos históricos, del año 48 al año 55 hay un paso. Pienso que en el desarrollo de este nuevo tipo de hacer teología, se toma conciencia en el continente americano y en otros continentes tercermundistas. Entonces, viene la respuesta del Vaticano II y Medellín. Donde si hay otro elemento, además de esa conciencia del Tercer Mundo, es el otro elemento histórico de América Latina: la revolución cubana. Estas cuestiones a nivel internacional y este fenómeno revolucionario en América Latina, son los que fuerzan

a la iglesia y llevan a los teólogos dentro de su praxis y compromiso con el apoyo que da todo este movimiento internacional y el apoyo moral del fenómeno de la revolución cubana en América Latina. Es lo que hace florecer ese pensamiento en la mente de Gustavo Gutiérrez, quien piensa: Sí, es posible; no es invención.

CARMELO: Hay fermentos.

ODEN: Hay fermentos. La teología de la liberación no es un invento, como tampoco lo fue la neo-ortodoxa que surge de la crisis que produce la Segunda Guerra Mundial en Europa.

Yo pienso que el Seminario de Matanzas y el movimiento ecuménico cubano tienen conciencia y están en esa línea del quehacer teológico. No pretendemos tampoco hacer un texto de teología de la liberación para América Latina. Como tú bien lo planteabas, sencillamente el quehacer teológico cubano, en relación con América Latina, debe ser lo mismo que ha sido el quehacer teológico latinoamericano para nosotros: un intercambio de experiencias. No es menos cierto que, sobre todo a nivel de las iglesias protestantes en Cuba, la teología de la liberación, tanto de corte católico como no católico, ha sido un aporte valiosísimo para nosotros. Que llegó un poquito tarde por la incomunicación que teníamos tan acentuada con América Latina, pero que ya hoy se puede decir felizmente que nuevamente los pueblos se comunican su experiencia religiosa y cultural.

CARMELO: Se trata, diría yo, de una teología contextual y, por lo tanto, no da recetas para nadie, porque también es una teología pastoral y testimonial. En ese sentido no ofrece un recetario para ninguna situación, sino que provee una profunda preocupación y este método que es la teología de la liberación se convierte en un gran movimiento. Eso es lo que ha sucedido.

ODEN: Eso es lo más importante. Al interior de la iglesia tenemos la Biblia, prácticamente convertida por la teología tradicional en un documento de literatura antigua. Porque la teología tradicional fue la que más enfatizó en la Biblia como Palabra de Dios de aquél pueblo que estaba allá. Sin embargo, la teología de la liberación la ha convertido de documento en Palabra de Dios. Es decir, que la gente pueda ver en ella misma una motivación para la acción. Un ejemplo amplísimo lo tenemos en América Latina con las comunidades de base, la experiencia de Ernesto Cardenal en Nicaragua, en las islas de Solentiname, y todas estas cosas. Ya ha dejado de ser un documento de referencia, sino que ha sido motivación para mover a la gente en la lucha, en la práctica. ¿Qué fue lo último que tú mencionabas?

CARMELO: Un movimiento.

ODEN: Precisamente, ahí es donde está el valor. Ha movido la gente a la acción. A no quedarse en el templo a leer la Biblia, complacerse con los sermones y esperar que el Reino llegue un día, sino que se ha dado cuenta que hay que lanzarse a la calle y hacer el Reino. Y ha dado una nueva dimensión a la cristología, la eclesiología y la pneumatología. El Espíritu Santo ha estado obrando de una manera diferente en Camilo Torres, Monseñor Romero, Monseñor Méndez Arceo, Monseñor Camara, para mencionar figuras prominentes nada más. Sería imposible mencionar a todas las personas de base que también son movidas como éstas figuras. No obstante, me gustaría relacionar un poco esto último con el futuro de la iglesia en Cuba. Porque la teología de la liberación, nos ha abierto un poco más el escenario y ha aumentado también nuestra esperanza en la función de la iglesia en toda América Latina, pero particularmente en el caso nuestro, en Cuba. Muchas veces se ha dicho que si en este país el Partido, el gobierno, resuelven todos los problemas, entonces qué queda por resolver a la iglesia. Se ha tratado nuevamente de replantear, en términos más sutiles, la antigua división de las funciones materiales y las espirituales. En primer lugar, es una división falsa porque no hay entre las cuestiones materiales y las cuestiones espirituales, tal división. ¿Qué cosa es un asunto puramente material que no tenga un valor espiritual? Un edificio, una casa, incluso una vivienda, se pudieran calificar como cosas materiales de las que se tiene que preocupar otra gente. Sin embargo, yo tengo la experiencia de que un edificio, una casa, tienen ciertamente un valor material, pero muchas veces tienen un valor espiritual, no puramente sentimental. Cuando la persona vive oprimida por la carencia o necesidad de algo, le afecta moralmente también. No es lo mismo vivir en cuatro metros cuadrados con un techo de paja y un piso de tierra. Eso me rebaja en mi condición, me rebaja, con el tiempo, moralmente. Si yo ahora vivo dignamente, con lo que necesito para mis necesidades materiales inmediatas, eso tiene un valor espiritual muy grande. Una de las cosas que nos puede abrir un poquito la voluntad de la esperanza al futuro es que a pesar de que nosotros no somos los que tenemos que construir las casas y que nos vienen materiales, también podemos participar como gente, como pueblo, y de hecho participamos. La comunidad participa. Eso es uno de los valores que hemos destacado cuando hablamos del trabajo. Cuando usted trabaja, en términos de marxismo, está haciendo al hombre. El trabajo hace al hombre, es la tesis de Engels. En términos del Pentateuco, usted es co-creador de este mundo con Dios. Dios sigue trabajando a través de nosotros.

Todo este ejercicio, práctica y compromiso de mucha gente de la iglesia cubana, y sobre todo el movimiento ecuménico cubano, nos dicen que siempre hemos tenido algo que hacer y que decir, y que lo tendremos especialmente en un aporte a la creación del hombre nuevo: del hombre, dirían los marxistas, los comunistas; del hombre redimido, diríamos los cristianos, porque el hombre cuando se redime social y

materialmente es parte de la redención total que Dios quiere. Porque Dios no quiere redimir, en términos greco-cristianos, el alma, sino que quiere redimir, en términos judíos, el cuerpo, la vida, la totalidad. Yo pienso que el cristianismo y el Evangelio tienen ciertos valores éticos y morales con los cuales siempre hemos de estar contribuyendo a esta sociedad. Porque entonces lo podemos hacer de una manera más consciente a la sociedad cubana.

CARMELO: Creo que ha sido una entrevista entusiasta. Te siento sumamente optimista en cuanto a esa perspectiva futura. Agradezco el contagio que me das de esa visión futura. Reconozco que realmente a través de la entrevista, y a través de los años que te he conocido, he visto tu entrega a la causa del Reino de Jesucristo, tu pasión por la Iglesia y la educación teológica. Muchas gracias.

ODEN: Gracias a ti.

CARMELO: Quisiera en primer lugar agradecer este tiempo de conversación y pedirte que me relates un poco, ¿cuál ha sido tu trayectoria en la Iglesia Presbiteriana y Reformada en Cuba? Tú eres pastora ordenada o presbítera de la Iglesia. ¿Cuál ha sido tu trayectoria en la Iglesia?

MYRIAM: Bueno, (rie) yo estoy en la Iglesia Presbiteriana desde que tenía cuatro años de edad. Fue mi primera Iglesia desde mi niñez. Pero yo diría que no tuve una experiencia así, diríamos, de conversión —utilizando el término evangélico, ¿no?— hasta los 17 años. O sea, que estuve toda mi vida en la Iglesia, sin embargo, no había sentido esa relación personal con Cristo, esa transformación de mi propia vida, hasta que no pasé esa edad de la adolescencia. Y cuando tuve ese impacto —que para mí fue un encuentro con Jesucristo—, decidí dedicar mi vida al ministerio cristiano. Las dos cosas vinieron juntas: vino ese encuentro personal, donde mi vida cambió totalmente, juntamente con un llamado. Así que fue un llamado doble, un llamado de volverme hacia él, hacia Jesucristo, y un llamado a servirle. De manera que en ese momento quise terminar mi estudios de pre-universitario, que había abandonado, para entonces —con ese propósito— estudiar en el seminario. O sea, que las dos experiencias vinieron juntas, a pesar de que había pasado toda mi vida en la Iglesia. Y eso fue alrededor del cincuenta y pico...

CARMELO: En esa relación que has tenido con la Iglesia, que para ti tiene un marco de referencia en una experiencia personal, tengo entendido que incluso esa no solamente es tu experiencia, sino es la de tu esposo, Daniel, que también es pastor de la Iglesia. ¿Cómo se ha conjugado eso en el marco del ministerio?

MYRIAM: Yo conocí a mi esposo mucho después, nos conocimos en una reunión ecuménica, en mil novecientos cincuenta y pico. Yo ya había salido del seminario y estaba trabajando con la Iglesia Presbiteriana. El fue pastor bautista por diez años.

CARMELO: ¡Ah, primero él fue pastor bautista!

MYRIAM: Nos encontramos donde yo fui a dar un cursillo de recreación y por seis años fuimos novios, porque él quería que yo pasara a la Iglesia Bautista a acompañarle en su proceso. Pero para mí era muy difícil realizar mi vocación en la Iglesia Bautista, ya que ésta nunca me daría una iglesia como pastora ordenada, siendo esposa de un pastor. Al fin él vino a la Iglesia Presbiteriana. Cambió con el propósito de que los dos pudiéramos cumplir con nuestra vocación.

CARMELO: ¿Y han ejercido pastorado en distintas iglesias?

MYRIAM: Sí, en distintas iglesias, dentro de la Iglesia Presbiteriana, pero él ha sido pastor en una iglesia y yo en otra.

CARMELO: Entiendo que han compartido en una misma ciudad.

MYRIAM: Sí, en una misma ciudad, pero en distintas congregaciones. Porque yo quise enfatizar ese modelo, por el hecho de que casi siempre se ve a la esposa del pastor como acompañándolo a él en su tarea, pero no realmente como una vocación de la misma mujer al ministerio cristiano.

CARMELO: Vayamos un poquito otra vez a la experiencia de los mil novecientos cincuenta y pico, porque ésta nos lleva a mil novecientos cincuenta y nueve, al triunfo de la revolución en Cuba.

MYRIAM: Claro, claro.

CARMELO: ¿Qué impacto te causó la revolución y cómo desde tu perspectiva como pastora, como mujer cristiana y como cubana, sentiste en ese momento la revolución? O sea, ¿cómo la percibiste en ese momento y cómo la puedes evaluar ahora?

MYRIAM: Bueno, cuando vino 1959 fue precisamente el año en que yo terminaba mis estudios teológicos en el seminario, o sea, todavía yo era estudiante ahí durante ese año que fue el triunfo de la revolución: a finales del 58 y principios del 59. La primera reacción fue de entusiasmo, como fue prácticamente la reacción de todo el pueblo cubano. Me acuerdo que estábamos en el seminario todavía, y entonces todas las muchachas nos vestimos de rojo y negro.

CARMELO: Colores del Movimiento....

MYRIAM: Sí, del Movimiento 26 de Julio. Bajamos todas las muchachas a recibir a los rebeldes, vestidas todas con sallas negras y blusas rojas; eso no se me olvida porque bajamos la loma del seminario para recibir a los rebeldes con un espíritu de entusiasmo. Todavía tengo

fotos allá en casa de aquella época, cuando bajamos al Parque de la Libertad —el Parque Central de Matanzas—, a recibirlos. Yo diría que la primera impresión fue de un entusiasmo extraordinario. Después, claro, formada, como fuimos formados casi todos, con una gran influencia de nuestra educación anticomunista, hubo un período en mi vida, en esos primeros años de los sesenta, sesenta y uno, donde estaba un poco perpleja ante la situación. Es decir, yo estaba de acuerdo con los cambios que se iban produciendo, cambios sociales, y sobre todo con las distintas reformas porque yo venía de un hogar muy pobre. Pero cuando la revolución afirmó su condición de revolución socialista, para mí fue un momento de crisis, precisamente por toda la formación ideológica que había tenido anteriormente. Recuerdo que en cada una de las conferencias de verano, a las que yo asistí como joven presbiteriana durante toda mi adolescencia, siempre teníamos algún curso de anti-comunismo o para hablar de los países detrás de la cortina de hierro. O sea, que nos formaron en eso. Así que hubo un momento de perplejidad para mí en ese entonces, aunque nunca pensé en irme del país.

CARMELO: ¡Ah!, tú nunca lo consideraste...

MYRIAM: Nunca, nunca lo consideré, y algunas veces cuando me preguntan por qué tú nunca pensaste en irte del país, pienso que fue por mi extracción de clase. Porque venía de un hogar muy pobre. Mi padre, fue obrero de una fábrica y nunca alcanzó más del tercer grado y mi madre, fue durante mucho tiempo lavandera y pagó nuestra educación en el Colegio Presbiteriano, así, muchas veces lavando ropa...

CARMELO: ¿Tú estudiaste también en La Progresiva?

MYRIAM: En La Progresiva. Sí, lavando ropa para los estudiantes y limpiando pisos. De manera que quizás fue mi extracción de clase la que me hizo valorar... Bueno, ¿a dónde voy a ir yo? Es decir, inclusive con la reforma urbana, por ejemplo, la revolución nos dio la casa en que vivíamos. La reforma urbana nos benefició a nosotros con una casa propia, nosotros que no teníamos casa.

CARMELO: Y ahora me acuerdo de una cosa que en parte resume un poco de manera positiva —para mí—, por lo que conozco de tu trayectoria, una cosa que me impacta mucho: tú has logrado en la revolución estudios universitarios en educación.

MYRIAM: Sí, una licenciatura en educación.

CARMELO: Y que tu hermano es un médico especialista.

MYRIAM: Médico especialista.

CARMELO: Inclusive, uno de los mejores que hay en el país.

MYRIAM: Exacto.

CARMELO: Reconocido como una autoridad, como otorrinolaringólogo. Quiere decir que en ti, en cierta medida, la revolución y el Evangelio han constituido dos pilares fundamentales en la formación de tu persona. ¿Así lo podríamos decir?

MYRIAM: ¡Seguro! ¡Seguro! ¡Seguro! Porque yo me formé en la Iglesia Presbiteriana. La Iglesia formó toda mi vida. Mi vida se centró toda alrededor de la Iglesia y, después, el proceso revolucionario creo que fue abriendo mi mente hacia lo social. Yo estuve presente, participé en la campaña de alfabetización, tengo la medalla; recientemente nos la dieron a todos los alfabetizadores de aquella época. Fue muy interesante porque el Acto de Ofrecimiento de las medallas fue 25 años después. Yo no estaba. Yo estaba trabajando con el Consejo Mundial de Iglesias en Ginebra y fue mi hermano quien recibió las dos medallas. La medalla de él, muy jovencito fue a la Sierra Maestra a alfabetizar, y la mía. Yo alfabetiqué en una zona urbana, alrededor de Cárdenas, mi ciudad, donde con un grupo de jóvenes de la Iglesia construimos una casa para alfabetizar al barrio. Era el barrio de la Arrocera. Entonces, conseguimos madera —en ese momento yo era directora de los jóvenes adultos de la ciudad de la Iglesia Presbiteriana. Construimos una casa con nuestras propias manos, jóvenes, jóvenes adultos en ese momento. Abrimos la casa para alfabetizar al barrio y alfabetiqué a ocho personas de dos familias diferentes de la Arrocera. Eran personas que venían sistemáticamente. Abrimos también para dar clases de costura, mientras alfabetizábamos, y al mismo tiempo predicábamos el Evangelio en esa misión de la Arrocera. La apertura que yo tuve hacia la realidad social de mi país, sí se la debo a todo el proceso revolucionario.

CARMELO: Ahora se repite mucho en Nicaragua, que “entre cristianismo y revolución, no hay contradicción”. Podrías comentarme, ¿qué te parece esa frase, vista desde un contexto cubano?

MYRIAM: Para mí fue un proceso. Un proceso de aprendizaje de que las dos cosas no eran irreconciliables, o sea, hubo un proceso en que yo tuve que hacer una reflexión teórica y también teológica. Para eso me ayudó mucho mi estudio de teología. Después que en el 59 terminé mis estudios de educación cristiana, ya en el proceso revolucionario yo regresé al seminario de nuevo, siendo obrera de la Iglesia. Porque me di cuenta que tenía que hacer una reflexión teológica más profunda, para entender mi realidad social.

CARMELO: Ahora, en ese contexto...

MYRIAM: En ese contexto. Volví al seminario y volví a estudiar cursos, cómo diríamos, un bachillerato en teología para profundizar más en la cuestión teológica. Estudié exégesis, griego, las lenguas... para enfatizar y analizar más mi realidad. De manera que volví otra vez al seminario, donde estuve. Creo que fueron como alrededor de dos años más de estudios teológicos, mientras seguía trabajando en la Iglesia. Pero la reflexión teológica me ayudó mucho a ubicarme en la realidad. Fue todo un volver a Bonhoeffer y toda la teología contextual. Empezamos a tener un análisis teológico a partir de la realidad cubana.

CARMELO: Me imagino que Joseph Kromádka fue un autor muy leído.

MYRIAM: Fue fundamental, muy leído en esa época. O sea, fue un volver a repensar toda mi teología, toda la teología que yo había tenido, a raíz de la realidad, relacionada con la realidad cubana en la cual yo estaba viviendo.

CARMELO: Bien. Tengo entendido que en ese sentido tú has logrado combinar ser pastora de una Iglesia en esa iglesia nacional, pero no negando tu desarrollo y tu crecimiento como educadora en el contexto cubano. Eso para mí es muy aleccionador.

MYRIAM: Exacto. Fue y ha sido para mí muy importante. Además, viviendo en toda la realidad cubana yo quise también tener una experiencia de trabajo secular. Entonces, durante un período como de cuatro años me fui a trabajar en un Centro de Documentación de Salud Pública, parte del tiempo, para tener la experiencia de ver qué era lo que significa ser un obrero en una sociedad socialista. Fue tremendo lo que recibí durante esos cuatro años al poder estar, a nivel del sindicato, como pastora, ahí inmersa en un proceso. Lo hice a manera de testimonio, de entrar más en la sociedad. Porque pensaba yo —siendo pastora— me falta algo, cómo siente el obrero, cómo siente la experiencia de esta sociedad. Esta experiencia de cuatro años de trabajo secular fue muy enriquecedora. Para mí, para mis compañeros. Conocer mi sociedad desde la óptica del obrero me ayudó mucho en el trabajo pastoral, también.

CARMELO: En una sociedad de trabajadores.

MYRIAM: En una sociedad de trabajadores. Porque yo dije, bueno, tengo todo este concepto teórico del trabajo, pero qué es la realidad de estar allí donde están los obreros —éramos 22 personas, 19 mujeres y 3 hombres. Así que fue una actividad, para mí, de entender también toda la perspectiva de la mujer en la lucha por su liberación, en medio de todo el proceso.

CARMELO: Esa pregunta era la próxima que te iba a hacer. Esa pastora educadora en esa experiencia, ¿cómo aquilata el papel de la mujer y cuál ha sido el desarrollo? ¿Cuáles han sido algunos obstáculos, según tú lo percibes, en el contexto cubano? Yo he visto inclusive varias películas que se han hecho sobre algunas situaciones, algunos problemas de la mujer en Cuba. He conocido muchas mujeres extraordinarias en el campo de las letras en las iglesias, las he conocido en la misma revolución, en distintas instancias del gobierno. ¿Cuál es tu percepción de esa situación de la mujer en la revolución cubana?

MYRIAM: Bueno, mira, yo repito una frase de Fidel, cuando él dice que hay que hacer una revolución dentro de la revolución, y esa es la revolución de la mujer, desde la perspectiva de la mujer. Yo creo que esa revolución dentro de la revolución, todavía es un proceso en el cual estamos trabajando en Cuba. Está toda la cuestión cultural, la cuestión de la cultura, que es una cultura machista.

CARMELO: Una raíz.

MYRIAM: Sí, una raíz muy profunda que se ve a todos los niveles: a nivel del hogar, de la vida social, de las relaciones de la pareja, hombre-mujer. Aún en las tareas administrativas, donde a veces al hombre le cuesta trabajo recibir órdenes de una mujer. La situación, por supuesto, ha ido cambiando, porque la revolución ha usado todos los medios de comunicación masiva para tratar de concientizar. Creo que todavía nos queda un proceso largo, educativo, de concientización; de crear aún inclusive más facilidades de tipo social. Hay muchos centros para el cuidado de los niños, la Federación de Mujeres ha hecho cosas extraordinarias, pero, claro, somos un país en desarrollo todavía. Donde aún la mujer tiene que usar muchas horas en la cocina para ablandar los frijoles. Es decir, hay un proceso de que somos un país en desarrollo, aunque muchas cosas se han facilitado a nivel del desarrollo de la industria. Pero nos queda un proceso que caminar todavía en cuanto al trabajo doméstico en el hogar. El código de la familia ha sido una gran ayuda, pero no es completo en su implementación a nivel de las tareas domésticas, y a veces aún a nivel de la relación social de la pareja. La Iglesia anda detrás de la sociedad. La Iglesia todavía tiene un largo camino que recorrer.

CARMELO: Claro, sobre eso te iba a preguntar, inclusive ese es un tema neurálgico. Tu Iglesia le ha dado alguna oportunidad a las mujeres, pero veo que hay otras iglesias que más bien les han puesto obstáculos y yo no quiero en eso ser negativo hacia los hermanos y las hermanas de otras iglesias, sin embargo he notado eso también que, como mencionas, no ha habido un papel tan destacado para ofrecerles la debida participación, en un contexto como el cubano, a las

mujeres en la Iglesia. Eso lo he percibido en algunas iglesias, lamentablemente.

MYRIAM: Sí existe, hay algunas iglesias que han avanzado, que ya están por la ordenación de la mujer. La Iglesia Episcopal es una iglesia que en eso ha avanzado mucho; hay tres mujeres que recientemente han sido ordenadas sacerdotas. Hay otras iglesias que están tratando de incluir a la mujer en el quehacer teológico y la formación teológica, pero todavía estamos muy atrasados. Hay que luchar, porque a nivel de liderazgo, a nivel de los comités ejecutivos, en el lugar donde se toman las decisiones, la mayor parte de las veces la mujer no está presente. A pesar de que está presente masivamente a nivel local (un 80% de nuestras congregaciones están formadas por mujeres), todavía la mujer no está con esa masividad a nivel de la toma de decisiones, y aún a nivel de la ordenación en algunas denominaciones.

CARMELO: ¡Exacto! A eso me quería referir particularmente.

MYRIAM: Tenemos casos en que la mujer termina sus estudios teológicos y va a trabajar secularmente porque la estructura no le ha proporcionado trabajo; bien porque se ha casado con un pastor, por lo que los líderes consideran que ya no tienen que darle una iglesia, o bien porque hay algunas denominaciones que consideran que la mujer puede trabajar como misionera en una congregación, no obstante, una vez que la mujer se casa, deja de recibir ese trato de misionera y tiene que dejar la congregación. Entonces, todavía hay una gran demanda de la mujer que dice, bueno, ¿por qué? El matrimonio no puede ser visto como un obstáculo para que la mujer pueda seguir siendo parte de la estructura misionera y continuar un ministerio, una vocación.

CARMELO: Y eso ayudaría, me parece a mí, a vitalizar el propio ministerio de las iglesias.

MYRIAM: Y a ocupar los púlpitos que están vacíos. Hay muchas iglesias que no tienen predicadores, de ahí que hay pastores que tienen cuatro o cinco congregaciones, cuando la mujer podría ayudar muchísimo y ocupar esos cargos.

CARMELO: He notado, predicando en las iglesias cubanas, la presencia masiva de mujeres en las iglesias pentecostales, bautistas, presbiterianas. Sí, yo creo que en un contexto como el cubano, ese papel de la mujer en la iglesia es fundamental. Porque he visto como que hace falta que ese fermento sea más reconocido.

MYRIAM: ¡Claro!, ¡Claro!

CARMELO: Es un problema que hemos tenido en toda América Latina, pero que aquí específicamente, en el contexto cubano, creo que hay que ponerle mucha atención.

MYRIAM: Exacto.

CARMELO: En otro orden de cosas. Yo quería hacerte una pregunta relacionada con tu trabajo en este momento. Creo que no me equivoco si digo que eres la primera mujer cubana que está trabajando en el Consejo Mundial de Iglesias, ¿es cierto eso?

MYRIAM: (riéndose). Sí, la primera.

CARMELO: Has trabajado en el Instituto de Bossey, como profesora.

MYRIAM: Como profesora, casi por tres años.

CARMELO: Ahora eres Directora Asociada del Programa de Educación Teológica del CMI. Yo quisiera hacerte ahí dos preguntas relacionadas: ¿cómo se siente una mujer cubana pastora, en el contexto más amplio ecuménico, representando a su país y en su papel como mujer? En segundo lugar, ¿cómo te sientes como una persona de Cuba en el contexto ecuménico? Yo quisiera que relacionaras las dos cosas, ¿cómo te sientes en esa perspectiva?

MYRIAM: Bueno, en primer lugar la Iglesia cubana consideró —yo nunca hubiera salido de Cuba sin la autorización de la Iglesia— que era un privilegio para nosotros como Iglesia cubana que estuviera un cubano, o una cubana en este caso, representando nuestro país. Representando también la Iglesia en medio de la comunidad ecuménica. Yo creo, en primer lugar, que la experiencia que nosotros hemos vivido en Cuba durante esta rápida transformación social; este rápido cambio social durante todo el proceso revolucionario, creo que tenemos un aporte que dar a la comunidad ecuménica internacional. Tenemos mucho que aprender también de lo que está pasando en otros contextos, pero también tenemos una contribución que dar desde la perspectiva teológica y de nuestra realidad contextual. Creo que lo hemos estado tratando de hacer durante nuestra participación, tanto en el Instituto Ecuménico de Bossey, como ahora que empiezo en el programa de Formación Teológica. Sentimos como cubanos que pertenecemos a nuestra realidad caribeña y a nuestra realidad latinoamericana también. Nos sentimos caribeños y latinoamericanos, de manera que llevamos a la perspectiva ecuménica no solamente nuestra realidad cubana, nuestro contexto cubano y nuestras experiencias durante todos estos años, sino también esa perspectiva más amplia regional de la cual nosotros nos sentimos como parte muy integral, de toda la teología latinoamericana y la teología caribeña. Eso

es lo que hemos tratado de ir aportando al proceso ecuménico, aparte de ir recibiendo también lo que el mundo ecuménico tiene para darnos.

CARMELO: Ese comentario que haces sobre lo que se puede dar desde las iglesias cubanas, lo que se puede ofrecer, es importante porque yo que algo conozco las iglesias cubanas, he tenido mucha experiencia compartiendo con ellas. Siento que la gente afuera, por los prejuicios, por la propaganda, cree que no hay un aporte que dar y, sin embargo, sí hay una perspectiva cubana, sí hay una Iglesia cubana ahí, dando testimonio, presente, con los problemas inherentes a un proceso revolucionario. Me decía un pastor el otro día: hay que decirle a la gente afuera que en Cuba nosotros no sobrevivimos en la revolución; que estas iglesias viven aquí.

MYRIAM: ¡Exacto!

CARMELO: Las iglesias están allí para comprender y desempeñar su papel.

MYRIAM: Y además, lo que hemos crecido, nosotros, en términos espirituales, en términos de dimensión teológica. Mira, nosotros nos dimos a toda una nueva lectura de la Biblia. La Biblia fue y es muy importante en todo el proceso revolucionario. Tuvimos que volver a los textos bíblicos. Tuvimos que preguntarnos qué nos dice la Biblia ahora a nosotros. Ir a un trabajo hermenéutico, a todo nivel: a nivel de la base, a nivel de los seminarios teológicos, a distintos niveles, nos dimos a esa tarea hermenéutica. Produjimos nuevos currícula para nuestras iglesias. Esa fue parte de mi tarea muchos años: que las iglesias tuvieran un currículum de educación acorde con nuestra propia realidad. Yo creo que ha habido innovaciones extraordinarias en la liturgia.

CARMELO: ... ¡Sí, sí, he sentido eso, la música... nueva!

MYRIAM: La música que se ha escrito. Y cosas que ni sabemos porque, por ejemplo, recientemente estuve en Cuba y entré a una iglesia católica, a misa, acompañando a un miembro de nuestra delegación que es católico. ¡Me encontré con una misa tan distinta a las misas que yo conocía de mi adolescencia y mi niñez! Participativa, fue en la Iglesia de los Carmelitas en Matanzas, el día de las madres. Fue para mí una experiencia ecuménica muy linda, porque, bueno, toda la música...era música cubana. Con instrumentos cubanos, todo el pueblo cantando. ¡Tú te imaginas!, el templo estaba lleno. Todo ese pueblo católico cantando esa música cubana. Alguna de la letra yo ni me la sabía, porque es compuesta por compositores cubanos. Yo diría que esa renovación no se ha dado solamente a nivel de la música protestante, de la Iglesia Protestante, bautista, etc., sino a nivel de la Iglesia Católica. Fue lindo,

inclusive, en esa misa ellos me pidieron que desfilara con todas las madres católicas. Tuve la oportunidad de ir en procesión con ellas. Fue una experiencia ecuménica; me pidieron que leyera el Evangelio. Me quedé encantada de ver en esa iglesia, la renovación litúrgica que ha ocurrido en la Iglesia Católica durante los últimos años.

CARMELO: Y eso es muy aleccionador—me parece a mí—en el contexto cubano.

MYRIAM: Así que tenemos un aporte que ofrecer al mundo ecuménico en la cuestión litúrgica, en la cuestión histórica, también. Las cosas que hemos hecho en un redescubrir de nuestra historia.

CARMELO: Eso he notado mucho.

MYRIAM: El descubrir todos los misioneros patriotas, toda nuestra realidad cubana, todo el trabajo que se ha hecho en el mundo protestante.

CARMELO: Aquella Consulta sobre la Herencia Misionera en Cuba, que fue tan rica.

MYRIAM: Tenemos mucho que aprender, pero hay mucho que tenemos que aportar también al mundo ecuménico.

CARMELO: Quisiera que me dieras tus impresiones sobre la persona del doctor José Felipe Carneado, a quien tú conoces y con quien has tenido una relación —me imagino— personal. ¿Cuál es tu valoración de la figura de Carneado en el contexto cubano, en el gobierno, en el Partido, pero también desde la perspectiva de las iglesias?

MYRIAM: Mira, antes de contestar esta pregunta yo quisiera decirte algo, porque esa ha sido mi experiencia, viviendo en Cuba durante todos estos años de revolución. Yo entiendo que el marxismo-leninismo en Cuba pasa a través de nuestra cultura. Yo entiendo eso. O sea, que todo el proceso revolucionario en Cuba y toda la interpretación marxista-leninista, para mí, pasa a través de nuestra cultura y te voy a explicar qué pasa en esto. El diálogo en Cuba entre la Iglesia y el Estado —que nosotros mismos no llamamos ni diálogo—, siempre lo llamamos “encuentro”, y te voy a decir por qué lo llamamos así: porque para mí ha sido un diálogo en la calle, un encuentro en la calle. Nosotros somos —y eso quizá es muy distinto a otros países socialistas—, somos gente que vivimos en la calle, en cierta forma, porque nuestro clima, nuestra temperatura, el calor que sentimos, hace que la gente salga a la calle. Además, nuestro temperamento, nuestro espíritu latinoamericano, hace que seamos gente que converse en la calle, de manera que eso nos ha hecho encontrarnos con los dirigentes de la revolución, a nivel de calle.

En la esquina, en el barrio, en la bodega, cuando vamos a comprar los mandados. Porque yo creo que los dirigentes de la revolución, también han tenido esa política. La relación con el pueblo ha sido una relación muy de coloquio, de conversación, informal. Los mismos discursos de Fidel lo muestran; la relación es de conversación. Así que, yo diría, que toda esa relación Iglesia y Estado, yo, como pastora, la comencé a vivir a nivel de la relación personal.

CARMELO: Contacto.

MYRIAM: Contacto, conversaciones. Por ejemplo, cuando yo fui pastora de la Iglesia de Versalles, la persona encargada de las relaciones Iglesia y Estado en Matanzas —mi provincia—, era el compañero Armengol, quien vivía en la parte de atrás de la Iglesia donde yo era pastora, de manera que me encontraba con él cuando llegaba, cuando salía. Casi nunca yo le pedí audiencia para hablar en su oficina, porque no era necesario. Nos encontrábamos en la esquina, cuando yo entraba al templo, cuando salía del templo. Recuerdo que un día, inclusive, él se acercó a mí, cuando las primeras reuniones que se dieron del Poder Popular, y entonces me dijo: “Mira, nosotros necesitamos algunas sillas, ¿tú crees que la Iglesia nos pueda prestar algunas sillas?, porque la gente no tiene donde sentarse en la reunión del Poder Popular, afuera”. Entonces, le dije: pues, ¿por qué no?, si tenemos una cantidad de sillas acá que a veces no usamos. Así empezó nuestra relación, prestándoles las sillas. O sea, tuve una relación prestando las sillas; ellos venían y las sacaban con mucho respeto para ponerlas en la calle. La gente que se reunía en el Poder Popular —que es la organización estatal del pueblo—, se reunía y se sentaba en las sillas de la Iglesia, afuera. Así que cómo esa no era mi circunscripción—yo no tenía que ir al Poder Popular allí—, normalmente les entregaba la llave y les decía: yo me voy cuando terminemos el estudio bíblico, así que cuando terminen, por favor, abran el templo, me ponen las sillas adentro y cierran. Una relación de mutua confianza, nunca nos vimos como enemigos. Por lo menos yo nunca vi a los dirigentes de la revolución como enemigos, sino como personas que estaban tratando de construir una nueva sociedad. A veces, cuando se me quedaba una ventana abierta, Armengol me llamaba y me decía: se te quedó una ventana abierta en la parte de atrás del templo, ¿entro yo o tú vienes a cerrarla?, porque puede entrar alguien y llevarse algo de la Iglesia. O sea, cosas que quizás a las personas que viven fuera les parecerá...

CARMELO: ...extraño...

MYRIAM: Bueno, era la relación que puedo tener yo con el bodeguero, con el carnicero, con el de la clínica dental, con el médico que vive en mi barrio. Era la relación de la vida diaria. Así nos empezamos a rela-

cionar nosotros los pastores —y yo diría los cristianos también—, a ese nivel, con los dirigentes de la revolución que estaban a cargo de las relaciones Iglesia y Estado. Ese es el contexto en que se ha desarrollado nuestra relación. Quizás esto no sea muy profundo, en el sentido del diálogo teórico que a veces se celebra a nivel de Europa, pero yo creo que a ese diálogo hemos ido llegando poco a poco. Ya la reflexión teórica y el libro *Fidel y la religión*, quizás nos llevan un poco a ese diálogo, también. Ahora, así se fue edificando una relación de mutua confianza, de compañerismo, de amistad, y yo diría que así ha sido nuestra relación con el Doctor José Felipe Carneado. Por eso empecé por ahí a explicarte todo lo que ha sido el contexto. El Doctor Carneado ha sido para nosotros eso: no el dirigente de la revolución que el Partido puso ahí para, un poco, resolver los problemas entre la Iglesia y el Estado. No, no; el Doctor José Felipe Carneado ha sido el compañero, el amigo, yo diría hasta el hermano, con el cual nos hemos sentado a conversar para discutir toda la problemática. Pero también nos hemos encontrado a nivel de amistad y compañerismo, nos hemos reído juntos y hemos llorado juntos.

CARMELO: Ha habido una respuesta a ese encuentro que tú mencionaste anteriormente, con Carneado. Tú has percibido que lo que hay es una relación muy profunda, más allá de una consideración protocolaria, formal, una cuestión vital.

MYRIAM: Es una cuestión de vida, es una cuestión existencial, una cuestión de relación de vida. De manera que yo nunca he visto al Doctor Carneado como el funcionario de Estado, sino como la persona humana con una gran comprensión por los problemas humanos y por toda la vida, por la vida. La persona que se ha preocupado no solamente de que las iglesias estén abiertas, sino que se ha preocupado por la vida pastoral, por el sufrimiento.

CARMELO: Le conciernen los problemas de la Iglesia.

MYRIAM: Sí, le conciernen los problemas de la Iglesia.

CARMELO: Eso es muy interesante.

MYRIAM: Le conciernen los problemas personales tuyos, también.

CARMELO: Incluso, yo a veces encuentro difícil separar el funcionario del amigo. A veces le digo a él que ha sido impactado por la teología, ha sido impactado por las iglesias, de tal manera que también en él hay una identificación.

MYRIAM: Hay una respuesta.

CARMELO: Ha sido muy fructífera la relación con Carneado. Yo le decía al Doctor Carneado hace poco, que ha sido el funcionario que más tiempo ha estado en un cargo: esto ha sido una bendición en el proceso para las iglesias y para él. Al final de la entrevista nuestra, él aquilata mucho esto.

MYRIAM: Y déjame decirte, sin ser paternalista. Una de las cosas que yo he apreciado mucho de Carneado es que él, por ejemplo, en sus relaciones con nosotras las mujeres que hemos tenido una posición en el Consejo Ecuménico de Cuba, ha aceptado nuestra posición como mujeres; nos ha aceptado como representantes del Consejo Ecuménico, con mucho respeto, sin minimizar nuestra participación por el hecho de ser mujeres o por el hecho de ser pastoras. Lo ha aceptado plenamente, con un respeto absoluto. Y nos ha estimulado al estudio, a la preparación.

Recuerdo que yo empecé a hacer mi licenciatura en educación en el Instituto Superior Pedagógico, porque él me alentó a que la hiciera. Me dijo: “pero tú tienes que seguir estudiando, tú tienes que hacer una carrera universitaria. Empieza a estudiar, termina tus estudios de licenciatura”. Siempre me decía también: “y tienes que lograr las mejores notas. Tu puntuación tiene que ser de cinco”, que es el máximo. Esa animación también al obrero pastor, a una participación en la educación universitaria, en la educación secular y también a que se supere no solamente en el campo teológico.

Hay muchas cosas. Mira, yo no sé si tú lo vas a poner en el libro o no, pero hay una anécdota que a mí me pasó en la época quizás de más tensión, porque hubo una época de más tensión entre la Iglesia y el Estado, en que él fue una especie de mediador, de reconciliador. Para mí la palabra reconciliación es muy importante, que quizás es lo que ha captado René David, el teólogo católico, en su teología de la reconciliación. Yo diría que Carneado encaja perfectamente en esa teología de la reconciliación, en la parte del Estado. Yo diría que él ha sido —dentro de la parte estatal— el elemento de reconciliación y dentro de la teología de René David, Carneado encaja ahí como un elemento reconciliador fundamental. En esa etapa en que Carneado jugaba ese papel de reconciliador, yo recuerdo que una vez —quizás él ni se acuerda— lo llamé a su oficina al Comité Central, para consultarle un problema serio que había, sobre el cual nosotros queríamos una solución. De la conversación salió una disposición para ver qué se podía hacer, en esa tarea reconciliadora de él. Pero, entonces, al final de la conversación, me dijo: “Bueno, está bien, y ruégale a ese Dios tuyo que este viejito dure muchos años” (Saltan las risas). Mira, yo me reí tanto, porque tú te puedes imaginar, por el teléfono del Comité Central del Partido, ¿no?, decirme y ruégale a ese Dios tuyo, que este viejito dure muchos años. Posiblemente ya él no se acuerde de esa frase.

CARMELO: Inclusive, a veces en las conversaciones intercala: ¡ni quiera Dios! En este sentido él tiene, me parece, esa actitud sincera y transparente.

MYRIAM: Y yo creo que lo dijo con sinceridad; cuando él me dijo eso, no se estaba burlando.

CARMELO: ¡No, no, al contrario!

MYRIAM: Lo estaba diciendo con mucha sinceridad, y esa frase la guardo yo en mi corazón porque muestra su...

CARMELO: ...su calidad humana... profunda.

MYRIAM: Sí, su calidad humana, profunda, que únicamente puede ser percibida así cuando hay una mutua confianza.

CARMELO: Déjame decirte que en ese orden de cosas, yo he conversado horas enteras con Carneado, sobre temas teológicos, sobre asuntos de Iglesia, y él sabe cuál es mi perspectiva eclesiástica y pastoral. El aquilata tanto el criterio que uno le puede expresar desde su perspectiva... y te diría más en la línea de lo que se está diciendo: Carneado es tan respetuoso de tu posición como líder eclesiástico, que si tú te vistieras de un ropaje de gran revolucionario, de gran político o de gran sabedor de teorías políticas, de marxismo o de lo que fuera, a lo mejor no te creería.

MYRIAM: Exacto.

CARMELO: Pero cuando te colocas en esa posición de honestidad, y él lo ve en ti, te respeta.

MYRIAM: Claro, claro.

CARMELO: Siempre he notado esa tesitura espiritual en él, y él dice: ¡caramba!, aquí estoy ante una persona que es honesta, que no es oportunista, que no anda buscando la conversación por la conversación.

MYRIAM: Exacto, eso es muy importante.

CARMELO: Es esa calidad que él ha proyectado, y que tú tan bien la has caracterizado. Déjame decirte. Cuando yo he conversado con Carneado, él me pregunta por las iglesias, que cómo las vi: "¿Fuiste a predicar allá? Bueno, cuéntame, ¿cómo está esa gente allá?". Hay una preocupación legítima, porque son amigos de él; porque son hermanos y

hermanas de él. Entonces él te pregunta —cuando fui a Santiago de Cuba a predicar—: y cuéntame, cómo te fue. ·

MYRIAM: Mira, y nunca se podrá valorar bastante esa tarea de reconciliación del Doctor José Felipe Carneado —yo la quiero llamar así: “tarea de reconciliación”—, nunca se podrá valorar bastante. Porque ha sido tanto lo que él ha podido hacer y tanto lo que nos ha sufrido. Porque, ¡oyeme!: hay veces que le hemos hecho la vida imposible. Yo recuerdo que al principio, muy al principio de la revolución, en la década del sesenta y pico, cuando hubo toda la etapa de tensión... a partir de la época del sesenta y dos, fue la etapa. Yo recuerdo aquella etapa de confrontación, en que nosotros estábamos celebrando —como Iglesia Presbiteriana, yo tenía ya la agencia de programa y de trabajo— nuestros campamentos de niños de jóvenes, etc. Hubo una etapa difícil en que —claro, por el mal uso que habían hecho algunas iglesias del poder de reunión, precisamente usándolo en contra del proceso revolucionario, al principio—, nosotros recibimos la orden de no celebrar esos campamentos. Sin embargo, nosotros insistimos en que era necesario seguir celebrándolos, porque en todos esos campamentos de niños y de jóvenes, podrían tener toda una proyección de concientización y de trabajo con nuestra juventud y con nuestra niñez. Insistimos, creo que insistimos por meses, hasta que yo recuerdo que conversábamos allá en las oficinas. Llevábamos los programas, la idea que teníamos de que esos campamentos podrían servir precisamente para todo el trabajo de concientización del pueblo cubano, y finalmente resultó bien. O sea, después del proceso de unos meses, el gobierno revolucionario y el mismo Estado —gracias a gestiones justamente de Carneado y de otros—, aceptaron el proceso de que se siguieran celebrando todas esas actividades y esos campamentos.

CARMELO: Sí

MYRIAM: Te estoy hablando de un tanto temprano, como de 1962, y los seguimos haciendo detrás de la Iglesia Presbiteriana. Otras muchas iglesias siguieron en ese proceso. Hoy nos da alegría ver cómo nosotros podemos tener todo ese trabajo en campamentos de verano, con la niñez, con la juventud, y se debió mucho a esa gestión de reconciliación al principio, en que muchos de los temores y las barreras caían, gracias a esa gestión reconciliadora de Carneado. O sea, que hay muchos niveles: el nivel de la base, el nivel medio, el nivel de toda la formación del Consejo Ecuménico de Cuba, de todo el trabajo, que nosotros podemos ver su contribución, tremenda, a todos los niveles.

CARMELO: ¡Bien! Agradezco este tiempo, y te deseo el mejor de los éxitos en el nuevo cargo que tienes.

MYRIAM: ¡Gracias!

CARMELO: Sé que vas a cumplir con las iglesias cubanas y, como te diría Carneado: “¡Oyeme, ahí te deseo lo mejor!”.

MYRIAM: ¡Gracias (riéndose), sí, gracias, gracias!

El Doctor José Miller participa activamente en la comunidad judía, en La Habana. Como parte de esta serie testimonial que hemos realizado en Cuba, en torno a la labor del Doctor José Felipe Carneado y de la expresión y la vida de los creyentes, nos allegamos hasta él y fuimos recibidos con mucho cariño por el Doctor Miller.

CARMELO: Yo quisiera, doctor, preguntarle primeramente: ¿cuál es realmente su profesión, su trabajo? ¿A qué usted se dedica?

MILLER: Yo me desempeño en el campo de la Salud Pública y soy cirujano maxilo-facial. Soy jefe de servicio en uno de los Hospitales Principales de la Ciudad de La Habana. Ese es mi trabajo, desde hace aproximadamente doce años. De una manera regular y sistemática, comparto estas actividades con las que realizo dentro de la Comunidad Judía de Cuba. (En adelante CJC).

CARMELO: Eso me interesa mucho. ¿Cuál es el cargo que usted ocupa realmente dentro de la CJC?

MILLER: Bueno, permítame explicarle lo siguiente. La CJC llegó a tener alrededor de los años cincuenta, unos 15 mil miembros. Hoy en día esa comunidad la integran alrededor de 1.200 personas y hemos tratado durante todo este tiempo, en lo posible, de mantener las mismas instituciones que teníamos anteriormente. Porque cada cual tiene su forma, su modo de conservar la religión, y van desde los más ortodoxos hasta los reformistas. De manera que hoy en día funcionan plenamente tres instituciones, tres grupos con sus respectivas sinagogas. Estos grupos son los ortodoxos, los sefarditas y nosotros, que integramos el grupo conservativo, como realmente se llama. No somos tan ortodoxos, pero no llegamos a ser reformistas. El grupo reformista estaba mayormente conformado por personas de origen norteamericano que han emigrado y esa comunidad se debilitó mucho. Los pocos que quedan se han ido recolocando en las otras comunidades. Dentro de ese contexto, yo soy el presidente de la que se llama Casa de la Comunidad Hebrea de Cuba.

CARMELO: ¡Ah!, ya veo.

MILLER: Que está situada en la Calle Línea e Y en el Vedado. Un local muy grande, muy hermoso, que usted ve ahí. Lógicamente, en estos momentos para poder realizar toda una serie de actividades que tenemos que llevar a cabo es necesaria una cierta interrelación, cierta coordinación entre estas sociedades. Por lo tanto, hemos sentido la necesidad de crear una comisión o comité coordinador de las Sociedades Religiosas Hebreas, y además de desempeñarme en estos momentos como el presidente de la Casa de la Comunidad, debo estar en ese cargo, alrededor dos años y reelegible por otros dos. Entonces tendría que pasar otro miembro de la Directiva de la Comunidad de las otras sociedades a ocupar el cargo de presidente, y yo desempeñaría otras funciones. Esa es actualmente mi situación.

CARMELO: ¿Tienen ustedes rabinos?

MILLER: Nosotros no tenemos rabinos, oficialmente. La Comunidad Judía siempre, digamos, sostiene a su rabino, es decir, paga los servicios del rabino. Nosotros no tenemos esta posibilidad. Tenemos personas de mucha experiencia religiosa. Son las que conducen los servicios cada día, en las distintas sinagogas. Tenemos en estos momentos la sinagoga ortodoxa que tiene servicios diarios: mañana y tarde. Ya que la ley dice rezarás al amanecer y al anochecer, ésta realiza todos sus servicios mañana y tarde. Las otras hacemos el viernes por la noche lo que llamamos el "kabalat shabat", la bienvenida del sábado en horas ya tempranas del anochecer, y el sábado por la mañana tenemos un servicio religioso, las tres sinagogas. Esta es la situación.

Bueno, yo le había dicho anteriormente que en Cuba la Comunidad está constituida por unos 1200 miembros. Recientemente nosotros hicimos —en el mes de abril— una celebración de la pascua hebrea. En esa festividad se consumen ciertos productos como el pan ácimo, y otros productos, que nosotros tenemos que importar. Estos nos llegan como donativos.

Anualmente, durante 25 años, la comunidad judío-canadiense es la que nos ha estado suministrando estos donativos. La Oficina de Asuntos Religiosos, aquí ya entra a formar parte del contexto el Doctor Carneado, siempre nos ha dado todas las facilidades para que estos productos lleguen a Cuba y puedan ser distribuidos dentro de la comunidad judía.

CARMELO: Ya que mencionó a Carneado, yo voy a volver a lo anterior, pero por ahora le quiero hacer una pregunta previa, ¿cuentan ustedes con un reconocimiento oficial de parte del Estado y mantienen buenas relaciones con éste?

MILLER: Bueno, mira, algunos visitantes, ya sea de América del Sur o de los Estados Unidos, me hacen preguntas, a veces inconcebibles. A

mí no se me ocurre que eso se pueda pensar. Digamos, hace unos tres o cuatro días llegó alguien a la Comunidad. Yo estaba ahí y me pregunta si es que nosotros estábamos puestos como grupo por el Estado. Nosotros (riéndose), no hemos llegado a la situación de que el Estado tenga que subvencionar nuestras instituciones para que puedan sobrevivir. Nosotros funcionamos independientemente.

CARMELO: Como debe ser.

MILLER: Existimos por nuestros propios recursos.

CARMELO: Como debe ser.

MILLER: Hacemos —la gran mayoría— trabajos voluntarios. Sí tenemos algunas personas que son profesionales, como administradores, por ejemplo, o empleados de oficina, que se desempeñan y ganan su sueldo dentro de la Comunidad. Pero la gran mayoría hacemos trabajos totalmente voluntarios en esa comunidad. Y nuestras relaciones —bueno yo creo que esto puede ser motivo de una pregunta más amplia y de un enfoque de nuestras relaciones con el Estado— son, digamos, enteramente respetuosas de nuestra tradición, costumbres, y se nos apoya en todo lo que sea. Si usted quiere podemos ahora mismo profundizar un poquitico, ampliarle algunas cosas con respecto a esto.

CARMELO: Sí, déjeme comentarle eso. Cuando yo hago la pregunta es porque usted debe saber que fuera de Cuba se da la impresión de que lo religioso no tiene un espacio propio, que para mí, como religioso, es lo que debe haber en cualquier sociedad. Es decir, yo concibo que un ámbito religioso es propio de aquéllos que se convocan para profesar esa fe. Además, la autonomía de la cual usted habla me parece que es lo correcto, en lo que a mí concierne en cuanto a profesar una fe. Y en segundo lugar, usted dice una cosa muy interesante —ya lo dijo de entrada—, que los panes y algunas cuestiones que ustedes utilizan, les vienen solidariamente de hermanos y hermanas judíos de Canadá. Eso dice mucho de cuál es el ambiente y el ámbito en el cual ustedes mismos se mueven. El depender de hermanos y hermanas solidariamente de su propia fe, es lo más correcto, me parece a mí.

MILLER: Sí.

CARMELO: Además, a mí me gustaría que usted me comentara otra cosa. Si usted lo que está enfatizando ahí es que ciertamente hay cierta libertad religiosa, hay libertad para celebrar los cultos. Profundizar un poquito en eso. ¿Cómo es que ustedes se desenvuelven realmente como comunidad judía? ¿Cómo es que ustedes observan sus propios ritos, qué posibles obstáculos han tenido en eso? No vamos a pretender que

todo sea “miel sobre hojuelas”, pero ¿cómo usted profundizaría en esa experiencia de su comunidad?

MILLER: Bueno, mire, yo le puedo decir que las dificultades que puedan surgir en nuestra vida comunitaria serían, digamos, de tipo económico, y está dado porque nuestra comunidad es pobre. No tenemos dentro de nuestras instituciones personas comerciantes, económicamente poderosas, ricas, que puedan hacer aportes y donativos a nuestras comunidades. Nuestra población es pequeña y los aportes que hace no resuelven un gran problema. Estas serían las cuestiones. De manera que decimos esto porque hay veces que alguna de nuestras sinagogas se puede deteriorar un poco y quizás no tengamos los fondos para repararla. Pero hasta ahora nos hemos mantenido y creo que, llegado el momento, no haya ninguna dificultad planteada en cuanto a la Oficina de Asuntos Religiosos, que nosotros podamos obtener cierto apoyo de parte del gobierno en cuanto a eso. Por otro lado, lo que nosotros necesitamos es plena libertad para nuestros cultos y poder mantener nuestra identidad. Eso lo hemos logrado y se nos dan todas las facilidades. Es verdad que por una poca visionaria conducta de algunos dirigentes no se han preocupado o no se preocuparon, mejor dicho, durante algún tiempo...

CARMELO: ¿Sí?

MILLER: ...de mantener relaciones más cercanas con la Oficina de Asuntos Religiosos, ni con otras agrupaciones o instituciones religiosas.

CARMELO: ¿Ah, sí?

MILLER: Desde que nosotros nos hicimos cargo de la dirección de la Comunidad Judía Hebrea, nos dimos cuenta de que era muy bueno para nosotros acercarnos un poco al Consejo Ecuménico.

CARMELO: ¡Ah, muy interesante!

MILLER: Fuimos así estableciendo relaciones con el Consejo Ecuménico, con las Iglesias Evangélicas, primordialmente. Encontramos mucho calor y en realidad nos sorprendió, hasta cierto punto, la gran simpatía que encontramos dentro de los cristianos que pertenecen al Consejo Ecuménico y estas Iglesias con el pueblo judío, con la historia judía y con nuestro culto. Y tan es así que hemos patrocinado y hemos realizado actividades conjuntas, donde se han hecho conferencias sobre un tópico visto desde un punto de vista de la ley judía y desde el punto de vista de la cristiana. Sobre todo problemas de justicia social, problemas de ética y demás. Hemos hecho una cosa muy buena y formidable. Y a través de este acercamiento, tampoco se puede negar que desde hace

un tiempo a esta parte—a través de la gestión del Doctor Carneado, por su asesoramiento—ha habido una política de apertura en relación con todas las organizaciones religiosas, de todos los credos y todos los cultos. Y los judíos no hemos sido una excepción; para nosotros también ha habido esa apertura. Le planteamos al Doctor Carneado nuestra preocupación por varios aspectos de nuestra vida comunitaria, que son los siguientes: apoyo a los ancianos y a los enfermos, mantener a plenitud la fe y los cultos y asegurar la identidad a través de la educación de la generación de jóvenes. Y nos han preguntado, ¿qué es lo que necesitamos para ello? ¿Qué es lo que nosotros necesitamos para eso, para asegurar la identidad? Planteamos la creación de una escuelita dominical que se usó un tiempo, ya que había antes una escuela hebrea, y algo que facilitara las comunicaciones, el apoyo a las personas de más edad. Prácticamente en estos momentos tenemos la mejor situación de muchos años.

CARMELO: Lo veo tan entusiasta que me atrevo preguntarle, ¿usted no ve que hay necesariamente una incompatibilidad entre su fe judía, su creencia en el Dios de Abraham, en el Dios de Moisés, en el Dios de Jacob y una participación en el proceso revolucionario cubano?

MILLER: Bueno, mire, con la Comunidad Judía innegablemente no podemos soslayar un elemento, es una situación que usted la mira más en Centroamérica, en sus países, en cualquier otro lugar de América Latina que usted visite. Es la identificación de la diáspora judía con el Estado de Israel.

CARMELO: ¡Ajá, ajá!

MILLER: Es decir, la diáspora judía se identifica con el Estado de Israel, con la existencia del Estado de Israel. Esto no quiere decir que toda la diáspora judía apoye lo que puedan hacer o decidir los distintos gobiernos que han ejercido el poder en ese Estado. Yo pienso que una de las mayores oposiciones que tienen los gobiernos más halcones o agresivos que pueda tener el Estado de Israel, es el mismo pueblo judío: que está por la seguridad del Estado de Israel, pero está también por la paz. Esto por cuanto no se puede vivir eternamente en un estado de guerra, ni se puede pensar que la paz puede lograrse sobre la base de maltratar los derechos de otros pueblos u otra gente, o no se le puede pedir a nadie que frente a esta situación se conforme, se resigne a vivir como un esclavo, como un paria dentro de su propio terreno, aceptando una imposición de alguien que no quiera o que no desea. Es decir, tenemos que llegar a un grado de sensatez, de buena voluntad, en que cada cual comprenda que el otro tiene derecho a existir y a permanecer y a respetar su integridad territorial, sus derechos y su existencia. Eso es lo que nosotros pensamos.

Ahora bien, qué es lo que pasa visto desde otro ángulo. Que la gente conoce que el Estado cubano y el gobierno cubano tienen frente a esta situación internacional una determinada posición. Que no es por cierto favorable al Estado de Israel, aunque está reconocido y ha sido manifestado muchas veces por las altas autoridades del gobierno y de la dirigencia de la revolución, que el gobierno cubano jamás ha negado el derecho a la existencia del Estado de Israel. Es más, ha manifestado que se puede discutir con el Estado de Israel cualquier cosa, que el problema de los territorios y de las fronteras se puede discutir. Lo que no se puede discutir es la propia existencia, eso es indiscutible, pues mientras usted llega a negar la existencia de un Estado no puede tener de ninguna manera arreglo, no puede tener nada, porque usted me está pidiendo que yo renuncie a existir. Yo puedo renunciar a un miembro, puedo renunciar a una parte, pero no puedo renunciar a mi vida. Esto está dicho ya. Ahora bien, ¿qué cree mucha gente? Bueno, alguna gente cree que porque nuestro gobierno se proyecta de esa forma con relación a los judíos, pues internamente tiene que haber una actitud distinta. No es así. El gobierno cubano ha tenido el tacto, la delicadeza, la suficiente inteligencia y sutileza, para separar una cosa de la otra. Nosotros tenemos que responder a esa actitud también con la misma delicadeza y la misma sutileza. Nuestras relaciones con el gobierno cubano están basadas exclusivamente sobre nuestra fe, nuestro culto y nuestro derecho a la identidad judía. No hay otra cosa que discutir. Los problemas de la política internacional, es algo que no nos compete. A nosotros nos compete la Torá, el Talmud, la ley, el culto, la sinagoga. Como ya hemos dicho, poder ayudar a nuestros ancianos, poder mantener la identidad, y continuarla con la educación de los niños y de los jóvenes. Y esto está garantizado en este país. No es culpa de nadie que nosotros no seamos ya diez o doce u ocho mil. Somos mil docientos, somos una pequeña comunidad, pero nos mantenemos. Y todavía usted ve que cuando llega la Pascua, lo que se llama el "saver" de la Pascua, o sea la cena pascual, en una comunidad pequeña como la de nosotros vienen a veces ciento veinte o ciento cincuenta personas ese día, a demostrar su identidad. Cuando se distribuye entre la población los productos que vienen del Canadá, para que cada cual se lleve a su casa y pueda celebrar la Pascua en su casa, vienen mil, mil cien personas; alrededor de 300 ó 400 familias de la Ciudad de La Habana a recoger sus productos y se nos llenan las sinagogas de gente que se encuentra allí y se identifica.

CARMELO: Me agradó mucho, doctor, ahora que usted me dice esto, que antes de grabar por donde empezó fue a hablar de su desenvolvimiento como un servidor del pueblo cubano. Usted comenzó explicándome cuál era su tarea específica, que dice mucho de su propio enfoque sobre estas cosas y me las ha explicado muy bien. Me parece que es una forma muy sabia de uno expresar cómo se desenvuelve una vida de fe en un contexto como el cubano.

Nosotros no tenemos que pedirle permiso a ninguna revolución para que haya creyentes. A mí me parece que esa es una cosa insólita, en cualquier sociedad. Nosotros lo que tenemos que pedir es espacio para que los que creen, crean, y tengan su fe. Pero además, para mí es significativo— más allá del número— que existan esas diversas manifestaciones, incluso dentro de la Comunidad Judía aquí. Que usted esté ubicado en la vertiente que está ubicado y que tenga un entendimiento y un aprecio hacia la revolución. En ese sentido, yo deseo preguntarle específicamente algo que ya hemos obviado, pero ha surgido siempre el tema del Doctor José Felipe Carneado. Yo se lo menciono porque en lo mismo que usted me ha dicho, entiendo que el Doctor José Felipe Carneado, de alguna manera, ha sido para ustedes una persona con la cual han podido entablar una relación. ¿Cómo ha sido ese acercamiento y esa relación con el Doctor Carneado?

MILLER: Bueno, desde que se estableció el Departamento de Educación, Ciencia y Cultura, con la participación del Doctor Carneado, este departamento se convirtió en la Oficina de Asuntos Religiosos y se separaron. El Doctor Carneado siempre ha mantenido buenas relaciones con la Comunidad Judía. No es de ahora. Me ha sorprendido a veces cuando he conversado con el Doctor Carneado, porque él recuerda y sabe bien cuántos judíos se han integrado al proceso revolucionario cubano, desde la época de Machado. Esto me llevó un día efectivamente a visitar el Cementerio Hebreo de Guanabacoa y encontrar allí una lápida, como un recuerdo de seis mártires judíos que fueron asesinados durante la época de Machado. Tenemos en nuestra historia de la Comunidad, combatientes que fueron a España. Es decir, la historia revolucionaria política del Doctor Carneado, que es un viejo militante comunista, le ha permitido —desde ese ángulo— conocer cómo se ha desenvuelto en Cuba la Comunidad Judía. Y ha sabido ver las partes positivas que pueden existir en nuestra comunidad. Nosotros, como todo el mundo, tenemos gente positiva y gente negativa, gente que piensa de una manera y gente que piensa de otra. Pero lo que sí le permite a un hombre de esa estatura política, es diferenciar y no generalizar.

CARMELO: Muy importante, muy importante.

MILLER: Nosotros dejamos que cada cual piense políticamente como quiera. Aquí hay libertad de conciencia. Lo que ya no hace nuestra gente es hacer política, pero pensar, piensa y lo expresa. Esta es la situación. El Doctor Carneado siempre ha sido muy delicado, muy abierto. Siempre nos ha recibido. No sólo con nosotros. A veces tenemos situaciones de gente que nos visita del extranjero y tratan de contactar con el Doctor Carneado, de conocerlo, de hablar con él, de entrevistarlo, de llevarse una información de primera mano. Y no ha habido una vez que nosotros hayamos llamado al Doctor Carneado,

solicitándole una entrevista y expresándole nuestro interés en ese contacto, en que él no nos haya dicho: bueno, si es de interés para la Comunidad, tráiganlo; nosotros conversaremos con él. Y le ha hecho su tiempo. Cuando eso no ha ocurrido, es porque Carneado no ha estado en Cuba o ha habido otra situación en que realmente él no ha estado en su oficina, o está en reuniones importantes del Partido. Pero, bueno, siempre nos ha atendido, nos ha facilitado las cosas. Lo más reciente que yo le puedo decir, digamos, es que un día fuimos a verlo con un rabino que nos visitó, y ya que estamos hablando de esto, déjeme decirle. Carneado me ha sorprendido. A veces me llama y me dice: “Oye, mañana vienen dos rabinos que han sido autorizados a venir”. Así hemos recibido rabinos, sobre todo ortodoxos, muy ortodoxos, que han venido de México, de Venezuela, de Argentina y de Brasil. Vienen y sin problema alguno ellos hacen un trabajo de visitar familias, de entusiasmar a las familias.

CARMELO: Decía usted sobre la relación con el Doctor Carneado.

MILLER: Nosotros fuimos allí con un rabino de Venezuela, de la Unión Israelita de Caracas, y el rabino nos dice: “Yo quiero que usted me diga, Doctor Miller, delante del Doctor Carneado, qué necesidades tienen ustedes”. Nosotros hemos conversado con el Doctor Carneado y hemos hablado del problema de nuestra identidad. Nosotros tenemos que fortalecer el problema de la escuela. Donde los niños aprendan historia judía, aprendan lo que es la Torá, el Talmud, nuestras festividades, que tengan nociones de esto. Además, muchas cosas se dicen en hebreo. Tienen que conocer elementos de hebreo. Pero, ¿cuál es el problema que tenemos? Es que tenemos las familias diseminadas por toda la ciudad. Unos están en un lado, otros en otro. Si le pides a un padre que sacrifique el domingo y traiga el niño a la escuela, no es fácil. Entonces, la asistencia es muy débil y no es regular. Nosotros necesitaríamos un vehículo, un transporte que nos permitiera ir recogiendo estos niños y después llevarlos a sus casas. “¿Y qué necesitan ustedes?”, nos preguntó el Doctor Carneado. Bueno, nosotros necesitaríamos un microbus. “Bueno, pídanla. ¿Tienen el dinero para comprarla?” Entonces, yo lo pensé y el rabino me dijo: “No importa, yo lo tengo”. Estuvimos haciendo las gestiones a través de los organismos pertinentes. Por algunas razones que tienen algo que ver con comercio exterior, fue un poco demorada la importación del vehículo.

CARMELO: Mmmm..., ya veo.

MILLER: Algunas veces tuvimos que llamar preguntando qué pasaba con el vehículo, que no acababa de llegar. ¡Oígame!, que cuando el microbus llegó, yo no sé quién se alegró más, si Carneado o yo. ¡Oígame!, porque con qué alegría me dijo: “¡Ya lo tienen! ¡Ya lo tienen!”. Y se

alegró porque nos había resuelto ese problema, con plena satisfacción, con plena alegría, porque ya había cumplido su promesa. Además de eso, nos estaba resolviendo un problema con algo que sabía que nosotros necesitábamos. El sabe cómo nos conducimos, cómo se conduce nuestra comunidad y.....

CARMELO: Un detalle que se nos quedó —o por lo menos a mí se me quedó como una impresión —y que quería clarificar un poco. Usted dijo que recibían una solidaridad de Canadá. Eso me suscitó una pregunta que le voy a hacer ahora: ¿cuál es la relación con los judíos de los Estados Unidos?

MILLER: Bueno, yo le diría, usted en primer lugar, que a mí me agrada mucho el movimiento judío norteamericano porque es mayoritariamente reformista.

CARMELO: ¡Ajá!, sí es cierto.

MILLER: Son muy liberales. A mí no me gusta mucho la ortodoxia.

CARMELO: ¡No!, yo no lo concibo a usted como a un hombre muy ortodoxo.

MILLER: ¡Son muy liberales, me gustan! Realmente existen personas dirigentes dentro de este movimiento reformista que tienen una gran simpatía por nuestra Comunidad, que no tienen ningún tipo de prejuicio de relación al sistema socioeconómico que vive Cuba. Y yo creo que estas relaciones pueden ser realmente beneficiosas en el contexto de los intentos que se hacen para tratar de normalizar las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos. Nosotros hemos tratado. Se proclamó, por ejemplo, que la visita del Cardenal O'Connor a Cuba tenía como principal propósito promover este mejoramiento. Vienen grupos de representantes de Iglesias Evangélicas en gestiones humanitarias, que también tratan de promover las buenas relaciones. Yo pienso que el movimiento reformista religioso judío también puede jugar su papel importante en este sentido. De hecho, se han producido algunas visitas que si no vinieron a Cuba marcadamente con este propósito, sí fueron sentando las bases, abonando el terreno para un desenvolvimiento mejor. Al principio de la revolución, nosotros entendimos que establecer ciertos vínculos con la comunidad judía americana para resolver el problema de los productos para la pascua y las importaciones directamente, iba a ser un poco engorroso, un poco problemático. Entonces, discutimos esta cuestión y la transferimos al Canadá. La comunidad canadiense aceptó el compromiso. Porque los barcos cubanos llegan al Canadá, a Montreal.

CARMELO: Eso tiene efectos mucho mejores para ustedes. Hay razones que son prácticas.

MILLER: Pero nosotros no tenemos ningún tipo de antagonismo con ellos. En estos momentos hemos invitado a un rabino norteamericano, muy conocido por sus posiciones liberales progresistas, es el rabino Marshall Mayer, y lo invitamos por dos razones. Tuvo una gran experiencia en Argentina —fundó ahí el Seminario Rabínico Latinoamericano—, habla muy bien el español, por su estancia en Buenos Aires, y tiene una proyección muy liberal, muy reformista.

CARMELO: Déjeme intercalarle un comentario ahí. Yo he recibido de la Comunidad Judía en Argentina un periódico que ellos llaman *Nueva Sión*.

MILLER: *Nueva Sion*, yo recibí un número.

CARMELO: Que incluso tiene artículos muy buenos.

MILLER: Es de izquierda, del partido.

CARMELO: Sí, sí, muy progresista. Me sorprendió la amplitud de los criterios que se manejan allí. A lo mejor este rabino Marshall Mayer, de alguna manera metió alguna cuestión progresista por allá.

MILLER: Muchos rabinos que yo he conocido como Marshall Meyer, como el rabino Palcul Priner... hay una cantidad importante de rabinos que se han solidarizado con el problema de Nicaragua y de Centroamérica.

CARMELO: Correcto, correcto.

MILLER: A mí no se me olvida que, por ejemplo, yo estuve hace dos años en Washington, invitado por la Asociación de Sinagogas Reformistas y la Unión de Sinagogas Reformistas. Fue un Congreso que duró varios días y se invitó a muchas personalidades políticas a expresar su criterio sobre distintos problemas de actualidad en el mundo. En cada sesión había un aspecto importante de la política que se abordaba, ya sea regional, mundial o interna, de los Estados Unidos. Se designaba dos oradores, uno a favor y otro en contra. Realmente, para ponerlo claro, uno era republicano y el otro era demócrata, para oír la opinión de un lado y del otro. Uno de los temas que se manejó fue la política norteamericana en Centroamérica, y específicamente en El Salvador. A mí no se me olvida que cuando estaba hablando el republicano, estaba planteando sus puntos de vista de lo que estaba pasando en El Salvador, se levantó un rabino de ahí y le dijo que eso no era correcto, que viniera

a tapar el sol con un dedo, a decir mentiras y a negar lo que todo el mundo sabía que era verdad. Vaya, le echó a perder su discurso con una integridad tremenda. Esto me llamó mucho la atención. Yo pienso que la capacidad del pueblo norteamericano para resisitir lo que no cree justo, para no dejarse tupir, digamos, ha dado un cambio en eso tremendo, y es realmente notable. Pienso que lo que se demostró en el pueblo americano con la lucha de la guerra de Vietnam, y lo que se está demostrando ahora, porque el movimiento de opinion, los movimientos en contra de la intervención norteamericana en Centroamérica son

CARMELO: ...una reserva moral que tiene el pueblo, espiritual. Yo creo que es eso.

MILLER: ¡Tremenda, tremenda, tremenda! ¡Y eso hay que apreciarlo, y eso hay que canalizarlo...!

CARMELO: ¡Exactamente!

Doctor, yo quisiera hacerle un comentario. Para mí era desconocida toda esta situación con la Comunidad Hebrea. Había oído hablar en el Consejo Ecuménico de Cuba, y ahora al Doctor Carneado, que es un hombre que me ha enseñado mucho. Me ha enseñado de muchas maneras. Yo sé por qué me insistió que yo debía venir aquí. Cuando lo vea la próxima vez, se lo voy a decir. Le voy a dar las gracias por haberme permitido esta lección que yo he recibido esta noche aquí, sobre lo que es el verdadero ecumenismo.

Usted mencionó en un momento que eran 1.200. Yo creo que eso, en este contexto, es un número significativo en cualquier comunidad religiosa. En segundo lugar, yo dudo mucho que haya en otros contextos una comunidad judía que esté, por un lado, relacionada con el mundo ecuménico de la manera en que ustedes lo están, y por otro lado, creo que conforme usted ha ido hablando en nuestra conversación, ha recalcado mucho la identidad. Yo no tengo la menor duda: usted es un hombre profundamente cubano, profundamente identificado con su tradición judía y un gran colaborador y trabajador por la salud en el proceso revolucionario de Cuba. Eso, para mí, ha sido la lección más importante de la conversación de esta noche. Le repito, creo que Carneado quería que yo viniera aquí, porque él sabe de mi sensibilidad hacia este tipo de encuentro.

MILLER: Yo le agradezco mucho esas palabras. Yo creo que usted ha captado la situación. Permitame decirle: con frecuencia vienen corresponsales de periódicos, del *Washington Post*, el *New York Times*, entre otros. Y nos vienen a hacer entrevistas, y otros que son lo que llaman "free lance writers", que escriben por su cuenta y tratan de...

CARMELO: ...de buscarse la vida...

MILLER: ..sí, de buscarse la vida con esto. Entonces, con bastante frecuencia me hacen una pregunta: ¿y por qué usted está aquí? Entonces, yo a esa pregunta le digo: ¿usted me permite otra pregunta? Sí, dice, sí. Bueno, y ¿por qué tendría que irme? (risas).

CARMELO: Correcto.

MILLER: Yo les digo: a mí me gusta mi profesión, me siento bien trabajando en el hospital, ayudando a la gente, sirviendo a la gente, cuidando a la gente. Cuando usted trabaja independientemente de las condiciones en que se trabaja, independientemente de lo que usted gane. Cuando usted ve la preocupación del Estado cubano por la atención de la salud de la gente, usted se siente bien. Siente que usted está formando parte de una política de salud, de un programa de salud que usted está haciendo por su pueblo, por su gente. Que usted se vaya, eso es como desertar de las filas de un ejército.

CARMELO: Correcto.

MILLER: Cuando usted está defendiendo la integridad territorial de su país. ¡Imagínese! Y entonces, bueno, pues así nos hemos sentido nosotros. ¡Entonces, profundamente médico, profundamente cubano y profundamente judío! No hay ningún tipo de antagonismo. Yo no soy el único judío que es médico; aquí hay otros médicos famosos, muy acreditados, de origen judío. Bueno, quizá no estén tan vinculados a la vida comunitaria como yo, pero tampoco están virados de espalda. Bueno, yo sí entendí, en un determinado momento, que los voceros de la comunidad tenían que ser personas capaces de comprender la nueva vida que estaba surgiendo en Cuba y capaces de poder llevar estas dos líneas: la línea de su judaísmo y de su cubanía, al mismo tiempo. ¿Usted me entiende?

CARMELO: Exacto.

MILLER: Y entonces sí, tenía algo que cumplir, una misión que hacer, algo que no creo que sea yo una figura excepcional. Al contrario, hay otra gente igual. Creo que este es mi deber y lo estoy cumpliendo.

CARMELO: En eso usted no encuentra ninguna contradicción, y no debe haberla.

MILLER: ¡No hay ninguna!

CARMELO: Yo en eso encuentro, en su expresión, total autenticidad. Así que le agradezco mucho esta conversación. Yo estoy agradecido al Dios que nos une por haberlo conocido y un rato de estos quisiera ir por allá, por esa comunidad, para ver cómo es la experiencia cáltica.

MILLER: Cuando usted quiera, cuando usted regrese. Porque me dijo que ya mañana sale.

CARMELO: Sí, me voy mañana.

MILLER: Si conoce a alguien de la Comunidad Judía de Costa Rica, bueno, pues usted le dice que me conoció. Usted ya tiene mi teléfono. Además, sabe dónde está la comunidad. Y además, está con Avelino, que es realmente una de las personas dentro del Consejo Ecuménico y de las Iglesias Evangélicas que es, individualmente, no desde el punto de vista institucional, una persona que ha estado muy cerca de nosotros, siempre.

CARMELO: ¡Qué bueno, qué bueno!

MILLER: Siempre. Después ha venido la cosa del Consejo Ecuménico, pero Avelino fue un gran amigo de quien yo considero, bueno, esta expresión intelectual de lo que es la comunidad judeo-cubana, la más alta expresión intelectual, que fue el amigo Abraham Marcus Matteredín. El fue un gran amigo de Marcus. La biblioteca nuestra lleva el nombre de Marcus, porque Marcus la creó, la formó, fue su director todo el tiempo. Pienso algo más que esto: es que siento la identificación de Avelino, que es un cristiano, que es un pastor. Es porque por encima de todo, la amistad con Marcus y todo eso, él ha visto que en el judío no hay nada diferente, que es un ser creado por Dios, hecho por Dios a su imagen y semejanza. Tremendamente moral, con un sentido de la moral y de la justicia que no es fácil, digamos... pisotearlo. Eso es así. Eso es lo que nosotros apreciamos sobre todo en Avelino.

CARMELO: Muchas gracias, Doctor. Yo espero volver otra vez a verlo y que sigamos conversando.

MILLER: No, su visita me ha sido muy simpática. Es usted una persona muy carismática. Yo creo que me ofendería —como decimos aquí—, me pondría bravo si usted vuelve a Cuba y no me lo hace saber.

CARMELO: Muchas gracias, Doctor Miller.

Orestes González

CARMELO: Quisiéramos entrevistar al Reverendo Orestes González, pastor en la Iglesia Presbiteriana y Reformada aquí en Salud, en el centro de La Habana. Hemos tenido, y acabamos de terminar, un suculento almuerzo que es costumbre en esta iglesia, este domingo refrescante y siempre jubiloso en La Habana. El lugar es una estancia para nosotros los ecuménicos. Es grato venir a la Iglesia Presbiteriana. Yo quisiera después de este suculento almuerzo, Orestes, en primer lugar, hacerte unas preguntas. Tú eres pastor presbiteriano y lo has sido por muchos años. ¿Cuál es tu experiencia pastoral en estos años en Cuba?

ORESTES: Llevo 37 años de pastor. En el años cincuenta me gradué del Seminario de Matanzas y formo parte de la segunda clase que se graduó en Matanzas. Yo comencé en 1947. Así que empecé mi trabajo en el años cincuenta, y durante varios años estuve trabajando en pequeñas iglesias. Llegué aquí a La Habana en el año 1971, así que llevo 16 años de pastor aquí.

CARMELO: Creo que eres uno de los pastores que más largo período ha estado en La Habana.

ORESTES: Hasta este momento es el más largo. Mi antecesor, el Reverendo Raúl Fernández Ceballos, estuvo 14 años.

CARMELO: Así que llevas el récord.

ORESTES Espero retirarme aquí. También podría decirte que es uno de los períodos más fructíferos en algunos aspectos de mi vida. Estando como pastor aquí en la Iglesia de La Habana, he tenido que trabajar también en otros aspectos de la obra de la iglesia, en la parte ecuménica. He sido por dos veces Secretario Ejecutivo del Consejo Ecuménico de Cuba. He estado también participando con la Conferencia de Iglesias del Caribe. Actualmente soy miembro del Comité de Continuación y he tenido otras experiencias junto con el pastorado. El pastorado aquí en la iglesia de La Habana, ha sido un pastorado que me ha llevado mucho tiempo y mucha dedicación, porque al llegar aquí esta iglesia no estaba en su momento más floreciente debido principalmente a que en los años sesenta se había producido un gran éxodo de miembros

y pastores que salieron, y esta iglesia, que a principios de la revolución tenía unos 600 miembros, tenía en 1971 alrededor de 150 miembros. Por muchos años, en los primeros tiempos de este pastorado, tratamos de que la obra de la iglesia se pudiera realizar y que se hiciera sentir en esta comunidad. Lo primero es que el Evangelio, como lo vive y predica la Iglesia Presbiteriana, tiene su vigencia en nuestra sociedad.

CARMELO: Hay un asunto ahí que me interesa mucho, que yo he vivido cuando he venido a esta congregación en particular y es que hay ese elemento fraternal que uno lo ha vivido en distintos momentos. Ese elemento fraternal yo lo he sentido en grandes celebraciones. Cuando visitó Cuba la moderadora de la Asamblea General de la Iglesia Presbiteriana en los Estados Unidos, hubo una gran celebración aquí. Pero también lo he sentido cuando he estado en el culto cotidiano, en el culto semanal. ¿A qué aduces eso, ese espíritu tan característico de la iglesia en La Habana?

ORESTES: Bueno, yo creo que es precisamente por vivir en una ciudad grande en la cual la mayoría de las personas se sienten un poco aisladas. Nosotros decimos con razón que los presbiterianos de La Habana nos encontramos una vez por semana. Por supuesto, cuando nos encontramos tenemos deseos de vernos y de conversar. Los que no vienen todos los domingos, a veces pasan quince días sin saber unos de otros. Las distancias son largas y la gran mayoría de los miembros no tiene transporte propio. Tienen trabajo y prácticamente están aislados. Cuando se encuentran, se expansionan y comunican, efusivamente. Porque esa es la vida cristiana: relacionarse y comunicarse. Nosotros hemos tratado de proporcionar las posibilidades de que el encuentro dominical, principalmente, sea un momento en que la fraternidad sea la que predomine. Por eso es que desde casi mis comienzos aquí, decidimos tener almuerzos dominicales para prolongar el tiempo de permanencia de las familias. Llegamos a las 9 ó 9:30 de la mañana, tenemos el culto de adoración, y muchas veces son las 2 ó 3 de la tarde y están todavía las personas aquí. ¿Por qué? Precisamente porque quieren estar relacionadas unas con otras.

CARMELO: Te confieso algo. Esta mañana sentí un espíritu de mucho más ánimo que en otras ocasiones. Y no lo encuentro algo fortuito. ¿Qué está pasando en Cuba, en el ambiente de las iglesias?

ORESTES: Yo creo que en los últimos años notamos, tres o cuatro años, notamos, yo lo noto aquí en la iglesia, un renacer si se quiere de este espíritu de evangelismo, de compartir, de vivir la vida cristiana. La iglesia de la Habana ha aumentado; en dos o tres años, casi ha duplicado su asistencia. Todos los años nosotros recibimos ocho o diez nuevos miembros. Hace dos o tres domingos recibimos siete nuevos miembros.

Y hay unos más preparados para ser recibidos. Notamos un crecimiento. Para usar una palabra muy tradicional: un avivamiento. Sin querer decir que estamos en uno de esos momentos de otros lugares, sino que es un crecimiento gradual, no de mucha envergadura, pequeño, pero gradual.

CARMELO: Consistente y sostenido. Ahora, en ese punto es muy interesante notar. En una entrevista anterior que le hice al Reverendo Avelino González, de la Iglesia Cristiana Pentecostal, él me decía que había que ser honestos en decir qué iglesias, que en su propio gusto teológico y eclesiológico eran de la familia pentecostal, estaban creciendo a un ritmo bastante sostenido. O sea, que esto del crecimiento, era lo que quería enfatizar, es real. Esto no es invención de ninguna oficina, ninguna estadística manipulada. De ahí que él como pastor lo sienta, y ahora tú lo corroboras cuando insistes —y lo vi esta mañana; hablé con dos jovencitas que se están acercando a la iglesia, estuvieron en el culto y vinieron al almuerzo—en esto que llamas un avivamiento. La iglesia está en una fase nueva, retomado lo que era su consistencia y trayectoria, no solamente dentro del presbiterianismo, sino que también lo conocemos dentro de la vida de la iglesia cubana.

Para mí, personalmente, Orestes, eso es aleccionador, por el respeto que me merece tu pastorado. Y como tú sabes, se ha exagerado mucho, llegándose a decir que en Cuba no existen iglesias, cosa que me duele mucho porque conozco las iglesias cubanas. ¿Qué comentario te merecería ese punto, de acuerdo con lo que venías diciendo?

ORESTES: Sí, mira. Yo te podría dar ejemplos, antes de relacionar tu pregunta, en los últimos dos años, no sólo en la iglesia de La Habana, sino en la Iglesia Presbiteriana en Cuba. Nosotros celebramos todos los años el 10 de octubre —es una fecha patriótica nacional—, convenciones provinciales en las tres provincias donde tenemos iglesias: Sancti Spíritus, Matanzas y La Habana. Este último 10 de octubre ha sido la fecha en que más presbiterianos se reunieron. En los dos últimos años el aumento ha sido muy grande. Este año reunimos en Guines más de doscientas personas. En Perico, Matanzas, cerca de doscientas personas y en Calabasal de Sagua, Sancti Spíritus, había más de trescientas personas. O sea, que había cerca de seiscientos o setecientos presbiterianos reunidos el 10 de octubre. El año anterior no llegamos a quinientos. Nos pusimos por meta tener quinientos, y no llegamos. El año anterior a ese había sido alrededor de trescientos. Es decir, es una señal de que la gente quiere participar de las actividades. Los campamentos. En este verano pasado tuvimos una experiencia que para algunos fue desagradable, pero para nosotros fue extraordinaria. Tenemos campamentos para jóvenes, niños y familias. El campamento de familias en el año 86 tuvo alrededor de 80 personas, que es casi el máximo que podemos alojar. Este año tuvimos más de 160 personas. Para muchos, por la falta de comodidades, fue una experiencia desagradable. Para mí, a pesar de

dormir en el suelo, fue una experiencia muy agradable. Esas dos experiencias, la del 10 de octubre y esta del campamento de familias, han sido señal de ese espíritu de crecimiento y participación de la gente.

CARMELO: Hay un punto también interesante en una entrevista como ésta. La Iglesia Presbiteriana y Reformada en Cuba, pronto será centenaria. ¿Podrías comentar la significación de ese hecho?

ORESTES: Sí, en 1990 vamos a celebrar el centenario de la Iglesia. Hay algunas metas que nos hemos propuesto para esa celebración. Creemos que para la Iglesia va a marcar un momento muy importante. Desde hace dos o tres años estamos celebrando actividades, preparándonos para la gran celebración. Se trata de publicaciones. Nosotros hemos sacado tres libros. Queremos sacar un libro anual. Ya sacamos un libro de meditaciones.

CARMELO: Cierto, lo leí.

ORESTES: El año pasado salió *Apuntes para la historia del presbiterianismo* de Rafael Cepeda.

CARMELO: También lo leí.

ORESTES: Este año sacamos otro libro de meditaciones.

CARMELO: Lo acabo de ver y no lo he leído.

ORESTES: Se está sacando un libro para fines de este año que va a recoger lo mejor de la producción de algunos presbiterianos. Con aportes de Ham, Arce, Camps, con lo mejor de lo que ellos han producido. Estamos trabajando en la publicación de un nuevo himnario.

Estamos, también, en la reparación de templos y edificios. Queremos que todos estén reparados y pintados para el centenario. Estamos proponiendo el crecimiento de las iglesias, no por crecer, sino por llegar a otros. Proponiendo llegar a alcanzar nuevos pastores. Una de las mayores necesidades que tenemos en Cuba, no sólo los presbiterianos, es tener nuevos obreros. Tener que despertar el interés y la vocación en nuevos pastores. Nosotros tenemos dos candidatos en el Seminario. Para el centenario, debemos proponernos por lo menos tres o cuatro más. En lo económico queremos alcanzar un mayor crecimiento.

CARMELO: Yo he predicado en muchas iglesias presbiterianas: Sancti Spíritus, aquí en La Habana, otras. Siempre me impresiona la consistencia en las congregaciones. Mencionas a los teólogos: Sergio Arce, Carlos Camps, Adolfo Ham y otros, que han sido profesores del Seminario en Matanzas y pastores en sus iglesias. Eso me parece muy

significativo. Hay otra figura que ha honrado al cristianismo cubano: Raúl Fernández Ceballos, presbiteriano, ecuménico, un valor indiscutible. Tú eres muy allegado a Raúl. Cuéntame tus impresiones sobre esta figura.

ORESTES: Nosotros, no sólo los presbiterianos, consideramos a Raúl Fernández Ceballos como el padre del ecumenismo cubano. Ha sido el pastor, la persona más dedicada a la obra ecuménica que ha tenido Cuba. Toda su vida ha estado dedicada al ecumenismo. Desde los años cuarenta él estaba ligado al trabajo ecuménico. Fue secretario ejecutivo de la Asociación de Iglesias. Ha sido secretario ejecutivo y presidente del Consejo Ecuménico de Cuba. Yo no creo que desde que comenzó el movimiento ecuménico en Cuba, en los años cuarenta, él haya estado desligado. Siempre ha estado bien ligado y participando activamente como uno de sus líderes.

Yo trabajé con él en el Consejo Ecuménico de Cuba. Cuando él fue presidente, yo fui secretario ejecutivo. Sé de su interés, capacidad y celo para dirigir el trabajo. El ha vivido varias etapas en el CEC: la etapa pre-revolucionaria y la post-revolucionaria y en las dos ha habido una consistencia tremenda en su posición. Yo creo que ha sido la persona, el pionero del trabajo ecuménico y de conducir a la iglesia cubana por el camino que ahora se encuentra: encuentro con la revolución en sus trabajos, en las cosas que nos unen. Muchos de nosotros que estamos ahora en la vida ecuménica, le debemos a Fernández Ceballos una gran cantidad de ideas, orientación y ejemplo, que ahora mismo nosotros seguimos.

CARMELO: Yo creo que Raúl Fernández Ceballos marcó una etapa muy importante en el movimiento ecuménico cubano, y por lo tanto, latinoamericano y caribeño. Eso se reconoce en el ámbito del ecumenismo latinoamericano. Hay que decir que no fue fácil la tarea de esa conducción del trabajo ecuménico y tú lo sabes mejor que nadie. Los presbiterianos han dado figuras importantes al movimiento ecuménico. Baste recordar la figura de Juan A. Mackay.

Yo quisiera señalarte otro asunto que me interesa mucho. Una misionera presbiteriana norteamericana, Lois Kroehler, fue la única misionera que se quedó en Cuba, por su propia voluntad y optando por el proceso revolucionario. ¿Me podrías comentar ese hecho tan excepcional?

ORESTES: Sí, Lois Kroehler vino en los años cuarenta, temprano. Vino como secretaria del entonces director del colegio La Progresiva, el Doctor Emilio Rodríguez Bustos. Estaba recién graduada en Estados Unidos y vino a practicar aquí por uno o dos años. Sin embargo, ella decidió continuar aquí en Cuba. Nosotros teníamos maestros norteamericanos. Cuando aún maestros cubanos decidieron salir de Cuba, ella

decidió quedarse. Era una muchacha muy capaz en el aspecto de la música. Por muchos años ha sido directora de música de nuestra iglesia. Ella ha compuesto himnos, además de ser una buena cantante, tiene una magnífica voz. Ella toca instrumentos y enseña a tocar instrumentos, prepara programas musicales y prácticamente está dedicada a la preparación del nuevo himnario. Yo creo que esa va a ser una de las mayores contribuciones que Lois va a hacer a la iglesia: dejar este himnario. Será un magnífico himnario que va a recoger lo último, no solamente de los presbiterianos, sino de otras iglesias, de lo que se ha producido en los años de la revolución en himnología. Lois merece el reconocimiento no sólo de los presbiterianos, sino de mucha gente.

CARMELO: Sí, yo creo que es un caso de una encarnación misionera extraordinaria. Yo la conocía a ella, pero tuve la oportunidad de tener un diálogo más íntimo hace unos años en una visita que hice a la Iglesia Presbiteriana de Cárdenas. Ella estaba muy contenta. Noté que realmente ella se siente muy cubana, con una raíz cristiana muy profunda. Ella está aquí para quedarse.

Orestes, hemos hablado del Consejo Ecuménico de Cuba y reconozco que la Iglesia Presbiteriana y Reformada es miembro del Consejo Mundial de Iglesias. ¿Cómo ves la participación de ustedes en el Consejo Mundial?

ORESTES: Mira, la Iglesia Presbiteriana, en Cuba y otros lugares, ha sido y es una iglesia de amplia apertura. Aquí la iglesia ha estado vinculada a todo lo que sea ecuménico. Ha sido miembro fundadora del Seminario de Matanzas, del Consejo Ecuménico de Cuba, que no se llamaba así antes. Precisamente aquí en esta iglesia, en el año 42, se tuvo el acto de inauguración del Concilio de Iglesias Evangélicas de Cuba. El entonces pastor de esta iglesia, fue el primer secretario de ese Concilio. En el año 1967, cuando la Iglesia Presbiteriana se declaró independiente de la Iglesia en los Estados Unidos, lo primero que decidió fue hacerse miembro del Consejo Mundial de Iglesias. Se unió, además, a la Alianza Reformada Mundial.

Nosotros tratamos de estar bien identificados con el Consejo Mundial de Iglesias. El primer presidente que tuvo nuestra iglesia, después de declarar su independencia, el Reverendo Francisco Normiella, fue el primer cubano miembro del Comité Central del Consejo Mundial. Ha estado presente con otras personas en comisiones. Ahora mismo, una pastora presbiteriana, Ofelia Ortega, está trabajando en el Consejo Mundial.

CARMELO: Entiendo que ella era vice-presidenta de la Iglesia cuando la nombraron a ese cargo.

ORESTES: Era vice-presidenta de la Iglesia.

CARMELO: Eso significa que ella era líder de la Iglesia, pastora, y de ahí salió a ese trabajo.

ORESTES: Estamos muy identificados con la política del Consejo Mundial de Iglesias. Siempre la hemos respaldado y nos hemos sentido respaldados. En los primeros años de la revolución, el Consejo Mundial brindó toda su ayuda a las iglesias cubanas, no sólo la presbiteriana. Cuando los Estados Unidos decretaron la prohibición del envío de dinero a Cuba, se creó una crisis porque todas las iglesias prácticamente estaban ligadas a las iglesias norteamericanas. De ellas recibían casi todo su sostenimiento. Fue muy difícil la situación económica en ese entonces. En ese momento, el CMI dijo: aquí estamos nosotros para ayudar a las iglesias a resolver su problema. Se creó un plan de cinco años que ayudó a las iglesias cubanas para que pudieran trabajar en su autosostenimiento y sobrevivir a esa situación.

CARMELO: Hay un proyecto del que he escuchado mucho, pero quizás no es tan conocido para personas en otros lugares: es el proyecto de Kampuchea. Un proyecto admirable por su raíz ecuménica y solidaria. ¿Podrías explicar en qué consiste ese proyecto?

ORESTES: Es uno de los proyectos más bonitos en que ha estado involucrado el Consejo Ecuménico de Cuba. A raíz de la independencia de Kampuchea, después de tanta muerte que hubo allí, Paul McCleary, director del Servicio Mundial de Iglesias del Consejo Nacional de Iglesias de Estados Unidos, tuvo la iniciativa de enviar un barco de cereales para ayudar al pueblo de Kampuchea. En esa visita a Kampuchea, comprobó que era muy poco lo que se hacía con esa ayuda de cereales. Lo más importante era ayudar a aquel pueblo a prepararse para producir por sí mismo. Tuvo la idea de enviar gente que ayudara, especialmente en el campo de la agricultura y de la ganadería. El gobierno aceptó la idea de recibir técnicos que fueran a ayudarles para prepararse en el cultivo del arroz y la crianza de ganado vacuno. McCleary vino a Cuba y nos contó de ese proyecto y preguntó si había técnicos cristianos cubanos que quisieran irse a Kampuchea. Compartimos la idea con la Oficina de Asuntos Religiosos del Partido. Al Doctor Carneado le encantó la idea y comenzamos a trabajar en eso. Salieron enseguida para allá dos técnicos. Un metodista, ingeniero agrónomo hidráulico, y un presbiteriano, veterinario: David Villalonga y Rodolfo Suárez. A partir de ese momento, todos los años han estado integrándose técnicos cristianos cubanos, especialmente en esos dos campos, agricultura y veterinaria. Yo tengo el gozo de que jóvenes de mi iglesia han estado participando de este proyecto. Entre ellos mi propio hijo que comenzó a trabajar, en este caso en la construcción de una fábrica de tubos para ayudar en el regadío. La Iglesia Menonita pidió al Consejo Ecuménico de Cuba un ingeniero civil para construir esa fábrica. Mi hijo estuvo

dispuesto a ir allá. Trabajó en ese proyecto y en la reparación de escuelas. Estando allí, la UNICEF se interesó en que trabajara en un hospital para niños que ese organismo estaba reparando. Cuando terminó su contrato con los menonitas, la UNICEF le pidió que trabajara con ella y actualmente se encuentra en Madrás, India, dirigiendo un proyecto de agua y sanidad.

CARMELO: Y esta mañana leíste un saludo que tu hijo le enviaba a la iglesia, en este período navideño. Lo cual significa que se mantiene muy vinculado a su iglesia.

ORESTES: Muy vinculado con la iglesia, ha estado y continúa siempre. El se siente respaldado por la iglesia en Cuba y quiere estar vinculado.

Siguen en Kampuchea otros cristianos cubanos. Ahora mismo hay un matrimonio presbiteriano y dos jóvenes que se están preparando para ir. Uno de la Iglesia Los Pinos, ingeniero mecánico, Abel González, y un anglicano, ingeniero hidráulico, que además es pastor, Emilio Martín.

Han pasado por Kampuchea, desde el año ochenta que empezó este proyecto, quince técnicos cubanos cristianos. Algunos han estado hasta tres años.

CARMELO: Es un proyecto de iglesias a iglesias, en solidaridad con el pueblo de Kampuchea.

ORESTES: Es un proyecto de iglesias a iglesias. Muy lindo porque es un proyecto tripartita. Está el Consejo Ecuménico de Cuba que pone sus recursos humanos, el país de Kampuchea que recibe estos técnicos y la iglesias en los Estados Unidos y en Alemania. Estas últimas son las que pueden brindar el apoyo económico, porque las iglesias norteamericanas no pueden: está prohibido por su gobierno. Pero es muy bonito, iglesias del Primer Mundo ayudando a dos países del Tercer Mundo.

CARMELO: Y esa es una solidaridad ecuménica.

ORESTES: Una solidaridad ecuménica que demuestra que ningún país es tan pequeño y pobre como para no poder ayudar a otro país.

CARMELO: Siempre en estas entrevistas hay algo que surge como un tema normal: ya viene a ser muy frecuente y querido. Tú has sido, y en este momento eres, secretario del Consejo Ecuménico de Cuba. ¿Cuál es tu opinión y apreciación de la figura de José Felipe Carneado?

ORESTES: Mira, no sé si estoy en una cosa correcta, pero me parece que ha sido uno de los funcionarios del gobierno revolucionario de

Cuba que más tiempo ha estado en su cargo. Yo regresé de los Estados Unidos en 1962, después de estar en Princeton un año. Cuando llegué aquí, Raúl Fernández Ceballos, casi que desde el puerto de La Habana, me llevó a conocer a Carneado. Fue el primer encuentro con él. Vi en el Doctor Carneado una persona muy afable, comprensiva y perspicaz, con un pensamiento muy agudo. Yo iba de pastor para Sagua la Grande. El me dijo: “esa es mi ciudad, ahí nací yo, aunque es una ciudad grande, en sus costumbres es una aldea. Usted sabe que hay que tener mucho cuidado en pueblos pequeños porque todo el mundo se conoce; así que usted va allá de pastor y va a estar bien recibido y que no habrá ningún motivo para no estar contentos de recibirlo allí”. Me llamó la atención que un funcionario del gobierno revolucionario me estuviera hablando como si fuera un pastor, dándome unos consejos. Desde entonces hemos mantenido muy buenas relaciones.

CARMELO: Sí, él está todavía ahí.

ORESTES: El está ahora mismo al frente de la oficina de Asuntos Religiosos. El Doctor Carneado tiene unas cuantas características que me gustaría resaltar.

Primero, un conocimiento muy grande de la iglesia. Algunas veces yo digo, y algunos pastores en Cuba, que Carneado conoce a la iglesia aquí en Cuba más que nosotros mismos. Porque ha tenido la oportunidad de estar en contacto con mucha gente y conoce la situación de la iglesia en Cuba, conoce cosas que nosotros no sabemos. Yo no sé si decir que ama la iglesia; yo no sé si decir que un funcionario comunista ama la iglesia, es algo que no es correcto. Tiene interés en la iglesia. Es extraño oírlo en su interés por el funcionamiento de la iglesia, el crecimiento de la iglesia y el bienestar de la iglesia. Hay gente que encuentra raro que un funcionario quiera el bienestar de la iglesia. Yo tengo la seguridad de que el Doctor Carneado quiere el bien de la iglesia. Las relaciones con él son buenas. Siempre está abierto a escucharnos, a considerar cualquier situación que se presente. Muchas veces se presentan situaciones que hay que resolver.

CARMELO: Eso me consta por gestiones que yo he hecho con él.

ORESTES: El está en disposición de resolver las situaciones. El nos ha dicho: cuando hay una dificultad, traíganla. Yo casi me atrevería a decir que no hay situación que le hayamos presentado al Doctor Carneado, que no haya resuelto. Puede ser que se escape alguna o que yo no la conozca. Yo diría que un gran porcentaje de esas situaciones las ha resuelto. Estamos en esa situación. Nosotros admiramos al Doctor Carneado, su trabajo y dedicación para que las relaciones entre la iglesia y el Estado sean las mejores.

CARMELO: Para concluir esta entrevista, Orestes, 37 años llevas de pastor, de los cuales 30 han sido en la revolución. ¿Qué evaluación haces de ese hecho?

ORESTES: Mira, yo siempre he dicho que a nosotros la revolución nos sorprendió en un sentido. El trabajo pastoral era distinto en esos pocos años antes de la revolución. Yo comencé en Calabazal de Sagua, y lo primero que hice fue trabajar en un colegio. Casi el ochenta por ciento de mi tiempo lo dediqué a trabajar como director y maestro en el colegio. Trabajé en este aspecto social. En Nueva Paz hice lo mismo. Ahí me sorprendió la revolución. Después de eso no he sido maestro de escuela, sino pastor. No es función de la iglesia tener escuelas. La revolución se encarga de eso. Algunas veces se nos dice por visitas de afuera: si la iglesia en Cuba no puede tener escuelas, ni asilos, ni hospitales, no puede hacer obra social, entonces, ¿qué hace la iglesia en Cuba? Nosotros al principio nos preguntábamos esto. Me parecía que si no iba de maestro a una escuela, mi función de pastor se debilitaba grandemente. A través del tiempo me di cuenta que no. Yo era maestro porque hacía falta personas dedicadas al magisterio, porque la enseñanza en Cuba estaba muy pobre; pero que la función principal de la iglesia no era sólo el trabajo social si hay lugares donde hace falta la obra social de la iglesia. La obra de la iglesia se puede manifestar en la sociedad, aunque desde otro punto de vista. Nosotros, ¿qué retos tuvimos? Cuando yo regresé de Princeton a Sagua la Grande, me pregunté: ¿qué vamos a hacer nosotros? Me di cuenta que una de las primeras cosas que tenía que hacer era concientizar a la gente de la iglesia para entender el proceso que estaba viviendo. En eso estamos hasta ahora. Porque era difícil para la gente de la iglesia entender el proyecto revolucionario, por cuanto la revolución se declaró socialista y más tarde marxista-leninista, y nosotros habíamos sido educados en una ideología anti-comunista. Y era muy difícil para los cristianos aceptar un gobierno comunista, y aceptarlo bien.

CARMELO: Mucho menos comprender este proceso.

ORESTES: Comprender esto. Cuando yo llegué de los Estados Unidos, en el 62, la gente que se estaba yendo para allá me decía que yo había regresado porque era comunista. Yo tenía que romper esa etiqueta. Muy pronto me identifiqué con la gente. No tenía que ser un marxista-leninista ideológico para venir a Cuba a trabajar con los cristianos, sino que era una persona que entendía el proceso y era necesario estar acá. Desde entonces estamos en eso. Estamos educando a la gente en el proceso que estamos viviendo. Y todavía en el aspecto ecuménico, en la Iglesia Presbiteriana, tratando que la gente se sienta aquí, como cristianos, felices. Y deseosos de participar en un proceso como la revolución cubana. Construyendo junto con otros no cristianos, una mejor sociedad.

CARMELO: Si lo puedo resumir, diría que los presbiterianos cubanos, junto con los demás cristianos en Cuba, quieren que la iglesia sea la iglesia, desde una experiencia ecuménica, viviendo en el proceso revolucionario.

ORESTES: Sin dejar de ser iglesia.

CARMELO: No hay que dejar de ser iglesia, todo lo contrario.

ORESTES: Mira, yo siempre digo: los cristianos no pueden perder su identificación como tal. No hacer ostentación de su fe. Ser cristianos de verdad. Cuando un cristiano es de verdad cristiano, coopera en bien de la sociedad.

CARMELO: Agradezco, Orestes, tu tiempo, y ahora que se acerca la Navidad, esta mañana nos decías en el sermón sobre lo que significa esa Navidad, que es siempre Navidad en Cristo. Yo te felicito por estos 37 años y espero que el Señor te siga bendiciendo.

ORESTES: Gracias a ti, Carmelo, por esta oportunidad de compartir.

CARMELO: Estamos con el Reverendo Raúl Suárez, quien es pastor de la Iglesia Bautista aquí en Marianao y presidente del Consejo Ecu­mé­nico de Cuba.

Raúl, yo quisiera primeramente saber, ¿cuáles son tus raíces, de dónde procedes en Cuba, cuál es tu trasfondo familiar?

RAUL: Yo formo parte de una familia de origen trabajador agrícola, que en el pasado capitalista era uno de los sectores más pobres, y también más explotados por los colonos azucareros nuestros. Esta familia estaba compuesta por los padres, cinco hembras y cuatro varones. Para que tengas una idea de la situación de nuestra familia y de este sector de nuestra población, he de puntualizar. Mi papá era, generalmente, el único que trabajaba. El trabajo era durante unos tres meses y medio a cuatro, máximo, al año, en la zafra azucarera. El resto del tiempo era el llamado “tiempo muerto” en Cuba, en que la familia pobre tenía que irse a los montes para hacer algún carbón vegetal, para poder sobrevivir. Esto hacía que los hijos de esta familia, tempranamente tenían que abandonar la escuela. Es interesante que cuando el triunfo de la revolución, el único alfabetizado era yo. Todos mis hermanos y hermanas eran analfabetos. Yo tenía un poco más de nivel porque en 1956 conocí el Evangelio. Entonces, sentí la necesidad de prepararme.

CARMELO: Este conocimiento del Evangelio te llevó a reconocer la necesidad de prepararte y tú lo tomas como un elemento que te motivó a estudiar.

RAUL: Es interesante que debido a la misma pobreza en que vivió nuestra familia, todos nosotros teníamos que trabajar. A los nueve o diez años yo ya estaba haciendo mandados a las familias de clase media. Mis hermanas colocadas fregando, haciendo los quehaceres por un salario miserable. Yo ganaba diez pesos al mes, en aquel entonces. Cuando llegué a la edad de 18 años, siendo prácticamente un analfabeto, me fui de mi casa. Conozco el Evangelio, después de una experiencia muy dramática, porque fue luego de pasar una borrachera de 24 horas, durmiendo tirado, en un barrio insalubre de Matanzas. Entonces, me

desperté y tuve una experiencia donde sentí la necesidad de cambiar mi manera de vivir y, sobre todo, donde arrancara lo que yo quería ahogar con la bebida alcohólica, ese pasado que emergía en sueños y pesadillas, en la vida diaria. Entonces, clamé a Dios desde lo más profundo de mi corazón, que cambiara mi vida. Tuve una experiencia de fe, que fue una ruptura total con mi vieja manera de vivir y de concebir la vida. Regresé a mi pueblo. Me identifiqué con la Iglesia Bautista de la localidad. Siendo analfabeto le solicité al pastor que me ayudara. El y su esposa me ayudaron a hacer una cosa increíble: estudiar los ocho grados elementales para poder entrar, en año y medio, al Seminario. Gracias a Dios, el Evangelio significó para mí un ansia de prepararme, de ser socialmente útil. Entonces, orienté mi vida hacia el ministerio cristiano, dentro de la denominación bautista.

CARMELO: ¿Tú podrías decir que esa motivación cristiana, y con la posibilidad de formarte en tu vocación ministerial y secularmente, ha sido un valor positivo en un contexto socialista?

RAUL: Aquí viene la cosa más interesante en la vida nuestra —digo nuestra— porque he incluido a mi compañera Clara Rodés. Ella tiene un origen social distinto. Ella surge de la pequeña burguesía urbana, de la llamada clase media. Yo surjo del origen señalado.

Yo sentí una profunda vocación a raíz de mi conversión dramática. Una transformación radical de la noche al día. Inmediatamente yo me pregunté, ¿para qué quieres la vida? Encontré la respuesta en mi llamado al pastorado. Entro en contacto con una iglesia humilde de obreros y campesinos, que me hizo mucho bien. A los dos años de estar en el Evangelio ingreso al Seminario Bautista de La Habana. Entonces, entro en una nueva relación. Hay que ser honestos, porque de la honestidad es donde viene la ayuda que podemos dar en esta entrevista a otras personas. Al entrar en contacto con este mundo religioso del Seminario y del pastorado, yo experimenté paulatinamente un proceso de desclasamiento. Sin darme cuenta, mi mentalidad fue caminando hacia una clase media, de pequeña burguesía urbana, tratando de imitar lo que pasaba en cada pueblo de nuestro país: el papel del médico, del sacerdote, del abogado, del procurador, inclusive, en nuestra manera de vestir. Los fines de semana, cuando iba a predicar, inexorablemente tenía que llevar traje. Yo tengo un problema con mi tamaño. Nunca he podido encontrar ropa adecuada a mi tamaño, tengo que hacerle arreglos. En aquella oportunidad me arremangaba los pantalones, pues me quedaban largos. Hoy yo me río de esa situación. Yo era un espantapájaros para mi pueblo. Sin darme cuenta, iba perdiendo contacto con mi origen y negándolo. Había cierta traición de clase. Cuando niño, yo sentía una profunda preocupación social. Sin conocer, por ejemplo, a Antonio Guitera —sus ideas— una vez me encontré un retrato y lo puse en mi cabecera. Sentía cierta rebeldía por la situación de mi pueblo y la explotación que le

hacían a mi padre. Hasta fui medio ateo. Porque el colono de la hacienda donde trabajaba mi padre, era presidente de la Acción Católica de mi pueblo. Explotaba a mi padre de lunes a sábado y el domingo, cuando mi padre tenía que seguir trabajando en su finca, él estaba con un sombrero de jipijapa, un traje de dril cien y zapatos de doble tono, en la Iglesia Católica. Yo sentía odio hacia la religión católica, hacia todo tipo de religión. Te planteo esto porque yo tenía ideas revolucionarias, y el contacto con este mundo religioso me fue desclasando. La otra experiencia la vinculo con tu pregunta.

Cuando yo termino en el Seminario —que junto con el Seminario logro terminar mi bachillerato en letras—, matriculé un año en filosofía y letras en la Universidad de La Habana. El misionero norteamericano nuestro dijo que no, que debía buscar un pastorado.

Había una iglesia en La Habana que me pedía como pastor. Aquí tengo otra conversión. Es una conversión simultánea. Yo terminé mis estudios en 1960. En 1959 entro en contacto otra vez con la pobreza, en zonas rurales. Ya está la revolución en el poder, que es un mazazo a la conciencia cristiana y a todo nuestro pueblo. La revolución puso aquí a gozar a todo nuestro pueblo, lo despertó. Yo entro en contacto con la gente de Ciénega de Zapata, que es muy pobre, la gente más pobre de nuestro país. Con el impacto de la revolución yo tengo que decidir entre quedarme en La Habana o irme a Ciénega de Zapata. Un día orando, siento una voz que me dice en mi conciencia: por qué no te vas a Ciénega de Zapata. Decido reiniciar mi vida en contacto con una zona de campesinos, donde tenía que vivir en piso de tierra, en una casita de tabla y techo de barro. Ahí vino mi segunda conversión. Tuve la necesidad de pedirle a Dios que nunca olvidara el origen social de donde yo había surgido.

CARMELO: ¿Estamos diciendo que has podido integrar tanto tu experiencia religiosa como la revolucionaria, en tu biografía personal?

RAUL: Entonces, estando en Ciénega de Zapata se dio la invasión a Playa Girón. El día anterior yo había predicado en una comunidad que se llama Horquitas, en la parte sur de la provincia de Las Villas. Ahí me reuní, al aire libre, con unas 35 personas. Regreso a Yaguaramos, donde vivía. En la mañana me despiertan para decirme que había sido invadida la parte sur de la provincia de Las Villas. Me voy sin desayunar al mismo lugar donde había predicado la noche anterior. Me encuentro un cabo de Ejército Rebelde, que era metodista, y me informa que a pocos kilómetros de allí se habían lanzado 35 paracaidistas y que en Girón había muchos compañeros del Ejército Rebelde y de las milicias que morían por la invasión. Este cabo me pide que le ponga una cruz roja al *jeep* para sacar heridos. Nos fuimos con medicinas y tuvimos la oportunidad de sacar ocho heridos, de los cuales murieron dos. Después regresé y estando en ese operativo, me hirieron. Estuve dos meses

ingresado por problemas en la vista: una explosión de bazuca cerca de mí, me afectó. Fue una experiencia inolvidable en mi vida. Sentí hondo el sentimiento patriótico cubano. Yo no estaba preparado para esto.

Fui herido el 17 de abril de 1961, dos días antes Fidel había declarado el carácter socialista de la revolución. Yo no entendí eso. Tú debes conocer, Carmelo, como la mayoría de los cristianos, que junto con la evangelización de los norteamericanos también se nos internalizó el anticomunismo. Entonces, yo tenía una lucha muy fuerte: mi simpatía extraordinaria por Fidel, Raúl, Camilo y otras figuras, la lealtad ahora a mi origen. Yo veía las transformaciones que estaba haciendo la revolución, pero estaba la cuestión teórica. Esta revolución va tomando un camino comunista, ¿cómo yo, siendo cristiano, puedo cooperar con un sistema ateo? Eso me preguntaba yo.

CARMELO: ¿Cómo empezaste a resolver ese dilema?

RAUL: Ahí empezó una etapa donde hubo una laguna, con una contradicción tremenda. Me sentía revolucionario, oía a Fidel y me emocionaban sus discursos, pero rechazaba que fuera comunista. Rechazaba el rumbo comunista que había tomado la revolución.

En el año 1963 mi esposa se enfermó de tuberculosis pulmonar. Tuvimos que salir de Ciénega. La Iglesia Bautista de Colón me pidió de pastor. Ahí había muchos revolucionarios, pero el pastor era contrarrevolucionario y la iglesia estaba dividida. Yo llegué a esa situación, orientando una pastoral de unidad. Tratando de entrar en contacto con esta gente que era revolucionaria en la iglesia. Yo debo mucho en mi vida a hombres como Gustavo Hernández, un revolucionario completo que participó con Mario Muñoz; incluso, iba a participar en el asalto al Moncada y por disposiciones del Movimiento 26 de Julio, quedó en otras tareas allí en Colón. Yo le agradezco a Gustavo y otros hermanos de esos lugares lo que me enseñaron.

Del 63 al 67 fue una laguna, con esas contradicciones que te dije. El anticomunismo, por una parte, el sentimiento de nuestro origen de clase y los logros que va llevando a cabo la revolución a favor de la clase pobre de la cual yo procedía, todo esto, me es increíble. Tengo tensión y lucha. Mi esposa tiene otro origen. En un momento dado ella mata su origen de clase, que es pequeño-burgués. Ella empieza a comprender la revolución. Por otra parte, entro en contacto con otra literatura que mandé a buscar al Seminario de Matanzas. Leo teólogos como Barth, Tillich, Brunner, que yo no había estudiado en el Seminario; ellos me ayudan a ver ciertas cosas. Pero los que más me ayudaron fueron tres factores fundamentales. Primero, los hechos de la revolución cubana a favor del pueblo pobre eran innegables. Había que estar ciego para no ver lo que había hecho en educación, salud, etc. ¿Cómo yo que procedía de una situación tan pobre, cuando un hermanito mío murió por falta de asistencia médica? Yo veía levantándose hospitales y

escuelas. ¡Los logros de la revolución eran un hecho tremendo! El segundo hecho era el haber entrado en contacto con un folleto traducido por el Movimiento Estudiantil Cristiano, que se dio aquí, de Josef Kromádka: *El Evangelio para los ateos*. Ese fue también un mazazo. Hay ciertos estudios como estos que me ayudaron. Los libros de Stanley Jones: *Cristo y el comunismo*, *Cristo en la mesa redonda*, *El camino*. De Juan A. Mackay, *El prefacio a la teología cristiana*.

Otro factor que pesó mucho en mí es que comencé a simpatizar con lo que estaba sucediendo a partir de 1955 en Estados Unidos, en torno a la figura de Martin Luther King. El era pastor bautista, con elementos de Gandhi, Thoreau, pero era un hombre que bebía de La Biblia, sobre todo del Nuevo Testamento. De ahí sacaba sus sermones. La personalidad de Martin Luther King me llevó a un cariño tremendo hacia él, hacia sus escritos y obra. El día que lo asesinaron, lloré como un niño. Era como si me mataran a una de las personas que yo amaba entrañablemente. Eso fue en 1968.

Decidimos mi esposa y yo cambiar de pastorado, en 1970. Pensábamos que estábamos perdiendo la fe.

CARMELO: ¿Qué les hacía pensar que estaban perdiendo la fe?

RAUL: Por ejemplo, íbamos a reuniones nuestras y los sermones tradicionales, apáticos a la vida social, con cierto diversionismo velado...

CARMELO: Ustedes estaban inconformes con el propio ambiente de la Iglesia Bautista.

RAUL: Muy inconformes. En la propia Iglesia de Colón, donde había elementos de clase media, sentíamos la presión esa de no poder hacer lo que queríamos, por la presión de ciertos diáconos y otras personas. Nos sentíamos mal. Decidimos cambiar de pastorado. Le pedimos a Dios que fuéramos transparentes; que nos ayudara para no abandonar el origen social de donde venimos. Yo oraba: "Señor, no permitas que abandone el origen social de donde venimos; ayúdame a no olvidar que Jesucristo le dio sentido a mi vida; ayúdanos a que esta revolución le dé sentido a nuestra vida cristiana y a nuestra pastoral".

CARMELO: Ese es un elemento que ya varias veces, y de distinta manera, has ido recalcando. ¿Cuáles son los componentes que hoy integran la vida y pensamiento de Raúl Suárez? Reconozco, por nuestra amistad, una cosa que siempre he admirado en ti: tu gran vocación histórica. Conozco eso. Tú estás poniendo tu autobiografía en perspectiva histórica y existencial, desde la fe y desde tu compromiso como cubano y persona realizada, en este proceso revolucionario. ¿Cómo podrías resumir, poner en frases sintéticas, esos elementos que componen tu visión hoy como cristiano y revolucionario?

RAUL: Quisiera decirte que una de las cosas que nos sensibilizó a nosotros es que casi todos los líderes que nos habían formado, abandonaron el país y las iglesias. El setenta por ciento de nuestros pastores bautistas se fueron para los Estados Unidos. Otros habían caído presos por problemas de divisas y otras cuestiones. Todo esto nos ayudó a despertar del letargo.

La revolución nos ha ayudado también por la pasión que han puesto los cubanos en hacer una relectura de la historia. Esto me llevó —además del nivel que ha ido logrando nuestra iglesia de Marianao— a matricularme en la Universidad de La Habana, en la licenciatura en historia. Esto puso a mi disposición un instrumental de análisis que me ha ayudado mucho. Comencé mis investigaciones históricas sobre los orígenes de los bautistas en Inglaterra y Holanda. Hice un estudio a fondo de la Convención Bautista del Sur, de Estados Unidos, que es de donde nos viene a los bautistas ese anti-comunismo, esa indiferencia político-social, que caracteriza a los bautistas occidentales de Cuba y a los bautistas vinculados, en América Latina, con los bautistas del Sur de Estados Unidos. Esto de negarle la comunión a otros hermanos evangélicos, rebautizar aún a personas bautistas por inmersión; esto me llevó a ir a fondo en esta historia y encontrar que todo esto vino de la vieja herejía que fue el movimiento landmarkista, que está reflejado en el libro publicado por el DEI: *La herencia misionera en Cuba*.

Contestando tu pregunta. Tengo que en mis convicciones actuales le debo mucho a mis hijos. Porque mis hijos no conocieron el capitalismo, han sido formados por la revolución. Mis hijos son los que me cuestionan más en mi pastoral, en mi perspectiva teológica. Son los que siempre han demandado de mí, transparencia en mis motivaciones, en mis actuaciones. Piden consecuencia con lo que creo y pienso. Ese es un factor que no quería olvidar. Esta generación que se va formando con esta preocupación revolucionaria, y que tiene como lema: “Seremos como el Che”.

CARMELO: Tus hijos son fuente de inspiración y aprendizaje para ti.

RAUL: Para mi vida. Ellos han sido pioneros. Han entrado en las organizaciones juveniles de masa. Inclusive, una hija mía militó en la Juventud Comunista, de la cual tuvo que salir cuando regresó a la iglesia. Los tres son cristianos. Hay uno graduado, otra que estudia medicina y otra que empieza a estudiar teatrología. Ellos me han ayudado mucho en todas estas situaciones. Yo, en la actualidad, puedo resumirte esto así: el encuentro con el estudio del marxismo, desde una perspectiva cubana, es un elemento que me ha ayudado mucho a clarificar el contenido de nuestra fe. El marxismo, desde la realidad histórica cubana, ha ayudado a tener dos elementos básicos en mis convicciones teológicas, como en mi tarea pastoral. Se da en el profeta Jeremías: “Yo te he llamado para arrancar y destruir...”. El marxismo me ha ayudado a esa

doble tarea profética. Por una parte, lanzarse a un proceso de ir destruyendo la cáscara, la envoltura en que muchas veces el Evangelio ha venido a nosotros. Es una cáscara ideológica que representa el modo de pensar, sentir y vivir el Evangelio, que son ajenos al Evangelio —y sobre todo— a la manera que hay que vivir el Evangelio en una situación cubana, y en este caso revolucionaria. La crítica marxista a la religión es muy difícil de entender para gente que no vive nuestro proceso. Es como nuestro café. El hecho es que la crítica marxista a la religión a nosotros no nos ha hecho daño, al contrario, nos ha ayudado. Lo que daña a la fe cristiana es cuando en el modo de producción capitalista a la iglesia se la ablanda, se la destaca, se le da posición social. Entonces, desayunamos con los señores presidentes de países latinoamericanos, sin darnos cuenta lo que eso significa —como en el pasado aquí— para nuestro pueblo pobre. Nos contentamos con eso. El marxismo ha traído una crítica: “La religión es opio del pueblo”.

CARMELO: Entonces, ¿el marxismo te ha ayudado a profundizar en la autenticidad de tu fe cristiana?

RAUL: A eso es que quiero ir. Al final esta crítica marxista a la religión lo que ha hecho es ayudarme a quitar una cáscara ideológica. Me ha retado para que empiece un proceso de edificación y reconstrucción, no sólo de mi manera de vivir la fe, sino de entender la fe. En ese sentido el encuentro con el marxismo ha sido, simultáneamente, el encuentro con una nueva Biblia: una relectura de la Biblia, de nuestra liturgia, de nuestra historia de Cuba, de la historia de los bautistas de Cuba.

CARMELO: Dentro de esta serie de entrevistas que estamos haciendo, Rhode, yo quisiera un poco al iniciar contigo que conversáramos sobre cuál es tu ubicación, ¿cuál ha sido tu participación, tanto en el nivel del proceso mismo de la sociedad revolucionaria, como en la vida de la iglesia, en el mundo ecuménico y en el trabajo juvenil? ¿Cuál ha sido tu experiencia en estos ámbitos?

RHODE: Para introducir este aspecto, tengo que empezar por decir que prácticamente crecí con el desarrollo del proceso de transformación social de Cuba. Con todo el proceso revolucionario y durante la etapa primaria, ya había una serie de actividades para los niños en esa etapa. Pero realmente mi participación más activa es a partir de la enseñanza media, que también coincide con la creación de toda una experiencia de masa estudiantil. Empiezo a participar —un poco por el carácter y la dinámica— en actividades de propaganda y a entusiasmar a otros para participar en diferentes programas de la organización. En medio de todo esto, hay que mencionar que vengo de una familia con tradición cristiana, desde mis abuelos; mi abuela fundamentalmente, es una de las primeras vinculadas al movimiento pentecostal, y también mis padres. Entonces, paralelamente voy llevando mi participación social y en la iglesia, porque mi familia tiene profundamente arraigada su participación en la iglesia.

Claro está que esto no fue tan sencillo ni tan fácil. Está un poco influenciado porque mi papá procede de una familia obrera, trabajadora, y cuando él sabe de la revolución, se vincula a las tareas de ésta, a trabajar activamente y empieza todo un desarrollo, un poco, podría decir un ejemplo, ¿no?, dentro de la vinculación. Aquí también está el asunto de que nosotros en mi familia, tenemos la costumbre de intercambiar todos estos aspectos de trabajo, de las preocupaciones mutuas, y esto se daba también durante este proceso. Cada paso que él daba respecto a su participación, era comentado en la casa y participábamos todos de esa dinámica nueva, prácticamente nueva para nosotros. Nosotros desarrollamos en el núcleo familiar quizás un concepto de libertad en cuanto a nuestra actuación, pero que lleva implícito el asumir también

los riesgos de esta actuación. De aquí que realmente no hubiera una presión familiar para la vinculación con las cosas de la iglesia. Pero que sí la familia inculcaba, de cierta forma, toda su tradición cristiana. Esto lo digo porque se producía de un modo espontáneo la participación social, impulsada por toda la dinámica de participación en la sociedad, y también se mantenía la dinámica de participación en el núcleo familiar. Realmente no hubo una reflexión profunda en ese momento; sencillamente se daba la situación, se participaba y no encontrábamos contradicción alguna, por lo que se daba de un modo total.

En el caso de los jóvenes ya esto se da más adelante, porque realmente en este tiempo se produce todo el desarrollo de las relaciones entre las iglesias y el Estado, con sus tensiones. Entonces, aquí es donde se empieza a valorar cómo es que se va a continuar, si desde el punto de vista nuestro es positiva esta integración, si se pueden llevar, si entra dentro de nuestra fe cristiana. Yo creo que en este aspecto, lo que me ayudó mucho, ya en una etapa de enseñanza superior universitaria, fue la participación en movimientos ecuménicos, fundamentalmente en los movimientos de fe cristiana que tenían una dinámica de reflexión bíblica, de análisis de la situación y de la posición del cristiano dentro de nuestra sociedad. Ya aquí si entró a jugar, en esta etapa, un poco más la reflexión. Pero primero fue una dinámica de participación, no producto de la reflexión, sino del momento. Claro, con un aval, con un trasfondo familiar de participación que nos promovía, nos incentivaba a ayudar a la revolución.

CARMELO: Tú has vivido casi toda tu vida de joven, desde que eras niña hasta ahora, en este proceso revolucionario. En Nicaragua hoy se habla mucho de que entre "cristianismo y revolución no hay contradicción". ¿Cuál sería la interpretación desde una perspectiva cubana de esa frase, que ya se hace tan proverbial y tan común en el día de hoy?

RHODE: Bueno, yo creo que habría que hacer la diferencia en estos términos: uno sería el que se refiere a la esencia de ambos términos, el cristianismo y la revolución, y otro sería cómo esto se manifiesta dentro de la sociedad. En cuanto a la esencia, podría decir que el cristianismo tiene como núcleo fundamental la relación de Dios con el hombre para lograr que éste viva en un mundo mejor, en condiciones óptimas de vida. En este mismo aspecto tenemos los procesos revolucionarios. En el caso específico de nuestro país, el proceso revolucionario significó una mejora notoria de vida para el pueblo, y este es el objetivo central de la revolución. Comparando ambos objetivos, podríamos decir que esencialmente no hay contradicción. Ahora, ¿qué pasa? Una cosa es el cristianismo y otra cosa es la interpretación que de ese cristianismo hacemos muchos y trasladamos a las comunidades donde nos desenvolvemos en la sociedad. ¿Por qué? Porque a veces nos llamamos cristianos, nos decimos cristianos, pero la forma en que transmitimos este senti-

miento no es siempre la mejor. No es nada oculto que en nombre del cristianismo se han cometido verdaderos atropellos contra la obtención de las condiciones de vida mejor para el hombre. Y desde ese punto de vista, yo creo que es donde empiezan las contradicciones: cuando las interpretaciones del cristianismo no concuerdan con la fe. Entonces, yo los separaría; yo creo que no es una fórmula general, sino que es una cosa que hay que analizar.

CARMELO: Se podría decir que no es un problema tanto teórico, como un problema de una praxis cotidiana, una manera de vivirlo, de experimentarlo. Lo que se prueba cuando, de buena voluntad, los cristianos y marxistas se unen en un proyecto común para el bien de todos, en esa construcción.

RHODE: Pudiera ser precisamente la práctica el espacio donde realmente se prueba, yo diría, tanto al verdadero cristiano como al verdadero revolucionario. Porque empieza a ser un problema teórico cuando lo que hacemos no concuerda con las tesis, que es lo que fundamenta nuestra actuación. Y digo esto porque a veces se quiere relegar esta relación a un plano de práctica y no profundizar en cuáles son realmente las motivaciones, desde el punto de vista teórico, que pudieran ser fuentes de contradicción o pudieran no estar aparentemente relacionadas. Esta ha sido una tendencia que no comparto; hay que ir también con la teoría.

CARMELO: Sí, sí, yo creo también que el problema tiene que ser relacionado con la dinámica teoría-práctica, porque de lo contrario, si no se aclaran las bases de sustentación que cada uno tiene, no es posible tampoco avanzar en la dimensión filosófico-teológica. Yo creo que hay elementos suficientes como para avanzar en esa línea. El punto es que mucha gente ha visto que sí se puede —yo lo he escuchado de marxistas o de cristianos en sociedades socialistas— avanzar en este proyecto, sin detenerse en los aspectos filosóficos que separan. Pero yo creo que tú lo ubicas bien: hay un problema de lo auténtico cristiano y lo auténtico marxista que entrecruza esta cuestión. Ahora, yo te iba a preguntar todavía más específicamente. Dentro de otra perspectiva de tu participación y de tu militancia —vamos a llamarlas así— en este proceso, ¿cuál ha sido tu percepción de la relación iglesia-Estado, los problemas, dificultades, avances y retrocesos?

RHODE: Yo no quisiera meterme, para contestarte esta pregunta, en el plano histórico; sería un poco largo el análisis. Pero quisiera tocar varios puntos fundamentales. En primer lugar, podría desglosar el desarrollo histórico en tres grandes etapas. En la etapa en que fuimos colonia española, y aquí hay que decir que la conquista o colonización vino también con la cruz —aunque podría haber un buen ejemplo: Fray

Bartolomé de las Casas—, para los aborígenes, y realmente para la influencia de la nacionalidad cubana en esta etapa, la iglesia —sobre todo la Iglesia Católica en esta etapa colonial— se vinculó con la metrópolis. ¿Qué quiero decir aquí? Cuando empieza el desarrollo se dan todas las etapas de la lucha de la independencia y se produce —por supuesto— un rechazo, pudiéramos decir, de la población. También hay que ver que se desarrolló toda una religiosidad popular dentro de la población. Después vinieron las iglesias misioneras protestantes, ya a finales del siglo XIX e inicios del siglo XX. Pero también coincide, “coincidencia histórica”, digamos, la penetración norteamericana en el país. Yo creo que estos son los dos puntos que hay que ver. ¿Qué pasa? La revolución triunfa en 1959 y empiezan a mejorar las condiciones de vida social de las grandes masas populares, por lo que es vista con muchas expectativas por esas masas populares. Cuando empiezan las primeras reacciones de contradicción, no por problemas de religión...

CARMELO: Claro, una cuestión política más bien.

RHODE: Precisamente, por problemas de un respaldo a ciertas actividades contra el proceso revolucionario de parte de sectores de la Iglesia Católica, y posteriormente de la Iglesia Protestante también. Este tipo de tensión empieza porque ya se habían tomado una serie de medidas que empezaron a afectar a la iglesia. Por eso se produjo esa tensión y se da un aislamiento, una tensión entre lo que son las grandes masas populares y la actuación que la iglesia tuvo respecto al proceso revolucionario. Realmente, se mantuvo la posibilidad de que cada cubano ejerciera la confesión que creyera. Siempre hubo un grupo de cristianos que se mantuvo participando en la revolución, y esto se desarrolla en varias etapas, al principio con tensiones: un espacio de convivencia, quizás de indiferencia mutua, pero después se estableció un proceso de diálogo, producto de esas personas que se mantuvieron consecuentes, tanto con su fe como con el proceso revolucionario. Aquí creo que hay una participación que no se puede soslayar, que es la presencia de personas dentro del Estado que honestamente observaron esta actitud de los cristianos cubanos; también se motivó a las dos partes.

CARMELO: Por otro lado —bueno es mi experiencia—, ha ido dándose un acercamiento, más que diálogo. Es a base de una experiencia de trabajo que se logra avanzar. Allí yo te iba a preguntar: ¿cómo ves el papel de la juventud en Cuba? Te voy a decir, porque a veces a mi me han comentado, inclusive lo he visto a varios niveles cuando he conversado con gente, no sólo de las iglesias, sino del propio Partido: la preocupación por la juventud cubana. Vamos a ponértelo de esta manera: una juventud que se ha vuelto complaciente y complacida dentro de la revolución. Hay la preocupación de que en este momento la juventud no esté tan motivada y esto crea una preocupación en algunos

círculos del Partido. Asimismo, ver ahí también esa pregunta en algunos círculos de las iglesias. Puede haber la idea de que es al revés, que es lo contrario, que la juventud más bien se ha involucrado y se ha ido más al contexto social, sobre todo la iglesia más conservadora piensa en el contexto social y los jóvenes más politizados. ¿Cuál es la verdadera conjunción de ese problema?

RHODE: Aquí hay que analizar toda una serie de aspectos. Vamos a empezar por lo de la sociedad. Mira, así como se tocó lo referente a mi desarrollo dentro del proceso revolucionario, adolescencia y juventud, digamos, por ejemplo, que a los jóvenes y adolescentes que entraban durante la década de los sesenta, les tocó una etapa difícil dentro de la revolución. La consolidación del proceso revolucionario, de los cambios, de la transformación dentro de la sociedad. Pero, al mismo tiempo, en esta etapa se requería de la juventud un compromiso consciente con el proceso revolucionario. Digamos que estaban latentes todos los recuerdos que se hicieran históricos, todos los mártires, todos los sufrimientos que le había costado al pueblo llegar a esa etapa. Entonces, constantemente teníamos presente que para tener lo que teníamos en ese momento, había sido necesario un sacrificio de muchos jóvenes en otras etapas. En esta etapa a nosotros nos tocaban ciertos trabajos comunitarios, cierta cuota de sacrificio por la sociedad; también la auto-crítica y crítica fue una cosa interesantísima. Yo quiero decirte que esto nos llevó a una actuación y a un respaldo consciente, consecuente, con el proceso revolucionario. Pero también a una formación madura respecto a nuestras actuaciones y a la consideración, por ejemplo, de nuestras libertades. La libertad no era una cosa abstracta, sino era el ejercicio de nuestros derechos, la reclamación correspondiente a estos derechos. Pero también era utilizar consecuentemente esta libertad y esto se da, por ejemplo, desde los 12 años. Participábamos en jornadas productivas: dejar todo el sistema del hogar, ponernos a actuar nosotros, para asumir la responsabilidad de nuestra actuación con plena independencia.

Después de la revolución social y económica de la sociedad, empieza a producirse otro fenómeno; eso me llamó mucho la atención, posteriormente. Mientras que los padres habían pasado muchos trabajos durante su vida, trataban de que sus hijos prácticamente no tuvieran ningún tipo de problema para enfrentar la vida en sus diferentes aspectos. Por supuesto, esto llevó a una disminución, también colectivamente, de todo el énfasis que se había puesto en la formación de la juventud. Y, bueno, esto se hará hasta un determinado momento. Es a finales de la década de los ochenta, dentro de las mismas filas de jóvenes —donde también ha habido una serie de fallas de tipo formativo—, que empieza a recuperarse lo que decía de padres a hijos. Esto lleva, por ejemplo, a un énfasis marcado en la obtención de todos los aspectos materiales, pues sabemos que eso no es malo. Es bueno enfatizar que eso depende de la correspondencia con el trabajo. Que no sólo es el trabajo de su fa-

milia, sino de toda la colectividad. Uno de los lemas respecto a eso es que "sólo tendremos lo que seamos capaces de producir". Esto es en cuanto a la sociedad en general.

Dentro de la iglesia se da un cambio brusco, como ya hemos visto, en la década de los sesenta. La juventud prácticamente le ha dado el frente a la revolución. Tenía que asumir una serie de tareas y de iniciativas que la hacían participar activamente en la revolución. Y vemos esto paralelo al distanciamiento de la iglesia de la actividad, del proceso, de este contexto revolucionario. Es casi lógico que se produjera un distanciamiento entre la iglesia y la juventud. Esto por una parte. Por otra parte, siempre hubo jóvenes que nos mantuvimos dentro de la iglesia, porque pensábamos que para cambiarla había que permanecer en ella. Porque pensábamos que es en el movimiento hacia una nueva liturgia, que se adecuara, que reflejara nuestra realidad, que la iglesia nos acompañaría. Porque nosotros éramos parte del pueblo cubano, teníamos que vivir junto al pueblo todo este proceso. Esto es, a grandes rasgos, como yo veo el proceso.

CARMELO: A mí me parece que esto está ligado a un problema de identidad, también. Yo me quiero ahora plantear el problema desde otro ángulo. Siendo tú mujer, y lo quiero ligar a la cuestión racial, como negra, y a la cuestión cultural, al hecho de que en Cuba se ha dado un avance en la formación de una cultura nacional, que incluye dentro de esa cultura aquéllo que es el elemento constitutivo de la nacionalidad cubana. ¿Cómo te sientes, como mujer, en la sociedad cubana actual? La pregunta en el fondo sería, ¿cómo ves el avance que se hace, en una sociedad que supera las opresiones, en la opresión que se da sobre la mujer? ¿Cómo se vive eso? ¿Cómo lo aquilatas?

RHODE: El asunto hay que verlo desde varios ángulos. El proceso revolucionario toma una serie de medidas que van encaminadas hacia la erradicación de todas las formas de marginación. Pero el asunto es que hemos sido producto de un medio con determinados valores, con una determinada trayectoria teórica, y que estos cambios de formas de pensar no se producen de un día para otro, ni por disposición ni leyes. Esto lo ejemplifica el hecho de que nosotros tenemos desde el año 65 la ley 289, códigos de la familia, donde se establece cómo deben ser las relaciones de familia, de pareja, a la luz de esta nueva estructura social y la de la nueva conducción de la familia en lo social. Sin embargo, esto no quiere decir que mágicamente se va a producir la transformación de las formas de pensar de la gente. Esto más bien enfatiza el hecho de que hay luchas, problemáticas que van más allá del triunfo del proceso revolucionario. Este es el caso de las mujeres. Tú tocaste el problema, el aspecto de que yo soy mujer y negra. Esto quiere decir que la mujer, al triunfo de la revolución, no tiene una participación social tan activa como la que se le da en el proceso. El proceso involucra a la mujer en

toda una serie de actividades sociales, y como pueblo, también de preparación, cooperación, superación y participación. Pero esto no implica que se erradiquen de plano o totalmente los problemas que hay en cuanto a la automarginación social y la marginación social en general. Porque es indiscutible que una mujer en estos momentos tiene sobre sí, todavía, la responsabilidad organizativa de la familia. Esto implica, por supuesto, que tenga un tiempo para su desarrollo personal y para su participación, mucho menor que un hombre. Y esto sí no se ha podido eliminar. Aunque se ha hecho una promoción, hay una promoción actual y un estímulo dentro de la revolución, durante todo su desarrollo, para la participación de la mujer, aún persisten limitaciones.

En el caso del aspecto étnico, ¿qué pasa? Desde el punto de vista histórico social, la participación negra a determinados niveles profesionales o intelectuales de la sociedad ha sido menor. No obstante, hay que revisar un poco, desde el punto de vista histórico, por qué ha sido menor. La población negra proviene de las masas esclavas —de esclavos negros— que durante cinco siglos estuvieron viniendo a Cuba. Esto hace que aún cuando, por ejemplo, al proclamarse la República se dijera que todos éramos iguales, no había las mismas posibilidades de realización, de desarrollo. Esto hace también que gran parte de la población negra no sea precisamente la que más preparada está, la que más nivel intelectual cultural posee. Esto se hereda, esto lo hereda la revolución. Todas estas formas de discriminación, las formas estructurales, los clubes separados. Todo esto la revolución lo eliminó.

CARMELO: Sí, las famosas sociedades de blancos.

RHODE: Sí, pero subyacen tanto problemas de automarginación y de formación del desarrollo histórico de las masas negras, como problemas subconcientes de discriminación por todos estos aspectos que hemos visto. Muchos de estos se dieron muy sutilmente, porque socialmente se reprobaban las actitudes de discriminación y, por lo tanto, cuando hay recursos sociales se vuelve más sutil. La revolución ha promovido innegablemente la participación, como fue su proyecto desde un inicio, de la población cubana como tal, sin hacer distinción por problemas de raza. Pero hay que ir perfilando toda esta obra de hoy en día, en los años 76 y 86, cuando se fue a los congresos del Partido. Ahí se plantea abiertamente que sí, que se había detectado que la participación no era representativa de la composición racial dentro de los niveles de dirección. Entonces, se hace un énfasis mayor en este rescate, en esta elaboración de la obra de la revolución, para que realmente seamos un proceso donde todos participemos con iguales posibilidades. Empieza a hacerse una revisión de esto y a enfatizarse en este aspecto: en que habría que ganar en equiparar la representación. Desde este punto de vista —claro, yo como mujer negra dentro de la sociedad—, estimo también que nuestra posición no puede ser pasiva, sino un poco a la conquista, a

usar un poco los procesos. En esto está la necesidad, por ejemplo, de que las mujeres tomen conciencia de que hay que prepararse, hay que ganar ciertos espacios, en ciertos niveles de desarrollo intelectual y profesional; igual diríamos de la población negra. Sin embargo, yo creo que por lo menos es una cosa por la que la revolución se ha preocupado: de que la participación se dé.

CARMELO: Yo he notado a distintos niveles que la cultura, el deporte, el nivel profesional, las actividades, han ido dando espacios, pero como tú dices también, es una cuestión de participación, es una cuestión de uno mismo dar elementos de activa participación para mejorar esos niveles. Yo he notado que ha habido condiciones que se han dado en el proceso revolucionario, no obstante, también tiene que haber ese aspecto subjetivo de participación, de estímulo, de motivación, que también ejerce un influjo muy importante en este tipo de procesos. En mi percepción, como caribeño, también he notado que evidentemente en Cuba se le ha dado una participación al sector social e históricamente marginado, al negro y a la mujer. Ha habido una participación. Claro, es una parte muy importante de la sociedad cubana. Y le fue negada en el pasado esa participación activa en la sociedad. Ahora se hace muy evidente, como parte integrante de ese proceso revolucionario.

Pasando a otro orden de cosas. Tú has conocido al Doctor José Felipe Carneado. El es el encargado de la Oficina de Asuntos Religiosos y tú has tenido múltiples formas y maneras en las cuales conoces su trabajo, su obra y actividad. ¿Cuál es tu opinión y percepción del trabajo del Doctor Carneado?

RHODE: Yo diría que el trabajo del Doctor Carneado ha sido uno de los más eficientes, desde el punto de vista cristiano, que ha colaborado a esta formación, a este entendimiento y diálogo, y diríamos, de incorporación en todos los intereses de la población al proceso revolucionario. Yo creo que asumir en un determinado momento como dirigente, ya en el proceso revolucionario, el trabajo con un sector difícil en cuanto a aceptación de la población, de determinadas actitudes, una esfera tensada, no es fácil. Es algo que hay que admirar, digno de admirarse. También hay una serie de aspectos personales que habría que valorar. Para mí la actitud del Doctor Carneado ha sido realmente imprescindible, en tanto que ha estado presente en todo el proceso de desarrollo de las relaciones dentro de la iglesia. Un factor clave en el proceso del desarrollo de las iglesias, es lo que él estableció: una relación entre los sectores creyentes. Porque ya no son lo que se llaman cristianos, sino que son creyentes que él disponía para la aclaración, el dialogo, la relación. Por otra parte —esto siempre lo hizo en términos de una gran honestidad—, si el momento era de crítica, ésta se hacía con una gran dedicación desde el punto de vista humano, y con una gran consecuencia. Porque pienso desde el punto de vista de que él era un militante, un

viejo militante del Partido Comunista, desde su posición como comunista; pero con una gran visión de que la revolución es una obra de todos y para todos. Yo creo que, como te dije al principio, la persona de Carneado ha sido clave dentro de la relación de la iglesia y el Estado. Yo iría un poquito más allá: dentro de la formación de los cristianos, y lo digo porque, por ejemplo, yo mencioné dos o tres características personales de él: un gran hombre, su gran consecuencia y su condición humana a la aceptación del otro tal y como es. Para mí realmente esto ha sido producto de múltiples análisis y ha repercutido en su tarea, e indudablemente en nuestra formación, el ver con qué paciencia él lo ha logrado.

CARMELO: Si tú fueras, después de esta especie de elementos que hemos conversado, a decir, hacia el futuro, qué hay que mejorar, qué hay que avanzar, tanto en la revolución como en la iglesia en Cuba, ¿cuáles serían los elementos que tú señalarías, por lo menos algunos elementos muy puntuales?

RHODE: Yo siempre he visto el proceso de transformación a nivel social y a nivel económico. A medida que la revolución va avanzando en edad hay nuevas tentativas, surgen algunos problemas que son intrínsecos, tratar de buscar nuevas formas de satisfacción de necesidades del pueblo y donde no hay ningún patrón. Cada país tiene sus propias características y está también en medio de un mundo donde cambia todo, cambian los patrones externos de relación, política y, socialmente, todo el mundo va cambiando. Aún cuando se alcancen niveles de vida cada vez mayores en nuestro país, siempre surgen otras expectativas. Se ha avanzado mucho en el campo cultural, sin embargo todavía queda mucho por hacer. Ahora se está haciendo énfasis en el desarrollo deportivo para que nos dejen la ocupación del tiempo libre de la juventud, con actividades que sean de verdad pero que contribuyan también a la recreación. Es un gran reto también la mejora en muchos aspectos, en el servicio, en el trato de la gente, digamos a nivel de la conducta ciudadana, porque este es un proceso y estamos en transformación siempre. Quedan aspectos que hay que rescatar, que a veces en la misma dinámica de la vida, se van quedando atrás. Y dentro de la iglesia, que —no sé si desgraciadamente es el término pero, bueno, voy a utilizarlo—, siempre va un poco atrás del proceso histórico. Socialmente, la iglesia se queda corta. Porque, por ejemplo, hay toda una serie de actitudes en el caso de la incorporación de la mujer, en que —se puede decir así— la sociedad ha ido mucho más rápido que lo que ha sido el proceso dentro de la iglesia. Esto por cuanto hay estructuras, tradiciones, que limitan esta participación activa de la mujer. Es lo mismo que el tratamiento hacia la juventud, de parte de la iglesia. Hay una dinámica participativa en la sociedad, donde la juventud puede volcar toda su iniciativa; no obstante, en la iglesia no se da esa libertad para

esa iniciativa de participación, de colaboración. Sin embargo, este es un gran reto: el futuro de la iglesia está en manos de la juventud y de la generación creyente.

CARMELO: Me atrevería a decir que en estos días se habla de rectificación: que la iglesia tiene que rectificar muchas cosas, así como la revolución tiene que rectificar para avanzar.

RHODE: Yo voy a retomar un poquito lo que dije antes sobre la esencia cristiana. Si la iglesia tomara en serio el reto de la esencia cristiana, fuera más transformadora, pero como no manifestamos todo lo correctamente este sentir, entonces, o nos quedamos rezagados o no vamos a esta esencia. Yo creo que hay un reto grande en retomar la esencia cristiana consciente y consecuente, porque no es sólo decir qué somos, sino que la gente realmente reconozca que somos lo que decimos. Otros ámbitos y aspectos que hay que rectificar es en cuanto a la formación, adecuando la vida de la iglesia, del pueblo cristiano, al momento, de forma más dinámica.

CARMELO: En eso te iba a comentar una cosa que yo he notado. Y es que la iglesia tiene que formar un liderazgo, que pueda estar a la altura de los desafíos que plantea la revolución cubana en este momento y hacia el futuro.

Bueno Rhode, yo te agradezco este tiempo que hemos conversado y espero que las experiencias que has tenido en estos dos meses y medio, te sirvan a tu regreso allá en tu trabajo.

Héctor Méndez

El Reverendo Héctor Méndez, es Presidente de la Iglesia Presbiteriana Reformada en Cuba y Secretario del Comité Ejecutivo del Consejo Latinoamericano de Iglesias (CLAI).

CARMELO: Héctor, como parte de este esfuerzo por ofrecer un libro testimonial sobre los cristianos y la revolución en Cuba, quisiera hacerte algunas preguntas que nos ayuden a ubicar tu ministerio y participación en este proceso revolucionario. Voy a la primera pregunta. ¿Cuántos años hace que eres pastor presbiteriano y qué iglesias has pastoreado?

HECTOR: En realidad soy pastor presbiteriano desde octubre de 1965 en que fui ordenado, es decir, hace ya 23 años. He sido pastor de la Segunda Iglesia Presbiteriana de Cárdenas, de Varadero y desde hace ya 19 años, pastor de la Iglesia Presbiteriana Reformada de Sancti Spíritus y de la Iglesia de Taguán.

CARMELO: Eres presidente de tu iglesia a nivel nacional. ¿Qué se siente en un cargo como éste, en el contexto actual?

HECTOR: Bueno, yo debo decir que ser presidente de la iglesia es más que un gran honor, una gran responsabilidad. Hay que hacer frente a muchos asuntos, tratar de buscar la solución, tratar de ser un elemento conciliador entre toda la iglesia, y al mismo tiempo, tener la energía suficiente como para poder sentar líneas de trabajo y proyecciones hacia el futuro. Sobre todo, yo siento una gran responsabilidad; uno siente que necesita depender de Dios, en cada momento. Con la poca sabiduría humana es muy difícil salir adelante en un contexto como el cubano, donde la iglesia tiene una responsabilidad tan grande con la situación histórica en la cual vivimos. Por eso, repito, sobre todo uno debe sentir que está dependiendo de Dios en todo momento.

CARMELO: ¿Cuáles son los desafíos más grandes que tienen las iglesias cubanas en la próxima década?

HECTOR: A mi juicio, el mayor desafío de la iglesia cubana en la próxima década está en buscar el camino para una evangelización fructífera y activa. La iglesia, en realidad, se ha visto disminuida. La menor participación de jóvenes y de niños, todo eso tiene una explicación histórica y social, si se quiere, y la iglesia tiene que buscar los caminos adecuados para mejorar ese trabajo. Pienso que el mayor desafío en la próxima década es buscar el camino para un evangelismo fructífero, real y que encaje en la situación cubana.

CARMELO: Héctor, tú has tenido una amplia experiencia ecuménica, ¿podrías relatarnos un poco de esa experiencia?

HECTOR: La experiencia ecuménica surge con mi participación en la Federación de la Juventud Evangélica de Cuba, organización que agrupaba distintas denominaciones cristianas, específicamente para el trabajo juvenil. Y ahí, por supuesto, nos relacionamos con ULAJE (Unión Latinoamericana de Juventudes Ecuménicas), y por muchos años estuvimos en conexión con ésta. De ahí que representé a ULAJE en la Asamblea del Consejo Mundial de Iglesias en Uppsala, Suecia, en 1968. Después, por distintas circunstancias —especialmente el bloqueo a nuestro país— la dificultad de comunicación, etc., se perdió el vínculo con ULAJE. Y ese vínculo nuevamente se ha restablecido en 1975, siendo yo presidente del Departamento de Juventud del Consejo Ecuménico de Cuba. Desde ese año fui miembro del Comité Ejecutivo Continental de ULAJE, hasta que finalicé mi trabajo con ellos, en el año 1986. En esta segunda etapa fui presidente de ULAJE, vice-presidente, en fin, tuve distintos cargos en la directiva. Eso, por supuesto, nos hizo también vincularnos a otras organizaciones como la Coordinadora Ecuménica Latinoamericana, que finalizó su trabajo hace ya algún tiempo, y con otras más, vinculadas al trabajo ecuménico en América Latina. Eso, desde luego, también nos hizo relacionarnos con el CLAI (Consejo Latinoamericano de Iglesias), con distintas comisiones del Consejo Mundial de Iglesias, en fin, creo que ha sido algo enriquecedor para mí el tener ese privilegio, esa oportunidad de ampliar nuestras experiencias en el campo ecuménico.

CARMELO: Debo anotar que a través de tu presencia, Cuba también se hizo presente en esos ámbitos ecuménicos. Me parece que hay una experiencia acumulada en el trabajo juvenil. Por eso me gustaría saber, como líder juvenil y después de estos años, ¿cuáles son los problemas y posibles soluciones para el movimiento juvenil de América Latina y Cuba?

HECTOR: En realidad, las soluciones son difíciles de aplicarlas o darlas, porque los contextos son distintos. Hay situaciones que son globales, que son las mismas que se repiten, en un país, en otro y en otro. Pero

también cada país tiene sus situaciones muy específicas para el movimiento juvenil. Corremos, a nuestro juicio, no es riesgo, pero sí tenemos por delante la siguiente situación. Hay sectores juveniles a los que hemos apelado con la presentación de un Evangelio bastante escapista de la situación y de la realidad; son tal vez aquéllos que fácilmente van a grandes cultos evangelísticos, en los estadios, en las reuniones al aire libre, etc. Para eso hay posibilidades, de los medios masivos de comunicación, etc., sin embargo, no es el evangelismo que nos interesa, y el que nos interesa es difícil. Digo difícil, porque es un evangelismo, una evangelización en la cual se plantea la participación del joven en todas las áreas de la vida humana. El joven no puede estar ajeno a las situaciones de su país; no puede estar ajeno a las situaciones de injusticia, a los distintos problemas que se viven en su país. Cuando el joven se va involucrando en esa evangelización, en esa práctica liberadora, la experiencia demuestra que muchas veces va pasando hacia un práctica netamente política en la cual se desvincula de la vida de la fe, de la práctica de la fe. Casi que para muchos jóvenes llega después a ser algo ya pasado de moda, algo ya inadecuado; ahí es cuando muchos han llegado a una práctica política por el camino de la fe. Por eso digo que es difícil, no es fácil.

Ahora, eso no quiere decir que no tengamos que seguir trabajando, sobre todo en el campo de la formación juvenil. Nosotros podemos dar a ese joven una formación adecuada mediante talleres, campamentos, cursos, etc. Tal vez estaremos preparando un joven con capacidad para comprender las situaciones en su país, con disposición para trabajar por un país en mayor justicia, por un país con una vida más acorde con lo que el Evangelio plantea, y al mismo tiempo, con una fe cristiana robusta, fuerte y firme.

CARMELO: ¿Qué te pareció la reciente visita del Secretario General del Consejo Mundial de Iglesias a Cuba?

HECTOR: Nos parece que fue muy importante la visita del Doctor Emilio Castro. Estuvimos muy ligados a la misma y participamos junto con otros hermanos todo el tiempo. Y repetimos que fue importante, porque permitió a este alto dirigente mundial conocer de cerca la situación de la iglesia en Cuba, con sus posibilidades y también con sus dilemas. No es lo mismo conocer a través de libros, a través de terceras personas, que conocer a través de una experiencia directa como tuvo el Secretario General del Consejo Mundial de Iglesias (CMI). La iglesia cubana enfrenta tremendos retos, tremendos desafíos, y es una iglesia que ha tenido problemas a lo largo de las últimas décadas, sobre todo situaciones que todavía no han sido completamente solucionadas. Conocer todo eso, pensamos nosotros, le permite al Secretario General del CMI tener una visión más clara, más concreta de lo que es la iglesia cubana, y vernos no con lástima, ni con una admiración de héroes, sino

vernos sencillamente como somos, como una iglesia pequeña, pero que está tratando de cumplir su misión aquí en nuestra sociedad.

CARMELO: Tú ofreciste una entrevista a la revista *Bohemia* sobre el libro *Fidel y la religión*, y comentaste sobre tu visión como creyente y pastor en esta sociedad socialista. ¿Podrías comentarnos sobre esas visiones y expectativas que tienes, las dificultades, problemas, etc.?

HECTOR: En la entrevista de *Bohemia*, a raíz del libro *Fidel y la religión*, yo expresé que algunas de las cosas que dice el presidente Fidel Castro en ese libro, ya nosotros llevábamos tiempo expresándolas; lo único que, claro, no es lo mismo dichas por nosotros que expresadas por un líder de la talla mundial de Fidel Castro. Algunas de esas cosas, por ejemplo, las hemos expresado públicamente. La iglesia cubana es una iglesia que en el momento histórico de la revolución, tal vez no tuvo la comprensión necesaria para afrontar este proceso. Ahora bien, esto no es motivo para que estemos cargando con esa culpabilidad. La iglesia cubana se ha ido ganando un puesto en la construcción de esta nueva sociedad. Pero, por otro lado, el énfasis dado a lo largo de muchos años de que los cristianos eran elementos retrógrados, conservadores, reaccionarios, eso no se borra en un día. Se han hecho esfuerzos —tal vez algunos esperábamos más esfuerzo— al nivel de dirigentes intermedios de la revolución. Sin embargo, todavía queda y perdura ese concepto, y es que es difícil borrar en poco tiempo lo que en la anterior década se ha estado diciendo. Creo, a mi juicio, que ese es uno de los problemas mayores de incomprendiones que vamos a afrontar en el futuro en las relaciones entre la iglesia y el Estado. Hay muchas personas que fueron formadas, que recibieron toda su enseñanza —digamos de los 15 a los 35 años—, en esa mentalidad. Y todavía en muchos lugares se insiste en esa línea de que los cristianos somos elementos retrógrados, conservadores, reaccionarios, contrarrevolucionarios, etc. Francamente eso crea cierto tipo de marginación, directa o indirecta. No creemos que es propiciada por el gobierno. Lo que pasa es que muchos de esos cuadros fueron preparados con esa mentalidad y sencillamente están aplicando lo que ellos recibieron, lo que ellos oyeron, como ellos fueron formados. Eso, a nuestro juicio, es una de las cosas que crea problema en las relaciones entre la revolución y la iglesia.

Con respecto al libro *Fidel y la religión*, nuestras impresiones fueron bien claras. El libro ayuda enormemente y fortalece la unidad y la lucha entre los cristianos y marxistas honestos, para tener una sociedad mejor, no sólo en Cuba, sino en cualquier otro lugar. A nuestro juicio, esa es la visión del libro *Fidel y la religión*, y la expectativa que hemos tenido, es que después de ese libro las relaciones y la situación de la iglesia puedan mejorar grandemente. Y, efectivamente, creemos que sí, que se ha dado una apertura, una mejora, pero esperábamos que la situación hubiese mejorado con mayor rapidez. Claro, a veces nuestro deseo,

nuestro interés, nos hace pasar por encima de las situaciones objetivas, de las situaciones reales que vivimos.

CARMELO: Durante los últimos cinco años has sido miembro de la Junta Directiva del CLAI, ¿qué nos puedes decir de esa experiencia? ¿cómo visualizas el futuro del Consejo desde esa experiencia?

HECTOR: Efectivamente, desde noviembre de 1982 he sido miembro de la Junta Directiva del CLAI, el Consejo Latinoamericano de Iglesias. Esa ha sido otra oportunidad enorme, que ha aumentado nuestra experiencia ecuménica al trabajar dentro de una organización como es el CLAI. Con una cantidad tan grande y tan variada de iglesias, con criterios, con opiniones, con conceptos doctrinales, con perspectivas de trabajo diferentes. Y eso hace que uno trate de buscar un determinado equilibrio sin perder de vista los principios; es decir, los principios se mantienen, pero tal vez los métodos uno tiene que ir adecuándolos, adaptándolos a diferentes situaciones, a diferentes iglesias, a diferentes países, etc. En realidad, creemos que el CLAI pasó de un momento muy difícil que fue su nacimiento, su organización, a un momento estable, firme, como es el actual. Si consideramos que en el futuro el CLAI, por tener una infraestructura muy pequeña, mínima, motivada por los recursos que tiene, no puede hacer mucho más de lo que hace, pese a que hay enormes posibilidades de trabajo. Algo muy importante es que el CLAI, a lo largo de este tiempo, ha mantenido unos principios muy definidos, muy sólidos, muy concretos en la lucha por la paz, en la lucha por la justicia, en el caso de Centroamérica, por ejemplo, y en algunas otras situaciones en que el CLAI ha sido muy definido. Sin embargo, las iglesias se han mantenido respaldando al CLAI. Sí creo que el CLAI tiene que ir pasando de esa conjunción de iglesias, de ese conjunto, de esa fraternidad, a tener un trabajo más agresivo, más estable, más firme. Pero vemos que eso irá viniendo con el tiempo. El CLAI no puede organizarse para ver la necesidad después, sino que tiene que ir trabajando y analizando en vista a las necesidades que se van dando, en vista a las situaciones que se van presentando.

CARMELO: Como líder juvenil y presidente de una iglesia en Cuba, tu relación ha tenido que ser muy directa con el Doctor José Felipe Carneado, ¿cómo ves la figura de Carneado, su tarea y papel hacia las iglesias como responsable de esas relaciones con el Partido?

HECTOR: Sí, efectivamente conocemos al Doctor José Felipe Carneado desde hace años y podemos decir que tiene varias características que le han ganado el respeto de los sectores cristianos cubanos. En realidad, en este momento tal vez la tarea es más fácil, pero hace diez años no era tan fácil por los conceptos, por los roces, por los enfrentamientos que hubo entre sectores de la iglesia y la revolución. El Doctor Carneado

ha jugado un papel muy importante, un papel que justamente le ha llevado a mantener siempre una línea de principios, a la vez que una línea de comprensión hacia los sectores cristianos. A nuestro juicio, la mayor importancia del trabajo realizado por el Doctor Carneado es que ha podido discernir que entre los cristianos hay personas muy honestas que están interesadas en participar, en cooperar, en luchar, si así se quiere, por un mundo mejor. El Doctor Carneado ha tenido una tarea difícil, espinosa; no la conocemos en la intimidad, no obstante, nos imaginamos que tiene que haber tenido momentos difíciles y que, sobre todo, él ha sabido guiar esas relaciones dentro de un marco de gran respeto hacia las iglesias, hacia los movimientos ecuménicos, hacia los sectores cristianos. Y una de las cosas que hemos apreciado y hemos admirado en él, es la disposición que siempre ha tenido de atender cualquier solicitud, cualquier petición, y atenderla rápidamente. Es decir, que no es el funcionario que se ha limitado a dar respuestas burocráticas, sino el funcionario que ha mostrado verdadero interés. Creemos que él ha tomado esto como algo verdaderamente parte de su vida. Esta ha sido la responsabilidad que la revolución le ha dado, y él la ha tomado muy en serio. El no ha sido, lo repito, el funcionario que se limita a dar respuestas burocráticas nada más, sino que ha sido más que un funcionario; ha sido el compañero que ha atendido una responsabilidad a plena cabalidad. Francamente creemos que si las relaciones entre la iglesia y el Partido, la iglesia y el Estado, la iglesia y la revolución, en el día de hoy han podido llegar al clímax de entendimiento, de respeto, de consideración mutua, gran parte de eso se debe a la presencia y al trabajo realizado por el Doctor José Felipe Carneado.

CARMELO: ¿Quisieras añadir algo a esta entrevista?

HECTOR: Solamente decir que para nosotros, la relación con los hermanos de América Latina y de otros lados del mundo, nos ha servido de mucho a lo largo de estos años de la revolución. Nunca nos hemos sentido solos; siempre nos hemos sentido como parte de la Iglesia Universal. Siempre nos hemos sentido como parte de la Iglesia que va mucho más allá del radio de acción de un país, y en este sentido, damos gracias a todos ustedes que en los momentos más difíciles se han llegado hasta Cuba y siempre han tenido una palabra de comprensión, de estímulo y aliento para los cristianos cubanos. Aquellos de ustedes que se han interesado, son nuestros amigos y ya conocen la realidad de la iglesia cubana. Una realidad que dista mucho de lo que a veces se plantea y de lo que a veces se puede decir. Nosotros confiamos y esperamos que nuestra iglesia siga adelante, y que siga cumpliendo con el mandato del Señor de predicar el Evangelio a toda criatura. Gracias.

CARMELO: Debo recordar, Héctor, que durante los años que trabajé como secretario regional del CLAI para el Caribe, tu apoyo fue muy

importante. Tu insistencia de no quedarme en La Habana y ver la realidad de la vida de las iglesias en el oriente y el centro de Cuba, fue un consejo muy atinado. Esas estadías con los campesinos en Holguín, en iglesias pobres del campo, ha sido una de las bendiciones más grandes de mi ministerio. Participar allá, en tu iglesia de Sancti Spíritus, y gozar de la grata compañía de gente tan noble y buena, es un acicate para seguir con fuerza, respetando y acompañando a las iglesias cubanas. Soy yo el que te doy las gracias.

CARMELO: Como mujer laica, ¿cuál ha sido tu experiencia como mujer en tu iglesia?

DINORAH: Mi denominación es bautista, de la Convención Bautista de Cuba Oriental, y aunque soy laica, hice estudios en el Seminario Bautista, graduándome en el mismo. Pero como dentro de nuestra denominación, cuando una mujer que es pastora se casa, pierde su *status*, y pasa a ser sencillamente esposa del pastor, por tal motivo mi experiencia como laica es un poco diferente, pues he desarrollado el ministerio laico, pero como esposa de un pastor, que quiere decir hacer de todo un poco. Hemos trabajado con las mujeres, los jóvenes, los niños, en educación cristiana, por ello, nuestro trabajo ha sido muy amplio. Localmente hablando, no hemos afrontado ningún tipo de problema en nuestra iglesia, pues los hermanos y hermanas aceptan nuestro trabajo, y cuando el pastor está ausente, hacemos la función del mismo sin ningún tipo de impedimento u hostigamiento por parte de la congregación, que acepta gratamente que una mujer los dirija. Nunca me he sentido discriminada, eso te digo dentro de mi congregación o iglesia local; ya fuera de ella, en el marco convencional, es diferente, pero creo que esto sería otro tema a tratar con más amplitud, si lo deseas.

CARMELO: Entiendo que diriges el Departamento de Mujeres del Consejo Ecuménico de Cuba. ¿Cuál ha sido tu experiencia allí?

DINORAH: Pudiera decirte que para mí desarrollar este tipo de labor ha constituido una de las experiencias más ricas de mi vida, porque he sentido que sirviendo en la dirección de este departamento me he realizado plenamente. Primero, porque hemos podido encauzar el trabajo con las mujeres en la dirección de que ellas se den cuenta de lo que son, de lo que pueden hacer, de la importancia de su trabajo, y sobre todo, de que éste no es tan sólo de servir las mesas, de cocinar o cuidar niños, sino que son llamadas a un ministerio más amplio y de más profundidad para el cual hay que prepararse en lo teológico y en lo secular. Que pueden ocupar las posiciones que tradicionalmente han ocupado los

hombres; hacerles comprender que ellas mismas tienen que tomar conciencia de que sí pueden hacer todas estas cosas y no aceptar las discriminaciones por parte de otros, que en ocasiones quieren imponérselas por el hecho de que son mujeres. Segundo, y esto está relacionado directamente con el final de la respuesta a tu primera pregunta, porque me he sentido realizada como líder. He podido desempeñar un trabajo no sólo en el marco de la iglesia local pequeña, sino viéndolo en un ámbito amplio, de muchas iglesias denominacionales, por cuanto en mi propia convención me he visto limitada. Trabajar con las mujeres a nivel ecuménico es maravilloso, pues yo soy ecuménica de nacimiento. Este compartir, este darse sin fronteras ni barreras; este adorar unidas, reflexionar; hacer un estudio u organizar un evento sin cuestionarme a que denominación o iglesia pertenece la otra. Ver en cada hermana sencillamente eso, una hermana, es la compensación suprema a todos los desvelos y trabajos.

CARMELO: ¿Cómo describirías el papel de la mujer y su participación en el proceso revolucionario?

DINORAH: Al triunfo de la revolución, las mujeres, en su inmensa mayoría, se ocupaban del trabajo de la casa y del cuidado de los niños. Esto se daba porque no estaban preparadas para trabajar ni desempeñar tareas en diferentes esferas; no habían tenido la oportunidad de estudiar, y las que lograban hacerlo, con mucho sacrificio, se veían limitadas por la escasez de trabajo que existía en el país. Con el proceso revolucionario, se abren nuevas posibilidades y oportunidades; la mujer se incorpora masivamente al estudio, tiene acceso más fácilmente a las escuelas y a la universidad. Se incrementan las fuentes de trabajo y poco a poco se va desarrollando una conciencia, entre las mujeres y los hombres, de que éstas sí pueden ocupar distintos puestos de trabajo, no sólo limitados a la educación o la oficina, sino que pueden desempeñar cualquier tipo de labor. Día a día la mujer ha ido incorporándose al proceso revolucionario, porque la misma sociedad le ha dado estas posibilidades. Su contribución ha sido decisiva. Al no existir una limitante, la mujer se siente respaldada. De ahí que las encontramos médicas, ingenieras, operadoras de combinadas, en las milicias, en las micro-brigadas de construcción. Cada día las posibilidades se amplían, toda vez que al crearse los círculos infantiles, más escuelas semi-internas, escuelas especializadas, ellas tienen la oportunidad de incorporarse en trabajos socialmente útiles, sabiendo que sus hijos son cuidados y bien atendidos. La revolución inicia el proceso de incorporación social de la mujer, basándose en dos aspectos diferentes: su superación cultural y ofreciendo a la mujer iguales oportunidades para su incorporación en la vida económica del país.

CARMELO: ¿Cuál ha sido el papel de las cristianas?

DINORAH: Las mujeres cristianas —como mujeres cubanas— se han unido al proceso renovador y transformador de la sociedad, no como cristianas, sino como mujeres; no hemos hecho una separación, un aparte, sino sencillamente como parte de nuestro pueblo. Hemos hecho lo que el pueblo hace. Las cristianas somos federadas; estamos en la Federación de Mujeres Cubanas, organización de masa que agrupa a las mujeres cubanas. Pertenecemos a los comités de defensa de la revolución, otra organización de masas; formamos parte de las milicias y tropas territoriales. Nos incorporamos a la producción, somos profesionales, realizamos trabajos voluntarios, pero siempre enmarcadas dentro del ámbito social, no como grupo distinto o apartado.

CARMELO: En Cuba hay mujeres que son pastoras. ¿Cómo evalúas este hecho?

DINORAH: Es cierto, en Cuba hay mujeres pastoras; no tantas como debiera haber. Sí creo conveniente hacer la salvedad de que casi todas las denominaciones en nuestro país llaman pastoras a las esposas de los pastores, sin embargo, creo entender tu pregunta: se refiere a la pastora ordenada, en plenitud de funciones y con la responsabilidad de dirigir ella una iglesia o congregación. Conocemos de una denominación que en la actualidad no tiene ninguna mujer en su cuerpo pastoral; sí tenemos otras denominaciones, por citar solamente dos, la Iglesia Metodista y la Iglesia Presbiteriana Reformada, que mantienen dentro del ministerio pastoral a mujeres, gracias a Dios. Creemos que esto es realmente importante, sobre todo para las mujeres que tienen esta vocación y este llamado, que no se sientan limitadas o excluidas o discriminadas por su sexo. Si dentro de nuestra sociedad la mujer tiene todas las posibilidades de elegir lo que desea ser, la iglesia no debe poner obstáculos para que aquellas mujeres que deseen dedicar su vida al ministerio pastoral, lo hagan. Consideramos que es un trabajo a realizar, tal vez no catequizar para que se hagan pastoras, pero por lo menos ayudarlas en su vocación y que puedan realizarse.

CARMELO: ¿Existe machismo en la sociedad cubana? ¿Se supera?

DINORAH: Al preguntarme si se supera, tú das por un hecho que existe el machismo en nuestra sociedad. La revolución a través de todos estos años ha tratado de ir superando aquellas cosas que heredamos de un pasado, tanto las que afectaban al hombre como tal, como específicamente ha tratado de borrar todas aquellas manifestaciones que mantenían a la mujer explotada, marginada y discriminada. Cuando la incorpora a la sociedad plenamente, cuando le da las mismas oportunidades y los mismos derechos que al hombre, ya lucha contra el machismo, y de hecho lo logra, pues no existe campo donde la mujer sea discriminada por razones de su sexo, en el estudio, en el trabajo, en los cargos

dirigentes, etc. ¿Qué sucede? ¿Por qué encontramos presente a veces el machismo? No es la revolución o el sistema social los que lo imponen o lo estimulan. Cuando encontramos esta manifestación es algo muy personal, muy propio de hombres —y aún dentro de las mujeres— que todavía mantienen esta idea errónea de que la mujer es un ser inferior al hombre. Y toman actitudes negativas, como por ejemplo, cuando se prefiere a un hombre para un cargo o puesto de trabajo, porque las mujeres confrontan más problemas al tener que concedérseles licencia de maternidad, o por tener hijos pequeños o simplemente porque consideran que no tienen la misma capacidad que el hombre para resolver los problemas. Ha sido un proceso largo, pero creemos que se ha logrado bastante. Cada día son menos los que piensan que realmente somos seres inferiores. Ha sido un trabajo de concientización que se mantiene y en el cual las mujeres tenemos algo que aportar, que decir. Y se logrará completamente el éxito cuando las propias mujeres por nuestro esfuerzo, nuestro buen trabajo, desarrollando nuestras capacidades, demos la verdad de nuestra igualdad.

CARMELO: Me imagino que ustedes tendrán un programa educativo para el trabajo entre las mujeres. ¿En qué consiste el programa?

DINORAH: Yo te decía, Carmelo, en una de mis respuestas, creo que la relacionaba con el papel de la mujer y su participación en el proceso revolucionario, que la revolución inicia el proceso de incorporación social de la mujer basándose en dos aspectos diferentes. Y te señalaba que uno de ellos era su superación cultural. Aquí pudiera decirte que en el trabajo con o entre las mujeres, es vital la parte educativa; sin ella, sería casi imposible esperar algún éxito o fruto. Por eso hemos tratado que las mujeres se superen bíblica y teológicamente y hemos organizado el trabajo en toda la Isla, a nivel de regiones o provincias, donde contamos con una activista que es la responsable de orientar y guiar en esas zonas, promover las distintas actividades que se programan y mantener el contacto con las mujeres. Celebramos lo que nosotras denominamos talleres de superación, con una temática general para todas las provincias y en los cuales las mujeres se reúnen durante un día para realizar estudios, reflexión. También distribuimos materiales con aquellos temas que nos son de interés a todas y que nos capacitan para realizar un trabajo más efectivo en la sociedad, la iglesia y el hogar. Cada año celebramos un evento nacional, con carácter internacional, donde agrupamos mujeres de todo el país y mujeres de otros países; vienen figuras relevantes, teólogas, que pueden traernos un aporte sustancial para nuestra superación.

Intentamos confeccionar una biblioteca circulante con aquellos títulos que traten los temas relacionados con la mujer, la teología desde la perspectiva femenina, el liderazgo de la mujer y así, a través de la lectura, podamos superarnos cada día más. Aspiramos este año, y así lo

hemos solicitado, a que se ofrezcan cursos de teología en el Seminario Evangélico de Matanzas, especialmente para las mujeres, y también estamos promoviendo la consecución de becas, para que por lo menos dos compañeras realicen estudios teológicos cada año, ya sea en Cuba o en el extranjero.

CARMELO: Algún comentario final.

DINORAH: Te agradezco la oportunidad que nos brindas de expresarnos a nombre del Departamento de Mujeres del Consejo Ecuménico de Cuba. Queremos que así otras puedan conocer un poco más de nuestro humilde trabajo. Aprovechamos esta ocasión para solicitarles ayuda en materiales de estudio, videos, libros, que redunden en beneficio de todas las mujeres cristianas de Cuba.

CARMELO: Gracias por tu tiempo, Dinorah, y por tan interesante entrevista.

Parte III

Testimonios y vivencias desde Norte América

Thomas C. Edmonds

Desde un punto de vista estrictamente político....
pienso... que se puede ser marxista, sin dejar
de ser cristiano y trabajar unido con el comunista
marxista para transformar el mundo.
Fidel y la religión. Conversaciones con Frei
Betto, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado,
La Habana, 1985, pág. 333.

La respuesta de las Iglesias frente a esta nueva
situación (en Cuba) tiene diferentes matices:
El fortalecimiento denominacional... con un fuerte
debilitamiento del ecumenismo... La evangelización
se vitaliza con una fuerte tendencia hacia el
proselitismo... No existen objetivos claros que
estimulen una programación contextualizada
(en los movimientos ecuménicos).

Presentación en la Segunda Consulta
Misionera de Cuba: "Vista
Panorámica de las Iglesias Evangélicas
en Cuba, hoy". Mayo de 1988.

Con la excepción de ciertas situaciones revolucionarias, y aún así en tan sólo una minoría de ellas, la Iglesia jamás se ha destacado por su ardor en transformar al mundo, a pesar del mensaje bíblico que así lo ordena. Desde por lo menos el cuarto siglo, la Iglesia como institución ha constituido un instrumento ideológico mediante el cual las clases dominantes han realzado su propia interpretación de la historia, al igual que la base de su poder político y económico. Es así como la Iglesia, aún cuando no se identifique del todo con las clases dominantes, ha asumido una posición muy pasiva en pos de la justicia, con excepción de cierta minoría profética cuya identificación con el pueblo contra la explotación puede ser apreciada a través del tiempo. Esta minoría, tanto en Canadá como en el resto del mundo, ha estado fascinada con la revolución cubana, con su carismático líder, el doctor Fidel Castro Ruz, y con la relación entre la Iglesia y esta revolución. Aunque irónico, es

completamente creíble que al ser llamadas las iglesias en Cuba a cumplir un papel legítimo en la sociedad cubana, es justo aquella minoría profética a la que le toca asumir el desafío. Estas páginas las escribe alguien cuyo contacto con Cuba se ha dado con y a través de dicha minoría profética y de aquéllos que la acompañan desde fuera de la Iglesia, en otras organizaciones de la sociedad cubana.

La Teología de la Liberación no forma parte de la experiencia cristiana en Canadá, excepto como un fenómeno a ser estudiado en los seminarios o valorado a través de las vidas de nuestros hermanos y hermanas del Tercer Mundo. Canadá es una nación de clase media, opulenta y democrática; una nación explotadora como satélite económico del poder dominante del capitalismo mundial. La liberación que necesita Canadá es la liberación de las tentaciones de Babilonia, antes que de las colonias de esclavos del Nilo. Tampoco forma la Teología de la Liberación parte de la experiencia cristiana cubana. La Iglesia en Cuba no tuvo como guía el análisis de la Teología de la Liberación, que le hubiera permitido identificarse con las estrategias de los revolucionarios de los años cincuenta. De forma paradójica, esta ayuda se presentó al resto de América Latina una década más tarde, en parte como resultado de las consecuencias de la Revolución Cubana. Cuba es liberada de la lucha de clases entre explotadores y explotados, de la humillación del control extranjero y de la degradación del capitalismo "laissez-faire". Una teología distinta a la Teología de la Liberación de América Latina, deberá iluminar la acción salvadora de Dios en Cuba; e igualmente en Canadá.

A pesar de esto, los cristianos, tanto en Canadá como en Cuba, se han sentido animados y fortalecidos por las acciones de sus hermanos y hermanas en Centro y Sudamérica, en el Caribe, en Africa y Asia, quienes a través de su testimonio y fidelidad al Evangelio de Jesucristo han vivido esa fe que es ahora analizada por las Teologías de la Liberación. En medio de la represión más terrible, del uso sistemático del terror y la tortura, del asesinato deliberado de niños y mujeres y la destrucción de escuelas, clínicas y centros comunitarios; en medio de una terrible y mortífera pobreza, en breve, en medio de la muerte, los pueblos de Centro y Sudamérica han creado una nueva expresión de la Iglesia, al igual que una renovada comprensión de la esperanza cristiana: la sangre de vidas inocentes en la lucha por la justicia y la paz, se ha convertido en la sangre de mártires. Esta fe, esta valentía, esta convicción en la victoria final de la vida sobre la muerte, de la resurrección sobre la cruz, representa un juicio sobre la vida eclesial que alrededor del mundo busca una gracia fácil y una cómoda salvación, al igual que una fácil adaptación al *statu quo* cultural, económico y político.

En América Latina, con excepción de Cuba y Nicaragua, el *statu quo* está ligado íntimamente a los valores norteamericanos, a un sistema económico capitalista y a la concepción militarista del orden y la disciplina. El cristianismo, y especialmente el protestantismo, aunque tam-

bién ciertas expresiones del catolicismo romano, han dependido de este *statu quo* para sustentarse y crecer.

Es innegable que el capitalismo ha sido capaz de utilizar al Protestantismo con la mayor facilidad. Sin darnos cuenta nos hemos convertido en parte del sistema; se ha estampado la teoría del mercado en el pensamiento Protestante". (Israel Batista Guerra. "A pesar de todo...sigo siendo Protestante", en: *International Review of Mission*, Vol. 74, Número 295, julio 1985).

En la misma revista, Adolfo Ham Reyes, expresidente del Consejo Ecuménico de Cuba, describe cómo el protestantismo norteamericano en Cuba fue parte del mesianismo del pueblo norteamericano y estuvo ligado íntimamente con aquella cultura. Al ir decayendo el imperio norteamericano, este mesianismo se torna más estridente, debatiéndose en su intento por reproducir los gloriosos días de una época pasada. socorrido por elementos heredados de antiguas jerarquías. La revolución cubana sacudió este *statu quo* en sus raíces, y la Teología de la Liberación soltó las cadenas que ataban al pensamiento y acción cristianos a un solo sistema cultural, económico y político.

El Consejo Ecuménico de Cuba reúne a personas maravillosas, de amplia visión cristiana, quienes han luchado no sólo para superar las divisiones del protestantismo que tienden a destruir el espíritu comunitario y la solidaridad popular, sino que también han sido motivadas por el testimonio de la Teología de la Liberación y la misma revolución cubana para trabajar en favor de una Iglesia fiel a la dinámica del Evangelio de formar a nuevos hombres y mujeres para una sociedad justa y promotora de la justicia. Todo esto a pesar de las fuertes presiones por parte de los Estados Unidos para que las denominaciones cristianas en Cuba, regresen a su anterior órbita bajo la bandera cultural norteamericana.

He mencionado a la Teología de la Liberación dentro del contexto cubano, porque fue en torno a este tema que se dio la primera entrevista con el doctor José Felipe Carneado, de la Oficina de Asuntos Religiosos del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. A la expectativa de una discusión filosófica, e incluso seguro de un posible debate con respecto a los méritos del cristianismo y del comunismo, la conversación tomó pronto un rumbo distinto y concluyó con un esquema mediante el cual el Consejo Ecuménico de Cuba distribuiría libros sobre la Teología de la Liberación, comprados por el Consejo Latinoamericano de Iglesias (CLAI), con financiamiento de la Iglesia Unida del Canadá. ¡Realmente un proyecto ecuménico en todo el sentido de la palabra!

En la Consulta de Misiones Cubanas que tuvo lugar en Canadá, el doctor Carneado cumplió un excelente papel profético durante una entrevista con un representante de las Sociedades Bíblicas Unidas. Este *homo productivus* norteamericano le explicaba de forma muy sincera al Doctor Carneado que resulta mejor vender las Biblias, porque cuando

la gente paga por algo puede entonces sentir que realmente es dueña de ello. El Doctor Carneado, levantando las cejas, preguntó: "¿incluyendo la Biblia?". ¡Una de las luchas para el surgimiento de un cristianismo latinoamericano genuino sigue siendo la palabra impresa!

Los canadienses y los cubanos se agradan, por lo menos en lo que se refiere a aquellos canadienses que comprenden que el "buen vecino" del sur mira a Canadá con los mismos ojos codiciosos e imperialistas con los que mira a Cuba. Las políticas de los Estados Unidos con respecto a Cuba y Canadá, son básicamente las mismas; esto es, de control y explotación, tan solo cambia la estrategia. Con Cuba, es una de bloqueo y embargo, mientras que Canadá es asimilada a la órbita norteamericana. A los canadienses que se encuentran en Cuba, se les está recordando constantemente que Canadá nunca rompió relaciones diplomáticas con Cuba después del triunfo de la revolución en 1959. Este es un bonito cumplido, aún cuando se trata de uno que no analiza muy de cerca el control de los Estados Unidos sobre la política externa y económica de Canadá.

Este sentimiento placentero ha estado también presente en las relaciones entre las iglesias cubanas y las canadienses, especialmente en lo que se refiere a esfuerzos ecuménicos. Las iglesias cubanas han dependido históricamente de sus contra-partes estadounidenses. La pregunta en este momento, como se indica arriba, es cuánto de esta relación de dependencia aún existe, y cuánto más desearía volver la gente a establecer.

Un factor desculturizante y anti-ecuménico en la dominación ejercida por el protestantismo norteamericano, fue el no tomar en cuenta la fe católico romana. Tanto Adolfo Ham como Rafael Cepeda, han documentado esta actitud en la edición de julio de 1985 de *International Review Of Mission*. El movimiento misionero que provino de Norteamérica, ignoró aún más las expresiones protestantes autóctonas a comienzos del siglo XX. Afortunadamente, la perspectiva internacionalista de la revolución cubana ha atraído a las iglesias en Cuba hacia otras expresiones no occidentales del cristianismo, como las que se encuentran en Europa Oriental, Asia y Africa. La Consulta de Misiones Cubanas que se realizó en Canadá en mayo de 1988, consolidó una nueva relación entre el movimiento ecuménico canadiense y el cubano, lo que esperamos proveerá modelos distintos de expresión ecuménica para todos los involucrados.

La tradición profética de las iglesias canadienses ha dado lugar a formas de relacionamiento distintas, "no paternalistas", con sus contra-partes en ultramar, siendo éste, con suerte, un modelo que reducirá el paternalismo que generalmente es inevitable en las relaciones entre las iglesias del Primer y Tercer Mundo. Esto podría ser de interés para las iglesias cubanas en su búsqueda por redefinir sus relaciones internacionales y quizás para establecer una forma distinta de relacionamiento dentro de la familia denominacional. La base de esta relación es una

asociación que implica un reconocimiento de la igualdad y fraternidad entre las iglesias canadienses y cubanas, y especialmente dentro del movimiento ecuménico. Comienza ahora una nueva fase, basada en la solidaridad. Se trata del reconocimiento de que la Iglesia en Cuba tiene tanto que ofrecer a la misión de Dios como la Iglesia en Canadá. Las iglesias unidas son compañeras y los dones que cada una aporta a la tarea a mano, es asunto de estrategia, no de poder. Con esta comprensión es posible responder a las posibilidades de un servicio y testimonio evangélicos con un nuevo ímpetu. El paternalismo y el denominacionismo siempre limitan las posibilidades para dar testimonio, mientras que el compañerismo y el ecumenismo abren las puertas a una acción creativa. Al darse lugar a este concepto de compañerismo en la esfera internacional, las posibilidades llegan a ser emocionantes y no existe ya desafío que no pueda asumirse.

La historia que se narra arriba con respecto a la introducción de libros sobre Teología de la Liberación a Cuba, es un buen ejemplo de este tipo de proyecto. Cuba, por otra parte, con su fantástica perspectiva internacional, se encuentra en la posición única de poder traer a América Latina la influencia y las experiencias de las iglesias en los países socialistas, de las que poco se sabe en zonas de dominación capitalista.

La Oficina de Asuntos Religiosos, ofrece otras posibilidades para la acción ecuménica. Ningún otro país en toda América Latina tiene una Oficina de este tipo, al menos no abiertamente. Aquí entra en juego una definición distinta de lo que es el ecumenismo: la acción de Dios a través del mundo entero. La oportunidad para que la Iglesia y el Estado cooperen en áreas nacionales e internacionales. La participación del Doctor Carneado y su personal en la Consulta de Misiones Cubanas en Canadá, dio una dimensión adicional a la reunión, un ejemplo de relaciones de pos-cristiandad entre la Iglesia y el Estado y uno de los acontecimientos más saludables en la Iglesia, en más de siglo y medio.

Muchas personas en Canadá se sorprenden de saber que la Iglesia existe en Cuba. Esto demuestra el poder de la mentalidad norteamericana sobre la comprensión canadiense del mundo. La Iglesia en Cuba no fue clausurada en ningún momento después del triunfo revolucionario de 1959, ni se destruyó jamás la religión. Cuba ha mantenido relaciones diplomáticas con el Vaticano a lo largo de treinta años de proceso revolucionario. Los cristianos cubanos encaran desafíos muy distintos a los de sus hermanos y hermanas en el resto de América Latina. No sólo que han sobrevivido los últimos treinta años, sino que están empezando a dar un testimonio único. ¡El gobierno cubano ahora les está pidiendo ayuda! ¿Dónde más sucede esto en América Latina? Esta es una tremenda oportunidad para la fidelidad, que en gran parte se debe a la cooperación entre y visión del doctor José Felipe Carneado, Raúl Suárez, Adolfo Ham, Rafael Cepeda y otros líderes y pensadores del movimiento ecuménico y del Partido Comunista.

El aprecio y agradecimiento les motiva a los cristianos canadienses en su relación con la Iglesia Cubana. Es un honor el poder asociarse con tan extraordinarios líderes cristianos y formar parte de la vida y testimonio de las iglesias cubanas. Ha sido alentador e inspirador el poder presenciar el diálogo entre la Iglesia y el Estado en Cuba, posibilitando así una comprensión más amplia de la misión de Dios. Todos reconocemos, al menos en teoría, que la acción salvadora del Señor en el mundo no está limitada a o por las estructuras de la Iglesia. En Cuba, este punto ha ocurrido de forma muy práctica: se da pan al hambriento, ropa al desabrigado, se cuida del enfermo, se recibe al extranjero. Es en esa medida que Dios juzga a las naciones. Es en esta medida que Cuba representa un ejemplo para América Latina y el resto del mundo.



El Doctor José Felipe Carneado con una delegación del Consejo Nacional de Iglesias y con el Doctor Arie Brouwer.

David Vargas

CARMELO: ¿Cuál ha sido tu experiencia, durante estos años, en relación con las iglesias cubanas? ¿Qué impacto te ha causado?

DAVID: Una de las experiencias más gratas y edificantes en mi peregrinar como pastor evangélico, ha sido el haber podido tener la oportunidad de conocer a los pastores e iglesias que han permanecido en Cuba durante los pasados treinta años de proceso revolucionario. Con toda sinceridad, te confieso que cuando visité Cuba por primera vez (en febrero de 1984), esperaba encontrarme con una iglesia muerta o moribunda, formada mayormente por ancianos y luchando por sobrevivir. Sin embargo, lo que encontré fue a una iglesia gozosa y de una fe firme, con sentido de dirección. Es increíble cómo, en nuestro país, la propaganda negativa hacia Cuba tiene un impacto tan grande que, aún dentro de los círculos de nuestras iglesias norteamericanas, dejamos que nuestra opinión sobre lo que acontece dentro de la vida de la iglesia cubana sea condicionada por esa propaganda. Aunque en muchas ocasiones varios compañeros pastores que habían visitado dicho país me habían hecho observaciones muy positivas acerca del testimonio de la iglesia cubana, en realidad ha sido en mis visitas y en el contacto personal, especialmente con la Iglesia Cristiana Pentecostal de Cuba, que he podido percatarme no sólo de la presencia de una iglesia viva en ese hermano país sino, sobre todo, de su permanencia. Por ejemplo, una de las experiencias más impactantes para mí ha sido el haber escuchado en varias ocasiones a nuestros hermanos y hermanas pentecostales cubanos, orar por sus hermanos y hermanas cristianos en otros países del mundo, incluyendo la iglesia dentro de los Estados Unidos, a pesar de la enemistad que existe oficialmente entre los gobiernos de estos dos países. Hasta me atrevería a afirmar que he escuchado a nuestros hermanos y hermanas en las iglesias cubanas orar más por la iglesia en los Estados Unidos, que lo que he escuchado a las iglesias en los Estados Unidos orar por la iglesia en Cuba.

CARMELO: Debo confesarte que yo también recibí ese mismo impacto cuando hace ya varios años prediqué por primera vez en Cuba. Tuve

miedo y cierta aprehensión. Iba a tientas tratando de hilar los pensamientos. Pero la aceptación de la congregación, y el hecho de ser puertorriqueño, logró una aceptación tal que hoy puedo decir que aquellas iglesias son las más amistosas y cordiales de cuantas he predicado en el Caribe y América Latina, en los últimos quince años.

¿Cuál es tu interpretación de la relación entre las iglesias norteamericanas y las iglesias cubanas en los últimos años? ¿Hay avances o retrocesos?

DAVID: Creo que, para contestar a esa pregunta, es importante referirnos a la Consulta sobre la Herencia Misionera en las Iglesias Cubanas que se efectuó en octubre de 1984 en el Seminario Teológico en Matanzas, y a la cual tuve la oportunidad de asistir. En aquella ocasión, celebramos el fortalecimiento gradual que se ha podido experimentar en las relaciones entre varias denominaciones protestantes en los Estados Unidos y las iglesias cubanas; fortalecimiento que, a mi entender, se ha facilitado por la apertura demostrada en esta última década por parte del gobierno cubano, en respuesta al testimonio de las iglesias cubanas y al respeto que éstas se han ganado dentro de una sociedad en transformación social por aproximadamente tres décadas. Sin embargo, además de ofrecer un espacio para la celebración del fortalecimiento de los lazos entre las iglesias cubanas y las iglesias norteamericanas, aquella Consulta también sirvió para señalar los errores en la relación misionera previo a la revolución de 1959, especialmente aquellas relaciones que no facilitaron el desarrollo de una iglesia cubana autónoma y madura. Sobre todo, la Consulta en Matanzas reveló que, a pesar del historial de relaciones misioneras previo a 1959, es todavía posible desarrollar una relación aún más estrecha y *saludable* —y quiero subrayar el término *saludable*— entre las iglesias cubanas y las iglesias norteamericanas, siempre y cuando esa relación no sea una de dependencia misionera, sino más bien una relación de hermanas a hermanas. Es ese precisamente un desafío que confrontan no sólo las iglesias cubanas, sino sobre todo las iglesias norteamericanas, principalmente aquéllas que cuentan con recursos económicos disponibles para ayudar a las amadas iglesias en la Isla. Sobre este particular, deseo que no se me vaya a mal entender. Lo que quisiera enfatizar es que, en el desarrollo de una relación saludable entre ambas iglesias, nuestro comportamiento como iglesias norteamericanas debe consistir no solamente en un compartir de recursos económicos y otras ayudas, sino también en un recibir del testimonio y la fe que nace de la experiencia eclesial cubana, la cual podría sernos de gran bendición al tratar de redescubrir nuestra propia naturaleza y misión como iglesia en el norte.

CARMELO: ¡Y mucho que se puede aprender y compartir de esas iglesias en Cuba! ¿Cómo ves la relación iglesia-Estado en Cuba? ¿Podrías relatar alguna experiencia particular?

DAVID: Siempre que he visitado Cuba ha sido para eventos relacionados con la vida de la iglesia, en especial la Iglesia Cristiana Pentecostal. No obstante, también es cierto que, como parte de cada una de estas visitas, he tenido la oportunidad de conocer instituciones gubernamentales, escuelas, industrias, y hasta visité en una ocasión una prisión de mujeres en las afueras de La Habana. Puedo decirte que en mi relación con la iglesia en Cuba, siempre he percibido un alto respeto de parte de sus líderes, como también de parte de la feligresía en general, hacia las autoridades gubernamentales; así también, he percibido siempre de parte de las autoridades gubernamentales un respeto hacia la actividad eclesiástica. Siendo el sistema gubernamental cubano uno esencialmente ateo, es interesante que ha sido Cuba el único país en América Latina y el Caribe, donde el gobierno local ha recibido oficialmente a una delegación de nuestra iglesia que ha ido a participar en actividades básicamente religiosas. En términos generales, percibo la relación entre iglesia y Estado en Cuba de la siguiente manera: por un lado, encuentro a una iglesia que busca asegurar un espacio de respeto y confianza dentro de la sociedad cubana, incluyendo un reconocimiento de parte de las esferas gubernamentales; por otro lado, percibo a un Estado que, al cabo de treinta años de revolución, se encuentra ante la sorpresa de que la iglesia no ha desaparecido, como teóricamente se suponía, sino que más bien ha crecido, se ha fortalecido y ha demostrado que puede ser un ingrediente constructivo y saludable dentro de un sistema comunista. Sinceramente, creo que esto último ha tomado por sorpresa tanto a las autoridades gubernamentales como a la misma iglesia.

Es de admirar, sin embargo, que la presencia de estas dos realidades no ha sido motivo de tensión entre iglesia y Estado, sino más bien un estímulo para el diálogo y la reflexión. Es por esta razón que durante mis visitas a Cuba, a la vez que siento el calor de las iglesias y de sus líderes y el deseo de hacer cada vez más concretos los lazos de hermandad cristiana y solidaridad que nos unen, también siento un acercamiento y un calor similar de parte de los representantes del Estado cubano, manifestado especialmente en un deseo por conocer más acerca de la realidad de nuestra propia iglesia norteamericana, nuestras posturas y la naturaleza de nuestras relaciones con las iglesias cubanas. Claro está, estoy consciente que siempre habrá muchos que pensarán que ese acercamiento es parte integral de toda una campaña de promoción y relaciones públicas de parte del Estado cubano. Sin embargo, y con base en mi experiencia personal, me niego a pensar que ése sea el único móvil. Más bien creo que tanto las iglesias como el Estado cubano han descubierto que éste es un momento crucial en la historia de Cuba, donde ambos se enfrentan ante el reto de reinterpretar el rol de los cristianos y de la iglesia dentro de un sistema comunista; reinterpretación que muy bien podría establecer un precedente para futuras sociedades latinoamericanas en procesos revolucionarios.

CARMELO: Permíteme comentar lo que afirmas. Siento que ese proceso de comprensión mutua entre las iglesias y el Estado en Cuba, ha de ser un ingrediente esencial para los cristianos y los revolucionarios en el futuro de América Latina. Otros procesos, como el nicaraguense, asumen las lecciones del proceso cubano y avanzan en la comprensión de las relaciones. El caso pionero de Cuba, al ser conocido, da pistas sobre posibles problemas y ofrece derroteros para superar obstáculos.

Quisiera pasar a otro tema. Has conocido personalmente al Doctor José Felipe Carneado, ¿qué podrías decirme de su personalidad? ¿Cómo percibes su trabajo?

DAVID: La primera vez que escuche a nuestros hermanos en las iglesias cubanas referirse al Doctor Carneado, creí que estaban hablando acerca de un líder ecuménico o un profesor del Seminario; en otras palabras, creí que hablaban de una persona íntimamente ligada a la vida de la iglesia; alguien cuya opinión y actuación merecía todo el respeto y la confianza, tanto de pastores como de líderes laicos. No fue sino después de varias conversaciones que me di cuenta que se referían a un funcionario del Comité Central del Partido Comunista, y no a un llamado "hermano en la fe".

En mi segundo viaje a Cuba, en el otoño de 1984, tuve la oportunidad de visitar por primera vez la oficina del Doctor Carneado y de conocerle, en compañía de otros colegas pastores y ejecutivos denominacionales de los Estados Unidos. En aquella ocasión me había preparado mentalmente para conocer a un funcionario rígido, ateo, a quien se le había asignado la difícil tarea de lidiar con las iglesias cubanas en asuntos en que se requería la intervención del Estado. Para mi sorpresa, la persona con la cual me reuní en aquella tarde resultó ser un ser humano de una nobleza evidente, una persona muy al tanto de la historia y el quehacer de las iglesias cubanas y sus líderes, y un conocedor de las corrientes teológicas que constituyen el pan de cada día en las discusiones dentro de la vida de las iglesias en toda América Latina. Aunque desconozco cuál era su actitud al inicio de sus funciones hace más de veinticinco años, si te puedo decir que la persona que conocí aquella tarde me pareció demostrar un interés genuino en la búsqueda de un mejoramiento en las relaciones entre las iglesias y el Estado cubano, y hasta me atrevería a decir que me pareció ser un aliado de las iglesias en la lucha por garantizar un espacio digno dentro de la sociedad cubana.

Luego de ese primer encuentro, he tenido la oportunidad de reunirme con el Doctor Carneado en otras ocasiones en las cuales he podido corroborar una y otra vez la impresión que tuve en aquel entonces. Habiendo ya pasado más de cinco años después de aquel primer contacto, tu pregunta me hace volver a reflexionar sobre la impresión original que tuve del Doctor Carneado cuando escuché por primera vez su nombre de labios de los pastores y líderes de las iglesias en Cuba, y la realidad

es que creo que no estaba equivocado: el Doctor Carneado es, en verdad, una persona íntimamente ligada a la vida de la iglesia de Jesucristo. Es algo maravilloso saber que, en el misterio de Dios y en su infinita bondad hacia nuestras hermanas y hermanos cubanos, el Doctor Carneado ha sido instrumento facilitador de un diálogo constructivo no sólo entre la iglesia y el Estado en el contexto interno de Cuba, sino también entre nuestras iglesias norteamericanas y la sociedad cubana. A pesar de la difícilísima tarea que le ha tocado realizar por cerca de tres décadas, siempre he visto en el Doctor Carneado a un agente reconciliador, a un amante de la paz y la justicia y, en muchas ocasiones, a un abogado de la iglesia. Si realmente en lo íntimo de su ser el Doctor Carneado es ateo o no, no lo sé. Tan sólo conozco que en su actuar ha sido instrumento de lo Alto para beneficio de la Iglesia de Jesucristo en Cuba, y para el logro de un acercamiento hermoso entre las iglesias cubanas y norteamericanas, a pesar de la enemistad oficial existente entre los gobiernos de nuestros dos países.

CARMELO: Sé que dirigiste grupos de líderes norteamericanos de la Iglesia Discípulos de Cristo a Cuba, ¿qué evaluación haces de esa experiencia?

DAVID: Como bien sabes, desde 1973 la Asamblea General de nuestra iglesia se ha manifestado en favor de que se suspenda el embargo que los Estados Unidos le ha impuesto a Cuba, urgiéndoles también a los gobiernos de ambos países el restablecimiento de las relaciones diplomáticas. Es, pues, en reafirmación de esa postura que, en varias ocasiones, representantes de nuestra iglesia han estado visitando Cuba, principalmente en las últimas dos décadas. Hace tan sólo tres años, por ejemplo, tuve la oportunidad de organizar una delegación encabezada por el ministro general y presidente de nuestra iglesia, el Doctor John O. Humbert, y nuestro moderador, el Doctor Thomas J. Liggett. Formaron parte de esa delegación, además, funcionarios de varias unidades de la iglesia, incluyendo nuestra revista oficial *The Disciple*, la organización mundial de mujeres cristianas, la oficina de derechos humanos, un líder de la Confraternidad Nacional Hispana y Bilingüe de los Discípulos de Cristo, un ministro regional y representantes de nuestra División de Ministerios de Ultramar. Además de reafirmar nuestro sentir de iglesia, según se expresa en la resolución de 1983, dicha visita tenía otros propósitos básicos: por un lado, solidificar aún más la relación entre los Discípulos y las iglesias cubanas; y por otro lado, ayudar a los Discípulos a descubrir la realidad actual de Cuba. En aquella ocasión, y como parte de su evaluación de la visita, nuestro ministro general hizo énfasis en el deseo de los líderes de las iglesias en ambos países de continuar una relación fraternal, teniendo claro que "somos gente de fe que afiora una reducción en las tensiones entre nuestros dos gobiernos, por bien de la paz". Sobre este particular, el Doctor Humbert también indicó

“que a pesar de que nuestros dos gobiernos han establecido una cortina que divide nuestras dos naciones, nuestra unidad en Cristo trasciende esa barrera”.

Como parte de la agenda de aquella visita, la delegación tuvo la oportunidad de asistir a la Asamblea Anual de la Iglesia Cristiana Pentecostal de Cuba, además de participar en reuniones con representantes del Consejo Ecuménico de Cuba y el Seminario Teológico en Matanzas, y visitar programas y proyectos gubernamentales. Fue en esa visita cuando fuimos objeto de un recibimiento oficial en el aeropuerto a nombre del gobierno cubano, algo que verdaderamente nos sorprendió a todos.

Además de disfrutar de la noble hospitalidad no solamente de parte de las iglesias sino también de las entidades gubernamentales, una de las experiencias más importantes durante esa visita fue oír el testimonio de nuestros hermanos cubanos, y la evaluación de éstos en cuanto a la naturaleza y misión de la iglesia en ese país. En especial, fue sumamente impactante para nuestra delegación escuchar el testimonio del secretario ejecutivo de la Iglesia Cristiana Pentecostal de Cuba, en aquel entonces el Reverendo Avelino González, quien afirmó “que la iglesia sí tiene pertinencia dentro de una sociedad socialista. La diferencia es que ahora la iglesia ya no está dentro de las cuatro paredes del templo, sino más bien afuera con el pueblo, unida con el pueblo y trabajando con el pueblo”. Refiriéndose específicamente a la Iglesia Cristiana Pentecostal, el Reverendo González afirmó que tanto las congregaciones como los pastores a través de las catorce provincias cubanas “están enteramente al servicio de esta sociedad”.

CARMELO: En el año 1987, la Iglesia Cristiana (Discípulos de Cristo) en Estados Unidos y Canadá ofreció un reconocimiento a los atletas cubanos que participaron en los X Juegos Panamericanos en Indianápolis, ¿qué significó esto para la Iglesia? ¿Qué reacciones hubo? ¿Cómo se vio este hecho en la prensa y en la ciudad de Indianápolis?

DAVID: Sin duda alguna, una de las actividades más edificantes para nuestra iglesia ha sido el haber podido auspiciar una recepción para la delegación cubana a los X Juegos Panamericanos, efectuados en Indianápolis, Indiana, en agosto de 1987. Siendo Indianápolis la ciudad donde se encuentran ubicadas nuestras oficinas internacionales, creímos que, como iglesia, era importante hacer un aporte al espíritu de los Juegos, sobre todo dado las relaciones fraternales que hemos mantenido por muchos años con iglesias y organismos ecuménicos en la mayoría de los países participantes. Por supuesto, para nosotros era imposible hacer un evento donde pudiéramos incluir a todos los participantes. Ante esa realidad, decidimos concentrar nuestros esfuerzos en una recepción para los participantes cubanos en los Juegos, la cual tuviera como propósito reafirmar el espíritu de solidaridad humana, de amistad y unidad

internacional, mediante una expresión de amor cristiano hacia nuestros hermanos y hermanas cubanos. Entre otras razones, nos movía el hecho de que, de todos los países participantes, Cuba era el único con el cual nuestro país no tiene aún relaciones diplomáticas.

Mientras, por un lado, nuestra iglesia se preparaba con entusiasmo para recibir a los atletas y otros oficiales de la delegación cubana, en los medios de comunicación locales, aumentaba cada vez más el ruido en cuanto a las supuestas implicaciones que conllevaba la presencia de la delegación cubana en los Juegos, pues ya se sabía que había llegado a la ciudad un grupo cuya agenda era el estimular a los atletas cubanos a desertar. Además, ya se habían registrado algunos incidentes de violencia contra los atletas cubanos. También es lamentable tener que decir que cuando estábamos haciendo los planes para nuestra recepción, solicitamos la cooperación del Comité Olímpico local, pero dichos esfuerzos fueron en vano. Sin embargo, continuamos con nuestros planes y el día 10 de agosto tuvimos la recepción, a la cual asistieron funcionarios de las varias unidades de nuestra iglesia, encabezados por nuestro ministro general, y representantes de otras iglesias y organismos ecuménicos, incluyendo al Consejo Nacional de Iglesias de Cristo en Estados Unidos. Además de obsequiarle un medallón en madera con la inscripción *Love* (amor) a cada uno de nuestros invitados cubanos, se les hizo saber que “ante el distanciamiento y el deterioro cada día más agudo en las comunicaciones entre nuestros dos pueblos, constituye para nuestra iglesia una bendición el poderles decir... que les amamos; que no importan los bloqueos económicos, la ausencia de relaciones diplomáticas, las amenazas y tensiones que se interponen entre nuestras dos naciones, ustedes son nuestros hermanos y hermanas, y esta casa nuestra es también la vuestra”. En respuesta a nuestra iniciativa, y en un gesto muy noble de agradecimiento, el jefe de la delegación cubana, el señor Conrado Martínez, afirmó que aquel evento demostraba que era posible para los Estados Unidos y para Cuba el convivir. Sobre todo, recordaré siempre las palabras con que Martínez concluyera su presentación: “el Espíritu de Jesús no está en aquellos que tratan de asfixiarnos o tratan de golpearnos en eventos públicos; el Espíritu de Jesús está en ustedes, nuestros amigos, quienes nos respaldan en los Estados Unidos”. Aquella noche, todos los canales de televisión en Indianápolis transmitieron la noticia, como una de las más importantes del día. Una de las estaciones comenzó su noticiero vespertino anunciando que mientras en otros sectores de la población se cuestionaba la presencia y participación de los atletas cubanos, la iglesia los recibía con un mensaje de amor fraternal. Carmelo, esa es la misión de la iglesia. Si, por un lado, es cierto que los atletas y funcionarios cubanos fueron nuestros invitados especiales y los homenajeados, por otro lado, también es cierto que para nuestra iglesia constituyó una bendición el poder ser testigos del amor de Jesucristo mediante aquel acto sencillo, pero que recordaré toda la vida.

CARMELO: ¿Algún comentario final?

DAVID: Sí, me gustaría agregar algo más. Aunque es cierto que en este momento es muy difícil visualizar, o al menos imaginarnos, cuál será el futuro de las relaciones entre los gobiernos de Estados Unidos y Cuba, y tampoco sabemos con seguridad qué forma final irá tomando el avance que hasta ahora se ha logrado en las relaciones entre las iglesias y el Estado cubano, sí estoy seguro de una cosa. Se restablezcan o no las relaciones diplomáticas entre nuestros dos países, y se logre o no un mayor progreso en las relaciones entre la iglesia y el Estado cubano, no tengo dudas de que siempre habrá una expresión eclesíastica, tanto en Cuba como en los Estados Unidos, que continuará siendo agente de reconciliación; que ejercerá con dignidad y valentía su ministerio profético, aún en medio de sociedades que experimentan drásticos cambios socio-económicos; que buscará el acercamiento entre nuestros dos pueblos; y que afirmará siempre la unidad global de la Iglesia de Jesucristo, a pesar de las fronteras y las enemistades entre nuestras naciones. Espero que no tomes esta afirmación como un simple toque poético para concluir de manera esperanzadora esta entrevista; más bien, espero que lo entiendas como el testimonio de uno que ha conocido esa iglesia.

CARMELO: David, en tu persona me tomo la libertad de agradecer a mi iglesia el apoyo de todos estos años y el inquebrantable respaldo en los momentos que me ha tocado relacionarme con las iglesias y el Estado en Cuba. La comprensión del complejo desenvolvimiento que significa desplazarse por el territorio cubano a predicar, dar estudios bíblicos y talleres, en acompañamiento a esas iglesias, ha encontrado un eco favorable y un discernimiento pastoral que me reafirma en mi lealtad y compromiso al Reino de Dios, a través del Departamento de América Latina y el Caribe que tan hábilmente diriges. Muchas gracias.

José Antonio Ramos

CARMELO: ¿Cuál ha sido tu participación en relación con las iglesias cubanas?

OBISPO RAMOS: Bueno, Carmelo, agradezco muy sinceramente la oportunidad que me brindas de aportar unas apreciaciones personales sobre la iglesia en Cuba y, en particular, sobre la persona de José Felipe Carneado. Acabo de regresar de Cuba donde estuve por seis semanas con mi familia en contacto directo con el Consejo Ecuménico, con algunas de las iglesias y con la Oficina de Asuntos Religiosos que dirige el Doctor Carneado, con quien tuvimos el privilegio, Minerva y yo, de compartir unos días de playa junto a su compañera Teresita.

En relación con tu pregunta, mira, mis contactos con las iglesias cubanas datan de 1982, cuando por iniciativa del Doctor Paul Mc. Cleary, quien era entonces Director Ejecutivo del Servicio Mundial de Iglesias (CWS), hice mi primer viaje a Cuba, junto con el Doctor Eugene Stockwell, entonces Secretario General Asociado de la División de Ministerios de Ultramar del Consejo Nacional de Iglesias de Estados Unidos (CNI), y Oscar Bolioli, Director de la Oficina para el Caribe y América Latina. El Doctor Mc. Cleary, a pesar del embargo a Estados Unidos y del rompimiento de relaciones diplomáticas, había mantenido contactos con las iglesias cubanas por medio del Consejo Ecuménico (la persona de Raúl Fernández Ceballos figuró mucho en esto), y con la Oficina de Asuntos Religiosos, y había logrado nuevas iniciativas tales como el envío de técnicos miembros de las iglesias a Kampuchea, el envío de libros de texto de medicina a Cuba... Ese viaje fue para introducirnos a nosotros tres con los miembros del Consejo Ecuménico y así iniciar contactos con nuestra oficina. Fue un viaje corto y esa experiencia fue bastante superficial. Luego, antes de su renuncia como Director de CWS, Paul nos pidió a Oscar y a mí, que asumiéramos responsabilidad por las relaciones con las iglesias cubanas como parte de las funciones de nuestra oficina. Entonces, Oscar me pidió a mí, o me designó a mí, como Director Asociado, la coordinación de dichas relaciones, lo que he llevado a cabo hasta ahora cuando concluyo mis servicios en el CNI. Desde el año de 1983 he tenido esa responsabilidad, lo que ha permitido que las relaciones entre el Consejo Ecuménico y el

CNI se hayan institucionalizado. Hoy día las relaciones son más estrechas y maduras, y se ha logrado que Cuba y las iglesias cubanas sean parte de la agenda del CNI, como lo son Nicaragua, Haití y el resto de la región.

Esto ha permitido visitas e intercambios mutuos y el trascender las relaciones bilaterales denominacionales que siempre se han mantenido, permitiendo a la vez un mayor fortalecimiento del Consejo Ecuménico, al interior y al exterior de Cuba. Además, se ha logrado un mayor acercamiento y un conocimiento mejor de la Oficina de Asuntos Religiosos, que juega un papel indispensable en las relaciones iglesia-Estado allá. Por otro lado, hoy día las iglesias, el gobierno y el pueblo cubanos, han llegado a apreciar nuestra solidaridad y acompañamiento ante las actitudes políticas y las acciones del gobierno acá.

CARMELO: Asumo que en todo ese proceso hay una o varias experiencias que se pueden destacar. ¿Cuáles serían?

OBISPO RAMOS: Creo que en lo indicado anteriormente, durante estos cinco años me ha tocado jugar (y digo esto con toda humildad) un papel significativo, creo que apreciado más en Cuba que acá, más allá de los méritos y logros que haya realizado. Quizás se deba esto a mi compromiso personal, más allá de lo institucional. Por ejemplo, y esto no se conoce públicamente, la visita de Jesse Jackson fue una iniciativa mía que se gestó y tuvo un impacto histórico. Esto fue más allá de mis funciones oficiales, a título personal. En cuanto a cosas a destacar de ese proceso, yo considero un par: la visita de los miembros de la Directiva del Consejo acá en 1985, cuando pudimos visitar a las denominaciones en sus oficinas respectivas (Indianápolis, Elgin, etc.) y la recién celebrada consulta en Canadá con representantes de las iglesias de Cuba, Canadá y Estados Unidos. La presencia y participación del Doctor Carneado, junto a otros miembros de su Oficina y del consul en Toronto, la estimo como altamente significativa por cuanto su participación, como miembro del Comité Central del Partido, representa en sí una afirmación explícita de la actitud y política del gobierno de Cuba en cuanto a la relación iglesia-Estado hoy día, de normalización, entendimiento y diálogo existentes.

CARMELO: ¿Cómo evaluarías la relación iglesia-revolución en Cuba?

OBISPO RAMOS: Esto me lleva a tu pregunta sobre la relación iglesia-revolución en Cuba. Admito que no conozco las iglesias cubanas tan a fondo como para emitir una evaluación como la que me pides. He visitado distintas iglesias, he predicado en distintas congregaciones, he conversado con muchos y he leído bastante, y aún así no me considero capaz de emitir un juicio sobre un asunto tan complejo. Te comparto unas apreciaciones muy personales, que pueden ser muy superficiales

y no hacer justicia a los hermanos allá. Creo que el libro de Raúl Gómez Treto recién publicado por el DEI sobre la Iglesia Católica durante el proceso de revolución, aporta mucho a esa evaluación; así también el libro sobre la Primera Consulta de 1984, *La Herencia Misionera en Cuba*, igualmente publicado por el DEI. Yo quisiera abordar no el pasado, sino el presente y futuro de esa relación iglesia-revolución. Y en esto he sido franco con los hermanos y compañeros allá, y realmente lamento que en la recién celebrada consulta este tema no se abordó a fondo. Para mí la pregunta o el reto que enfrentan las iglesias cubanas (de significado para todos en el continente y a nivel mundial) es: *¿qué significa ser iglesia en una sociedad socialista?*, cuyo proyecto aún está en construcción, por lo que el proceso revolucionario no ha concluido, para mí. Segundo, y como consecuencia de ese reto: *¿qué papel, qué rol, puede y quiere jugar la iglesia en el proceso revolucionario de Cuba?*, y que nos lleva al tercero y es: *los riesgos y posibilidades de la nueva apertura*. Cada uno de esos temas requeriría profundización. En la Iglesia Católica se ha intentado abordar el tema en el proceso que tuvieron de diálogo y encuentro a nivel nacional. A nivel de las iglesias que son parte del Consejo, y al interior del Consejo mismo, creo, puede que esté equivocado, no se está bregando con estos cuestionamientos que pienso son fundamentales y podrían ser un aporte único de las iglesias cubanas a todos.

Considero que la situación actual establece unas condiciones únicas y propicias, un espacio —que se puede perder y desaprovechar— para que las iglesias se re-encuentren con la nueva Cuba, y adecúen su vida y sus estructuras a esa nueva Cuba, que no es la de treinta años atrás. Para eso tiene que darse una revolución, si así puedo llamarla, al interior de las iglesias, pero no sé si eso es posible, a menos que las iglesias asuman para su vida propia el proyecto socialista, el cual tiene consecuencias para toda la vida y estructura eclesial. Ya esto, Carmelo, son unas reflexiones personales que considero nos atañen a todos. Y es que considero que la iglesia, en términos universales, se siente más cómoda y en casa en el modelo capitalista y no sabe cómo actuar (o no quiere) en un proyecto de sociedad socialista que, para mí, tiene una mayor aproximación al proyecto de utopía del Reino de Dios que anunciamos.

El problema reside en uno de opción y de óptica. Para mí, en nuestro continente, y en otras partes del mundo, nos enfrentamos a un doble problema a nivel de los procesos liberadores. Por un lado, están los procesos revolucionarios, pacíficos o violentos, que buscan derrumbar, quitar de los tronos, a los faraones modernos: Somoza, Duvalier, Marcos, Batista, etc. Hasta reciben el beneplácito y, a veces, el apoyo de los países del norte. Sin embargo, está el problema de la toma del poder, ¿para qué y para quiénes? ¿Qué proyecto: el del pueblo, el de las mayorías, o el de las minorías, el de los privilegiados? Si se asume el de las mayorías, aunque sea a medias, vienen los proyectos de contra-revolución. Y en muchas instancias —con excepción de ciertos secto-

res— le han hecho, le hacen el juego a la contra-revolución y lo siguen haciendo. Por eso encontramos que los procesos de revolución, como el de Cuba, se han dado a pesar de, con la oposición de, o la ausencia de la iglesia y de las iglesias, en términos generales. Creo que parte del conflicto en Nicaragua, eclesialmente hablando, es que no sólo hay un modelo de iglesia —Iglesia Popular o de los Pobres—, en contraposición al modelo jerárquico conservador, sino primordialmente que hay dos proyectos de sociedad distintos y en conflicto, el de la mayoría y el de la minoría, el del pueblo y el de la jerarquía. Y ahí está nuestro dilema de iglesia en nuestro continente y en cuanto al proyecto de sociedad que se persigue. En términos generales, los que abogamos y apoyamos el socialismo como más cercano, más próximo, al proyecto del Reino, no hemos logrado que las mayorías lo hagan suyo y que sean protagonistas del mismo. Nos encontramos con la pared del conservadurismo, de la “espiritualización”, de la llamada “apoliticidad” de nuestras iglesias, de la ofensiva de las sectas y de los predicadores de masa. Hasta el momento no he podido ver o encontrar, por ejemplo, un Yiye Avila, un Jorge Raske, un Billy Graham, del lado nuestro, que haya podido atraer las masas al proyecto liberador del pueblo. Son los predicadores conservadores, enajenantes, al servicio del *statu quo*, quienes arrastran las masas: ¿imaginamos a un Fidel de hoy apoyado por la comunidad cristiana? Nos quedamos a nivel del ejercicio intelectual, primordialmente. Aunque se haya avanzado en América Central en las Comunidades de Base, en el Sur el proceso se estancó. Y cada vez encontramos las piezas conservadoras en mayor control, aun cuando la situación social y económica es peor cada día, haciendo que no podamos “socializar” nuestro proyecto de utopía. Las jerarquías están dispuestas a dar la cara en medio de la represión, pero se esconden o ausentan en el proyecto de crear una sociedad nueva.

Esta ha sido una contestación larga a la pregunta, pero creo que en Cuba, hoy día, Carmelo, las iglesias y la iglesia se enfrentan ante el reto de si se suman o no, de si van a ser o no, protagonistas activas y conscientes del proyecto revolucionario de la construcción de un socialismo, que responda tanto a las necesidades y aspiraciones materiales como espirituales de la sociedad. Habría que ver al socialismo como una opción y como un proyecto no acabado, pero en construcción, en el que la iglesia tiene un espacio, un papel que desempeñar, no basado en la toma del poder, o en el privilegio, o el retorno a un pasado romántico, sino como proyecto del pueblo, insertada en el pueblo y acompañando al pueblo en su devenir. Esto requiere una revolución al interior de la iglesia y de las iglesias, una opción y realmente un modelo de iglesia nueva, una iglesia conformada al modelo de utopía por el que abogamos.

Creo que el problema reside en que tal revolución al interior de la vida de la iglesia, como pueblo y como institución, representa un proyecto con autonomía propia y con estatutos radicales de vida, de auto-

ridad. Creo que los pensadores católicos, con todo el respeto que le tengo a Pablo Richard, a Jon Sobrino, etc., se agotan, por cuanto el crear una iglesia del pueblo y de los pobres significa una nueva reforma radical; aquí yo creo que los pensadores protestantes teólogos, podríamos forzar la discusión. Quizás la única posibilidad sería una transformación radical en la óptica y opción del pentecostalismo, o un pentecostalismo nuevo con esa opción. Quizás simplifico esto, pero creo que por ahí va la cosa. Por lo poco que he podido apreciar en Cuba, con el perdón de los hermanos de allá, y reconociendo mi propia incapacidad, creo que no es por ahí por donde va la cosa en Cuba. Todavía creo que priva mucho la herencia misionera conservadora, espiritualizante, "a-política", que puede ser reforzada con los contactos hacia afuera y desde afuera. La apertura puede ser una oportunidad para avanzar, pero tiene el riesgo de regresar, de retroceder.

CARMELO: ¿Qué opinión tienes sobre los alcances de la revolución, sus logros y la participación de las iglesias en el proceso?

OBISPO RAMOS: Tendríamos que dedicar bastante tiempo en cuanto a unas apreciaciones acerca de tu pregunta sobre los alcances de la revolución. Creo que durante los treinta años desde la toma del poder, ha habido logros sustanciales en cuanto a aquellos signos del Reino enunciados en la Parábola del Juicio de Mateo, entendiéndose que Cuba tiene una población que sobrepasa los diez millones, que es un país pobre y que ha estado sujeto a un embargo. Hay problemas y necesidades (vivienda, medicinas, escasez en renglones específicos, etc.). Sin embargo, creo que debemos medir la situación de Cuba, no con los países del Norte —aunque compararía bien en los renglones de salud, educación, nutrición, calidad de vida, criminalidad, etc.—, sino con los países del Sur. Yo diría que la sociedad cubana vive una situación de privilegio, comparada incluso con los países más desarrollados del sur, por ejemplo Brasil, que tiene un problema en la niñez, increíble, o situaciones de pobreza como en el nordeste o en sus grandes ciudades. Sería conveniente que el cubano promedio viaje a Honduras, Haití, Ecuador, etc., para que compare su nivel de vida.

En cuanto a la iglesia, hoy día uno ve a sectores de la iglesia participando en micro-brigadas de construcción, en campamentos de trabajo, etc. La participación en brigadas internacionalistas, como lo es el caso de técnicos en Kampuchea, se podría abrir como un espacio para la participación en otras áreas del mundo, especialmente en América Latina, ya que las relaciones con Cuba se han normalizado en muchos casos.

CARMELO: Has tenido la oportunidad de relacionarte con el Consejo Ecuménico de Cuba. ¿Cuál es tu evaluación sobre el papel del Consejo Ecuménico como instancia representativa de muchas iglesias y en su relación con el Estado?

OBISPO RAMOS: Durante estos cinco años he tenido una relación estrecha con el Consejo Ecu­ménico, que considero juega un papel cada vez más importante en la vida de las iglesias cubanas por cuanto representa un espacio de unidad y de acciones conjuntas, y sirve como interlocutor al interior de Cuba y hacia el exterior. Para estos fines, y para que el Consejo pueda ser un vehículo de encuentro de las iglesias y otras instancias (los movimientos ecuménicos, el Seminario de Matanzas, etc.), considero importante que el Consejo tenga la capacidad administrativa y de recursos para hacerle frente a todas las demandas que tiene y que cada día crecen más, como instrumento de las iglesias, como interlocutor y enlace con el gobierno, y en sus relaciones fuera de Cuba. Es mi apreciación personal que hoy día “tiene más de lo que puede masticar” y, por lo tanto, sufre de muchas presiones a la vez. Para mí, el peligro mayor en cuanto al Consejo, dada la apertura y lo que esta apertura le está permitiendo a las iglesias, es que el Consejo dedique la mayor parte de sus energías a cosas inmediatas o a un activismo de resolver problemas de orden material (por ejemplo, reparación de templos, permisos para importar cosas, visas para viajes al exterior, recepción de visitas), importante como todo esto puede ser, y descuide o abandone la tarea de reunir a las iglesias; de ser punto de encuentro, diálogo y discernimiento; de servir a las iglesias cubanas en la búsqueda de su identidad y misión ante el reto que la situación actual le presenta.

CARMELO: Recientemente ha habido toda una apertura y atención internacional sobre la relación iglesia-Estado, con la visita de Jesse Jackson, el Secretario del CMI, Emilio Castro, una comisión oficial del Vaticano (que presidió el Cardenal Eduardo Pironio) y el libro *Fidel y la religión*. ¿Cómo percibes todo este ambiente? ¿Qué repercusiones tuvo en las iglesias norteamericanas estas noticias?

OBISPO RAMOS: Te hice mención anteriormente sobre la visita de Jesse Jackson a Cuba, como parte de su viaje que incluyó Panamá, El Salvador y Nicaragua. Tuve el privilegio de acompañar a Jesse en su viaje a esos países, y su visita a Cuba fue impresionante y de gran impacto local e internacional. Nos recibieron más de diez mil personas en el aeropuerto. Sabes que fuimos dos veces a Cuba en ese viaje. Después de ir a Nicaragua desde Cuba, regresamos allá para recoger los presos que fueron liberados, ya que Fidel no sólo permitió que se liberaran los que Jesse había solicitado, la mayoría norteamericanos envueltos en asuntos de drogas, sino que incluyó otros 23, todos cubanos, presos políticos. El grupo de norteamericanos viajó en el avión de Jesse y el de los cubanos en un avión especial de Cubana que voló a Washington. A mí me tocó acompañar al grupo de cubanos y entrevistarlos a cada uno. Algunos habían estado en prisión por más de veinte años. Este fue un gesto de Fidel hacia Jesse.



El Doctor José Felipe Carneado con el Consejo Nacional de Iglesias de Cristo en los Estados Unidos (abril de 1987).

La visita de Jesse fue muy significativa por cuanto se arriesga, como candidato presidencial, a ir a Cuba y reunirse con Fidel, y es recibido por éste y el pueblo de Cuba no solamente como un político, sino como un líder religioso reconocido por sus luchas junto con Martín Luther King. Tú sabes lo que significa para Cuba la cuestión racial y la lucha por la dignidad de los negros. Estuve en las recepciones que se dieron y en algunas de las conversaciones con Fidel y sus compañeros de gobierno. Luego el discurso en la Universidad de La Habana y la inesperada visita a la Iglesia Metodista, donde Fidel es recibido junto a Jesse con aplausos. Fue para mí el punto más emotivo y significativo de la visita. Fidel, un marxista-leninista, con el Reverendo Jackson, en una iglesia protestante, cogidos de las manos, cantando: "We shall overcome" (Nosotros venceremos). Creo que toda la visita de Jesse y sus acompañantes tuvo un impacto increíble y sirvió como otro estímulo para lo que te refieres: a la "apertura" en las relaciones iglesia-Estado que se ha dado en los últimos años. Posteriormente se publica el libro *Fidel y la religión*, el diálogo interno con católicos y protestantes, las visitas nuestras, de Emilio Castro, de los líderes de las iglesias de Canadá, de líderes católicos, de la Madre Teresa, etc.

Creo que existe realmente un *kairós*, si así se puede hablar, en que se conjugan varios factores y elementos que requeriría tiempo para analizar y que considero llevan a un re-examen de la relación o cuestión marxista-cristiano, revolución-cristiano. Creo que el proceso de Nicaragua, con la amplia participación de sectores cristianos en la lucha contra Somoza y en la construcción de una nueva sociedad, ha sido uno de esos factores. Todo el desarrollo de la Teología de la Liberación y la práctica política de cristianos a lo largo del continente, el continuo martirio de cristianos junto a gente del pueblo en las luchas de liberación como en El Salvador. Creo que todo esto ha tenido su impacto. La reciente visita de Fidel a Quito y su conferencia de prensa, donde aborda el tema de la iglesia, demuestra que existe un clima nuevo, distinto; un deseo honesto y sincero de diálogo, de colaboración, y la búsqueda conjunta de soluciones y aportes a los problemas que enfrenta Cuba y el continente. Creo que la participación del Doctor Carneado en la Consulta en Toronto, que mencioné anteriormente, y que se da con el beneplácito de Fidel y el Partido, son indicios de este *kairós*.

Creo que a la iglesia le corresponde encontrar su lugar en ese espacio, dentro de lo que ella considera es su misión, testimonio y función profética, en una situación o contexto de un proceso revolucionario consolidado y de un proyecto socialista que busca mejorarse y rectificarse, donde la iglesia podría aportar a esa rectificación, no con ansias de recuperar el poder que tuvo, o el espacio social que tuvo (educación, salud, etc.), sino en nuevas formas de servicio al pueblo cubano, pues queda mucho que hacer y construir.

Creo que en las iglesias norteamericanas ha habido ciertos cambios de actitudes, aunque no profundas, y que en muchos sectores todavía

esto se ve con sospechas. Creo que a nivel de las iglesias protestantes que conozco (metodistas, discípulos, hermanos, episcopales), existe la mejor actitud de responder y acompañar a las iglesias cubanas y de evitar los errores misioneros del pasado. Existe siempre el peligro de re-vivir ese pasado colonial y paternalista, y el peligro de que las iglesias cubanas regresen o retrocedan en los alcances obtenidos, en autonomía e independencia financiera, por ejemplo. De que se regrese a los patrones de "proyectismo" o de relaciones bilaterales que fomenten la dependencia. Estas son posibles áreas de lo que llamaría los "riesgos y posibilidades" de la apertura. Se comenzó a abordar esto en Toronto, pero no a fondo, por lo que considero que debería permanecer como una agenda continua en el futuro, tanto al interior de las iglesias en Cuba, como en el relacionamiento al exterior, bilateral y ecuménico.

CARMELO: Conoces muy bien al Doctor Carneado. ¿Me podrías elaborar un perfil de su persona y su gestión? ¿Hay alguna anécdota interesante para compartir de tus encuentros con él?

OBISPO RAMOS: En cuanto al Doctor Carneado, he llegado a conocerlo bastante en los últimos tres años, especialmente durante mi visita más reciente que mencione anteriormente. Me parece una persona extraordinaria en su historial personal, en la labor difícil que realiza y como persona. Siento algo especial hacia él, porque me recuerda físicamente a mi papá, que ya está sobre los 95 años de edad. Él es una persona muy sensible y sencilla, y de una calidad como se encuentran pocas personas. Considero que él y su Oficina juegan un papel importantísimo en la relación iglesia-Estado. Como siempre, como en situaciones similares, como en el caso de Fidel en que todos se preguntan: "después de Fidel, ¿qué?", pues a nivel de las iglesias se hace la misma pregunta: "después de Carneado, ¿qué?". En los días que estuve en la playa le hice esa misma pregunta: si él consideraba que el proceso de apertura y las relaciones estaban lo suficientemente institucionalizados como política establecida, que su retiro o salida no trastornaría lo logrado y el futuro. Me garantizó que sí, y conversamos un poco sobre esto. Sin duda, es difícil llenar ese tipo de vacío que se da con personas tan extraordinarias, más por la relación personal de Carneado y Fidel. Sin embargo, considero que las relaciones actuales son firmes y construidas sobre bases sólidas y que pueden fortalecerse más. No me preocupa tanto el lado de Carneado y de la Oficina de Asuntos Religiosos como el lado del Consejo Ecuménico y de las iglesias, por cuanto me parece que se puede dar un vacío de liderazgo si las generaciones más jóvenes de pastores y líderes no se incorporan más de lleno en la tarea ecuménica. En relación a este punto, considero que hay que tomar en cuenta lo siguiente: Fernández Ceballos se retiró; Adolfo Ham está pasando por un período de reajuste en su vida y ministerio; Raúl Suárez, según he podido apreciar, no habrá de postularse en la próxima Asamblea; Orestes

González está a un par de años de su retiro, etc. Esto implica que podría darse un vacío de liderazgo a menos que otros se incorporen a esta tarea ecuménica que, dadas las circunstancias actuales, con todas las demandas que enfrenta el Consejo y el papel que juega al interior y al exterior de Cuba, exige tiempo, compromiso y madurez.

CARMELO: Algún comentario final.


OBISPO RAMOS: Realmente, Carmelo, no tengo nada más que añadir, sino unas palabras de agradecimiento al Consejo Ecuménico, al Doctor Carneado y los compañeros de su Oficina, y a todos en Cuba por lo generosos que han sido conmigo durante estos años en que tuve el privilegio de coordinar las relaciones con el Consejo Nacional de Iglesias de Estados Unidos, como Director Asociado de la Oficina para el Caribe y América Latina. Mi salida no significa un rompimiento con mi compromiso personal con las iglesias y el pueblo de Cuba, por quienes continuaré luchando en todo lo que me sea posible en el futuro.




El Doctor José Felipe Carneado con Alice Hageman de Estados Unidos.



El Doctor José Felipe Carneado acompañado del Rabino Arthur Schneier de New York y el Arzobispo Theodore Mc Carrick de Newark, New Jersey.



Impreso en los talleres de
Imprenta y Litografía VARITEC S. A.
San José, Costa Rica
en el mes de enero de 1990
su edición consta de 1000 ejemplares



502032



CUBA

TESTIMONIO CRISTIANO, VIVENCIA REVOLUCIONARIA

DESDE LOS DIAS DE PLAYA GIRON, EL DOCTOR JOSE FELIPE CARNEADO RECIBIO LA ENCOMIENDA QUE EL PROCESO REVOLUCIONARIO, TODAVIA INCIPIENTE, LE CONFIABA: LOGRAR LA COMPRESION, APLICACION Y OBSERVANCIA DE LA POLITICA DEL PARTIDO COMUNISTA Y DEL GOBIERNO DE CUBA ACERCA DE LA RELIGION, LAS IGLESIAS Y LOS CREYENTES.

DESDE ENTONCES, CARNEADO EMPEZO A RELACIONARSE CON LOS GRUPOS CATOLICOS, LAS CONFESIONES PROTESTANTES Y LAS RELIGIONES SINCRETICAS. EL SUYO HA SIDO UN TRABAJO INCESANTE, DIFICIL Y COMPLEJO, PERO LLEVADO A CABO CON DEDICACION Y CARÑO.

ESTA OBRA CONSTA DE UNA SERIE DE ENTREVISTAS CON EL PROPIO CARNEADO Y LIDERES RELIGIOSOS CUBANOS. CADA UNA DE ELLAS ENCIERRA UN CUMULO DE EXPERIENCIAS, INQUIETUDES Y ALEGRIAS QUE, DENTRO DE LO POSIBLE, HEMOS QUERIDO CONSERVAR.

ESTAS ENTREVISTAS CONSTITUYEN TODO UN TESTIMONIO SOBRE LOS CRISTIANOS CUBANOS Y SU RELACION CON LA OFICINA DE ASUNTOS RELIGIOSOS DEL PARTIDO COMUNISTA, LO MISMO QUE DE SU VIVENCIA Y COMPROMISO AL INTERIOR DEL PROCESO REVOLUCIONARIO.







